PAULINE GEDGE

Señores de las Dos Tierras

Parte I

La ciénaga de los hipopótamos

En este primer volumen de la trilogía «Señores de las Dos Tierras» nos encontramos en pleno segundo milenio antes de Cristo. Tras siglos de gloria, Egipto se halla sometido al yugo de los hicsos —a quienes los egipcios denominaban setiu—, un pueblo bárbaro llegado del norte para imponerse sobre la corrupta XII dinastía faraónica. Sin embargo, Apepa, el temido rey de los setiu, no puede disfrutar con plenitud de su poder porque al sur, en una pobre y lejana provincia a orillas del Río de la Vida, se encuentra Seqenenra Tao, Príncipe de Weset, descendiente del último faraón, encarnación de Horus e Hijo del Sol. Recluido en sus remotos dominios, Seqenenra es en apariencia un súbdito fiel, pero ante los ojos del monarca invasor es un desafío a su omnipotente autoridad soberana. Así pues, cuando el rey de los setiu lo somete a una serie de humillaciones indignas del sucesor del gran Sesostris, conquistador del Nilo, Seqenenra decide poner fin al vasallaje de los suyos, a sabiendas de que el precio a pagar será desmesurado.

Pauline Gedge

La ciénaga de los hipopótamos

Señores de las Dos Tierras 01

ePub r1.1
brusina y liete 12.09.14

Título original: *The Hippopotamus Marsh*
Pauline Gedge, 1998
Traducción: Valeria Watson

Editor digital: brusina y liete
ePub base r1.1

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a mi investigador, Bernard Ramanauskas, sin cuya capacidad de organización y atención a los detalles no habría podido escribir estos libros.

Personajes

LA FAMILIA

Seqenenra Tao, príncipe de Weset.
Aahotep, su esposa.
Tetisheri, su madre.
Si-Amón, su hijo mayor.
Kamose, su segundo hijo.
Ahmose, su tercer hijo.
Aahmes-Nefertari, su hija mayor.
Tani, su hija menor.
Ahmose-Onkh, un hijo de Si-Amón y su hermana-esposa Aahmes-Nefertari.

SIRVIENTES

Akhtoy, mayordomo primero.
Kares, criado de Aahotep.
Mersu, criado de Tetisheri.
Uni, jefe de criados.
Ipi, escriba principal.

SIRVIENTAS

Isis, doncella personal de Tetisheri.
Hetepet, doncella personal de Aahotep.
Heket, doncella personal de Tani.
Raa, niñera de Ahmose-Onkh.

PARIENTES Y AMIGOS

Teti, gobernador de Khemennu, inspector y administrador de diques y canales y marido de la prima de Aahotep.
Nefer-Sakharu, esposa de Teti y prima de Aahotep.
Ramose, hijo de ambos y prometido de Tani.
Amonmose, sumo sacerdote de Amón.

Turi, compañero de entrenamiento de Ahmose.

PRÍNCIPES

Hor-Aha, nativo de Wawat y jefe de los medjay.
Intefde Qebt.
Lasen de Badari.
Makhu de Akhmin.
Mesehti de Djawati.
Ankhmahor de Aabtu.
Harkhuf, su hijo.
Sebek-Nakht de Mennofer.

OTROS EGIPCIOS

Paheri, alcalde de Nekheb.
Het-Uy, alcalde de Pi-Hator.
Baba-Abana, primer guardián de embarcaciones.
Kay-Abana, su hijo.

LOS SETIU

Awoserra aqenenra apepa, el rey.
Nehmen, su mayordomo.
Yku-Didi, su jefe de heraldos.
Khian, un heraldo.
Itju, su escriba principal.
Pezedkhu, un general.
Dudu, un general.

Prólogo

Hacia el final de la XII dinastía, los egipcios se encontraban en manos de una potencia extranjera a la que conocían como los setiu, los soberanos del Bajo Egipto. Nosotros los conocemos por el nombre de hicsos. Inicialmente penetraron en Egipto a través de Rethennu, el país menos fértil del este, con el fin de alimentar a sus rebaños en la exuberante región del Delta. Una vez instalados, los siguieron sus comerciantes, deseosos de aprovechar las riquezas de Egipto. Hábiles en asuntos administrativos, poco a poco fueron quitándole toda autoridad al débil gobierno egipcio hasta que tuvieron todo el control en sus manos. Fue una invasión que se produjo casi sin derramamiento de sangre, lograda a través de sutiles medios de coerción política y económica. A sus reyes poco les importaba el país; lo saquearon para sus propios fines y, siguiendo las costumbres de sus predecesores egipcios, consiguieron someter eficazmente al pueblo. A mediados de la XVII dinastía, llevaban poco más de doscientos años firmemente arraigados en Egipto, gobernando desde su capital del norte, Het-Uart, la Casa de la Pierna.

Pero un hombre del sur de Egipto, Seqenenra Tao, príncipe de Weset, se rebeló. Sosteniendo que descendía del último rey verdadero, emprendió con sus hijos una guerra de reconquista. *La ciénaga de los hipopótamos*, primer volumen de la trilogía «Los señores de los Dos Reinos», es su historia.

Capítulo 1

Seqenenra, jadeando un poco por el esfuerzo, salió por fin a la azotea y se sentó con la espalda apoyada en lo que quedaba del desmoronado antepecho. Encogiendo las rodillas, suspiró con íntima satisfacción. Aquel era su santuario, un rincón lleno de escombros debajo del cual se encontraban en otra época las habitaciones de las mujeres del antiguo palacio. Allí se podía sentar a pensar, a soñar despierto o simplemente a dejar que su mirada vagase sobre el río y los campos, sobre su finca o sobre la desordenada ciudad de Weset, que se extendía junto a la orilla rodeando los dos templos. A menudo, durante las tardes soñolientas, mientras su mujer dormía o cotilleaba con las demás mujeres, y los niños se bañaban en el río vigilados por sus guardias, él se ausentaba disimuladamente, cruzaba el amplio y silencioso patio del hogar que el dios había abandonado, y entraba en aquellas estancias misteriosas y solitarias. De sus antepasados, pocos recuerdos materiales quedaban. Aquí el fugaz brillo de la pintura amarilla de una columna; allí el chocante negro y blanco de un ojo mágico y un cartucho con el nombre indescifrable de un faraón, que hechizaba persistentemente las desiertas sombras en vestíbulos y pasillos. El viento silbaba a través de las cámaras privadas y las amplias antesalas de tristes columnas, multiplicando los sonidos cuando él las cruzaba.

El edificio se volvía cada vez más peligroso. Los adobes con que había sido construido se pudrían, paredes enteras ya no eran más que montones de tierra y por los techos abiertos se colaban rayos de luz cuyo brillo en muchas ocasiones le parecía un sacrilegio. Algunas veces se dirigía a la sala principal de audiencias, en cuyo estrado antes descansara el trono de Horus, y escuchaba el silencio, observando los cuadrados de luz que penetraban por las altas ventanas y avanzaban imperceptiblemente en el suelo lleno de arena. Pero no era capaz de soportar mucho tiempo aquella atmósfera de triste solemnidad.

Aquel día no se había retirado a considerar un problema administrativo, ni siquiera para poder hilar sus pensamientos sin ser interrumpido. Príncipe de Weset y gobernador de las Cinco Provincias, Seqenenra era un hombre ocupado, con obligaciones previsibles y regulares, y había aprendido a valorar las escasas horas que podía pasar a solas, allí en lo alto, donde las preocupaciones y responsabilidades de su posición y de su familia adquirían sus verdaderas dimensiones, bajo la influencia del paisaje que se extendía a sus pies. Era primavera. El Nilo fluía con una lentitud pesada y poderosa. En sus orillas se formaba un tejido verde de cañas y frondas de papiros que se inclinaban movidos por la suave brisa. Más allá, hacia el oeste, las áridas colinas pardas se estremecían bajo el cielo azul. Algunas pequeñas embarcaciones con los mástiles desnudos se balanceaban acosando a los ánades y a alguna garza que blanca y lánguidamente alzaba el vuelo.

Seqenenra dirigió su mirada hacia el norte. El río describía una curva y desaparecía, si bien en la orilla este, su orilla, los negros campos cruzados por canales de riego, a cuyos lados se alineaban las palmeras, permanecían mojados y en barbecho, todavía demasiado blandos para que los pisaran los labriegos que muy pronto los sembrarían.

Más cerca, detrás de la muralla partida que en otro tiempo rodeaba por completo el palacio, veía a sus sirvientes plantar verduras en cuclillas, y el brillo de sus espaldas morenas. Alcanzaba a oír sus voces mientras trabajaban, un murmullo discontinuo y agradable. Un poco por debajo de donde estaba, podía ver con claridad la azotea de su casa. Los cojines y los lienzos extendidos eran brillantes y fugaces manchas de luz entre las ramas de los sicomoros y de las acacias que daban sombra al jardín. A lo lejos vio las banderas ondear frente a los pilones del templo de Amón y, más allá del recinto sagrado, un rincón del santuario de Montu que se alzaba hacia el cercano horizonte como el dorado filo de un cuchillo.

Seqenenra empezó a sentirse relajado. La inundación había sido generosa y brindado a la tierra sus dos necesidades: agua y limo. Si los sembrados crecían sanos y fuertes, la cosecha también sería abundante. Si bien aún era pronto para recibir el informe del inspector de sus viñedos del Delta occidental, presumía que aquel año sus uvas colgarían pesadamente en las vides. Las del emparrado que daba sombra a una parte del sendero que corría desde los escalones del embarcadero hasta la casa, nunca se habían usado para hacer vino sino mosto. «El ganado está libre de enfermedades y mi gente podrá llenarse el estómago —pensó con satisfacción—. Por supuesto que una parte importante de mi riqueza partirá hacia el norte en forma de impuestos, pero no me quejaré; por lo menos mientras permitan que me valga de mis propios recursos».

Al darse cuenta de repente de que tenía un trozo de ladrillo entre la planta del pie y la sandalia, se removió, y al inclinarse para sacarlo, una leve ansiedad impregnó su estado de ánimo. «Me engaño cuando creo que se han olvidado de mí, que Apepa sólo me recuerda cuando envía a sus superintendentes al sur a cobrar los impuestos —pensó—. La distancia que nos separa no garantiza mi seguridad. Me gustaría que así fuera, pero yo soy para él como este pequeño trozo de ladrillo en la sandalia, que lo molesta e incomoda en los momentos en que no tiene nada más que le haga olvidar mi existencia. No puedo modificar mi línea de sangre, fundirme en el anonimato de una nobleza menor. Para él soy el recuerdo de sus raíces extranjeras, ¿y qué son ellas comparadas con los dioses que fueron mis antepasados? Bueno, hoy no pensaré más en ello. No he subido para revolver en el pasado de Apepa ni en el mío. ¡Cuán espléndido es mi rincón de este hermoso Egipto!». Se echó hacia atrás y entornó los ojos.

Durante casi una hora se dejó llevar por la somnolencia, disfrutando de la brisa

suave pero constante que mitigaba el caliente sol de la tarde. Acababa de pensar que ya había permanecido bastante tiempo allí y que debía bajar de la azotea, cuando un grito lo obligó a ponerse en pie. Se acercó al borde de la azotea y miró hacia abajo. Por una grieta de la muralla semiderruida se asomaba Si-Amón con su gemelo Kamose detrás. Los dos jóvenes sólo iban cubiertos con un taparrabo.

—Pensé que estarías por allá, padre —exclamó Si-Amón, señalando hacia el norte—. Mientras nos bañábamos vimos una barca real en el meandro del río. Están arriando la vela, de manera que supongo que van hacia nuestro embarcadero. ¿Tú qué crees?

Seqenenra miró en la dirección que le indicaba su hijo. Una estrecha barca maniobraba hacia ellos en aquel momento, arriando la vela triangular. Insignias azules y blancas flameaban a popa y a proa. Había varios hombres en cubierta que vestían idénticos colores. No había duda de que se trataba de una barca real. «Seguirá su camino —pensó Seqenenra—. Casi todas prosiguen hacia Kush para llevarse el oro de las minas, esclavos, plumas de avestruz y otras fruslerías exóticas. Si-Amón probablemente confía en que fondee aquí. Nada le gustaría más que la visita de algún representante del rey, al que interrogaría acerca de todos los detalles de la vida en Het-Uart, aunque su lealtad hacia mí le impidiera expresar la alegría que sentiría al tener esa oportunidad. Pero en cambio, yo respiraré más tranquilo cuando la vea pasar, seguir su camino y perderse de vista».

—Creo que sólo tratan de aprovechar el cambio en la dirección del viento —le contestó a su hijo.

Si-Amón se encogió de hombros, resignado.

—Es posible que tengas razón —dijo alzando la voz—; hoy será un día aburrido.

Saludó a su padre con la mano y volvió hacia la casa. Seqenenra lo observó un momento, pero enseguida fijó de nuevo su atención en el río. Esperaba que la barca volviera a desplegar las velas, pero observó con consternación que acababan de sacar los remos y que la barca se dirigía ya al embarcadero. Alarmado, bajó los escalones apresuradamente.

Salió al patio y cuando llegó a la abertura de la muralla se encontró con Kamose, que lo esperaba.

—Si-Amón tenía razón. No prosiguen viaje —dijo el muchacho con voz tensa—. Se dirigen hacia aquí.

Kamose se hizo a un lado y ambos miraron hacia el río.

—¿Qué querrán? —se preguntó Kamose, preocupado—. Ya hace cinco meses que pasó el día de año nuevo. Los tributos han sido pagados, los regalos enviados y agradecidos, y es demasiado pronto para que hagan la valoración de nuestros impuestos.

Seqenenra negó con la cabeza y observó el bello rostro de su hijo mientras ambos

se dirigían hacia la casa.

—No me imagino lo que querrán —respondió con desgana—. Pero te aseguro que no será nada que nos beneficie.

—Oremos para que sólo quieran una jarra de vino, una buena comida y pasar la noche bajo tu techo antes de seguir su camino hacia Kush —observó Kamose—. Creo que nos consideran el último bastión de bienestar civilizado que se encuentra antes de encarar los rigores del sur. ¡Cómo temen al desierto y lo desprecian! ¡Ahmose! ¿Adónde vas?

El hijo menor de Seqenenra acababa de pasar junto a ellos con el *shenti* arrugado y cubierto de tierra.

—Tengo que encontrarme con Turi en el campo de entrenamiento para un torneo —gritó Ahmose por encima del hombro—. Hemos hecho una apuesta.

—¡No puedes faltar en la comida, Ahmose! —le respondió el padre, también a gritos—. Tenemos invitados. —El muchacho hizo un ademán de conformidad.

—¡Invitados! —repitió Kamose con amargura—. No los hemos invitado, pero no nos queda más remedio que recibirlos.

Seqenenra respondió al saludo del soldado que estaba de guardia en la puerta principal. En el momento en que él y Kamose entraban en la casa, Uni salió de la oscuridad y se les acercó con presteza. Kamose desapareció en dirección a sus habitaciones en el sector de la casa destinado a los hombres.

—Una barca real está a punto de echar amarras junto a los escalones del embarcadero —dijo Seqenenra a su criado—. Envía una escolta para recibir a quienes vayan a bordo. Dile a Isis que se lo comunique a la señora Tetisheri y a mi esposa, y dispón todo lo necesario para que haya fruta y vino en el jardín. Quiero rezar y cambiarme el *shenti*. —Y sin esperar la respuesta de Uni, se dirigió a sus aposentos —. ¡Agua! ¡Rápido! —ordenó al sirviente, que acudió a su llamada y se inclinaba ante él—. Necesitaré ropa limpia. Tenemos visitas del Delta. —«No busques problemas donde no existen, se dijo con severidad mientras se desataba las sandalias y cogía la jarra de agua—. Conserva la calma. No te ganes la hostilidad del mensajero de Apepa. ¡No destruyas el equilibrio actual de Ma’at, oh príncipe de Weset!».

Luego abrió su altar doméstico, tomó el incensario que había junto a él, encendió el carbón con una vela que permanecía siempre encendida para tal fin y añadió un poco de incienso. Se inclinó ante la imagen de Amón, señor y protector de Weset, hizo una reverencia y se postró sobre el frío suelo.

—Ayúdame a no dejarme llevar por la ira —rogó—. Concédeme el don de la sabiduría para escuchar sin impaciencia ni desprecio lo que hasta aquí ha traído al heraldo del rey. Contén mi lengua para que no lo ofenda, creándome así problemas y poniendo en peligro a mi familia. Vela mis pensamientos para que él sólo vea amabilidad en mis ojos.

No había nada más que decir. Se puso de pie e inhaló durante un instante la dulzura del humo antes de apagar el carbón, cerrar el altar y someterse a los cuidados de su sirviente personal, que acababa de regresar con una palangana de agua tibia y una muda de lino.

Recién vestido, apareció una hora después en su fragante y luminoso jardín. Llevaba los ojos pintados con galena. En la frente lucía una sencilla corona de plata y alrededor del cuello, cruces ansadas y ojos mágicos de plata. Contra la piel casi negra, los anillos resplandecían en sus manos. Junto al estanque, bajo la sombra de los árboles, habían dispuesto esteras, y el visitante real y sus dos acompañantes estaban sentados, con las piernas cruzadas, escuchando la voz suave y mesurada de Aahotep. Kamose, también pintado para la ceremonia, se hallaba un poco apartado, con las manos unidas apoyadas sobre los blancos pliegues del *shenti*.

Al ver acercarse a Seqenenra, todos se pusieron de pie e hicieron una reverencia. Un sirviente se le acercó para ofrecerle un vasija con fruta, él la rechazó con la cabeza y aceptó el vino que Uni le servía. Tomó asiento e invitó a sus huéspedes a hacer lo mismo, y todos se sentaron con él en la hierba.

—Salud —dijo con amabilidad—. Nos honra poder brindar hospitalidad a los servidores del Uno. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—Soy Khian, heraldo del rey —respondió uno de los hombres. Era delgado y tenía la piel clara y los párpados teñidos abundantemente con galena para protegerlos del sol del sur. Su *shenti* era finísimo, el cinturón de cuero tenía incrustaciones de cornalina y las dos cadenas de oro que llevaba en el pecho resplandecían a cada respiración—. Estos son mis guardias. Agradezco tu saludo, príncipe. Tengo el placer de transmitirte los buenos deseos del señor de los Dos Reinos para toda tu familia y en particular para la señora Tetisheri, tu madre, a quien desea fervientemente vida, salud y prosperidad.

Seqenenra asintió con la cabeza.

—Estamos agradecidos. ¿Te diriges a Kush, Khian?

El heraldo bebió delicadamente un sorbo de vino.

—No, príncipe —explicó—. He venido expresamente para transmitirte el saludo del Uno y darte una carta.

La mirada de Seqenenra se encontró con la de Kamose y luego se dirigió a su mujer. Aahotep observaba con detenimiento los saltos que daban los gorriones entre las hojas recién brotadas de los árboles.

Se produjo un breve e incómodo silencio. El heraldo volvió a beber. Kamose quitó una invisible mota de polvo del dátil que sostenía en la mano y luego lo mordió con cautela. Seqenenra iba a hacer el comentario inane que exigían los buenos modales cuando percibió una sombra sobre él. Al volverse, vio a Si-Amón y a Aahmes-Nefertari a sus espaldas, cogidos de la mano. Seqenenra lanzó un suspiro de

alivio. Ambos se inclinaron sonriendo, besaron a Aahotep, dieron amablemente la bienvenida a Khian y se instalaron en la estera que se encontraba al lado de la de Kamose.

La conversación se inició en los asuntos generales, sobre las perspectivas de la siembra de aquel año, sobre la nueva vida que bullía en las preciosas viñas y sobre el número de terneros nacidos en el Delta. Khian era un labriego entusiasta que intervenía personalmente en la dirección de su pequeña finca de las afueras de Het-Uart, y todos olvidaron el breve silencio que había seguido a la mención de la carta. El sol se movía con lentitud hacia el oeste, cubriendo el jardín con una luz anaranjada, y la llegada de legiones de mosquitos hizo que los peces asomaran en la superficie del estanque de Seqenenra. Uni distribuyó hojas de palma, que con su suave crujido fueron punteando la conversación.

Tani fue la última en llegar, cruzando el parque en compañía de los perros, que jadeaban tras ella. Uno de los perros, *Behek*, se dirigió a Seqenenra y apoyó su pequeña cabeza en el regazo de su amo. Seqenenra lo acarició con ternura.

—Lamento haber llegado tan tarde —se disculpó Tani, mientras se servía fruta y se instalaba junto a su madre—. Pero a los perros les hacía falta correr un rato. Los he llevado hasta el desierto y luego hemos cruzado la ciudad hasta llegar al borde del río para que pudieran refrescarse. ¡Qué día tan hermoso el de hoy!

Seqenenra hizo una seña al guardia de su hija menor, y el hombre silbó y sacudió las traillas que tenía en la mano. Los perros obedecieron a regañadientes. Pero antes de irse, *Behek* lamió la mano de Seqenenra. Aahotep se puso de pie.

—Puedes lavarte si lo deseas antes de la comida —le dijo a Khian—. Uni te enseñará los cuartos de huéspedes y luego te escoltará hasta el salón de recepciones. Tus hombres pueden reunirse con nuestros sirvientes. —Después, dirigiéndose a Tani —: Ven conmigo, te conviene un buen baño.

La muchacha sonreía, y Seqenenra se maravilló de su compostura. En su rostro no se traslucía la menor tensión y tampoco había vacilación en sus ademanes. En el acto, Khian y sus soldados se levantaron y siguieron al criado. Si-Amón pasó un brazo alrededor del cuello de Aahmes-Nefertari.

—Más se parece a un labriego que a un heraldo —comentó a su mujer—. Aunque sin músculos no le resultaría fácil arrancar malezas. ¿Por qué nos envía el rey a un ser tan inferior? ¡Por lo menos mereceríamos la atención del jefe de los heraldos! ¿Qué querrá de nosotros?

Seqenenra sabía que su hijo bromeaba, pero tras el tono de broma había un dejo de afrenta. «Tienes demasiado orgullo, Si-Amón —pensó—. Preferiría que no te ofendieras con tanta facilidad por insultos mezquinos que, si tú no lo permites, jamás podrán amenazar tu virilidad ni la nobleza de tu sangre».

—Nos ha traído otra carta de Apepa —dijo Seqenenra—. Todavía no la he leído.

Prefiero hacerlo con el estómago lleno.

Kamose se acercó a su padre.

—¡Siempre cartas, siempre inútiles exigencias! —musitó en voz baja—. La vez pasada fue porque debíamos sembrar más cebada que lino, cuando la cosecha de cebada ya prometía ser abundante, y luego nos llegó aquella petición de informes sobre el número de sandalias existentes en la casa. ¿A qué estupideces está empeñado en jugar el rey?

Seqenenra observó la tranquila superficie del estanque. Los peces nadaban en círculos monótonos y retrocedían al llegar junto al borde de piedra. Largas sombras se extendían en la hierba. Los sirvientes iban enrollando las esteras y recogían las sobras de la recepción.

—No lo sé ni me importa —contestó por fin—. Hacemos lo que se nos dice y a cambio de nuestra obediencia podemos gobernar nuestras provincias y nuestra vida conforme a los deseos de Amón. Hay muchos que no tienen tanta suerte.

Kamose se puso de pie con una mueca y se alejó.

—Si quieres, iré yo mismo a conversar con el heraldo, padre —dijo Si-Amón—. Creo que podría sonsacarle alguna información útil.

—¡Te lo prohibo! —dijo Seqenenra con severidad—. Un heraldo no es más que un mensajero. El amo no le pide consejos ni opiniones; interrogarlo significaría rebajarte, Si-Amón. No concedas a ese Khian más respeto del que exigen las leyes de la hospitalidad. Más aún, es el servidor de un rey que no nos quiere bien. No lo olvides. Y ten cuidado con la manera en que te diriges a él.

Si-Amón se ruborizó.

—Perdóname —dijo—. Tienes razón. Pero es muy duro para mí saber que soy hijo de reyes y tener que refrenar la lengua en presencia de un simple heraldo. —Se balanceó sobre las rodillas y luego se levantó, atrayendo hacia sí a su esposa—. Pasará bastante tiempo antes de que podamos tener celebraciones —terminó diciendo —. Acompáñame a caminar junto al río, Aahmes-Nefertari.

Seqenenra los vio desaparecer en la creciente oscuridad. Si-Amón terna diecinueve años, había nacido instantes antes que Kamose y, por lo tanto, era el heredero. Físicamente era idéntico a su hermano y resultaba difícil distinguirlos, a no ser por el pequeño lunar que Si-Amón tenía a un lado de la boca; sin embargo, sus personalidades eran muy distintas. La confianza en sí mismo de Si-Amón rayaba en la arrogancia. Era listo, buen estudiante y tiraba muy bien al arco, pero le hastiaba vivir en aquel lugar de provincias. Quería viajar al norte, servir al rey, estar en el lugar donde residía el poder de Egipto. Seqenenra esperaba que, al madurar, su arrogancia se convirtiera en aptitud para ser príncipe y que sus inquietudes se canalizaran en el ejercicio de una auténtica autoridad.

En cambio, Kamose parecía haber heredado de su madre un aura de serenidad.

Poseía la tranquila confianza en sí mismo de un hombre que le doblara la edad, y estaba lo suficientemente seguro de su madurez para ocuparse de sus propios asuntos. A sus dieciséis años, Ahmose, el hijo menor de Seqenenra, era un volcán. Joven precipitado, vigoroso, feliz y hábil en el manejo de las armas, excelente luchador que sólo le pedía a la vida que siguiera igual, bajo la bendición de los dioses.

«Tengo todo lo que un hombre puede desear —se dijo Seqenenra—. Soy un príncipe de Egipto. Tengo una familia unida que se quiere. No sufro privaciones. A diferencia de las responsabilidades de un rey, mis deberes son agotadores pero no difíciles». Levantó la vista y, casi sin quererlo, su mirada se detuvo en el antiguo y sólido palacio, que ya se hallaba bajo la oscuridad de la noche cercana. Desde que podía recordarlo, el edificio dominaba la finca que había heredado de su padre, Senakhtenra, y a su vez, éste del suyo. La mayoría lo consideraba una antigualla. La familiaridad les hacía mirar con indiferencia aquella mole que se desmoronaba lentamente. Pero de niño su madre le había contado al dormir historias de sus antepasados que vivieron en él, un dios tras otro, reyes del Alto y el Bajo Egipto, del País Rojo y el País Negro, monarcas luchadores cuya sangre feroz contenía la semilla de los antepasados del desierto, divinizada por el legado del mismo Ra. Vivían gloriosos en sus tumbas. Navegaban en la Barca Sagrada con los dioses, mientras que él…

De repente la brisa de la noche le produjo un escalofrío, se levantó y echó a andar hacia la casa. No era más que un príncipe leal al rey que se sentaba en el Trono de Horus en Het-Uart. El poder de los antiguos reyes había disminuido. Egipto estaba dividido en dos. Los príncipes habían luchado contra los nobles. Los ejércitos privados hicieron estragos en el país, y el último dios verdadero, débil ya e incapaz de resistir, cedió su autoridad a extranjeros que durante muchos años invadieron Egipto desde Occidente y que gradualmente fueron apropiándose de un país sumido en el caos. Los setiu gobernaban Egipto por entonces. Así era la época en que Seqenenra nació, y en la que moriría.

Se encontraba tan absorto en sus pensamientos que a punto estuvo de tropezar con su criado, que lo esperaba en la creciente penumbra del corredor. No sin esfuerzo, Seqenenra volvió su atención al presente.

—¿Khian tiene todo lo que necesita? —preguntó. Uni asintió con la cabeza—. Me alegro. Encárgate de que se enciendan las antorchas, Uni. Hoy parece haber oscurecido más temprano.

Se encaminó sin prisa a sus aposentos, diciéndose que no le apetecían los manjares cuyo aroma se extendía por la casa, ni los juegos de palabras que una vez más se vería obligado a componer para su rey.

El banquete se celebró en un ambiente de tensa alegría. Tanto la familia como los huéspedes fueron ungidos con aceites perfumados y rodeados de guirnaldas de flores

silvestres delicadas y frescas. El arpista de Seqenenra tocó su instrumento y luego Tani abandonó el lugar que ocupaba junto a su abuela y bailó, meciéndose entre la multitud con toda la gracia de sus trece años.

Aparte de Khian, se hallaban presentes un comerciante de Weset, inspector de los rebaños de Seqenenra, que acababa de llegar, antes de lo previsto, de las tierras del Delta en las que se permitía que pastase el ganado del príncipe, y también varios sacerdotes del templo de Amón, cuyas cabezas afeitadas brillaban a la luz de las antorchas. Tetisheri, majestuosa y encantadora, ataviada con una túnica blanca ceñida y coi el pelo canoso oculto bajo una peluca negra terminada en una corona de hojas doradas, intercambió unos distantes saludos con el representante de Apepa, respondió con amabilidad al mensaje que le enviaba el rey y luego se refugió en su comida y en la conversación que mantenía con su criado Mersu.

Cuando la noche refrescó, se encendieron los braseros. El comerciante, borracho y agradecido, hizo una reverencia y emprendió el regreso a su casa. Los sacerdotes se retiraron. Mirando a su alrededor desde el estrado inferior donde se encontraba, Seqenenra contempló el salón vaciarse y comprendió que ya no podía postergar el momento de aceptar la carta. Los sirvientes acabaron de retirar los restos de la comida y se marcharon. Khian estaba jugueteando disimuladamente con la pulsera que cubría su fina muñeca; la familia miraba a Seqenenra con expectación. Este hizo una seña a Ipi, su escriba, que en el acto se acercó a Khian y tomó el rollo en sus manos. Por invitación de Seqenenra, rompió el sello y empezó a leer en voz alta.

—Un mensaje de Awoserra Aqenenra Apepa, señor de los Dos Reinos, amado de Set, amado de Ra, el que permite que los corazones vivan, para Seqenenra Tao, príncipe de Weset. ¡Salud! Me desplace tener que dar esta orden a mi amigo Seqenenra, pero el pantano de los hipopótamos que se encuentra en Weset debe desaparecer. El ruido de los bramidos que los animales profieren día y noche molesta mis regios oídos y me impide dormir. Vida, salud y prosperidad para ti y tu familia. Que Sutekh el Magnífico te sonría y que Horón te conceda buena suerte. Espero que tu respuesta será favorable.

El papiro volvió a enrollarse con un susurro seco. Sin pronunciar palabra alguna, Seqenenra extendió una mano e Ipi se lo tendió enseguida, como si le quemara en los dedos.

—Estoy seguro de que debes de estar cansado, Khian —dijo Seqenenra con tranquilidad—. Puedes retirarte a tu lecho.

Con evidentes muestras de alivio, el heraldo hizo una reverencia.

—Gracias, príncipe —contestó—. Considerando que tendré la corriente del río en contra, debo partir a primera hora si quiero regresar enseguida a Het-Uart. Agradezco tu benevolencia.

Con una inclinación de cabeza saludó al resto de la familia y salió.

Durante largo rato todos permanecieron inmóviles. La luz de las lámparas había disminuido y las sombras penetraban en la sala abierta y se insinuaban en el suelo. Los braseros chisporroteaban y el fuego se iba extinguiendo. Entonces Tani habló con voz temblorosa.

—¿Verdad que no matarás a los hipopótamos, padre? —suplicó—. ¡Estoy segura de que el rey no hablaba en serio! Sin ellos, los pantanos serían como desiertos.

—No hay ninguna necesidad de hablar extensamente sobre este tema —dijo Tetisheri con aire decidido—. Apepa está loco, y a lo mejor ya ha olvidado que dictó esta insensatez. Arroja el papiro al brasero más cercano y vayámonos a dormir.

Seqenenra colocó el papiro con mucho cuidado junto a los pétalos de flores secas que cubrían su mesilla y lo miró con expresión pensativa.

—No está loco —aseguró—. Si se hubiera puesto bajo la protección especial de los dioses, todo el país lo sabría, pero este no es el caso. No. —De repente sintió una pesadez, como si en lugar de carne de ganso hubiera comido piedras—. Este no es más que otro intento de intrigarnos y asustarnos, para empujarnos hacia algo o alejarnos de algo, y no sé qué es.

—Tal vez sólo quiera recordarnos que tiene autoridad sobre nosotros y al mismo tiempo humillar a Weset —opinó Kamose—. Conoce nuestro linaje. Nos encontramos lejos de Hert-Uart, nos separan más de cinco mil estadios. ¿Se despertará tal vez durante la noche preguntándose si estaremos tramando algo aquí, tan lejos de su alcance? No son los gritos de los hipopótamos lo que le asusta.

—Pero nos une un tratado legal —dijo Aahotep—. Le pagamos tributo. Durante generaciones hemos sido súbditos leales. El padre de Apepa no atormentó así al tuyo, Seqenenra. Nosotros no conspiramos en su contra, Kamose, nos limitamos a gobernar nuestras cinco provincias y ocuparnos de nuestros propios asuntos.

—Creo que desea que violemos nuestro antiguo convenio mutuo —contestó Seqenenra bajando la voz—. Quiere que le demos una excusa para traer aquí su ejército, enviarnos al destierro o, lo que es peor, instituir un gobernador sin una gota de sangre real en las venas. Entonces podrá dormir tranquilo.

—Pero ¿por qué precisamente ahora? —preguntó Tetisheri—. Recuerdo la terrible plaga que asoló Het-Uart hace cuarenta años, cuando Sekerher, el abuelo de Apepa, ocupaba el Trono de Horus. Los ciudadanos morían por centenares. Los cadáveres eran arrojados en fosos abiertos en la misma ciudad. Siendo los setiu en aquel momento más vulnerables, nosotros, los del sur, no aprovechamos la oportunidad para rebelamos. Entonces, ¿por qué ahora esta sospecha?

Seqenenra se encogió de hombros.

—Sin embargo, cuando la plaga llegó a su fin, Sekerher hizo edificar las enormes defensas del este, que ahora rodean las colinas sobre las cuales se edificó la ciudad —señaló—. Mirando atrás, Apepa ha comprendido que su seguridad había pendido de

un hilo, dependía de la buena voluntad del sur. Se ha dado cuenta de un peligro que no se ha materializado aún pero que puede convertirse en una posibilidad a tener en cuenta en el futuro. Admitiendo que Apepa no gobierna aquí activamente, tampoco estamos del todo ausentes de sus especulaciones. No confía en nosotros.

—Het-Uart no es un lugar que valga la pena defender —dijo Aahotep—. Es un amasijo de calles inmundas y sin arbolar cuya suciedad es alimento de las ratas. No comprendo por qué los setiu elegirían vivir en esta miseria, teniendo a su disposición el Delta entero.

—¡Por supuesto que puedes comprenderlo! —dijo Tetisheri—. Es porque no son egipcios, son extranjeros que viven ajenos a Ra. ¡Het-Uart! —resopló—. ¡La Casa de la Pierna! Era un pueblo realmente encantador antes de que los setiu lo descubrieran. ¡Qué imagen tan bella me trae ahora ese nombre!

—Nosotros no planeamos una rebelión —objetó Kamose con tranquilidad—. Nuestra madre tiene razón. No conspiramos, por lo que no tiene sentido que sigamos hablando de ello. Como dijo una vez uno de los reyes de Osiris, «en la lengua está el poder y más que la lucha pueden las palabras».

Respóndele con habilidad, padre, y luego podremos volver a atender la siembra y los partos del ganado, que son cosas más importantes.

—¡Esta conversación es ridicula! —exclamó Si-Amón. Miró a Kamose con el entrecejo fruncido—. «Rebelión», «esperanza», son palabras que no deberían tener sentido alguno para nosotros. ¿Quiénes creemos que somos? ¿Qué derecho tenemos a tratar de evitar el cumplimiento de una orden del Uno? Si quiere que los hipopótamos mueran, habrá que matarlos. ¡Cualquier otra cosa sería un sacrilegio!

Kamose se puso de pie.

—¡Esto no tiene ninguna relación con los malditos hipopótamos, y tú lo sabes! —empezó a decir, pero Aahmes-Nefertari tiró del brazo de Si-Amón e intervino.

—Nuestro padre decidirá qué se debe hacer —declaró—. ¿No es cierto, padre? ¿Por qué discutimos tanto cada vez que el Uno nos pide algo? Estoy cansada y quiero acostarme.

Seqenenra le dirigió una leve sonrisa. «Aahmes-Nefertari, la pacificadora», pensó. En voz alta dijo:

—Sí, yo decidiré lo que haremos. A menos que tengas algo más que decir, Si-Amón, vosotros dos os podéis retirar. Conozco tus sentimientos respecto a este asunto y no tomo tu opinión a la ligera. Eres mi heredero. No obstante, Kamose tiene razón. No aplacaremos al rey sacrificando algunos animales. Si puedo salvarlos, lo haré.

Si-Amón volvió el rostro terso y atezado hacia su padre.

—No soy tonto —replicó con vehemencia—. Lo entiendo muy bien. Pero Apepa es rey y dios. Apepa todo lo sabe y es todopoderoso. Le debemos lealtad y obediencia. —Dudó un momento y apartó la mano de Aahmes-Nefertari—. En caso

contrario —terminó diciendo con franqueza—, nos destruirá.

Se levantó, y después de hacer una reverencia a su abuela y a Seqenenra, rodeó con el brazo los hombros de su esposa y ambos abandonaron el salón.

Hubo un momento de silencio. Seqenenra fue quien lo rompió. Acercándose al brasero más cercano, arrojó el papiro a los carbones encendidos.

—Tani no tendrá motivos para llorar —dijo sin alterarse—. Mañana dictaré una carta que será una prueba más de mi habilidad como escritor y aquí terminará el asunto.

—Bien. —Tetisheri se puso de pie y se dirigió hacia la puerta—. Ninguno de vosotros debe molestarme antes del mediodía. Vamos, Kamose. Podrás leerme mientras me duermo.

Kamose se puso de pie, deseó buenas noches a sus padres y ambos se diluyeron en las sombras.

—Quédate esta noche conmigo, hermana —dijo Seqenenra con ternura—. Estoy inquieto.

Aahotep se le acercó, lo rodeó con sus brazos y apoyó la cabeza en el pecho desnudo de su marido.

—No era necesario que me lo pidieras —murmuró—. ¡Qué extenuante es entretener a los representantes del Uno cuando sabemos que lo único que hacen es causarnos problemas! Tienes la sabiduría de Tot en el corazón, esposo mío. Redactarás una buena carta.

Seqenenra le alzó la barbilla y rodeó el rostro moreno y cálido con una de sus grandes manos, mientras pensaba en lo típicamente egipcias que eran las facciones de su esposa: la boca generosa, la nariz recta y los ojos oscuros. Un año menor que él, Aahotep mantenía su aspecto juvenil y su vitalidad a pesar de las pequeñas arrugas que cruzaban sus sienes. Descendía de una estirpe robusta. Su familia pertenecía a la antigua nobleza menor que gobernaba Khemennu, la ciudad de Tot, y cuyas raíces se hundían en la mejor tierra de Egipto. «Aahotep también vivirá largos años», se dijo Seqenenra. Bajo la sensualidad de su carne guardaba la resistencia del bronce, aquel metal desconocido que los setiu habían introducido en Egipto. Ningún lujo lograría corromperla. Aunque toda la riqueza de un reino fuese suya, ella conservaría su integridad.

Y mientras su boca buscaba la de ella, pensó Seqenenra cuán radiante estaría si se tocara con una peluca de doradas trenzas, con una corona de plumas de buitre, como Mut, en oro y lapislázuli, y los pechos cubiertos con jaspe y oro. «No son mis pensamientos ni sabios ni sensatos —se dijo—. La esposa principal de Apepa es quien lleva la corona de reina». Lo invadió una desolación tan grande que lanzó un quejido y refugió el rostro entre los cabellos sueltos de su esposa.

Durmió mal y se levantó poco antes del amanecer; realizó con esmero sus

abluciones antes de ordenar que dispusieran una litera que lo condujera al templo para los ritos matinales. Lo llevaron por el sendero que bordeaba el río, y Seqenenra dejó abiertas las cortinas para disfrutar del aroma del aire matinal, ligeramente húmedo y cargado del olor de la tierra y de los tiernos brotes primaverales. El río, oscuro y tranquilo, fluía en silencio. Algunas aves y otros pequeños animales que no se alcanzaban a ver hacían temblar las cañas. La luz era pálida y nítida, pero después que los porteadores de la litera se hubieron alejado del río para pasar junto a los escalones del embarcadero del templo, el sol ya se encontraba sobre el horizonte y lanzaba un trémulo resplandor dorado; cuando Seqenenra se apeó y empezó a caminar hacia el pilón, sintió ya su calidez en el rostro.

El patio exterior estaba en silencio. Un par de bailarines vestidos con ropas blancas conversaban en voz baja; hicieron una pausa y se volvieron para inclinarse ante él. Seqenenra les sonrió y se adentró en la penumbra del patio interior. El sumo sacerdote y un acólito se acercaron a darle la bienvenida bajo los rayos de la luz renovada que entraba por las ventanas de la galería. Seqenenra se sentó para que el acólito le quitara las sandalias y le lavara los pies. Luego el príncipe y el sacerdote se dirigieron a la puerta del santuario. Detrás de ellos llegaba un rumor de pasos y murmullos que se mezclaban con los sones del sistro; los cantores se preparaban para dar la bienvenida al dios en un nuevo día. Seqenenra se arrodilló ante la puerta, se prosternó y tras levantarse, rompió el sello de arcilla. El sumo sacerdote retiró la cuerda y abrió la puerta. De inmediato el coro comenzó a cantar. El sistro marcaba en sus manos el ritmo de las palabras de alabanza.

Seqenenra y el sacerdote entraron en el santuario, que se hallaba a oscuras y mal ventilado. Las lámparas que habían dejado encendidas junto a la gran figura dorada de Amón estaban casi apagadas. El sacerdote las volvió a llenar de aceite, cargó los altos incensarios de cobre que había a cada lado de la figura del dios y retiró las flores marchitas y la comida rancia de la noche anterior. En el exterior, cerca de las puertas, los sacerdotes ponían con reverencia en el suelo comida fresca, vino y flores, junto con telas limpias. Los cantos cesaron. Comenzó la música de címbalos y de tambores y Seqenenra escuchó el arrastrar de los pies de los bailarines que tomaron el relevo a los cantores, balanceándose e inclinándose para deleitar a Amón mientras se llevaban a cabo sus abluciones matinales.

Seqenenra comenzó su parte del ritual. Tomó de manos del sumo sacerdote la tela de lino, que era muy fina, casi transparente y muy almidonada, la comida y el agua perfumada para el lavatorio, y sus manos se movieron con suavidad sobre los imponentes miembros dorados del dios, mientras su voz, al recitar las oraciones, se prolongaba más allá del pequeño santuario. Aquel era su dios, el protector de su familia y de su ciudad, el que en otra época elevó a sus antepasados al poder supremo de Egipto. Por todo ello era merecedor del mayor de los respetos.

Una vez que Amón estuvo lavado y vestido con ropa limpia y se le hubo ofrecido comida y vino, los bailarines se retiraron. La puerta se cerró. Seqenenra permaneció en silencio contemplando el rostro benigno y sonriente del dios y sus largas plumas de oro, mientras el sumo sacerdote recitaba las oraciones del día.

—¡Oh, poder que sacaste las aguas del caos, insufla vida en tu hijo Seqenenra! ¡Oh, poder cuyos ojos trajeron luz a la tierra, trae entendimiento a tu hijo Seqenenra! ¡Oh, Ganso Divino de cuyo poderoso Huevo todas las cosas fueron creadas, derrama abundancia sobre la ciudad de Weset!…

Seqenenra escuchaba con el corazón encogido. «¿Qué carta dictaré para Apepa, mi señor Amón? —pensó con tristeza—. ¿Hacia qué oscuro fin nos dirigimos? ¿Ya no te importa que tu divinidad esté envuelta en el misterio, que no brille triunfante sobre todo Egipto?».

El sumo sacerdote terminó las oraciones preceptivas y luego hubo una pausa. Seqenenra cerró los ojos e inhaló el humo dulce y acre que pendía en el aire inmóvil. Había llegado la hora de las admoniciones, cuando el sacerdote le recordaba al dios sus deberes hacia la ciudad y las provincias, las promesas todavía no cumplidas y quizás olvidadas; a menudo las palabras iban dirigidas al príncipe mismo, aunque formuladas en forma de advertencias al dios. Aquella mañana, Amonmose habló de fertilidad para la tierra y protección contra las enfermedades, y de la necesidad de mejores ofrendas para mantener el templo y a su personal. Seqenenra sonrió; tendría que recordarle a su amigo que las necesidades debían esperar circunstancias más propicias.

Luego el sumo sacerdote entonó:

—Defiende tu causa, poderoso Amón, contra los falsos dioses de los setiu de Egipto. Pon bozal a los perros de Su-tekh, ciega a los bailarines de Anath, enmudece a los cantores de Baal…

Seqenenra se sobresaltó. El corazón le latía con fuerza. Siguiendo un impulso, se arrodilló y poniendo una mejilla sobre las resplandecientes piernas de Amón, comenzó a reír. El sumo sacerdote interrumpió sus plegarias. Sin parar de reír, Seqenenra se levantó y le hizo señas de que continuara. «¡Por supuesto! —pensó mientras trataba de contener la risa—. Muy agradecido, Gran Señor. Pon el bozal a los perros de Su-tekh. Eso irá muy bien. Muy bien…».

Más tarde, cuando las puertas se cerraron tras ellos, cuando el acólito terminó de atar las sandalias a Seqenenra, y él y Amonmose caminaban por el patio exterior, el sumo sacerdote dijo:

—Las ofrendas no son un asunto de risa, señor. Sin duda, el templo es pequeño y mi personal no muy numeroso, y comprendo que el oro se nos entrega a cambio de los impuestos a los trabajadores y de otros favores no especificados en nuestro acuerdo con el Uno, pero reírse de las necesidades del dios es casi una blasfemia.

Seqenenra lo cogió por el hombro y lo obligó a detenerse. Permanecieron mirándose un instante con los ojos entornados bajo un sol cegador. En aquel momento había mayor actividad en el patio exterior. Los sacerdotes we'eb iban y venían entre los altos pilones, recibiendo las ofrendas y peticiones de la gente del pueblo. Algunos nobles llevaban a cabo el obligado rito de la purificación antes de poder acceder al patio interior, y las mujeres del templo, que conversaban unas con otras o rezaban o simplemente permanecían sentadas comadreando a la sombra del muro, no les hacían ningún caso. Los escoltas de Seqenenra, sentados junto a la litera, con las lanzas a un lado, sobre la arena, jugaban a la taba.

—No me reprendas por ello, amigo —suplicó el príncipe—. ¿Acaso no mantengo la casa de mi Padre, no me ocupo de que el santuario de Montu sea agradable a sus ojos? ¿No ha sido amorosamente reparada la habitación de Mut con dinero de mi propia tesorería? ¿Qué otro gobernador de esta infausta tierra enferma se interesa tanto como yo por los lugares sagrados?

Pero no pretendía decirle todo aquello; únicamente quería recordarle que él, Seqenenra, era quien lo había nombrado sacerdote y que, por lo tanto, confiaba en su indulgencia. Pero lo había asaltado un dolor amargo antes de pronunciar las primeras palabras, y el enfado pasó con sorprendente facilidad del pecho a la boca. Amonmose palideció, bajó la mirada y comenzó a disculparse. Seqenenra se maldijo interiormente.

—Perdóname —suplicó—. No estoy irritado contigo; he reído en el santuario porque mi padre acababa de responder a mi oración, nada más.

Amonmose se llevó la mano izquierda a la piel de leopardo que le cubría el hombro derecho. Era la señal de reverencia de un súbdito ante su rey.

—Sin embargo, tienes razón, príncipe —dijo—. He sido presuntuoso.

—Sé que tú también tienes preocupaciones —Seqenenra suspiró—. He recibido otra orden insensata del Uno. No logro adivinar qué dirección llevan sus extrañas misivas. Tal vez debería consultar al oráculo de Amón.

—Tal vez —Amonmose vaciló—. ¿Puedo darte un consejo, príncipe?

Seqenenra lo miró con rostro inexpresivo.

—Por supuesto.

—Ten cuidado con aquellos cuyos oídos están abiertos a tu alrededor cuando hablas del Uno y de sus divinas órdenes. Me hablaste de blasfemia. A veces tus opiniones pueden ser tomadas por egipcios leales como blasfemias contra el señor de los Dos Reinos. Estás cambiando, Seqenenra Tao. —Sonrió levemente—. Tu antiguo bienestar ha desaparecido. Ya no eres gobernador de Weset y príncipe de Egipto.

Seqenenra notó sequedad en la garganta.

—¿Qué es lo que sabes que yo ignoro? —susurró—. Mis sirvientes son hijos de los sirvientes de mi padre, leales a mi nombre y a mi autoridad.

Amonmose alzó una mano y negó con la cabeza.

—Nada sé. Te lo juro sobre las veneradas plumas del dios. Simplemente te ruego que seas cauteloso. Tu padre fue un gobernador honrado bajo la autoridad del Uno y no dio a sus sirvientes oportunidad para dudar de su más profunda lealtad. Sería poco sabio que atemorizaras a alguno de los tuyos.

Seqenenra lo miró fijamente.

—Entonces, ¿soy un perfecto ingenuo? —murmuró, casi como hablando para sí mismo—. ¿Tan torpe soy? Pensaré en tu consejo.

Amonmose hizo una reverencia y se alejó.

Seqenenra se dirigió a la litera y, después de correr las cortinas, se recostó en los cojines. «Estás cambiando, Seqenenra Tao. Ya no eres gobernador de Weset ni príncipe de Egipto… No es así, no es así —pensó con vehemencia—. Estoy satisfecho de que haya paz. La inquietud que a veces me asalta es sólo la sangre de mis antepasados luchadores que me exige liberación. Esto es algo que se cura con el tiempo».

Después del desayuno recibió en el despacho a su inspector de tierras y a su tesorero y solucionó con rapidez sus problemas antes de mandar llamar a Ipi. El escriba llegó, hizo una reverencia y se instaló a los pies de Seqenenra, poniéndose la escribanía sobre las rodillas. Verificó la limpieza de sus pinceles y sacudió el frasco de tinta. Luego esperó. En silencio, Seqenenra sopesó las palabras que debían formar parte de frases llenas de la justa adoración.

Fuera, más allá de la galería, vio pasar a Ahmose corriendo, descalzo y sin pintar, como era su costumbre, seguido más despacio por Si-Amón y Kamose, que sin duda se dirigían con sus armas al campo de entrenamiento. Apareció un sirviente, cargado con cojines que distribuyó cerca del estanque bajo la sombra espesa de la higuera y luego vio a Tetisheri caminar con paso delicado, mientras Isis sostenía una sombrilla sobre su cabeza. Tetisheri se sentó en el suelo y dio unas palmadas; Mersu se arrodilló a su lado dejando caer varios papiros. Seqenenra no pudo menos que sonreír. Su madre sabía perfectamente lo que él estaba haciendo y esperaría hasta oír lo que había dictado.

—Uni —dijo en dirección al corredor—. Trae cerveza.

El criado se fue a cumplir la orden. Seqenenra hizo una señal con la cabeza.

—Estoy listo.

—Que Tot guíe mi mano y tus pensamientos —contestó Ipi.

—Muy bien. Comienza con los saludos habituales: «Para Awoserra Aqenenra Apepa, amado de Set, amado de Ra, señor de los Dos Reinos, de su gobernador y sirviente Seqenenra, salud». Luego continúa: «Mi angustia fue grande al oír las palabras de tu carta. No puede ser, me dije, que el descanso de mi divino señor se vea molestado por las voces de los hipopótamos que habitan en los pantanos de su leal

ciudad».

Hizo una pausa, pues Uni acababa de regresar y ponía una copa y una pequeña jarra en la mesa, junto a su señor. El criado probó la cerveza y luego le ofreció la copa. Seqenenra bebió un gran sorbo. Uni volvió a ocupar su lugar detrás de su amo.

—Léeme lo que has escrito —ordenó Seqenenra. El escriba así lo hizo. Seqenenra continuó dictando con un temblor risueño en la voz:

—«Por lo tanto, he ordenado a mis guarnicioneros que inventen y fabriquen bozales para esos ruidosos animales. Así el sueño de mi señor será profundo y no sufrirá interrupciones. Que el nombre de mi señor viva eternamente. ¡Vida, salud, prosperidad! Dado en este día veinte del mes de Tybi, en la estación de Peret, por la mano de mi escriba Ipi».

Observó la negra escritura secarse rápidamente sobre el papiro.

—Séllalo y entrégaselo a Men. Está listo para partir hacia el Delta. Haz una copia para el archivo.

Ipi cerró la tapa de la caja de los pinceles, introdujo el papiro dentro de su *shenti* y se retiró retrocediendo respetuosamente.

Seqenenra se desperezó, se sirvió un poco más de cerveza y se volvió hacia Uni. Tenía la sensación de que la expectación que pesaba sobre sus hombros la noche anterior acababa de desaparecer.

—¿Qué te parece mi solución? —preguntó.

—El Uno lo considerará una broma a sus expensas —advirtió Uni—. Se enfurecerá.

—¡Oh, no lo creo! —exclamó Seqenenra—. Los setiu sólo ríen cuando se cae un burro o cuando las viejas tropiezan en la calle. Por la noche, nuestro rey se dormirá viendo los hocicos de cada uno de mis hipopótamos sujetos por un bozal.

Uni se aclaró la garganta.

—No lo creo, príncipe. Interpretará que has sido irrespetuoso.

—Pero no es mi intención faltarle al respeto —contestó Seqenenra con vehemencia—. He tratado de contestar a su carta en el mismo tono de la que él me dirigió a mí.

—¿Y qué tono fue ese, príncipe?

Seqenenra suspiró.

—Uni, tú eres un criado eficaz y valioso. A veces hasta compartes mis secretos. Pero no seas impertinente.

Uni se inclinó con cierta rigidez. Seqenenra cogió la cerveza y salió al jardín. Al verlo acercarse, Tetisheri hizo un ademán y Mersu dejó de leer en voz alta. Tetisheri le hizo señas de que se retirara. El hombre recogió los papiros y se alejó. Seqenenra se sentó delante de su madre. Ella le pasó un dedo teñido de alheña por la mejilla.

—Bueno, príncipe… —lo apremió suavemente—. ¿Qué contestaste al sirviente

de Sutekh?

La mirada de Seqenenra se detuvo en los ojos pintados de su madre. Tenía los huesos de la cara tan delicados y bellos como los de una gacela. A sus sesenta años, su piel era de color terroso. Tenía el pelo blanco, y azules y nudosas las venas de las manos, pero la voz y los movimientos todavía recordaban a la grácil jovencita que había sido.

—Le dije que pondría bozales a los hipopótamos —contestó el hijo—. Creo que Uni quedó horrorizado ante mi presunción.

Tetisheri lanzó una carcajada.

—Uni parece una vieja —comentó—. Bueno, gracias a los dioses este asunto está resuelto. Has encontrado una solución brillante, como siempre. Hoy, Aahotep y yo dedicaremos el día a visitar a una amiga. ¿Y tú, qué harás?

Más allá de la cabeza de su madre, por encima de las copas de los árboles, Seqenenra contempló la muda invitación del viejo palacio requemado por el sol. «No —pensó decididamente—. Hoy no».

—Tani y yo iremos en barca a los pantanos —contestó—, y les diremos a los hijos de Set lo afortunados que son.

El príncipe y su hija, acompañados por varios guardias que caminaban junto a las literas, y con *Behek* y otros perros detrás a la carrera, recorrieron la corta distancia que los separaba de la orilla de los pantanos. Una vez allí, subieron a una barca, y Tani puso a *Behek* a su lado dejando al resto de los perros al cuidado de los soldados. Navegaron entre los susurrantes papiros de los marjales y los lechos de lotos fragantes que seguían la pequeña estela de la barca. Los peces se escabullían antes de que Tani pudiese tocarlos. Las ranas saltaban como si desertaran de repente de las cañas y se lanzaban al agua pálida y fría. Una nube de libélulas azules se posó brevemente en la túnica blanca de Tani, que lanzó un chillido de alegría. Las garcetas se alzaban junto a ellos con un revoloteo de alas blancas y ascendían rumbo al sol. Al poco rato, Tani estaba empapada.

Seqeaeani la observaba con satisfacción. Finalmente, la jovencita se tranquilizó y, protegidos por la vegetación palustre, pudieron observar a los hipopótamos. Aquel día sólo vieran tres; movían perezosamente las orejas, con el agua hasta el lomo u los ojos entornados. Uno bostezó, exhibiendo una garganta cavernosa, el agua le resbalaba de las fosas nasales y los dientes festoneados de hierbas marchitas.

—Los quiero mucho —susurró Tani—. A pesar de que Estoy segura de que si el Uno los viera así, no querría matarlos.

—Los ha visto —le recordó Seqenenra—. Pero tal vez tú fueras demasiado pequeña para acordarte. —Mientras habla no dejaba de vigilar con atención a los animales. Eran voluminosos, de movimientos lentos, pero también podían llegar a ser peligrosos—. Entonces sólo tenías seis años. El Uno había ascendido al Trono de

Horus en Het-Uart y quería visitar a todos sus gobernadores. Vino y se quedó unos días con nosotros, o mejor dicho, se quedó en la barca real amarrada al embarcadero. Mientras estuvo aquí, celebramos grandes fiestas.

Uno de los hipopótamos se hundió hasta que sólo se le vieron las ventanas de la nariz y los pequeños ojos, luego se dirigió a la orilla. Seqenenra hizo una señal a los sirvientes y la barca viró para emprender el regreso, deslizándose de nuevo entre los papiros.

—Creo que lo recuerdo —dijo Tani con aire dubitativo—. ¿Llevaba barba?

—Sí. Una pequeña barba. Creo que no la conservó mucho tiempo.

—¡Ay, padre! ¡Mira arriba! ¡Un halcón! —Seqenenra siguió con la mirada la dirección en que apuntaba el dedo de su hija. «Se afeitó la barba, pero no pudo disimular sus ojos, que están demasiado juntos, ni la torpeza con que sujetaba el cayado y el mayal», pensó.

—¡Vamos *Behek*! —apremió Tani al perro—. ¡Salta y nada! ¡Llámalo, Hor-Aha!

Seqenenra hizo a un lado sus pensamientos mezquinos y se entregó a los placeres de la tarde.

Kamose vio la tierra seca del campo de entrenamiento a sólo unos dedos de su nariz. Encogió levemente los hombros para poner a prueba la fuerza con que Si-Amón le asía el cuello y sintió que el codo de su hermano le apretaba la garganta. Con la mano libre, Si-Amón aferró las muñecas de Kamose y las sostuvo a su espalda. Ambos jóvenes sudaban copiosamente y respiraban con fuerza. El aliento acre de Si-Amón soplaba en la oreja de su hermano.

—Tienes que tumbarme al suelo —dijo Kamose a duras penas—. Tengo los pies firmes.

«Si consigo hacerle perder el equilibrio podré hacerlo caer», pensó. Si-Amón estaba inclinado sobre la espalda sudorosa de Kamose. Éste simuló un momentáneo aflojamiento y sintió que su hermano se movía de forma casi imperceptible para aferrarlo mejor, y en ese instante en que el equilibrio de Si-Amón vaciló, Kamose abrió las piernas y se inclinó hacia delante. Con un grito, Si-Amón cayó a tierra. Veloz como el rayo, Kamose se puso encima de él, clavándole la rodilla en el pecho para que su hermano no lo derribara hacia delante.

—Ultimo asalto —jadeó levantándose con una sonrisa para tender enseguida la mano a su hermano—. No puedo creer que esta vez te haya ganado.

Si-Amón se levantó y ambos se abrazaron.

—Disfruta todo lo que puedas de tu victoria —dijo Si-Amón en son de broma—. Porque no se repetirá. Ganaste porque hoy no estoy en buena forma. Anoche bebí demasiado vino.

—¡Tonterías! —Kamose se dirigió al lugar donde habían dejado los *shentis* sobre la tierra caliente—. Al final lograré ser mejor luchador que tú, Si-Amón. Dedico

mucho más tiempo que tú al entrenamiento. Te estás volviendo perezoso.

Le arrojó a Si-Amón su *shenti* y se ciñó el suyo en la cintura.

—Tienes razón —convino Si-Amón, de buen humor—. Me gusta mantenerme en forma, pero no me interesa la perfección física del soldado. Y tampoco sé para qué me tendría que molestar tanto.

Señaló con una mano hacia el otro extremo del campo de entrenamiento, donde maniobraba un numeroso grupo de soldados, con las espadas resplandeciendo al sol y los cuerpos musculosos y bronceados cubiertos de aceite. Las agudas voces de mando del oficial llegaron a oídos de los hermanos mientras veían evolucionar a los soldados en formación.

—Nos resultan un juguete caro —continuó diciendo Si-Amón mientras se enjugaba la frente con el *shenti* antes de ponérselo—. Estoy de acuerdo en que los guardias son necesarios y que conviene dejar algunos más de refuerzo cuando estamos de viaje, y un pequeño contingente para las provincias si hay problemas, pero con el ejército del rey a nuestra disposición, nuestro padre podría enviar a su casa a sus quinientos soldados. Tener que mantenerlos vuelve loco a Uni.

—Tal vez algún día sean necesarios —contestó Kamose mientras levantaba sus sandalias y les sacudía la arena.

Si-Amón reaccionó a las palabras de su hermano con una fuerza que traicionaba su secreta preocupación.

—¿Para qué? —replicó—. La única necesidad que podría impulsar a nuestro padre a tener un verdadero ejército privado sería la de luchar contra el Uno, y por la forma en que reaccionó ante la carta del rey, sé que tiene ese pensamiento en la mente. Nadie es más consciente que yo de que por nuestras venas corre sangre real, y por eso mismo no comprendo nuestro destierro voluntario en este lugar lúgubre y lejano, cuando podríamos estar sentados junto a Apepa en Het-Uart y disfrutando de sus favores. Nuestro padre es demasiado orgulloso.

—¿Te parece orgullosa la actitud de un príncipe que prefiere gobernar con autoridad la casa de sus antepasados a lamer todos los días las botas del rey en una región de Egipto donde no tiene amigos ni raíces? —preguntó Kamose, irritado—. Ojalá hubiera nacido antes que tú, Si-Amón, porque en ese caso serías libre para ir al norte y adular al rey, mientras yo me preparaba para hacerme cargo de las responsabilidades del príncipe de Weset.

—¡Qué poco sentido del humor tienes! —se burló Si-Amón con benevolencia—. ¡Qué serio eres! ¿Nunca te diviertes, Kamose, ni haces el amor con algunas sirvientas, ni te emborrachas en tu barca, a medianoche, en medio del río? ¡Eres siempre tan solemne…!

Kamose se contuvo de contestarle con acritud.

—Tomo la vida con un poco más de seriedad que tú, Si-Amón, eso es todo —

contestó con tranquilidad mientras se encaminaba a la puerta del muro que conducía a la parte trasera del campo de entrenamiento. Si-Amón se apresuró para no quedarse atrás.

—Te pido disculpas —dijo—. Si fuéramos parecidos en otras cosas, aparte de nuestro físico, nuestra vida sería más sencilla. Y, sin embargo, te quiero.

Kamose sonrió.

—Yo también te quiero.

—De todos modos —dijo Si-Amón, que siempre quería decir la última palabra—. Si a nuestro padre alguna vez se le metiera en la cabeza cometer traición contra Ma’at y marchar contra el rey, yo no lo seguiría. Esto me preocupa.

—A mí también —admitió Kamose—, pero no por nuestra lealtad hacia el rey. Me preocupa la disolución de la familia y la destrucción de la vida que llevamos aquí, en Weset Pero es inútil que sudemos más de lo que ya hemos sudado, y todo por discutir acerca de una nube de humo. Te propongo que nos bañemos. Quiero que me unten el cuerpo con aceite antes de que los músculos se me endurezcan y me empiecen a doler. De todos modos —y en aquel momento dirigió a Si-Amón una de sus radiantes y poco frecuentes sonrisas—, Apepa no es Ma’at en Egipto. Nuestro padre sí.

Ante tales razones, Si-Amón no supo qué responder. Cruzaron el portalón y el patio, atravesaron rápidamente bajo la sombra de los graneros y se encaminaron juntos a la casa de baños.

La carta de Seqenenra no recibió respuesta alguna del rey. Men regresó del Delta varias semanas después e informó de que no había sido recibido por Apepa. Había entregado el papiro a Itju, el jefe de los escribas del rey, y al día siguiente se le informó de que podía marchar. Fue a ver los rebaños de su amo, que engordaban en las praderas regadas por el abundante Nilo que se abría a través del Delta en dirección al Gran Verde; podría asegurar a Amonmose que el ganado de Amón se encontraba en un estado excelente. Había contemplado a los aurigas del rey que hacían maniobras en las afueras de Het-Uart. Al regresar pasó un día admirando las maravillas de Saqqara, la antigua ciudad de los muertos, e incluso había subido a una de las pirámides más bajas, como uno de tantos viajeros.

Seqenenra le hizo pocas preguntas. Durante los días siguientes su ansiedad fue desapareciendo y por fin se borró al ver que la barca real recorría el río en dirección a Kush, o desde Kush al Delta, y que cada vez pasaba por Weset con los remos en movimiento y las banderas al viento. La delirante exigencia de Apepa y la respuesta igualmente irracional de Seqenenra quedaron relegadas en el fondo de su mente, y casi nunca se acordaba de ellas.

Capítulo 2

Mientras la primavera se convertía en verano y comenzaba la estación de Shemu, Seqenenra delegó el gobierno en Kamose durante su ausencia y llevó a Aahotep y al resto de la familia a Khemennu, ciudad situada al norte de Weset. Tetisheri declinó la invitación porque prefería ordenar su tiempo conforme a sus deseos. Kamose estaba más que feliz de encargarse de los asuntos de las provincias, cazar un poco en las colinas del desierto y disfrutar de la paz de su solitaria rutina. Seqenenra no insistió en que Si-Amón tomara a su cargo los deberes de heredero. El bullicio de la finca de Teti le produciría mucho más placer que a Kamose. Ahmose se alegró de no tener que elegir. Se sentía feliz en cualquier lugar. Los cultivos crecían, densos y prometedores, en los campos. Los canales que los bordeaban estaban llenos de agua, contenida por diques de barro, mientras que el caudal del Nilo había descendido tras la última inundación. En las huertas ya crecían los puerros, las cebollas, los rábanos, la lechuga y los melones, y junto al estanque las flores rosadas, azules y blancas, se estremecían. Los monos trepaban a las palmeras que se alineaban a lo largo del río y de los canales y dirigían su balbuceo a todos los transeúntes. Entre los densos papiros se ocultaban los cocodrilos jóvenes, observando con perezosa codicia los saltos de los polluelos recién nacidos.

La inundación había sido generosa. Isis lloró copiosamente, inundando a Egipto de fecundidad. Seqenenra sabía que, si bien de las cosechas resultantes habría que pagar los impuestos correspondientes al Uno, dejarían su tesorería personal bien llena para otro año. Si-Amón y su hija mayor se presentaron ante él, inmediatamente antes de la partida, ambos solemnes y llenos de orgullo, con la noticia de que Aahmes-Nefertari estaba embarazada y daría a luz a su primer hijo. Encantado, Seqenenra los felicitó. Aahotep le dio a Aahmes-Nefertari un amuleto Menat, para que le brindara especial protección, y toda la familia quemó incienso ante Tueris, que se alzaba, gorda y sonriente, con su gran cuerpo de hipopótamo orgulloso de lo que llevaba en su seno, a la entrada die las habitaciones de las mujeres. Tani siempre había tratado con feliz dedicación la estatua de la diosa, y le acariciaba el amplio vientre cada vez que entraba en su cuarto o salía de él, pero de un tiempo a esta parte, Aahmes-Nefertari le había llevado cada día una o dos flores, que ponía a los pies de la diosa, y con asiduidad recitaba allí sus oraciones de la mañana y de la tarde.

Fue un grupo alegre el que se despidió de Kamose y de Tetisheri. Aahotep esperó hasta que se perdieron de vista la casa rodeada de árboles y los escalones del embarcadero, bañados por el sol. Detrás de su barca navegaba la que conducía a Si-Amón y Aahmes-Nefertari. Ahmose y Tani compartían la tercera. Los precedían los sirvientes que todas las tardes instalarían el campamento para la familia a la orilla del río. Aahotep hizo una señal, se dirigió a la estera tendida bajo el toldo, en la pequeña

cabina donde Seqenenra ya estaba sentado, y en cuanto se instaló a su lado, Isis le alargó una taza de agua.

Weset ya se alejaba, con sus grupos de casas de adobe enjalbegadas, las estrechas callejuelas llenas de asnos y las mujeres que lavaban la ropa a la orilla del río, arrodilladas junto a la superficie del agua; y el Nilo corría plácidamente a través de pantanos de cañas que, al este, daban paso a campos sobre los que se inclinaban los labriegos, y al oeste, a matorrales de papiros que crecían de forma espontánea, y más allá, a la arena que cubría el pie de los peñascos.

—Lamento que Tetisheri no haya querido acompañarnos —comentó Aahotep mientras bebía el agua—. Le iría bien alejarse por un tiempo de Weset.

—Khemennu se encuentra bajo el control directo del Uno —le recordó Seqenenra —. A mi madre le gusta abrigar la ilusión de que todos somos libres o, por lo menos, no le gusta tener que tragarse sus palabras o morderse la lengua. Ella y Kamose se entienden muy bien. Tendrán oportunidad de discutir sobre asuntos menores de la administración.

—Supongo que tienes razón. Y estoy segura de que dedicará mucho tiempo a llevar ofrendas al santuario de tu padre y a orar en él. Casi no lo menciona, y sin embargo sé que lo echa mucho de menos. Mientras estemos allí, yo también iré a la tumba de mis padres en Khemennu y prepararé una comida conmemorativa. Seqenenra, ¿podrías hablar con los sacerdotes para asegurarte de que se haya hecho un buen uso de las sumas de dinero que enviamos? Kares se escribe con él, pero en estos tiempos nadie sabe… ¿Seqenenra?

El príncipe volvió al presente con un sobresalto.

—Lo lamento, Aahotep. Me estaba preguntando si debería visitar a mis alcaldes y a mis gobernadores en nuestro camino hacia el norte o acaso cuando volvamos. A veces conviene que hablen directamente conmigo en lugar de hacerlo con uno de mis inspectores.

—No, no era eso en lo que pensabas —dijo Aahotep mientras le cogía una mano —. Pensabas en el futuro hijo de Si-Amón.

Seqenenra levantó la vista hacia la tela del toldo, cuyas borlas se movían impulsadas por el viento, y luego miró más allá. El cielo era de un azul muy intenso, y al mirar al sol con los ojos entornados vio un halcón en lo alto, las alas extendidas e inmóviles, una mancha negra en la inmensidad del cielo. Oyó que el timonel daba una orden y que uno de los marineros respondía. Bajó la mirada con lentitud y la fijó en Isis y en Kares, inclinados sobre la borda y conversando en voz baja, con la actitud vigilante que caracterizaba a todos los buenos sirvientes. Se inclinó y besó los labios generosos de Aahotep, pintados con alheña, y mientras lo hacía, le apartó del rostro un mechón de pelo negro.

—Tienes razón —admitió—. Me alegro por ellos dos, y sin embargo…

—Y sin embargo desearías poder convencer a Kamose de que se casara con Tani para que ellos también te dieran nietos y tu herencia estuviese doblemente asegurada.

Seqenenra se apartó con expresión sombría; estaba sentado con una pierna extendida y otra doblada, que abrazaba por la rodilla, como pudiera hacerlo cualquier invitado en su jardín. Aahotep esperó y al ver que su marido no contestaba, continuó diciendo en voz baja:

—Por línea de sangre y por nacimiento eres el rey de estas tierras. Te habrías casado con tu hermana si no hubiera muerto tan joven. Por eso te sientes tan indefenso. Me entregaron a ti porque mi familia es también antigua aunque no lleva sangre real en sus venas. El verdadero Ma'at de Egipto pende de un hilo. Kamose resiste todos los esfuerzos que haces para lograr que se case con Tani el año que viene, cuando ella llegue a la mayoría de edad, de manera que te preguntas si no tendrás que obligarle a hacerlo. Sin embargo, la vida que parece tan prometedora y resistente puede tambalearse y desaparecer en cualquier momento, querido hermano. El hijo de Si-Amón será de estirpe real. Kamose puede morir mañana, el mes que viene, el año que viene. —Para conjurar el maleficio que pudieran ocasionar sus palabras, Aahotep tocó la cruz ansada de plata que llevaba colgada al cuello y el amuleto de Sekhmet que lucía en el brazo—. No sabemos nada. Siéntete orgulloso de tu hijo. Si Kamose decide entrar en razones y él y Tani tienen hijos, tanto mejor. En caso contrario, todavía queda Ahmose.

—Tienes razón —dijo Seqenenra—. Me aflijo por mí, por mi padre y por un Ma'at herido. Me lamento porque me iré a la tumba, y Si-Amón a la suya, sí, y también Kamose, siendo gobernadores de segunda categoría. Nunca llegaré a tener en mis manos el cayado y el mayal, Aahotep.

—Sin embargo, siempre has obrado bien ante los ojos de los dioses —le recordó ella—. Cuando pesen tu corazón, ya nada importará. ¡Isis! —La mujer dejó de contemplar el panorama y se le acercó haciendo reverencias—. Trae el juego de conos. Mira, Seqenenra —señaló la orilla—. Da la impresión de que en este pueblo sólo viven niños y bueyes. Supongo que los han metido en el río para refrescarlos. ¿Quieres poner los conos o lo hago yo?

Jugaron varias partidas; comieron, bebieron y volvieron a jugar. Aahotep procuró no derribar el cono de Seqenenra en la casilla que indicaba el agua fría y negra de los infiernos, donde los muertos clamaban por la luz de Ra. El estado de ánimo de Seqenenra pronto mejoró. No era un hombre que se dejara llevar a menudo por la autocompasión; al igual que todos, se sabía adicto a la lucha mágica entre los conos y los carretes. Al aumentar el calor de la tarde, Aahotep llamó a Isis para que la abanicara y luego se retiró a descansar.

Seqenenra se levantó, desperezándose, y se encaminó a la borda de la barca. Al principio quedó hipnotizado por la estela que dejaba tras de sí y luego fijó la mirada

en la orilla del río. Pueblos, palmeras erguidas, canales en los que se reflejaba un cielo de bronce, de vez en cuando un labriego desnudo que llevaba un asno; todo aquello aparecía de pronto, se imprimía en su conciencia alterada por la cálida neblina y se alejaba como cuando se sueña despierto. Todo le era conocido. Ya en su juventud había viajado arriba y abajo por el Nilo, desde Weset al sur hasta Swenet y hasta Qes, al norte, límites de la región de Egipto que se le permitía administrar, y a su padre antes que a él. Año tras año había sido testigo de la aparente inmutabilidad de sus dominios. La inmutabilidad era un aspecto de la justicia de Ma'at, el orden eterno impuesto por los dioses cuando Egipto surgió de Nun, las aguas primitivas, y Osiris todavía era un dios de los vivientes.

Cuando era joven y viajaba con Senakhtenra, aquella familiaridad le resultaba tranquilizadora. Sin embargo, en aquel momento sabía que la inmutabilidad de los pueblos era lo único de Ma'at que quedaba. La barca pasaba junto a un santuario en ruinas y cubierto por la hierba, y cuando Seqenenra volvió la cabeza para no perderlo de vista, observó que de sus puertas abiertas salía una jauría de perros que corría hacia el río. Los setiu que gobernaban Egipto habían llevado consigo a sus propios dioses, deidades incultas y de nombres difíciles; entre tanto, los hogares de los dioses de Egipto se desmoronaban.

«¿Cómo es posible que no lo haya notado antes?» se preguntó Seqenenra, profundamente angustiado. «Khentiamen-Tiu, chacal de Aabtu, tu templo y centenares como el tuyo no han permanecido inalterados, no. Se desmoronaban mientras yo navegaba, año tras año, y Set y Sutekh lentamente se iban convirtiendo en uno, y Hator e Ishtar se mezclaban. Horus y Horón…». Se estremeció. «Mi cuerpo vive a la sombra del viejo palacio. Mi *ka* habita en el pasado, de manera que puedo sin esfuerzo mantener a raya el presente. ¿Y por qué no?».

Fatigado, se alejó de la borda y se sentó en los cojines. Uni se le acercó de inmediato, pero Seqenenra, alzando el brazo sobre los ojos, le indicó que se alejara. «Que Kamose se case con quien quiera y cuando quiera. Que Ahmose continúe con su vida salvaje y desenfadada. Dentro de cinco o diez *hentis* es posible que ocurra un cambio, pero no durante mi vida, ni durante la de mis hijos. Este es el Ma'at de la actualidad. Esta es la ley del Uno, Apepa, amado de Set, usurpador extranjero de Het-Uart». No sentía irritación, sólo lo sorprendía haber comprendido en aquel momento la situación de su país, precisamente aquel día, durante un corto viaje de poca importancia. Pensó en ello, pero el calor le produjo un agradable cansancio y se durmió.

En Khemennu eran huéspedes de Teti, el primo de Aahotep, un hombre de gran fortuna que había obtenido del rey el cargo de inspector y administrador de diques y canales. Teti era dueño de muchas propiedades y su ocupación consistía en recorrer las provincias que estaban bajo su jurisdicción después que la inundación se retirase,

a fin de encargarse de la reconstrucción de los diques y de reparar los canales de mayor irrigación del Alto Egipto. Su esposa Nefer-Sakharu era sacerdotisa del templo de Tot, deidad reverenciada no sólo como dios de la sabiduría y de la escritura y, por tanto, como patrono de todos los escribas, sino también como esencia de la luna. Khemennu era su ciudad y Aahotep, devota de Tot desde siempre, pasaba muchas horas en el templo cuando no se encontraba visitando parientes. Khemennu era un bello paraje, rodeado de espesas higueras, en cuyas calles de tierra se alineaban las palmeras datileras y cuyos puertos eran muy activos.

La finca de Teti se encontraba en el límite norte, junto al templo de Set, edificado cincuenta años antes. Él dirigía a muchos funcionarios menores, y los escalones de su embarcadero estaban por lo general llenos de gente.

Seqenenra se sentía fuera de lugar cuando caminaba con Teti por la ciudad, cuando juntos subían a una barca e iban a algún lugar donde se acababa de originar una disputa sobre los límites de un campo cuyas marcas habían sido borradas por la inundación, o cuando se sentaba a su lado durante la comida y el salón de recepciones de Teti estaba lleno de dignatarios de Khemennu y de ruidosos músicos y acróbatas. No se debía tanto a que su pariente político tuviera un ritmo de vida más agitado cuanto al aire inconsciente de alegría y satisfacción que observaba en Teti. Adoraba a Tot como al protector de su provincia y a Set como al señor de su rey; organizaba las cuestiones de la familia y del personal a su servicio; recibía cordialmente y con aplomo a los heraldos que frecuentemente llegaban del Delta, y hasta charlaba con Seqenenra con el equilibrio justo entre deferencia y camaradería a que obligaba la superioridad de la sangre de éste y que por otro lado permitía su posición de inferioridad respecto al Uno. A Seqenenra le pareció que Teti era un hombre al que no acosaban los sueños funestos ni los remordimientos. Lo envidiaba.

Con el permiso de Seqenenra, Teti puso a Tani al cuidado de su hijo Ramose, un joven de dieciséis años al que le encantaba cazar aves y que prometió cuidar de su prima segunda como si se tratara de la misma Hator. Para sorpresa y secreta diversión de su padre, Tani se ruborizó ante las palabras del joven, y ambos reunieron sirvientes y, armados de lanzas cortas, desaparecieron en los pantanos.

—Esos dos parecen llevarse muy bien —comentó Teti una tarde.

El y Seqenenra estaban sentados junto al lago artificial de Teti, que era pequeño pero estaba espléndidamente decorado con azulejos azules, bebiendo vino de granada mientras Ra descendía hacia la boca de Nut más allá de las colinas del oeste.

—Ramose es un hijo responsable y sin duda Tani se acerca a la edad del casamiento, ¿no? —Seqenenra le dirigió una mirada de sorpresa y Teti lanzó una risita—. ¿No has pensado en ello, príncipe? Es posible que pertenezcamos a la nobleza menor, pero soy un hombre rico, gozo de los favores del Uno y sería una bendición poder cimentar aún más la unión de nuestras familias.

—Tal vez —respondió Seqenenra con lentitud—. Sin embargo, Tani todavía es muy joven y no la forzaría si lo que ella y Ramose sienten no es más que amistad. «Además está Kamose —pensó—. El muchacho puede cambiar de idea. Tal vez a Tani su hermano te resulte más seguro y familiar que la perspectiva del ruido y el ajetreo de Khemennu».

—Yo tampoco querría que la forzaras —contestó Teti—. Después de todo, no sería un casamiento real ni de necesidad. —Hizo una seña para que les sirvieran más vino y dirigió una sagaz mirada a Seqenenra—. Los hijos de Si-Amón y Aahmes-Nefertari mantendrán pura tu línea de sangre. A Tani podría irle mucho peor si se casa con alguien distinto de mi hijo.

Seqenenra se inclinó hacia delante, como si quisiera disculparse.

—Teti, mi vacilación no es fruto de la arrogancia. Lo lamento. La idea no se me había ocurrido, eso es todo.

—Supongo que no —replicó Teti, entornando los ojos—. Pero piénsalo un poco, príncipe. El Uno estaría más que satisfecho.

Seqenenra se puso rígido y miró a Teti directamente. En aquel momento éste levantaba su copa de oro y bebía, pero tenía la fría mirada clavada en él.

—¿Este casamiento es idea del Uno?

Teti bajó la copa y arrojó el resto de su contenido al agua del lago, que los últimos rayos del sol teñían de rojo. Los sirvientes ya iban de un lado para otro del jardín con lámparas.

—No directamente. Pero en los últimos tiempos, en varias ocasiones, cuando me concedió audiencia en Het-Uart para hablar de las nuevas tierras que hay que inundar, mostró interés por mi hijo y por tu hija, aunque por separado dentro de la misma conversación, creo que como una forma indirecta de manifestar sus deseos.

—Pero ¿por qué?

Seqenenra no quería ser él quien pronunciara las palabras. Allí, en una ciudad donde las propiedades del gobernador setiu estaban a sólo un tiro de piedra de distancia, era más seguro que surgieran de labios de Teti.

—Tú sabes por qué —contestó Teti en tono cortante—. El Uno tiene tu juramento de obediencia y el papiro firmado por tu abuelo, pero Weset está muy lejos de Het-Uart y creo que a veces el sueño divino se interrumpe por el temor de que ambos hijos de Seqenenra Tao terminen casándose con las hijas de Seqenenra Tao. Porque, en tal caso, se habría creado un potencial para la traición.

Seqenenra lanzó una carcajada, aunque una sensación de frío le recorría el cuerpo.

—Pero tú me conoces, Teti, y conoces a mis hijos. Vivimos silenciosamente, servimos a Amón en paz, administramos nuestras provincias honradamente. Las sospechas del Uno son injustas.

—Todavía no son sospechas —le aseguró Teti—. Estoy seguro de que son sólo momentos de inquietud. Pero aparte de eso, Seqenenra, ¿no crees que Ramose y Tani harían buena pareja? ¡Mírate a ti con mi prima!

Acababa de oscurecer por completo. La noche calurosa se llenó de repente del perfume de los lotos, los brotes del granado y el olor a ganso asado que salía de la cocina, situada más allá del patio de arena. Las lámparas arrojaban una luz amarilla sobre los cojines abandonados y sobre los restos del refrigerio de bienvenida a base de fruta y vino, que no permitía a los presentes distinguirse el rostro unos de otros.

—Tienes razón —consiguió decir Seqenenra, mientras luchaba contra el rechazo que la idea le producía—. Pero esperemos hasta saber lo que Tani y Ramose dicen sobre el asunto cuando llegue la hora de volver a casa.

—Me parece justo —Teti se levantó haciendo un ademán y Seqenenra lo imitó—. Ahora entremos a ver lo que han hecho las mujeres durante todo el día. Esta mañana, mi esposa ordenó que prepararan las literas, de manera que es probable que hayan visitado a los comerciantes. De todos modos, me alegra que Aahotep y tus hijas estén aquí. Ojalá vinieran con más frecuencia. Mi esposa les tiene un enorme cariño. ¿Sabes? Debo juzgar una riña terrible que se produjo en el Delta entre un grupo de labriegos y el inspector de tierras de Set. Parece que este año uno de los diques que separaba dos campos vecinos fue completamente erosionado por la inundación y el inspector reclama más tierras que las que originalmente pertenecieron al dios, o por lo menos eso es lo que dicen los labriegos. Debo consultar los títulos de las tierras y la inspección original y espero encontrar en ellos algo que me permita emitir un juicio. El Uno dice que…

Seqenenra lo escuchaba con amabilidad, aunque algo ausente, mientras cruzaban el jardín y recorrían las columnas del vestíbulo de entrada y el corredor pintado con colores alegres. De repente tuvo la sensación de que acechaba algún peligro, y se sintió inquieto y abandonado.

—¡Teti! —exclamó.

El hombre cesó de hablar y se volvió a mirarlo.

—¿Sí?

—En una época, tu abuelo fue príncipe *erpa-ha* y gobernador de las provincias de Khemennu, ¿verdad?

Teti se le acercó, y cuando habló lo hizo casi en un susurro.

—Sí, lo fue. ¿Y qué importancia tiene?

«¡Oh, dioses! —pensó Seqenenra, desolado—. ¿Qué me pasa? Las heridas de Teti, mis heridas, cicatrices son ya, secas y curadas. ¡Amón, impide que vuelva a tratar de abrirlas!». Detrás de Seqenenra, la lámpara del vestíbulo parpadeaba y las lenguas de luz cruzaban espasmódicamente el rostro de Teti, haciéndole brillar los ojos.

—¿Por qué no eres gobernador de Khemennu? El título de *erpa-ha* es hereditario.

Sabía que acababa de transgredir con gravedad los límites de la hospitalidad y del afecto familiar, pero no lo pudo evitar. Teti se mordió los labios.

—Creí que lo sabías, príncipe —murmuró con voz ronca—. Mi abuelo encabezó una insurrección contra Osiris Se-kerher, el abuelo de Apepa. No llegaron más allá de Henen-Nesut, al sur de Ta-She. Mi abuelo fue perdonado, pero le arrancaron la lengua y le quitaron el título por traidor. Sin embargo, nuestro rey y su padre fueron misericordiosos. Mi padre, Pepi, se redimió luchando en el primer ejército de Apepa, y yo estoy agradecido por lo que tengo. —Se introdujo en las sombras más profundas, pero Seqenenra siguió viéndole los ojos, velados y cautelosos—. Me dejo mecer por el viento para no quebrarme —continuó diciendo Teti, ya con más confianza—. Te sugiero que hagas lo mismo, Seqenenra Tao. Sin duda siempre te he considerado un hombre templado y dúctil. No hay otra opción.

Se miraron en silencio. Al final del corredor, donde se abría al salón de recepciones y donde los invitados y otros comensales ya estaban conversando y riendo, la luz brillaba con fuerza pero sin llegar hasta ellos. Por fin, Seqenenra se humedeció los labios.

—¿De verdad no la hay? —exclamó—. ¿Estás enterado del asunto de los papiros, Teti?

Teti se adelantó un paso, cogió a su amigo por los brazos y lo sacudió una sola vez, con violencia.

—¡Sí, lo sé! ¡Todo Egipto lo sabe! Recíbelos con paciencia y respeto, y cesarán. No sé qué demonio te ha poseído, príncipe, pero te aconsejo que recurras a los magos para que te exorcicen.

—¿No hay otra opción? —Seqenenra pronunció las palabras con tanta suavidad que no pudo saber con seguridad si Teti las había oído. Entonces Teti lo soltó y se lo quedó mirando durante algunos instantes; lentamente, en sus facciones apareció una expresión de tristeza y de pena.

—No —replicó.

Giró sobre sus talones y entró en la grata algarabía del salón.

Aturdido y con el corazón palpitante, Seqenenra lo siguió. «Esto es el final», pensó mientras Aahotep lo veía y corría a su encuentro. Seqenenra se inclinó para que una sirvienta le atara un cono de cera perfumada en la cabeza y otra, con palabras sumisas, le pusiera alrededor del cuello una guirnalda de lotos azules. Aahotep le dio un beso.

—Pareces enfermo —comentó—. Ven a sentarte. ¿Has bebido demasiado vino generoso, príncipe?

Seqenenra se esforzó por dirigir una sonrisa al rostro maquillado de su esposa y se dejó conducir a la mesa cubierta de flores que los esperaba. El resto de los

invitados estaba detrás de sus respectivas mesas, y los músicos, con arpas y tambores bajo el brazo, se dirigían al estrado. «¡Es el fin, el fin! —pensaba Seqenenra intensamente—. Mañana me disculparé ante Teti. Ni siquiera tengo la excusa de que estaba borracho. Los invitaré a él y a su familia a Weset. Enmendaré lo sucedido». Pero cuando se sentó junto a Aahotep y se dispuso a saludar con amabilidad a la mujer que estaba a su otro lado, la rebeldía surgió en su interior como una corriente roja y enfermiza. «Soy un rey —pensó febrilmente—. Soy Horus. Y Horus no rectifica».

Aquella noche bebió demasiado, cantó con los cantores, bailó con las mujeres desnudas que daban vueltas alrededor de las mesas. No era el único. Cuando la fría luz del amanecer se introdujo en el salón, el suelo estaba cubierto de invitados demasiado borrachos para subir a sus literas y volver a sus casas. Aahotep, Uni e Isis tuvieron que alzar y arrastrar a Seqenenra hasta su lecho de las habitaciones de huéspedes donde, tras murmurar y quejarse, cayó en un sueño profundo.

Despertó cerca del mediodía con una sed abrasadora y un dolor de cabeza que amenazaba con partirla en dos. Se dio la vuelta en el lecho, se sentó y esperó a que la habitación dejara de girar. Oía voces en el jardín y, más a lo lejos, chapoteos y risas. Los perros ladraban. Oyó que llamaban a la puerta y entró Uni con una bandeja. Seqenenra le dirigió una leve sonrisa.

—Supongo que la mayoría de los sirvientes están atendiendo a los invitados que esta mañana deben darse tanta lástima como me doy yo —dijo—. ¿Hay agua, Uni?

El hombre puso la bandeja en una mesa que había junto al lecho.

—Sí. La serví yo mismo de un cántaro que hay en el corredor. Es fresca. También hay pan e higos, aunque temo que estén verdes. Si no los quieres, te puedo traer puerros tiernos.

Seqenenra cogió la taza y bebió el agua.

—Los higos me bastarán. Ve a la casa de baños y asegúrate de que dentro de un momento haya agua caliente para mí. ¿Dónde están los demás?

—La princesa Aahotep y Aahmes-Nefertari están en el jardín con el resto de las mujeres, observando a los tejedores. Tani y Ramose están nadando. Ahmose ha salido a pescar. Teti y su criado han ido a Khemennu y creo que Si-Amón se encuentra con ellos.

—Gracias. Puedes irte.

Uni hizo una reverencia y se marchó.

Seqenenra mordisqueó algunos higos aunque sin apetito. Después de haber calmado su sed, el dolor de cabeza disminuía. Repasó la extraña y espeluznante conversación que había tenido con Teti; era culpa suya, por supuesto, y descubrió que el vino que había bebido en abundancia había surtido, sin saber cómo, el efecto de una purga. Sentía la mente limpia, la desolación y la ansiedad habían desaparecido.

Podía regresar a su casa en paz.

Recorrió descalzo el corredor para sacar más agua de una tinaja, bebió, y luego, envolviéndose en la sábana, se dirigió a la casa de baños. De pie en la losa, mientras el sirviente de los baños lo aseaba, se dijo que la vida merecía la pena. Con la piel todavía húmeda y fresca, se encaminó a su habitación, abrió el pequeño altar de Tot y agradeció al dios que le hubiera concedido la sabia capacidad de aceptar con alegría lo que era imposible de modificar. Uni no volvió a aparecer. Malhumorado, Seqenenra se puso un *shenti* sencillo, una cadena de plata y las sandalias. Luego se aventuró a salir a la tarde luminosa.

Atravesó sin ser advertido el jardín, donde su esposa y su hija, sentadas sobre esteras bajo un toldo, conversaban animadamente con la esposa de Teti, que se encontraba en un banco. Cruzó los enrejados cubiertos de vides y el patio pavimentado y llegó a los escalones del embarcadero. Varios perros yacían jadeantes a la sombra de un grupo de acacias que se inclinaban sobre el agua, y el babuino preferido de Teti se le acercó, lo inspeccionó con curiosidad y le tendió una mano cubierta de pelo. Divertido, Seqenenra la tomó y la acarició, y el animal, por lo visto satisfecho, sonrió de manera grotesca y desapareció entre los arbustos.

Seqenenra bajó hasta los escalones. Tani y Ramose estaban apartados de la orilla, corriendo y forcejeando entre gritos y risas. Seqenenra los observó satisfecho. Instantes después, Tani lo vio y lo saludó con la mano, y ella y Ramose nadaron hacia los escalones y salieron del río, chorreando y jadeando.

—Salud, príncipe —dijo Ramose inclinándose—. Si aún no lo he hecho, te agradezco la compañía de tu hija.

—¡Ah! Creo que ya lo has hecho —le aseguró Seqenenra, sonriendo.

Ramose pareció confuso pero enseguida también sonrió.

—Ahora debo practicar un poco el tiro al blanco —anunció Ramose—. Disculpadme, por favor. Tani, más tarde le preguntaré a mi padre si podemos subir en un carro de guerra.

Y con esas palabras se alejó, pisando con seguridad el suelo de arena y con el sol que se reflejaba en las gotas de agua que cubrían su cuerpo. Tani se escurrió el pelo y se friccionó la cara para que se secara.

—¡Qué joven tan amable! —comentó Seqenenra—. Te gusta estar aquí, ¿verdad, Tani?

La joven separó de su piel morena la túnica de lino empapada. Seqenenra observó lo transparente que era cuando la tela estaba mojada, cómo moldeaba las curvas y líneas del cuerpo de su hija. Aquella hija suya era preciosa, y en pocos años tendría la seguridad que da la madurez y una clara conciencia de su propio atractivo. De repente se sintió orgulloso de ella. Orgulloso y posesivo.

—Sí —contestó Tani—. Me gusta mucho. Aquí siempre pasan cosas. ¡Oh, padre!

—se apresuró a corregir—. No se trata de que me aburra en casa. El hogar es mi lugar predilecto. No quiero faltarte al respeto, pero estar aquí es divertido.

—Me parece recordar que durante nuestra última visita estuviste de mal humor y no veías la hora de volver a Weset.

—Sí, bueno, pero eso fue hace cuatro años. Por entonces Ramose me arrojaba arañas y me hacía bromas, de manera que me negué a acompañarte durante los viajes siguientes. Pero ahora es distinto. Ahora Ramose es un hombre.

—¿Ya no te hace bromas?

—Sí, me hace bromas, pero sin maldad. Y también cuida de mí. —Por segunda vez notó que su hija se sonrojaba. Tani se puso a enjugarse el pelo—. Quiero que venga a pasar unos días con nosotros. ¿Lo invitarás, padre?

«Hay momentos en que pareces una persona adulta, Tani —pensó él antes de contestar—. A mí también me gustaría ver a Ramose en un ambiente distinto del de esta finca tan opulenta».

—Sí, lo invitaré —prometió—. Su padre está hablando de un compromiso matrimonial entre vosotros dos.

Ella no pareció sorprenderse. Se puso las manos entre las rodillas y observó el Nilo teñido por el sol.

—Nadie me ha comentado nada —respondió—, pero podría ser. Creo que es un gran muchacho y me parece que yo también le gusto. —De repente dirigió una mirada astuta a su padre—. Pero ¿qué me dices de Kamose?

En su interior, Seqenenra abandonó aquel sueño sin sentido y descubrió que no lamentaba que se disolviera en la nada.

—Si tú y Kamose hubierais demostrado el menor interés sexual el uno por el otro, insistiría en el matrimonio entre vosotros —confesó—. Pero Tani, nunca te obligaré a hacer algo que te resulte aborrecible. Si tú y Ramose continuáis aprendiendo a quereros, haréis feliz a mucha gente.

Ella besó la mejilla de su padre.

—Gracias, padre. Eres realmente maravilloso. Kamose no se casará hasta dentro de mucho tiempo, y lo sabes. Es demasiado serio con respecto a todo. Creo que iré a ungirme.

Seqenenra no la observó mientras se alejaba; permaneció sentado, con la barbilla apoyada en una mano y la mirada tija en la orilla opuesta, a la que el calor daba un reflejo üémulo. «Tani sólo tiene razón en parte —pensó—. No cabe duda de que Kamose es un hombre serio, pero su carácter está lleno de profundos sentimientos y de pasión. Si alguna vez conoce a una mujer que lo emocione, se dedicará a ella toda la vida».

Si-Amón disfrutó de su estancia en Khemennu. Se sentía como en su casa con los representantes del rey, que eran elegantes y amables, y que iban y venían por el salón

de recepciones de Teti. Vibraba de curiosidad al charlar con los mercaderes y comerciantes de Rethennu, Keftiu y Zahi, y sus preguntas en tono de confianza delataban una ávida excitación. También disfrutaba de las atenciones de las abundantes sirvientas de Teti. Era alto, tenía buen cuerpo, era apuesto y un príncipe. Recibía todas las deferencias como si las mereciera por derecho propio.

El y Teti siempre se habían tenido una especial simpatía. Teti era tan afable y abierto como su padre altivo y distante y, aunque Si-Amón quería a Seqenenra y tenía plena conciencia de la realeza que había en su sangre, muchas veces habría preferido ser hijo de Teti. Al pensar en aquello sentía vergüenza, pero no disminuía el placer que experimentaba. Había ido con Teti y con su padre a hacer la visita obligatoria al gobernador de Khemennu y sus provincias. Seqenenra se comportó con efusiva amabilidad, probando todos los platos de la comida de bienvenida, preguntando por la salud de la familia del gobernador y alzando su copa con palabras de alabanza al rey en sus labios, pero Si-Amón sabía que, más allá de tantas exquisitas convenciones, su padre se odiaba por su falta de sinceridad.

Aquel día, Si-Amón y Teti habían vuelto a la finca del gobernador y pasaron una mañana entretenida, contemplando los perros de caza, probando un vino raro de palma y escuchando los últimos chismes provenientes de Het-Uart. Si-Amón lamentaba tener que despedirse. Después, él y Teti montaron en sus literas y fueron conducidos a un paraje rocoso del desierto donde había algunas tumbas antiguas que habían sido abiertas y saqueadas. Si-Amón poseía el ávido interés de sus conciudadanos por los monumentos del pasado. Pronunció palabras de exclamación al ver las pinturas de las paredes y también sintió tristeza por aquellos lugares profanados. Después de rezar por el *ka* de quienes antaño yacieron allí, y de pedirle a Anubis que los recordara, ambos regresaron a la orilla verde y cultivada, donde los sirvientes del anfitrión extendieron esteras, instalaron toldos y les ofrecieron cerveza, pan y fruta para almorzar.

—Eres un hombre muy generoso, Teti —dijo Si-Amón mientras permanecían bajo una higuera sentados con las piernas cruzadas y bebían con placer su cerveza—. No nos visitas con suficiente asiduidad en Weset para que podamos corresponder a tu hospitalidad.

Teti le sonrió.

—Los dioses y el rey han sido buenos conmigo —contestó—. Y además, me encanta recibir visitas, Si-Amón. El resto de mis parientes no son personas muy agradables.

—¡Mi padre estuvo bastante agradable anoche! —replicó Si-Amón, riendo—. No es frecuente que se emborrache ni que se divierta tanto. Creo que le resulta relajante estar aquí. En casa toma con excesiva seriedad sus obligaciones.

En cuanto hubo pronunciado estas palabras se preguntó si no habría sido desleal.

Miró a Teti con inquietud, pero Teti había terminado de beber su copa de cerveza y sonreía con los ojos entornados.

—Como príncipe de este reino, tu padre debe mantener cierta dignidad —contestó—. Sin embargo, no creo que haya bebido porque estaba relajado ni por placer, Si-Amón. Desde su llegada se notaba que tenía muchos problemas y ha permanecido encerrado en sí mismo. Es a causa de los papiros que le envía el Uno, ¿verdad? Ojalá confiara en mí como un viejo amigo y permitiera que lo ayudara. —Si-Amón vaciló, deseando no haber hecho aquella observación con tanta libertad, pero Teti continuaba sonriendo. Se inclinó y puso suavemente su mano cálida sobre la de Si-Amón—. No es necesario que hables si no quieres —añadió—. Pero me gustaría que supieras, Si-Amón, que profeso gran cariño a tu padre, a ti y al resto de tu familia. Nosotros tenemos la misma sangre, por lejana que sea la unión. Los parientes deben ayudarse unos a otros.

Ahora Si-Amón se sentía desleal con Teti. Resultaría grosero dejar pasar aquel momento, y era verdad que experimentaba una urgente necesidad de confiar en aquel hombre. Su padre oiría las dudas que lo afligían, de hecho las conocía ya, pero escucharlas no implicaba que estuviera de acuerdo con él. Teti sería diferente. Teti lo comprendería.

—Sí, así debe ser —contestó Si-Amón. Teti le soltó la mano—. No se trata de nada realmente importante, Teti —continuó diciendo—. Pero los papiros contienen exigencias que parecen muy arbitrarias, ¡muy insensatas! Cada vez que llega alguno, mi padre se pone tenso y furioso.

Levantó la mirada. La expresión de Teti era de conmiseración y de comprensión. El hombre asintió.

—Y tú temes que llegará el día en que tu padre se cansará de ser leal a un rey que no parece agradecérselo y emprenderá alguna actitud temeraria que hará caer la desgracia sobre todos vosotros.

Si-Amón asintió con la cabeza; se sentía muy desgraciado.

—Creo que ya hay rebeldía dentro de su corazón. ¡Es injusto! —explotó—. Nuestra casa ha sido fiel a Het-Uart durante *hentis*. ¿Por qué el Uno nos acosa tanto?

—Tranquilízate —dijo Teti para calmarlo—. ¿Has comido bien? Me alegro. Beberemos un poco más de cerveza y luego continuaremos el viaje a casa. —Si-Amón observó el líquido oscuro que le servían en la copa—. Tú no eres una criatura, Si-Amón —le reprochó Teti con suavidad—. Conoces los temores del rey. Los dejará a un lado si tu padre se esmera en obedecer. —Bebió, lanzó un suspiro y se secó los labios con un pañuelo de lino que un sirviente le entregó con discreción—. Tú y yo debemos asegurarnos de que Seqenenra navegue en paz por esta tormenta. Te lo repito, pasará. Yo soy tu amigo, joven. Y también soy amigo de tu padre. —Dirigió una mirada solemne a Si-Amón—. Me disgustaría que algo os sucediera a alguno de

vosotros dos. Permíteme que os ayude.

Si-Amón miró con agradecimiento el rostro lleno y maquillado del anfitrión.

—Eres muy bondadoso, Teti —dijo con voz ronca—, pero no sé qué podrías hacer.

—Puedo hablar en favor de tu padre en Her-Uart. El Uno sabe que es imposible dudar de mi lealtad. Puedo convertirme en intermediario y, con tacto, derramar aceite sobre esas aguas encrespadas. También puedo ir a ver a tu padre y convencerlo de que actúe con sensatez y se contenga cuando su ansiedad le resulte insoportable.

De repente, Si-Amón supo lo que se avecinaba. Se retorció por dentro, deseando no haber sacado el tema y luego preguntándose si no habría surgido de todas maneras. Había caído en una trampa. No era posible desdecirse después de haber expresado la preocupación que le ocasionaba su padre. Parecería una falta de sensibilidad. No podía rechazar el ofrecimiento de Teti porque daría la impresión de que el problema era algo frívolo y de que sus palabras habían sido exageradas. «Pero esas palabras no salieron de mí, pese a que las tenía en el corazón —pensó mientras Teti lo miraba con cariño—. El que las expresó en voz alta fue Teti, no yo».

—Pero si quieres que os ayude, debo saber todo lo que le ocurra a Seqenenra —siguió diciendo Teti—. Alguien de confianza debe mantenerme informado para que pueda acudir a Weset en cuanto sea necesario. —Al ver la expresión de Si-Amón, negó vehementemente con la cabeza—. ¡No, no, no, mi leal joven! ¡Por favor! ¿Crees que te pido que espíes a tu padre? —Alzó las negras cejas—. Bueno, supongo que en cierto sentido es lo que te estoy pidiendo, pero mi petición se basa en el cariño, Si-Amón. ¡No permitas que Seqenenra caiga bajo los talones de Apepa! ¡Ayúdame a ayudarlo!

«Es una petición razonable —pensó Si-Amón—, aunque arriesgada. Si comienza a haber un exceso de correspondencia entre Weset y Khemennu, el Uno puede considerar que Teti mismo conspira con mi padre. Pero ¿qué puede tener de malo esta expresión de preocupación familiar?». Sin embargo, vacilaba.

—Muy bien —dijo a regañadientes—. Pero mi padre se pondría furioso si creyera que no confío en su juicio en lo que se refiere a este asunto, y que recurro al tuyo. Tienes razón al decir que debe ser vigilado por su propio bien, pero…

Teti se sacó un anillo del dedo y se lo mostró a Si-Amón.

—Este es el sello de mi familia —dijo—. Sellaré con él las misivas que te envíe. A tu vez tú me escribirás… ¿con qué sello?

—Con un hipopótamo —dijo Si-Amón lentamente.

—Muy bien. —Teti se volvió a poner el anillo—. ¿Estás enterado de que Mersu, el criado de tu abuela, creció en el mismo pueblo que mi mayordomo? Le puedes entregar cualquier mensaje que quieras hacerme llegar. Tú y Ramose os conocéis desde que erais niños. Puedes decir que las cartas son para él. O puedes no decir nada

y permitir que Mersu saque sus propias conclusiones. Pero, teniendo en cuenta su lealtad hacia tu familia, estoy seguro de que comprenderá.

Se levantó e indicó a los sirvientes con un ademán que podían comenzar a enrollar las esteras. Los encargados de llevar las literas se aprestaron a ello. Si-Amón también se levantó.

—Pero ¿hablarás con el rey? —preguntó—, ¿le asegurarás a Apepa la buena fe de mi padre?

—¡Por supuesto que lo haré! —Teti se adelantó y abrazó al joven—. Te juro que todo irá bien, Si-Amón. Tal vez tú y yo nos estemos dejando llevar por tonterías. —Soltó a Si-Amón y ambos se encaminaron a sus respectivas literas. Al salir de la sombra, los azotó el calor del sol—. Quizá todo esto se resuelva y lleguemos a reírnos de nuestra propia solemnidad.

Si-Amón no respondió. «Siempre me queda la posibilidad de volver a casa y no hacer nada —pensó mientras se instalaba en la litera y cerraba las cortinas—. Puedo hacer caso omiso de todo». Pero sabía que no lo haría. El odio secreto que su padre le tenía a Apepa debía ser calmado de alguna manera, convertido en algo inofensivo, porque si no los destruiría a todos.

Permanecieron un mes en Khemennu, comiendo, bebiendo y durmiendo, conversando con los visitantes de Teti y asistiendo con regularidad al templo de Tot. En una ocasión, Seqenenra se encaminó al templo de Set llevando consigo ofrendas de un vino poco común y tres bandas de oro, convencido de que el rey se enteraría y se sentiría tranquilizado y más seguro. Pero no le permitieron entrar en el santuario. Sólo el rey y los sacerdotes mayores de Set podían saludar frente a frente el rostro del dios, a pesar de que en su casa, donde Amón era el protector de su hogar y de su familia, a él le asistía el derecho de comunicarse directamente con su dios. Pero tampoco lamentó demasiado que le negaran el acceso a Set. No le apetecía ver al hermano renegado de Osiris, el dios de pelo y ojos rojos que reinaba en el desierto, por más salvaje e imprevisible que fuera, representado como lo veían los setiu al fundirlo con Sutekh, su propio dios bárbaro.

Seqenenra y Teti recuperaron enseguida la familiaridad de su relación. Habiendo decidido no disculparse, Seqenenra simuló que la conversación en el corredor no había tenido lugar, y Teti tampoco se refirió a ella. Entre abrazos y renovadas invitaciones a visitarse con mayor frecuencia, Seqenenra, su familia y la comitiva partieron hacia Weset. El viaje fue lento. Seqenenra se detuvo en cada pueblo de que era señor y conversó con los sacerdotes y los alcaldes, con los inspectores y con los oficiales de menor rango, y la familia no llegó al embarcadero hasta finales de Phamenoth.

Todo estaba bien. Kamose había llevado a cabo sus deberes en silencio y con eficacia. Tetisheri interrogó brevemente a Aahotep acerca de la salud y el bienestar de

sus parientes, pero no pareció demasiado interesada en las respuestas de su nuera.

Capítulo 3

La primavera llegó a su fin y Weset se hundió en la somnolencia del verano. En el emparrado, las uvas surgían y se iban hinchando, verdes y duras. Los sembrados perdían ya su verdor y empezaban a amarillear. A menudo, en las orillas arenosas, se veían cocodrilos al sol, inmóviles y con los ojos cerrados. El nivel del Nilo bajaba con rapidez y sobre aquel plácido dominio el calor bochornoso e infinito de Shemu exhalaba su aliento abrasador.

Tendido en el lecho durante las tardes aturdidas, con el cuerpo empapado en sudor, o acaso vagando en la casi frescura del viejo palacio mientras la familia y los sirvientes esperaban lánguidamente la bendición del ocaso, Seqenenra supo que no deseaba cambiar aquella vida tranquila y apacible por el refinado bullicio de la finca de Teti. Se sentían contentos de la prometedora cosecha que había de llegar y esperaban confiados el momento de celebrar la anual Fiesta Hermosa del Valle, cuando llevaban a Amón a la otra orilla del río a visitar los templos mortuorios y las tumbas de los antepasados; los ciudadanos de Weset lo seguían con alimentos para comer junto a sus muertos. Aahmes-Nefertari haría aumentar la familia. Tani se comprometería con Ramose y, una vez que se ejecutara el contrato, su hija se iría a vivir a Khemennu. La madre de Seqenenra iría a reunirse con su padre antes de que transcurrieran muchos años, él mismo engordaría y envejecería, con Aahotep a su lado, y le entregaría las riendas de la gobernación a Si-Amón. «No pido nada más —se dijo con férvor, de pie bajo la sombra polvorienta de una palmera, desde donde observaba a los campesinos que hacían funcionar los cigoñales para verter el agua en los canales vacíos—, mis tierras, mi familia, mi vida».

Tani dictaba gran cantidad de cartas para enviárselas a Ramose y pasaba mucho tiempo en los escalones del embarcadero, con un *Behek* aburrido echado a sus pies, a la espera de que apareciese la barca del mensajero en la curva del norte. Algunas veces las barcas de Teti llevaban papiros de Ramose; otras, el joven confiaba sus mensajes para Tani a algún heraldo real que los entregaba en Weset al pasar rumbo a Kush. Seqenenra había dejado de temer que una de aquellas naves se dirigiera a su embarcadero, por el contrario, les daba la bienvenida porque alegraban a Tani.

Payni y Epophi llegaron y se fueron en medio de un calor insoportable que secaba las hojas de los árboles y quitaba energías tanto a animales como a seres humanos. Comenzó Mesore y de repente los días ociosos llegaron a su fin. Los jardineros llenaban cestos de verduras. Los sirvientes comenzaron a cosechar las uvas y en el blanco deslumbrante del gran patio que había al sur de la casa, los hombres las pisaban entre bailes y cantos.

Si-Amón, Kamose y Seqenenra pocas veces se encontraban en la casa. Día tras día recorrían los campos, observando a los inspectores que ordenaban el trabajo de

los campesinos. Las hoces se alzaban y caían. La cosecha de lino merecía una especial atención porque gran parte de ella viajaría al norte, donde se vendería para cubrir las necesidades de la familia. El resto sería tejido por Isis y otros sirvientes para uso de Aahotep y sus hijas. La cebada se separaba para la nueva cerveza de la estación. La cosecha era abundante, y amos y campesinos trabajaban con alegría.

Hacia el fin de Mesore, cuando Si-Amón, Kamose, Seqenenra y Uni se encontraban encerrados juntos calculando los rendimientos y tratando de sacar en limpio la cantidad que debía viajar a Het-Uart en concepto de impuestos y tributos, Aahmes-Nefertari llamó a la puerta y se acercó al escritorio cubierto de papeles. Ya estaba en el octavo mes de embarazo, pero como era primeriza, su delgado cuerpo no estaba muy deformado. Sufría el calor más de lo habitual y ya no dedicaba mucho tiempo a recorrer los campos. Aquel día iba descalza y se había puesto una túnica que le llegaba a los tobillos, sujeta bajo los pechos por dos gruesas bandas de lino que le cubrían los pezones. Llevaba el amuleto Menat, regalo de su madre, colgando del cuello con un cordón de cuero. No llevaba adornos en los brazos, y en el pelo lucía unas cintas amarillas que se le pegaban a los hombros sudorosos. Al acercarse se echó hacia atrás el pelo también húmedo. Detrás de ella, Raa, su niñera de la infancia y compañera preferida, la seguía descalza con un gran abanico almidonado.

Los hombres levantaron la vista de su trabajo. Aahmes-Nefertari se sentó, con expresión muy seria, en el banco que Seqenenra le acercó.

—Gracias, padre —dijo—. Lamento molestaros, pero una barca real acaba de partir del embarcadero. El heraldo no pudo quedarse para hablar contigo, dijo que tenía asuntos importantes que tratar con el príncipe de Kush y me dio un papiro para ti. ¡No sabes lo desilusionada que está Tani!

Seqenenra lanzó una carcajada.

—Tani se está acostumbrando mal. Cree que todas las embarcaciones que navegan por el Nilo lo hacen para su provecho. Supongo que el papiro contiene la suma del impuesto que debemos pagar a Het-Uart. Será elevado, teniendo en cuenta que la cosecha ha sido abundante, y además Men asegura que en el Delta el ganado ha parido muchísimo. Bueno, supongo que debo leer ese papiro.

Aahmes-Nefertari se lo tendió.

—También ha venido el inspector de tierras con informes sobre la cosecha en nuestras provincias —continuó diciendo la muchacha—. Mi abuela le ha ofrecido vino junto al estanque. Te pide que te reúnas con ellos. En la provincia de Tchaus se quejan de que los campos rinden menos debido a que hay tizón en los granos.

Kamose no pudo menos que sonreír.

—La provincia de Tchaus siempre tiene alguna queja —dijo.

—Es mejor la queja que el silencio que la esconde —respondió su padre mientras rompía el sello del papiro—. Aahraes-nefertari, por favor, dile a tu abi remos con ella.

La muchacha se puso de pie y salió, seguida de Raa.

Seqenenra desenrolló el papiro. Si-Amón y Kamose esperaban, expectantes. Entonces Seqenenra exclamó con flaqueza:

—¡No, no, no! ¡Esto es increíble!

Puso en la mesa la mano con que sujetaba el mensaje. Kamose se incorporó y rozó el hombro de su padre. Seqenenra temblaba.

—¿Puedo leerlo? —preguntó Kamose.

Seqenenra asintió con la cabeza.

—Léelo en voz alta. Es posible que haya interpretado mal una parte del mensaje.

Kamose y Si-Amón intercambiaron una rápida mirada, luego Kamose cogió el papiro. Lo recorrió rápidamente con la mirada y se aclaró la garganta.

—A mi…

—¡Sáltate los preámbulos! —lo interrumpió Seqenenra—. ¡Qué hipócrita!

Uni se sobresaltó, pero pronto recuperó la compostura. Kamose siguió leyendo.

—Muy bien, padre. «Durante un tiempo dormí pacíficamente en mi palacio, sin más molestias que los gritos nocturnos de los pájaros, pero una vez más los bramidos de tus hipopótamos se han introducido en mis sueños hasta el punto de que mi voz se ha vuelto débil y mi mirada turbia por falta de descanso. Los bozales hechos por tus guarnicioneros no impiden que los animales atormenten a su rey. Por lo tanto, he consultado al sacerdote de Set el Todopoderoso, cuyos hijos son los hipopótamos, para preguntarle por qué motivo me siguen llamando los animales del dios».

Kamose hizo una pausa y casi perdió el control. Seqenenra estaba sentado rígidamente, la vista clavada en sus manos entrelazadas con fuerza. La inmovilidad de Si-Amón denotaba una paciencia tensa. Después de respirar hondo, Kamose siguió leyendo:

—«Los hijos del dios están irritados porque los hogares de su señor se encuentran lejos de Weset; y tristes porque no tienen sacerdotes que les rindan homenaje. Por lo tanto, yo, Awoserra Apepa, amado de Set, te recomiendo, Seqenenra, que edifiques un hogar en el sur para mi Señor el dios Sutekh a fin de que pueda ser adorado en Weset y sus hijos sean apaciguados. Cuando esta intención se conozca en las provincias del gobernador de Weset, la gente se regocijará y acudirá al hogar del dios para construirlo y dará tributos a los sirvientes del dios, que se encargarán de atenderlo. Si el gobernador del sur no responde a mi mensaje, que ya no sirva a ningún otro dios aparte de Sutekh, pero si contesta y hace lo que le pido, no le quitaré nada y no me prosternaré nunca más ante ningún otro dios en toda la tierra aparte de Amón, el rey de los dioses».

Kamose puso el papiro en la mesa con exagerado cuidado y cruzó los brazos.

—Me sorprende que haya tenido la inteligencia suficiente para enhebrar tantas palabras coherentes juntas y al mismo tiempo —masculló Seqenenra—.

¡*Aati*inmundo!

La furia que sintió y que tanto lo había conmocionado durante la intensa y ya casi olvidada conversación con Teti, surgió de nuevo. Del esfuerzo repentino se le formó un nudo en el estómago que le obligó a hacer un gesto de dolor. Si-Amón se adelantó.

—Padre, estás blasfemando —dijo, con el rostro muy pálido—. ¡Piensa a quién estás llamando pestilente! Es cierto que no hay un templo de Set al sur de Khemennu; es posible que por ello el dios esté disgustado, y que le haya hablado al rey a través de sus criaturas y sus sacerdotes. —El sudor le empapaba la corta peluca negra y le corría por el cuello; el calor insoportable de la habitación parecía intensificarse—. Si quiere tener un hogar aquí, en Weset, debes cumplir sus deseos.

Seqenenra levantó la vista con lentitud para observarlo.

—Un hijo que osa decirle «debes» a su padre, se arriesga a ser castigado —replicó, aunque ya con más calma—. Es posible que el dios haya hablado con sus sacerdotes, pero no lo creo. ¿Kamose?

El joven comenzó a pasearse por la habitación.

—Yo tampoco lo creo, padre. Apepa está apretando el tornillo. El hecho de que haya un templo de Set en Weset significará que tendremos constantes visitas de los representantes del rey, y observarán todos nuestros movimientos. Tanto aquí como en las provincias habrá que reclutar a un gran número de agricultores para la construcción e imponer tributos elevados para hacer frente a los gastos de arquitectos, ingenieros y picapedreros. —Llegó al escalón con las columnas lotiformes que conducían al jardín, se volvió y regresó con paso mesurado—. Si aceptamos la orden velada del rey, nuestra vida cambiará definitivamente. Perderemos toda la libertad de que gozamos. Si nos negamos, le daremos una excusa para acusarnos de desobediencia a una orden divina y también de falta de respeto hacia Set. —Sonrió con frialdad—. No creo que esta vez puedas dictar una carta ingeniosa que nos libre de las intenciones del rey.

—Creo que tienes razón —contestó Seqenenra, muy rígido—. Me haría falta la complejidad de la mente de Tot para conseguirlo. —Giró en su silla—. Uni, tú eres mi mano derecha en esta casa; tú diriges el personal a mi servicio. ¿Cuál es tu opinión?

Uni le hizo una reverencia.

—Set no sólo es el dios de los extranjeros —respondió—. Es también el soberano de los desiertos. ¿Acaso no somos hijos del desierto tanto como de las tierras fértiles, oh, príncipe? Un templo de Set aquí, en Weset, sería muy apropiado.

Era evidente que estaba muy nervioso, tragaba saliva entre las palabras y su mirada pasaba del rostro atento de Seqenenra a la espalda húmeda de Kamose.

—¿Y crees que las provincias podrían soportar los trabajos y los gastos? —preguntó Kamose volviéndose al llegar a la puerta—. Apepa quiere que te niegues, lo

sabes bien, padre. Quiere arruinarte.

Las palabras resonaron ominosamente en el espeso aire de la tarde.

—Su inseguridad es peligrosa —dijo Seqenenra en voz baja—. Le he servido fiel y honradamente, pero ante sus secretos temores, mi devoción no ha contado. —Se levantó con torpeza, puso ambas manos en el escritorio y trató de tranquilizar a Uni con una sonrisa—. No te avergüences de estar preocupado —le aconsejó en tono benévolo—. Eres leal a esta familia, pero también lo eres a nuestro rey, y cualquier palabra que se diga en su contra te llega al corazón. Yo no podría arreglármelas sin ti, Uni. Sé que si estuvieras en presencia del rey en el momento en que se dijera algo contra nosotros, te sentirías igualmente angustiado. No te ofendas.

El semblante de Uni se iluminó.

—Obedezco al Uno y te obedezco a ti —contestó—. Y ahora, señor, ¿no quieres reunirte con tu inspector, que ya debe de estar harto de comer y hasta mareado de beber?

Seqenenra rio al fin.

—Me había olvidado de él. Iré enseguida. Puedes retirarte.

Cuando Uni salió, después de inclinarse, padre e hijos se miraron. Si-Amón se acercó a Seqenenra.

—Debes hacerlo —dijo con inquietud—. Como bien dijiste, le has servido fiel y honradamente. La alternativa es impensable.

La mente de Seqenenra se llenó de imágenes de Tani y Ramose arrojándose cañas y riendo a gritos; de Si-Amón y su otra hija, caminando abrazados, sin hacer caso del resto del mundo; de Aahotep y de su adorada y soberana madre, bebiendo vino y comadreando a la sombra de los árboles. Sí, la alternativa que Si-Amón había comprendido con tanta rapidez e intuición era impensable y, sin embargo, todo su ser rechazaba la injusticia de las tortuosas manipulaciones del rey.

—Debo pensar en el asunto —dijo—, pero no ahora. Necesito una copa de vino.

Salieron malhumorados del despacho y se internaron en la ardiente blancura de la tarde.

Durante siete días, Seqenenra ocultó a las mujeres el contenido del mensaje del rey. No tenía intenciones de preocupar a Tani, pero sabía que a las demás mujeres debía decírselo. Temía que ello suscitara una discusión interminable. Sabía que la mirada aguda de su madre había notado su preocupación, a pesar de que ella, con tacto aunque también con cierta impaciencia, esperaba el momento de ser partícipe de su confidencia. Aahotep también estaba angustiada por su silencio, pero lo atribuía a un papiro secreto que había llegado poco después del primero, un papiro con la lista de impuestos y de tributos previstos para aquel año. Tal como Kamose había predicho, las cargas serían pesadas. Pero ya estaban habituados a aquella carga, hacía años que lidiaban con ella, y Seqenenra le pasó el papiro a Uni con algún vago

comentario y se olvidó del asunto.

El príncipe no buscó el consuelo ni el consejo de Amón. Aunque asistía todas las mañanas al templo para llevar a cabo los ritos de lavar, vestir y alimentar al dios y permanecía con Amonmose cuando el sumo sacerdote cantaba las admoniciones, Seqenenra no se decidía a pedir el consejo del dios. Le atemorizaba lo que el oráculo de Amón pudiera decirle. La presencia de Set en Weset disminuiría el poder de Amón. Habría rivalidad entre ambos dioses y entre sus respectivos sirvientes. Set era imprevisible. En un momento era capaz de proteger a una caravana de los leones o de los saqueadores Sharu y, al cabo de un rato, mostrar los dientes como el lobo hambriento que era y destrozar aquella misma caravana. Era un dios al que Seqenenra respetaba, pero en el que jamás había podido confiar. Exigía una devoción que convertía a sus sacerdotes en cachorros de ojos feroces. Nunca perdonó a Horus, su sobrino e hijo de Osiris, por haberle quitado la mitad de Egipto y, aun en el caso de que Seqenenra hubiera decidido rendirle homenaje, Set no le haría favores a Horus-en-el-Nido. Y además resultaría infinitamente más ofensivo estar frente a aquella criatura, mitad Set y mitad Sutekh, que Apepa instalaría en el nuevo templo. Finalmente, con el corazón fatigado, Seqenenra se postró ante la benévola sonrisa y las plumas doradas de Amón.

No solía cruzar el río con frecuencia para visitar el templo mortuorio de su antepasado Mentuhotep Neb-Hapet-Ra porque se encontraba mucho más lejos que las tumbas de otros de sus antepasados y de su familia más reciente, en un valle bordeado por la escarpada pared rocosa de Gurn. Muchas veces se preguntaba por qué el Divino habría elegido un sitio así, lejos de la fertilidad de los lugares habitados; un paraje solitario, sin viento, que el sol azotaba con tanta intensidad | que ninguna sombra aliviaba. Pero una semana antes de hablar con Tetisheri sobre las exigencias de Apepa, había cruzado a la otra margen del Nilo para llegar hasta el valle secreto; allí, en su atormentada mente, creyó haber encontrado un motivo.

Mientras subía solo la rampa central de la terraza, protegiéndose con las manos los ojos que, a pesar de la galena, le lagrimeaban bajo aquel sol cegador, y al contemplar la pequeña pirámide que se alzaba contra el azul casi insoportable del cielo estival, comprendió la originalidad y el coraje de aquel hombre. Igual que el mismo Seqenenra, Mentuhotep fue un gobernador de Weset que pagaba tributos a un rey del norte, hasta que su sangre clamó justicia y se levantó en armas contra el usurpador.

«¿Por qué? —se preguntó Seqenenra, cegado y azotado por el sol mientras permanecía en lo alto del monumento de su antepasado—. El rey a quien servías era egipcio. Detuvo el flujo de extranjeros desde el este hasta el Delta; fortificó la frontera del este; elevó a Mennofer al poder que aquella ciudad venerable tuvo en una época; trajo consigo un nuevo comercio, una nueva paz, fue un buen rey. Pero no era

divino, no gobernaba por el poder de Amón».

Seqenenra se sentó en la piedra caliente, lleno de angustia. «Y cuando no pudiste soportar más la humillación desataste una guerra desesperada y la ganaste, y por fin pudiste ceñirte la cabeza con la Doble Corona. Egipto volvió a ser un país unificado, el País Rojo y el País Negro, y Ma'at fue restaurada. Por eso elegiste este lugar inhóspito como tu última morada. El destino te marcó en vida; te cambió y te dio impulso. Y aun en la muerte te hizo distinto. ¡Oh, no permitas que un destino semejante se abata sobre mí!».

Se enderezó emitiendo un quejido, bajó por la rampa y caminó entre los restos de una arboleda de tamariscos. Las estatuas de Mentuhotep lo observaban pasar de las sombras que ellas arrojaban a la de un sicomoro y, mientras pasaba, Seqenenra tuvo la impresión de que las estatuas le hablaban en silencio tanto de sus deberes como de su dolor.

En el valle abrasado por el sol no podía pensar; sólo podía sentir. Buscó refugio en el palacio abandonado de Mentuhotep, donde encontró algo de frescor. Se paseó, caviló. Desplegó su toldo en la azotea de las habitaciones reservadas a las mujeres, se sentó con las piernas cruzadas en la breve sombra y contempló lo estériles que aparecían sus dominios en verano. Del Nilo apenas quedaba una procesión de gotas parduscas. Los campos se convertían en desiertos llenos de grietas tan hondas que si un hombre se metía dentro, le llegaban casi hasta las rodillas. Los árboles estaban marchitos; las palmeras, decaídas. No se veía ningún ser vivo. Y cuando miró a sus espaldas, donde el desierto temblaba tras la neblina sin aire y la arena dorada se fundía con un cielo azul infinito, Seqenenra se dio cuenta de que estaba mirando su propia alma.

Cuando comprendió que no podía encontrar solución, que no podía volverse hacia la izquierda ni hacia la derecha aunque la elección estaba tan clara como su reflejo en el espejo de cobre que su sirviente le tendía todas las mañanas, le llevó el papiro a su madre. Tetisheri estaba reclinada en el lecho. Era a media tarde. Isis le abanicaba el cuerpo y Mersu acababa de llenar la jarra de agua que tenía en la mesa. La habitación estaba en penumbras, pero las gruesas paredes de ladrillo no podían contener la fuerza de Ra, que ya ardía en su camino hacia el oeste.

Seqenenra pidió permiso para entrar y le fue concedido. Isis dejó el abanico y se retiró. Tetisheri se sentó con dificultad y dio una palmada en el lecho, donde Seqenenra se sentó a la vez que le entregaba el papiro. Ella lo leyó, alzó las cejas y lo volvió a leer. Seqenenra se sirvió agua. Tetisheri dejó caer el mensaje al suelo y lanzó un suspiro.

—La daga se nos ha ido acercando durante años —dijo—. Ahora nos pincha la piel esperando la orden definitiva para clavarse en nuestro corazón. He rezado pidiendo que se nos evitara este trance, pero de alguna manera mi *ka* sabía que era

imposible. ¿Qué harás?

Seqenenra soltó una carcajada.

—Estoy en el patio de la Casa Hermosa —contestó—, y mi oponente ha arrojado el número que me hará descender a las aguas de los infiernos. No puedo saltar.

Ella se enjugó la cara con el borde de la sábana y dio una palmada en el brazo a su hijo.

—El juego de conos no se gana hasta que la última de las piezas desaparece. Tenemos que hablar de las alternativas.

Ambos sabemos cuáles son. ¿Estás dispuesto a sacrificar tu orgullo por el bien de la familia y dejar a Si-Amón sin nada, ni siquiera el título hereditario de gobernador? En ese caso, por lo menos nuestros seres queridos estarían a salvo. O contemplas…

—¡No! —exclamó Seqenenra, dando un golpe en las sábanas—. Es lo que él quiere. ¿Qué posibilidades de ganar tendría yo? ¿Con qué cuento? Con algunas cuadrigas de recreo y unas cuantas armas para mis guardias. Me vencerían antes de que me pudiera alejar de Weset.

—Tienes a los medjay —objetó su madre—. Los guerreros de Wawat son los mejores del mundo. No quieren en absoluto al príncipe de Kush. Son criaturas del desierto cuyo mayor temor es que algún día Kush se apodere de sus pueblos. Los pocos que tienes a tu servicio son leales y felices. Debes reclutar más. Conversa con Hor-Aha. Por algo le diste el sobrenombre de Halcón Luchador.

Escuchar sus propios pensamientos en boca de su madre sobrecogió a Seqenenra. Fue como si al oírlos pronunciar en voz alta ya se hubiera tomado una decisión y él hubiera adquirido un compromiso.

—¿Tan despiadada eres, madre? —preguntó en voz baja—. ¿Estarías dispuesta a sacrificarnos a todos para satisfacer tu propio orgullo? —Notó que la había herido. Por un instante, los ojos de Tetisheri se llenaron de lágrimas.

—No —ordenó ella alzando una mano al ver que su hijo estaba a punto de pedir disculpas—. No lo digas, Seqenenra. Hay un punto de verdad en tu acusación. Tengo mucho orgullo. Es el orgullo de una mujer que estuvo casada con un rey; un rey sin reino, lo sé, pero a pesar de ello, un dios. Pero ese orgullo no es un rasgo de maldad. Nunca sacrificaría las vidas de mis seres queridos.

—Lo siento, madre. Ya lo sé. Tú sólo hablas de una alternativa.

Tetisheri asintió con la cabeza.

—Y la otra es esta: edifica el templo de Set, y para hacerlo empobrece a tu pueblo. ¿Sabes lo que sucederá después?

Seqenenra sonrió con frialdad.

¡Oh, sí! Otra carta que exigiría… ¿qué? ¿Tal vez que rae encargara de la gobernación de otra ciudad? ¿De alguna situada más al norte, más cerca de Apepa, quizá?

—O tal vez que te incorporaras al servicio activo en un fuerte fronterizo. No hay salida, Seqenenra. Creo que nunca la ha habido.

Se hizo el silencio entre ellos. La casa estaba sumida en un completo silencio. Tetisheri se recostó en los cojines con los ojos cerrados. Seqenenra observó el ritmo regular de su respiración. Por fin dijo:

—Si lucho, me vencerán. Os condenaré a todos a la muerte.

Sin abrir los ojos, ella le respondió con frialdad:

—Durante largo tiempo hemos estado luchando desde la retaguardia y nos han vencido. No tenemos ningún lugar hacia donde huir. ¿Nos levantamos y luchamos, o recibimos la muerte más lenta? —De repente abrió los ojos—. ¡Maldito Apepa! Hemos obrado con buena voluntad, ¡con mucha! —Puso una mano en la rodilla de su hijo; al sentir el contacto, Seqenenra se inclinó y la tomó en sus brazos. Aquella madre suya que se erguía como una flecha y cuyo espíritu siempre había dominado aquel cuerpo delicado, era pequeña y frágil.

—Tetisheri —dijo, luchando por hablar con tranquilidad—. Tengo mucho miedo.

—Sí, yo también. —Se liberó de los brazos de su hijo—. No es necesario que tomes una decisión enseguida. Piénsalo un poco más.

—Lo haré. —Se puso de pie—. Pero sé que por más que lo piense no encontraré otra alternativa. Si vacilo demasiado, terminaré huyendo, me convertiré en un ser impotente. Tal vez Si-Amón y Kamose…

—Tal vez —Tetisheri movió la cabeza sobre los cojines, cansada—. Pídeles su opinión. La tarea más difícil consistirá en seleccionar a aquellos en quienes puedes confiar.

A Seqenenra le resultaba arduo respirar en aquella habitación calurosa y cerrada. Asintió con la cabeza y, volviéndose, se marchó.

Durante la tarde se dedicó a vagar por la casa. Al principio intentó dormir para mitigar su inquietud, pero el fuerte calor y sus pensamientos febriles lo obligaron a recorrer los pasillos, el salón de recepciones, las habitaciones de los hombres, donde encontró a Kamose tendido, ignorante de lo que sucedía, y a Ahmose sentado en el suelo de su habitación, arrojando dados. Seqenenra dio la vuelta a los silos de granos, cuidadosamente dispuestos al lado de la pared sur de la casa, sobresaltó a los sirvientes en la cocina, que estaba junto a los graneros, y se arrodilló junto a las perreras para sentir la gran cabeza de *Behek* en su cuello.

En el ocaso, mientras el cielo pasaba del rojo al azul más pálido y comenzaban a asomar las estrellas, claras y blancas, se sentó junto al río en una plantación de cañas oscuras que se rozaban produciendo el seco susurro de la muerte; tenía los pies cubiertos del polvo caliente. Una y otra vez comenzó a redactar mentalmente una carta conciliadora dirigida al rey, pero no logró pasar de la introducción. No existían palabras inteligentes que pudiera dictar. Apepa exigía un sí o un no. Era así de

simple. «Recíbelos con paciencia y respeto, y cesarán», había dicho Teti refiriéndose a los papiros de Het-Uart, pero Teti se equivocaba. Seqenenra se había sometido con toda la paciencia y el respeto que podía a su rey, pero todo había sido en vano.

Se esforzó por mostrarse alegre durante la comida de la noche, escuchó la conversación de Tani, preguntó por la salud de Aahmes-Nefertari, aconsejó a su esposa que aislara a los niños de los sirvientes que estaban enfermos y con fiebre y, cuando ya no pudo soportar aquella conversación ociosa, se excusó y se dirigió al lecho. A una orden suya, Uni apagó todas las lámparas exceptuando la de la mesilla de noche y se retiró.

Extenuado, Seqenenra cayó en un sueño pesado en el cual soñó con Apepa. El rey tenía el cuerpo enorme de un hipopótamo y estaba hundido hasta el lomo en las fétidas aguas del Nilo, sus ojos relampagueaban furiosos encima de un bozal de cuero que le cubría buena parte del hocico tembloroso. Trataba de rasgar el cuero con la fuerza de los labios, pero no lo lograba. En el sueño, Seqenenra comenzó a pronunciar una serie de maldiciones: «¡Morirá de hambre! ¡Morirá de sed! ¡Se desmayará! ¡Enfermará!». Y Apepa lo seguía mirando y echando fuego por los ojos, de manera que por fin Seqenenra vaciló y se calló.

Despertó de repente, bañado en sudor y sintiendo que le faltaba la respiración. Se sentó jadeando en el lecho y miró a su alrededor. Las sombras estaban inmóviles; la habitación, solitaria. La casa se hallaba sumida en un profundo sueño. Se volvió a acostar y esta vez cayó en una saludable inconsciencia.

Al día siguiente, al regresar de cumplir sus deberes en el templo, envió a uno de sus guardias en busca de Hor-Aha. Seqenenra se encontraba una vez por semana con el jefe de sus soldados medjay para asegurarse de que las necesidades de sus hombres fuesen satisfechas, para saber si el entrenamiento militar de sus hijos progresaba como era debido y para tratar sobre los cambios en la disciplina. El jefe cumplía con eficiencia sus deberes, era deferente pero no obsequioso con su señor y, como todos los luchadores del desierto, no se mostraba excesivamente comunicativo acerca de la vida privada que llevaba fuera de los límites del campo de entrenamiento. Seqenenra le tenía simpatía y lo respetaba, pero sabía que no lo conocía del todo. Lo recibió a solas en su despacho.

Hor-Aha cruzó con tranquilidad la habitación, envuelto en el grueso manto que usaba tanto en invierno como en verano. En su negra frente brillaban unas gotas de sudor. Tenía el pelo largo, como casi todos los soldados, peinado en dos trenzas que le caían rígidamente sobre el pecho desnudo. Bajo los voluminosos pliegues del manto usaba un *shenti* y un manchado cinturón de cuero del que colgaba una pequeña daga. En sus muñecas tintineaban pulseras de plata. Seqenenra lo saludó con afabilidad. Hor-Aha correspondió a sus saludos y luego se quedó de pie, expectante, con una expresión de intriga en sus ojos de ébano. El corazón de Seqenenra comenzó

a latir aceleradamente. «Hoy asumo un compromiso —pensó, tenso—. Y si Hor-Aha no merece mi confianza, también hoy habré fracasado».

—Hor-Aha, ¿a cuántos medjay tengo a mis órdenes?

Hor-Aha alzó las cejas.

—Son quinientos, príncipe. Cumplen sus deberes rotativamente de cien en cien, y el resto se reparte entre ejercicios, entrenamiento y licencias.

—¿Carros de guerra?

—Sólo diez, y veintidós caballos.

Seqenenra reprimió una carcajada. «¡Un ejército imponente!», pensó.

—¿Cuántos de esos hombres están armados con los nuevos arcos que utilizan los setiu?

Hor-Aha lo pensó un instante antes de responder.

—Muy pocos. Los arcos son caros, obtenerlos requiere arduas negociaciones y, como seguramente sabrás, alteza, su técnica no es la de nuestros arcos egipcios. Son más largos y más difíciles de manejar y hay que entrenar a los hombres para usarlos porque se necesita mucha fuerza para tensarlos. Pero son más potentes y más precisos que los nuestros.

—¿Tienes alguno?

Hor-Aha sonrió y sus blancos dientes resplandecieron.

—Sí.

—¿Crees que sería difícil fabricarlos?

Observó que el jefe entornaba los ojos para hacer un cálculo rápido. El hombre pasó el peso del cuerpo de un pie descalzo al otro y cruzó los brazos.

—Podrían fabricarse, pero el material principal es madera de abedul de Rethennu, y si deseas construir muchos arcos, te hará falta el permiso del Uno para comerciar con el país desde el que sus antepasados vinieron a Egipto y cuyos reyezuelos lo llaman hermano.

—Debe de haber una madera que sustituya a la de abedul —insistió Seqenenra—. ¿Qué más hace falta?

—Tendones de toro, preferiblemente de toros salvajes. Y cuernos de cabra; los de las cabras salvajes son más duraderos y fuertes que los de las domésticas. Además, el empalme y el modelado requieren la mano de un artífice militar.

—¿Tú podrías hacerlo?

—Tal vez. Siempre que consigas la madera.

Seqenenra le indicó que se sentara. Hor-Aha siguió su indicación y se cubrió las piernas con la capa. Seqenenra sirvió cerveza para ambos, le pasó una copa al jefe y se instaló en una silla. Había llegado el momento.

—Quiero aumentar en gran medida las tropas que están bajo mis órdenes —dijo el príncipe— y necesito armarlas con los nuevos arcos. También me hacen falta

carros, muchos. Deseo reforzar la seguridad de mis provincias.

Bebió mientras miraba a Hor-Aha por encima de su copa. El rostro del jefe se tornó inexpresivo, y éste clavó la mirada en el líquido oscuro que todavía se agitaba entre sus manos.

—Como quieras, príncipe —dijo por fin—. Creo que bastarían otros cien soldados de infantería, con veinte en cada capital de provincia. Después de todo, en Egipto reina la paz.

Tenía la cabeza agachada, pero Seqenenra tuvo la clara impresión de que el hombre sonreía. Sin embargo, cuando Hor-Aha levantó la mirada, su rostro denotaba indiferencia.

Seqenenra dirigió una rápida ojeada al pórtico donde la luz del sol penetraba a través de las columnas y azotaba el jardín desierto. La puerta del otro extremo de la habitación estaba completamente cerrada. Tragó saliva dos veces y luego franqueó los límites de la prudencia.

—Tú eres mi Halcón Luchador —dijo con voz ronca—. Viniste a mí del desierto cuando yo tenía veinte años y te encargaste del entrenamiento militar de mi gente. Pusiste a mi disposición tu ojo certero y tu fuerza. Estoy a punto de ponerme de nuevo en tus manos. —Hor-Aha lo miraba fijamente—. Voy a reclutar un ejército —añadió Seqenenra con voz vacilante—. Marcharé con él hacia el norte y lucharé contra el Uno. Voy a cometer un sacrilegio, Hor-Aha, porque ya no puedo seguir soportando las afrentas que se me hacen, y si no pruebo este recurso desesperado, el Delta me quitará todo lo que tengo. No creo posible ganar; tal vez lo único que pueda hacer será sacrificarme ante Ma’at. Pero prefiero morir por Ma’at a vivir con los tormentos que ahora soporto. ¿Me ayudarás?

Hor-Aha bebió con aire pensativo, frunció los labios y depositó la copa de cerveza en el suelo. De repente ocultó sus manos en las mangas de su manto.

—Es posible que un príncipe vencido sea castigado, pero no es probable que lo maten —observó—; en cambio, a los oficiales los pasan por las armas. Si te presto mi apoyo, alteza, puedo perder la vida. —Seqenenra esperó. Entonces el jefe levantó sus negros ojos—. Desconozco todo lo que se refiere al rey —dijo—. Lo más al norte que he estado es Aabtu. Tú eres mi rey. Tus órdenes son juiciosas. Continuaré a tu servicio.

Seqenenra experimentó una repentina tranquilidad.

—Por ahora no te puedo prometer más que un título, el de general. Ni siquiera puedo concederte más pan y cerveza.

Hor-Aha se encogió de hombros.

—Tengo lo que me hace falta para cubrir mis necesidades, y el título de general me vendrá muy bien, por ahora. Más tarde, si Amón os sonríe, tal vez quieras convertirme en jefe de los Valientes del Rey.

Seqenenra le dirigió una leve sonrisa a la que Hor-Aha correspondió.

—Nada podría gustarme más —admitió Seqenenra—. Y ahora consideremos los aspectos prácticos. Quiero que reclutes todos los nuevos medjay que puedas. ¿Puedes confiar en tus hombres?

—Les agrada obedecer mis órdenes.

—Bien. Envíalos a las tribus del desierto. Me hacen falta muchos hombres jóvenes. Pero no podemos acuartelarlos aquí. Tengo que construir barracones en el desierto o tal vez en la orilla occidental, detrás de las tumbas de los muertos que la gente pocas veces visita, para que los puedas entrenar sin llamar demasiado la atención.

Hor-Aha extendió las manos, cogió la copa de cerveza, la vació de un trago y se lamió los labios cuidadosamente.

—Tal vez podrías pedir al príncipe Si-Amón que visite las provincias y reclute campesinos —sugirió—. Una empresa como esta no puede mantenerse largo tiempo en secreto, alteza, y de todas maneras, los campesinos son demasiado bobos para hacer correr historias. Harán lo que se les ordene. —Se adelantó a la siguiente pregunta de Seqenenra—. Yo hablaré con los artesanos. Descubriremos los secretos del arco. Pero, alteza, tú puedes ordenar que se fabriquen más carros, pero no puedes obtener caballos. Tendremos que irlos robando a medida que avancemos hacia el norte.

Conversaron un rato acerca de algunos asuntos fundamentales, incluida la posibilidad de obtener hachas y cuchillos de bronce, el nuevo metal que los setiu utilizaban con tan buen resultado, pero ninguno de los dos se refirió a la mayor preocupación de Seqenenra: ¿cómo pagaría aquella gran actividad? Cuando Uni pidió permiso para entrar y anunció que la comida del mediodía estaba lista, Seqenenra se sentía completamente separado de sí mismo, casi irreal, como si su *ka* hubiera hablado de traición y rebelión con Hor-Aha mientras en el mundo real se bañaba o revisaba las cuentas con su escriba o permanecía sentado junto al estanque con Aahotep. Despidió al jefe y siguió a Uni con paso inseguro.

Antes de que acabara la semana, Hor-Aha y la mayor parte de sus soldados habían abandonado discretamente Weset, dejando sólo unos guardias para la custodia de la familia. El verano era una época de letargo y sólo Kamose notó que todos los días veía las mismas caras en la entrada principal y en los corredores. Intrigado, fue en busca de Si-Amón. Juntos fueron a interrogar a su padre y se encontraron con una aseveración. Los dados estaban echados; Seqenenra les contó todo.

—Si-Amón, en calidad de heredero mío, quiero que viajes a las provincias y reclutes hombres —ordenó—. En este momento Hor-Aha está en el sur más lejano tratando de convencer a los salvajes Wawat de que si se unen a mi ejército se librarán por siempre de Teti el Apuesto, príncipe de Kush, y lograrán un importante botín de

guerra. Ambos estaréis al mando del ejército, bajo mis órdenes.

A medida que su padre hablaba, Si-Amón palideció hasta que su tez adquirió un color grisáceo y los ojos se le agrandaron del estupor. Extendió una mano y la dejó caer.

—Padre —dijo en tono de apremio—. ¡No puedes hacer esto! ¡Por favor! ¡Por el amor que me tienes, por el amor que nos tienes, no lo hagas! Es una blasfemia. ¿No comprendes que significará nuestra muerte?

Acababa de alzar la voz, que de repente se le quebró. Temblaba. Se sentó en una silla.

—Ya hemos hablado bastante del asunto —dijo Seqenenra—. Sé lo que sientes, pero ha llegado la hora de que hagas a un lado tus opiniones personales y me apoyes. Eres mi hijo. Tu lealtad se la debes en primer lugar a Amón y luego a mí.

—¡No puedo! —Si-Amón se mordió los labios. Tenía las manos apretadas sobre las rodillas—. Como egipcio, mi primera lealtad es hacia el rey. Y tú tienes también el mismo deber. ¡Esto es traición, padre! ¡Perdóname, pero no puedo!

Seqenenra se le acercó y permaneció a su lado.

—¿Estás diciendo que no pelearás por mí?

Si-Amón levantó sus grandes ojos de largas pestañas y lo miró. Estaba al borde de las lágrimas.

—Si me das una orden directa, por supuesto que lucharé por ti, príncipe —dijo con voz ahogada—, pero me niego a ir a las provincias a ayudarte a acelerar el momento de nuestra destrucción. Me rebajo ante ti, me humillo ante ti. Pero no iré.

Seqenenra se debatió entre la irritación, el afecto y una sobrecogedora sensación de traición. Por fin pudo más el afecto. Levantó a Si-Amón.

—Muy bien —dijo en tono cortante—. Honro tu decisión porque sé que mi hijo no habla por cobardía. Sal de este cuarto.

Con expresión sombría, Si-Amón se irguió y, pasando junto a un Kamose silencioso, abandonó la habitación. Durante un momento, Kamose y Seqenenra no pudieron mirarse. Kamose echó atrás los hombros.

—Es muy valiente —le recordó a su padre—, un buen soldado. No debes culparlo. —Dolido, Seqenenra no respondió—. Yo iré a las provincias a reclutar hombres —siguió diciendo Kamose con actitud sombría—. Pero creo que se te ha nublado la razón, padre. ¿Cuánto tiempo crees que transcurrirá antes de que tu actitud impulsiva llegue a oídos del Uno? Tiene espías en la casa, de eso no me cabe duda. Desearía de todo corazón que pudieras construir un templo en lugar de formar un ejército. No quiero morir.

—Tengo miedo por todos nosotros —contestó Seqenenra—, pero tú posees una fuerza interior que jamás te traicionará. Es por Ahmose, y por Aahmes-Nefertari y Tani por quienes me preocupo.

Los labios de Kamose se habían reducido a una fina raya. Bajo su intenso bronceado, su piel estaba lívida.

—¿Cómo pagarás todo esto?

—Debo poner mi confianza en Uni. Y en Amonmose. Él rogará a Amón que nos conceda el mayor don que nunca haya concedido a esta familia.

—¿Y por qué tío subir a la azotea del santuario con una trompeta y anunciar nuestras intenciones a todo Weset? —replicó Kamose en tono cáustico—. De todos modos llegaremos a esto, padre, y lo sabes. Debes moverte con mucha rapidez si quieres dar el primer golpe antes de que Apepa envíe una parte de su horda al sur y nos destruya a todos.

—¿Tú me ayudarás?

Kamose cerró los puños.

—¡Por supuesto! La sangre del dios también corre por mis venas.

Seqenenra lo miró con curiosidad. Era la primera vez que Kamose se refería de una manera tan directa a su linaje. «Casi no te conozco —pensó Seqenenra—. Prácticamente no te conozco en absoluto».

Haciendo un esfuerzo para controlarse, Si-Amón se fue hasta sus habitaciones, contestando a su paso con afabilidad los saludos de los sirvientes. La cabeza le daba vueltas. «¿Por qué te sorprendes tanto? —se preguntó con severidad—. Sabías con seguridad que esto llegaría, porque en caso contrario nunca habrías hecho un pacto con Teti. Entonces, ¿por qué esta sensación de sorpresa y de incredulidad? ¿Creías que tu padre despertaría de su fantasía?».

Desde su regreso a casa, Si-Amón no había tenido ninguna comunicación con Teti. La vida aparentemente había adquirido un ritmo normal, y su padre había sido el hombre taciturno de siempre. Con una curiosa sensación de alivio, Si-Amón se permitió olvidar aquel almuerzo con Teti bajo el árbol, pero en aquel momento, al llegar a la puerta de su habitación y entrar, con las piernas temblorosas y el corazón palpitante, recordó todos sus espantosos detalles. «¿Por qué espantosos?», se preguntó mientras su criado se le acercaba y se inclinaba frente a él.

—Tráeme papiro y una escribanía —ordenó.

El hombre se alejó. Si-Amón se quitó el *shenti*, luego arrancó la sábana del lecho y comenzó a restregarse el cuerpo sudoroso. Espantosos porque dudas de las buenas intenciones de Teti. Por eso. Lo he dicho. No soy inocente ni estoy ciego. Es posible que Teti quiera que espíe a mi padre para beneficiarse él. Y sin embargo, tal vez tenga buenas intenciones.

Compartimos la misma sangre por parte de mi madre. Siempre ha sido un buen amigo de esta familia, y no puedo dejarme engañar por los recelos, sin duda sólo producidos por la sensación de culpa que me causa haber obrado a espaldas de mi padre. Es necesario detenerlo, y Teti es la única persona a quien puedo recurrir. Mi

abuela, si pudiera, le sacaría los ojos a Apepa. Mi madre hace lo que mi padre quiere. Kamose también. A Ahmose sólo le importa su libertad. De mí depende la salvación de todos.

El criado regresó con la escribanía y el papiro.

—Busca a Mersu y pídele que venga —ordenó Si-Amón tomando los útiles que el criado le tendía—. Y luego dile a mi esposa que me gustaría pasear un rato con ella junto al río. Puedes retirarte.

Se sentó y cruzó las piernas en el suelo, puso la escribanía sobre sus rodillas desnudas, seleccionó un pincel fino y comenzó a escribir con cuidado en el papiro, con la esperanza de que no le temblaran las manos. «Mi padre ha recibido otro papiro —escribió—. Está reclutando un ejército. Te pido por favor que vengas antes de que vaya demasiado lejos. Yo no sé qué hacer». No lo firmó. Lo enrolló, lo ató con un cordel, selló el nudo con cera caliente y en ella dibujó con cuidado un tosco hipopótamo.

Cuando terminó, Mersu entraba ceremoniosamente en la habitación. Todavía desnudo, Si-Amón le tendió el papiro. Mersu lo miró intrigado y lo cogió.

—Sé que eres amigo del mayordomo de Teti —dijo Si-Amón. Mersu asintió con la cabeza.

—El y yo nos criamos en el mismo pueblo, en casas vecinas, príncipe —contestó con cautela—. Asistimos juntos a la escuela de escribas.

—Comprendo. —Si-Amón cruzó los brazos—. Quiero que te asegures de que este papiro llegue a sus manos. Es para Teti. Un asunto privado.

En un principio pensó mentir, pero si decía que el papiro era para Ramose, Mersu se preguntaría por qué no se lo había entregado a uno de los mensajeros que recorrían el río. Por más que lo intentó, Si-Amón no encontró ninguna excusa para su petición. El criado de su abuela lo miraba fijamente, con ojos interrogantes. Impaciente, Si-Amón le ordenó que se retirara.

No se molestó en lavarse. Revisó el cofre que contenía su ropa, sacó un shenti limpio, se lo puso y salió en busca de Aahmes-Nefertari. Tenía necesidad de que lo abrazara, para asegurarse de haber hecho lo acertado en algo que hasta ella ignoraba. Teti acudiría. Y su padre escucharía las palabras tranquilizadoras de su pariente. Todo saldría bien.

Capítulo 4

Antes de que acabara el mes, cuadrillas de campesinos de Weset estaban construyendo cuarteles en el desierto, detrás de las colinas del oeste. Hor-Aha y sus soldados regresaron, y muy pronto hombres veloces y de piel oscura comenzaron a cruzar el Nilo y a desaparecer entre las colinas. Seqenenra ascendió a oficiales a cincuenta soldados con experiencia, la flor y nata de su ejército, y los puso a cargo de los nuevos reclutas. No había tiempo suficiente para adiestrarlos debidamente. Tendrían que elegir entre hundirse o nadar. Los que ya poseían los nuevos arcos debían enseñar a los que recibían los que Hor-Aha trataba febrilmente de construir. Todos debían recibir instrucción militar y aprender a marchar y a utilizar la espada, el hacha y la porra. También había que alimentarlos y saciar su sed. Seqenenra no hizo el menor intento de contestar la carta del rey. Sabía que por lo menos transcurrirían dos meses antes de que Apepa comenzara a preguntarse por qué no había recibido noticias del sur.

Cuando ya no pudo ocultar a la familia lo que sucedía, les confesó su decisión.

—No tengo tiempo de organizar adecuadamente este asunto —le dijo al sorprendido grupo de familiares—. Tengo pocos oficiales de carrera, no poseo escribas de reclutamiento ni aurigas con experiencia. Os pido perdón por hacer lo que debo.

Tetisheri no había dicho nada, tampoco Aahotep. Kamose estaba lejos, recorriendo las provincias, pero Ahmose exclamó enseguida:

—Por supuesto que Kamose y yo lucharemos. Ma’at está de nuestro lado, padre. ¡Recuperaremos el Trono de Horus antes del próximo día de Año Nuevo!

Al mirar al muchacho de dieciséis años, Seqenenra se preguntó si Ahmose creía realmente que conseguirían arrojar a los setiu de Egipto, o si trataba de atenuar el desaliento que adivinaba en su padre.

Aahmes-Nefertari intentó contener sus lágrimas, pero le resultó imposible. Se puso de pie entre sollozos, echó los brazos al cuello de Seqenenra y luego abandonó la habitación. A una señal indicativa de su padre, Si-Amón fue tras ella. Tani se abrazó a su madre, con los ojos muy abiertos y asustada.

—Padre, esto es traición —susurró—. Los dioses te castigarán. ¿Qué haré yo sin ti? ¿Por qué me haces esto?

No había respuesta a sus preguntas. Para Tani, aquel suicidio debía parecer el colmo del egoísmo.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Tetisheri en voz baja.

—Mantén la casa como siempre, inventa excusas para mis ausencias, desvía las preguntas.

Se encogió de hombros. Iba a decir que, en definitiva, nada de eso importaba,

pero el rostro desolado de Tani y su falta de comprensión lo obligaron a callar.

Cuando Seqenenra le explicó a Uni por qué necesitaba una cuenta completa y una revisión del presupuesto de su gobernación, éste empezó a protestar y a poner objeciones.

—¡Es una tremenda locura, príncipe! —gritó—. ¡Tendré que purificarme todos los días para que los dioses no me castiguen!

Cansado, Seqenenra lo escuchó sin amonestarlo por su insolencia.

—Uni, ya sé que tus antepasados eran setiu, como los de Mersu —dijo—. Eres libre de abandonar mi servicio y de hacer lo que quieras con la información que acabo de darte, pero quiero que sepas que te necesito.

Uni hizo una lenta reverencia y se apartó, contrariado.

—Haré un informe del estado de tus propiedades, príncipe —murmuró—. También redactaré una lista de nuevas fuentes de recursos, si las hubiera.

El sirviente se puso rígido de enojo, y Seqenenra permitió que se marchara. Aunque se había sentido ultrajado, acababa de darle a Seqenenra la respuesta que él esperaba.

No tuvo demasiado tiempo para pensar en su empresa. Pasó los días con Ahmose en medio del calor abrasador del desierto, detrás de las colinas del oeste, observando la manera en que Hor-Aha y los nuevos oficiales trataban de convertir a los reclutas en verdaderos soldados. Nuevos arcos salían continuamente de los talleres de los artesanos. Habían encontrado un sustituto para la madera de abedul, que era imposible de conseguir. Hor-Aha había experimentado sin éxito con varias posibilidades hasta que, en un acto de desesperación, aplicó cola a unos tallos de palmera. Los resultados fueron sorprendentemente buenos, y una vez que la producción estuvo en marcha, dejó la tarea en manos de los artesanos militares y volvió su atención a los reclutas.

Seqenenra y su hijo menor trabajaban como los demás, soportando las burlas y ofensas de Hor-Aha mientras se esforzaban por tensar los arcos. Ambos habían usado anteriormente los nuevos arcos, pero sólo para ocasionales competiciones amistosas. Pero en aquel momento trabajaban en serio, Ahmose fascinado con sus rápidos progresos, mientras Seqenenra fracasaba en sus esfuerzos y maldecía en voz baja, con la sensación de que el tiempo fluía como el río en plena inundación, y Ra le hacía hervir la sangre y le producía ampollas en la piel.

A veces, Si-Amón acudía al campo de entrenamiento y permanecía junto a su padre y su hermano, manejando el arco con silenciosa preocupación o disparando en su carro durante las falsas cargas que ordenaba Hor-Aha, pero no aparecía por allí con demasiada frecuencia. Seqenenra trataba de sobreponerse a la desilusión que le producía su hijo comportándose como si todo estuviera bien, pero Si-Amón se había refugiado en una gélida arrogancia. Durante las comidas, en el templo, en los

momentos diarios de intimidad en que la familia se reunía junto al estanque, la mirada de Si-Amón rehuía la de sus parientes. Conversaba cuando los temas que se trataban eran generales, pero cuando se hacía la mínima mención de las actividades que tenían lugar más allá de las colinas, cerraba la boca y permanecía en silencio.

Seqenenra seguía dolido con él. La decisión de su primogénito de no hacer nada más que luchar junto a su padre, no parecía influir en la actitud que Aahmes-Nefertari tenía hacia él, cosa que Seqenenra le agradecía. En cambio, Tetisheri trataba a su nieto con evidente frialdad.

—Este muchacho oculta algo —le dijo en tono vehemente a Seqenenra una tarde mientras conversaban, tras la última comida del día, demasiado cansados para salir a caminar antes de acostarse—. Es comprensible que se muestre desafiante cuando está con nosotros, preparado para defender su postura, pero no reconozco a este Si-Amón de ojos esquivos y largos silencios. —Se echó hacia atrás y apoyó las manos en las rodillas—. Su comportamiento oculta algún sentimiento de culpa.

—Si-Amón ya no es un niño, madre —contestó Seqenenra—. Y por supuesto que no es de sorprender que se sienta culpable. ¡Qué lealtades en conflicto no habrá detrás de los rostros respetuosos de nuestros sirvientes, si así reacciona un miembro de la familia! La situación es terrible para todos. Y Si-Amón la padece profundamente.

Ella se dio una fuerte palmada en las rodillas.

—¡Culpable! Debería estar furioso, defendiendo acaloradamente su postura, discutiendo cada vez que se analizan planes. Conozco a mi nieto, Seqenenra. No es normal que se haya convertido en esta criatura boba y taciturna. No es el Si-Amón que yo conozco. —Bajó la voz—. Hazlo vigilar, príncipe.

Seqenenra se horrorizó.

—¡No es posible que pienses que mi propio hijo, mi heredero, sea capaz de traicionarme! A veces creo que eres una discípula de Set, Tetisheri. No haré vigilar a alguien de mi propia sangre.

Tetisheri no se dejó conmover.

—Algo lo carcome por dentro —insistió—. Yo lo quiero y tú también, pero te aconsejo que no confíes en él.

Seqenenra apartó la mesa y se puso de pie.

—Entre una discrepancia familiar y una traición hay mucha diferencia —dijo—. La red que teje tu mente es demasiado compleja, madre, demasiado oscura. Tus pensamientos son deshonrosos.

—¡Y los tuyos son imprudentemente inocentes! —exclamó ella mientras él se alejaba—. ¡Ámalo, Seqenenra, pero no confíes en él!

Más tarde, cuando Isis terminó de ponerle el camisón y le separó las sábanas del lecho, Tetisheri mandó llamar a Mersu. Cuando Isis regresó, con el criado tras ella, Tetisheri les habló a los dos.

—Soy una anciana llena de recelos —dijo—, pero dormiré mejor si vosotros dos lleváis a cabo la pequeña tarea que voy a encomendaros. Ambos sabéis que el príncipe Si-Amón está en contra de la guerra que se avecina. Ignoro si está o no tan en contra como para ser capaz de traicionarnos a todos. Por lo tanto, quiero que vigiléis sus actividades, adonde va, a quién ve y, sobre todo, a quién dirige su correspondencia. ¡Oh, no te escandalices tanto, Isis! —añadió con irritación al ver que la sirvienta la miraba con la boca abierta—. A vosotros os consta que quiero a ese joven idiota. Mersu, a ti no parece impresionarte mi orden.

Mersu hizo una pequeña reverencia.

—No permanezco impasible, alteza, y por supuesto que cumpliré con tu petición, pero me parece un poco excesivo.

Tetisheri los despachó con un ademán brusco.

—Lo que pienses no tiene importancia. Tú haz lo que te ordeno.

Sin embargo, cuando los sirvientes se retiraron y quedó sola entre las sábanas, con la miraba fija en las sombras del techo, pensó que, en parte, también estaba de acuerdo con Mersu. «A Si-Amón lo ha atraído siempre el poder, las influencias, todo lo que estuviera de moda —pensó—. No es por eso un ser débil, sólo inquieto y ocasionalmente envidioso. Su corazón es firme. Tal vez yo sea una vieja malvada». Se acostó de lado y cerró los ojos, pero el sueño no llegaba. Le avergonzaba espiar a su nieto, pero también estaba inquieta y no sabía de dónde procedía esa inquietud. Se preparó con resignación a pasar una larga noche en vela.

Seqenenra no volvió a pensar en el asunto, desoyendo las advertencias de su madre. Le preocupaba la lentitud con que se preparaba el alzamiento y, a medida que los preparativos iban llegando a su fin, se le ofuscaba la mente y sentía una continua aprensión que pocas veces podía evitar. Sin embargo, un incidente le produjo alivio. Una tarde estaba tendido en el lecho mientras su sirviente personal le masajeaba con aceite los músculos doloridos, cuando Uni le anunció que el alcalde de Weset solicitaba audiencia.

—El alcalde y sus auxiliares han sido escoltados hasta el salón de recepciones —informó Uni. Seqenenra hizo una señal al sirviente que lo seguía ungiendo y le ordenó que se marchara y se llevara consigo el aceite.

—¿Qué quieren? —preguntó.

—No lo dijeron —respondió Uni—. Les serví vino y los dejé.

—Muy bien. Envía a Ipi con su escribanía al salón de recepciones.

Uni asintió con la cabeza y Seqenenra se levantó, se dirigió con rapidez al corredor, contestó el saludo que le hizo el guardia situado a un extremo y se encaminó al lugar donde el alcalde y tres hombres, todos con aspecto de sentirse incómodos, lo esperaban, con las copas de vino llenas en las manos. Al ver que se acercaba, todos se inclinaron en una reverencia. Seqenenra se instaló en el sillón de

audiencias y les pidió que se pusieran cómodos.

—Bueno —dijo, ocultando su inquietud—. ¿Qué puede hacer el príncipe por vosotros?

El alcalde se irguió, dejó la copa de vino y se cogió las manos en la espalda.

—Alteza, sabemos que nuestro señor Kamose está recorriendo las provincias y reuniendo hombres. Sabemos que tú, alteza, en este momento no tienes ningún proyecto de construcción. —Seqenenra ocultó una sonrisa de aprobación ante el tacto del alcalde. «No tengo arquitectos, y menos aún planos de monumentos. He hecho una sabia elección al nombrarte representante de la ciudad», pensó—. Por lo tanto —continuó diciendo el alcalde—, esos hombres no son necesarios para transportar piedras. Con todo respeto, desearíamos saber si nuestro príncipe está organizando un ejército, y de ser así, si intentará o no atacar Het-Uart.

Hubo una pequeña interrupción cuando entró Ipi, se sentó a los pies de Seqenenra y abrió la caja de pinceles. En pocos instantes, Seqenenra encontró la oportuna contestación.

—La respuesta a ambas preguntas es sí —dijo con tranquilidad—, aunque dudo que podamos avanzar hasta Het-Uart.

El alcalde sonrió. Sus acompañantes intercambiaron comentarios.

—Entonces, príncipe, queremos que sepas que no esperaremos hasta que su alteza Kamose nos ordene que le entreguemos reclutas. Te hemos traído una lista de todos los hombres que están en condiciones de portar armas, para entregarla a tu escriba de reclutamientos.

—¿Por qué, excelencia? —preguntó Seqenenra, verdaderamente sorprendido—. De todos modos, si yo decidiera alistar a tus ciudadanos, no te podrías negar.

—Porque, hace muchos *hentis*, Weset era una ciudad sagrada para todo Egipto. La encamación del dios gobernaba el país desde aquí. La gente de Weset te ama. Lleves o no la Doble Corona sobre la cabeza, tú eres la belleza de los amaneceres, el que hace que los corazones vivan, el hijo del Sol. Nosotros somos tu rebaño, majestad, pero compartimos el largo dolor de ta familia real. —Alzó los hombros—. ¿Puedo decir más? También ofrecemos los bienes que cada casa esté en condiciones de dar.

Seqenenra se sintió sobrecogido y emocionado. Las lágrimas le quemaban los párpados. «Parece que paso la mayor parte del tiempo gimoteando como las muchachas enamoradas, y sin embargo no me cabe duda de que hoy estoy perdonado. Hasta ahora nunca he oído que nadie me llamara “majestad”, no me resultaría más dulce esta palabra si la pronunciara el mismo visir en lugar de este digno hijo de Egipto».

—Acepto este gran ofrecimiento con el corazón agradecido —alcanzó a decir con voz ronca—. Hoy también habéis honrado a Amón, y si gracias a vuestra buena

voluntad soy capaz de devolver el Trono de Horus al lugar que le corresponde en Weset, tanto yo como mi padre el dios os estaremos eternamente agradecidos. Ipi, toma la lista. —El escriba extendió la mano y cogió el papiro que le ofrecía uno de los hombres.

Ahora bebed el vino —dijo Seqenenra—. Os pido que volváis esta noche con vuestras esposas para ser mis huéspedes en la comida. No puedo ofrecer demasiado en lo que se refiere a hospitalidad, pero tal vez los entretenimientos os sean gratos.

Un rato después, los despidió y se dirigió al despacho, donde Uni lo esperaba impaciente, con el escritorio lleno de los asuntos urgentes del día. Cuando Seqenenra abrió la puerta y saludó a su criado, iba canturreando.

Poco después regresó Kamose, cansado y taciturno, y encargó a su hermano pequeño que organizara a los hombres que había reclutado y los hiciera cruzar el río y llegar a los cuarteles. Después salió en busca de su padre. Seqenenra había estado conversando con Tani, un placer para el que ya casi no tenía tiempo. La muchacha no comprendía bien los acontecimientos que habían llevado a la familia a ese punto y esperaba, aterrorizada, el justo castigo que, no le cabía duda, recibiría su padre de los dioses por haber alterado el equilibrio de Ma’at; pero se esforzaba por no expresar su ansiedad. Todavía estaba Ramose, cuya visita esperaban pronto, y sus mensajes, que ella releía varias veces para consolarse durante las largas y calurosas tardes. Sin embargo, sus esfuerzos por mostrarse alegre no engañaban a su padre. Acababa de cumplir catorce años, por lo que, siguiendo la costumbre, le habían cortado el pelo y quemado el mechón de juventud. Seqenenra deseaba con fervor no sólo que tuviera lugar un compromiso, sino que pronto se celebrara la boda entre ella y Ramose, para que su hija se alejara de Weset y, por lo tanto, del peligro.

Estaba buscando alguna manera de lograrlo, cuando llegó al final del corredor de las habitaciones de las mujeres, donde se encontró con Kamose. Se abrazaron. Kamose todavía no se había sacudido el polvo del viaje. Seqenenra ordenó a un sirviente que les trajera cerveza y salió con su hijo al jardín, donde se instalaron junto al estanque, bajo una tenue sombra. Kamose se quitó el arrugado gorro de lino y lo utilizó para limpiarse la cara y el cuello. Después de unas breves palabras sin importancia, dijo:

—Ahmose me dice que los nuevos cuarteles son muy estrechos y que las raciones son escasas. Tampoco hay bastantes burros para cargar agua hasta el desierto. Aparte de esto, el río comenzará a crecer dentro de apenas un mes y en dos meses la marcha será imposible. —Comenzó a sacudirse la arena de las piernas—. Todavía no es tarde para que cambies de idea, príncipe.

Seqenenra observó que su hijo se daba golpecitos con el dedo en sus piernas cansadas.

—Hor-Aha me dice lo mismo —contestó—. Pero no puedo esperar otro año,

Kamose. Y lo sabes. Tengo intenciones de marchar antes de la inundación. ¿Cuántos hombres me has traído?

Kamose se apoyó en un codo.

—Mil trescientos. Podría haber traído más si no me hubiera visto obligado a enviar tantos hacia el norte a hacer las faenas del rey. Por supuesto que nadie hizo ninguna pregunta. ¿A cuántos medjay pudo convencer Hor-Aha?

«¡Sólo mil trescientos!». Seqenenra se sobrepuso a la oleada de pánico que le invadía el pecho.

—Dos mil, pero cada uno vale por dos hombres de Apepa y, por supuesto, también contamos con los quinientos de nuestro ejército. Tengo esperanzas de reunir más apoyo a medida que vayamos pasando por las ciudades y las provincias.

—Ni siquiera llegamos a una división —dijo Kamose con sequedad—. Para ello nos harían falta mil setecientos hombres más. Corren rumores de que Apepa dirige más de cien mil soldados setiu sólo en Het-Uart.

Seqenenra percibió el tono de reproche en la voz de su hijo, pero lo pasó por alto.

—Llamaremos a nuestra tropa una división, sin tener en cuenta el número —dijo —. La División de Amón. Los cincuenta guardias originales serán los Valientes del Rey; y Hor-Aha está entrenando a quinientos hombres de las tribus como tropas de choque. Será un ejército en miniatura, Kamose, pero un ejército a fin de cuentas.

—¿Tú los dirigirás en el campo de batalla?

—Por supuesto. Pero no quiero que Ahmose luche. —Kamose se irguió pero no hizo comentarios. Miraba con intensidad a su padre. Seqenenra continuó diciendo—. Nuestra línea de sangre no debe desaparecer, Kamose. Si yo caigo en la batalla, debe haber aquí un heredero para seguir gobernando. Si es inteligente, podrá convencer a Apepa de que sólo yo fui el responsable de esta locura y que él intentó detenerme.

—Comprendo que Ahmose no debe luchar —aceptó Kamose—. De ser posible, hay que conservar la promesa del futuro. Si nosotros morimos, Ahmose seguirá aquí.

—Sé que tú realmente no quieres luchar —dij o Seqenenra con suavidad—. Si la elección dependiera de ti, harías todo lo posible por mantener las cosas como están, para conservar nuestra sangre para el momento del futuro en que los setiu abandonen Egipto. Pero yo te aseguro que el tiempo es aquí y ahora. Además, Apepa procurará que, con guerra o sin ella, esta familia desaparezca y caiga en el olvido.

Kamose suspiró.

—Sí, tienes razón. Yo sólo quiero con todas mis fuerzas llegar a creer que no es así. ¡Lo odio! —Los ojos negros de su hijo, muy pintados con galena y rojos por el cansancio, de repente echaron chispas—. Odio el mal que sus estúpidas sospechas le están haciendo a Aahmes-Nefertari y a su hijo todavía no nacido. ¡Y sobre todo, lo que te están haciendo a ti! Necesito bañarme.

Su explosión de furia desapareció con tanta rapidez como había llegado. Se

levantó, se quitó el *shenti* y se alejó. Instantes después, Seqenenra también abandonó el jardín y se encaminó hasta el río untuoso y poco profundo para que lo transportaran a la orilla oeste, donde pasaría revista a los reclutas. Todavía no había indicios de la inundación, cosa que agradecía. Una temprana inundación habría convertido un acto ya de por sí temerario en una fútil aventura.

Una mañana, más tarde que de costumbre, Seqenenra abandonaba el recinto del templo después de haber pasado varias horas con Amonmose, tratando de exprimir hasta el último recurso de todo aquello que al dios no le era imprescindible, para dedicarlo al conflicto que se avecinaba. El sumo sacerdote no dudó un momento en ofrecer su ayuda a Seqenenra cuando éste se la pidió. Después de todo, sería tanto la guerra de Amón como la del príncipe, por lo que Amonmose y su escriba vaciaron la tesorería del templo. Los sacerdotes tendrían que apretarse el cinturón y, aparte de la comida del dios, su ropa y el vital incienso, las arcas quedaron vacías.

—Es una pena que no podáis poner en venta parte de vuestro ganado del Delta, alteza, y también el de Amón —observó el sumo sacerdote—. Con las ganancias obtenidas de vender el ganado siempre se puede comprar mucho cereal y tal vez hasta un poco de oro. Pero el Uno preguntará por qué lo haces.

—De todos modos, pronto se hará esa pregunta —contestó Seqenenra.

Estaba preocupado porque de un momento a otro Apepa comenzaría a esperar respuesta a su carta. Habían transcurrido ya dos meses desde la llegada de la carta con la monstruosa exigencia del rey; a Seqenenra el corazón te dejaba de palpitar cada vez que veía una barca real en el río. Hasta entonces, siempre habían seguido su camino o se detenían tan sólo a entregar un papiro para Tani. Pero muy pronto llegaría una decisión definitiva. «Por entonces —pensó Seqenenra mientras salía de la sombra de los pilones del templo al fuerte sol de la mañana y se encaminaba hasta donde esperaban sus pacientes porteadores de litera—, ya estaré camino del norte, luchando con cualquiera que se interponga en mi camino. ¿Estará alertado Apepa? ¿Me encontraré con un ejército esperándome en Aabtu, en Akhmin o en Djawati?».

Estaba a punto de montar en la litera y sus porteadores se aprestaban a ocupar sus lugares, cuando oyó la voz de Tani.

—¡Padre!

Entornando los ojos bajo aquel sol, Seqenenra la vio correr hacia él, la fina tela de la túnica apretada contra el cuerpo bronceado, las sandalias levantando pequeñas nubes de arena. Llegó hasta donde estaba jadeando y riendo, los ojos oscuros encendidos bajo la pintura verdosa. Hacía mucho que no la veía tan excitada.

—¡Tranquilízate! —le dijo, sonriendo—. No se debe correr con este calor. ¿Qué sucede, Tani?

—¡Han llegado Ramose y su padre! —dijo ella, casi gritando—. Teti se encaminaba a inspeccionar Tynt-to-amu antes de la inundación y decidieron hacemos

una visita.

—Ven, siéntate a mi lado —Seqenenra le hizo un gesto y Tani subió a la litera—. Creo que los hombres nos podrán llevar a los dos. Cierra las cortinas, hace demasiado calor para mirar hacia fuera. —Tani dejó caer la cortina y se volvió a mirarlo, con los ojos resplandecientes. Los porteadores los levantaron y comenzaron a cruzar la corta distancia que los separaba de la casa—. Y dime, ¿el grande y todopoderoso Ramose está tan espléndido como la última vez que lo viste? —bromeó Seqenenra—, comprendiendo que su buen humor se debía al alivio que sentía. «Podría haber vuelto del campo de entrenamiento con Hor-Aha, cargado con mis armas —pensó—. ¡Gracias a los dioses que hoy estaba en el templo!».

—¡Mucho más espléndido! —aseguró Tani—. Me ha traído el pectoral más bello que hayas visto; el contrapeso colgante de la espalda es de oro y turquesas, representa la corona de Mut para protegerme de los ataques de los malvados por la espalda. Pero mi madre me ha obligado a guardarlo por ahora. —Se inclinó con ansiedad hacia su padre, con los ojos como platos, y su aliento conservaba aún el olor a miel del panal que estaba lamiendo cuando vio acercarse la barca—. Creo que Teti trae un contrato matrimonial —susurró—. Querrá hablar de la dote. ¿Qué crees que debemos hacer?

El padre le alisó el pelo y le dio un beso en la mejilla.

—Eso no es asunto tuyo —la reprendió—. No te preocupes. ¿No eres una princesa, Tani? —«Tendrás tu dote aunque para ello tenga que vender toda mi hacienda. Por lo menos uno de nosotros logrará cumplir su mayor deseo», le prometió en silencio.

La litera avanzó con más lentitud y oyeron que los porteadores intercambiaban un cordial saludo con alguien. Al separar las cortinas, Seqenenra vio que avanzaban a lo largo de la calle polvorienta que lindaba entre sus dominios y los árboles que bordeaban el río. Dos hombres se habían apartado para dejarlos pasar. Uno era Mersu, el criado de Tetisheri, que saludó a Seqenenra con grave respeto; el otro, que seguía inclinado en una reverencia, era un desconocido.

—Creo que es el jefe de los escribas de Teti —le dijo Tani cuando él dejó caer las cortinas y la litera giró hacia la casa—. O tal vez sea su criado. De todos modos, creo haberlo visto en Khemennu. ¡Salud, Ramose!

Acababan de depositar la litera en el suelo. Tani asomó los pies y el joven le tendió la mano para ayudarla a bajar, al tiempo que se las arreglaba para hacer una reverencia a Seqenenra.

—Salud, príncipe —dijo—. Espero que los parabienes que he dirigido a Tani no te hayan hecho enfadar. ¡Tengo que asegurarme de que ningún apuesto hijo de noble la atraiga mientras no estoy con ella!

Seqenenra le puso una mano en el hombro.

—No me he enfadado —contestó con una sonrisa—. Estoy casi persuadido de

que eres digno de mi hija. Ya lo veremos. —Se volvió hacia Tani—. Puedes ir ahora con él, pero asegúrate de que llegáis a tiempo al jardín para no perderos la comida de bienvenida.

No salieron corriendo como lo habrían hecho unos meses antes; se alejaron caminando de la mano por la calle, bajo la sombra de los árboles, con las cabezas juntas y el guardia tras ellos. A Seqenenra verlos así le hizo sentirse bien. Atravesó por la hierba casi marchita rumbo a la casa.

Teti se levantó del banco que ocupaba junto a Aahotep y se acercó sonriendo a saludarlo. Había aumentado de peso desde la última vez que se encontraron, pero no lo suficiente para decir que era un hombre gordo. Su aspecto sólo servía para remarcar su autoridad. Cuando le tendió la mano, sus pulseras de oro relucieron. Estaba espléndido, con un gorro de lino a rayas amarillas y blancas, un *shenti* blanco muy almidonado y una camisa también blanca de tela suave. Una cadena de plata pura salpicada de jaspe le daba varias vueltas al cuello. Los dedos que Seqenenra tomó entre los suyos estaban llenos de anillos.

—¡Teti! —exclamó Seqenenra, haciéndole señas de que se sentara y tendiéndose en la hierba, a su lado—. Qué placer inesperado. Tani me acaba de decir que vas a la primera catarata para inspeccionarla antes de la inundación.

Al mirar a Tetisheri vio en los ojos de la madre el reflejo de su propio alivio. Uni se inclinó ante él y le ofreció vino y una fuente de ciruelas pasas. Seqenenra aceptó el vino y dio un sorbo. Teti se sacó del cinturón el abanico de palma adornado con joyas y se puso a ahuyentar las moscas que se congregaban alrededor de su cintura.

—Lo hago en respuesta a una orden del Uno —contestó Teti—. Mi propio propósito felizmente coincide con el suyo, y consiste en ofrecerte un contrato de matrimonio entre Ramose y Tani. —Sonrió por encima del borde de su copa—. Creo que hemos tenido que escribirlo en el último trozo de papiro que quedaba en el escritorio. Ramose los ha utilizado todos para escribir a tu hija.

Todos rieron.

—Me satisface mucho, Teti —contestó Seqenenra—. Y sí, ya es hora de que unamos a estos dos. No cabe duda de que a quien Tani quiere es a Ramose.

—¿Así que celebraremos la boda? —preguntó Teti haciendo una seña para que le sirvieran más vino—. ¿Una boda en primavera, cuando Egipto esté de nuevo todo verde?

—De acuerdo. —Ambos alzaron sus copas a un tiempo—. Pero no discutamos ahora los detalles; lo haremos mañana por la mañana en mi despacho. Le daré a mi hija una buena dote, como corresponde a una princesa.

—¡No dudo que lo harás!

Volvieron a beber. Seqenenra sintió oleadas de una felicidad inducida por el vino, y durante un instante olvidó que más allá de aquel jardín, de aquella casa, Weset

bullía de actividad militar.

Pero el siguiente comentario de Teti lo volvió a la realidad con un sobresalto.

—¿Qué ocurre al otro lado del río? —preguntó—. Vimos burros cargados que seguían un sendero hacia las colinas, seguidos por un contingente de soldados. Supongo que sólo los muertos habitan al oeste de Weset…

Seqenenra se quedó mirándolo; fue Tetisheri quien se encargó de contestar.

—Algunas tumbas han sido saqueadas —explicó con Maldad—, y cuando Si-Amón fue personalmente a inspeccionar los daños, descubrió que otras no sólo habían sido objeto de pillaje, sino que estaban en mal estado y requerían reparaciones. Se ha edificado un pequeño pueblo en el desierto para que las tumbas puedan ser reparadas y luego custodiadas.

—¿Encontraron a los ladrones? —preguntó Teti con interés. Seqenenra se encogió de hombros.

—Todavía no, pero los encontraremos. Obtenemos poca información de los campesinos cuando los interrogamos, pero son hombres simples y, tarde o temprano, los culpables tratarán de vender lo que hayan podido robar. Entonces los castigaremos.

Dejó la copa con cuidado sobré la hierba y se preparó para seguir hablando del asunto, pero la llegada de Tani y Ramose se lo impidió. Y en medio de la conversación general abandonaron el tema de las tumbas. Sin embargo, Teti preguntó dónde estaban Si-Amón, Kamose y Ahmose. Aahotep contestó que estaban dirigiendo las obras de la orilla oeste. Eso pareció tranquilizar a Teti. Poco después, Tetisheri mandó llamar a Mersu y se dirigió con Aahotep a sus habitaciones para ponerse de acuerdo acerca de la fiesta que debían preparar.

Teti, como huésped perfecto que era, obsequió a Aahotep con los patos que él y Ramose habían cazado la noche anterior entre las cañas, antes de fijar el campamento, así como con varios manjares que llevaban a bordo para el largo viaje a Tynt-To-Amu. El arpista de Seqenenra tocó y cantó. Tani bailó luciendo el pectoral que Ramose acababa de regalarle, y una cinta blanca bordeada en oro le rodeaba el pelo corto y ondulado. Hubo vino y cerveza en abundancia. Si-Amón, Kamose y Ahmose, advertidos con discreción por el siempre vigilante Uni, llegaron recién lavados a la caída del sol para apoyar la historia de Seqenenra. Aahmes-Nefertari, que se sentía muy pesada por el embarazo pero divertida, contó un cuento verde que Hetepet, su sirvienta personal, había oído aquel día en el mercado.

Sin embargo, Seqenenra no confiaba en que su pariente político hubiese caído en el engaño. Teti reía, comía y bebía, sin dejar de conversar un instante, pero en los ojos pintados con galena tenía una expresión vigilante. Ramose sólo tenía ojos para Tani. Hizo bromas sobre su pelo, que seguía creciendo después de que le cortaron el mechón de juventud, y le dio de comer con la mano, como si fuese una paloma.

A la mañana siguiente, Teti y Seqenenra se encontraron en el despacho para conversar acerca de la dote de Tani. El arreglo definitivo no se haría hasta que se hubiese redactado el contrato de matrimonio, pero era necesario hacer la oferta inicial y estudiarla. Al escuchar a Seqenenra, Teti se mostraba claramente incómodo. Durante un rato asintió, gruñó, volvió a asentir y por fin alzó una mano y Seqenenra calló.

—Discúlpame, príncipe —dijo—, no quiero que me consideres un mal educado pero pareces ausente, distraído, preocupado. ¿La fortuna de tu familia está algo disminuida? ¿El Uno ha elevado demasiado tus impuestos este año?

—No te disculpes —contestó Seqenenra para tranquilizarlo—. En esta ocasión tienes todo el derecho a interrogarme sobre la salud de mis finanzas. Es cierto que los impuestos han sido altos, pero también lo fueron los rendimientos. Hemos tenido una cosecha maravillosa. —En su interior bullía el orgullo y tenía ganas de negar que vivía al borde de la ruina y de decirle a Teti que se ocupara de sus asuntos. Pero como acababa de decir, Teti terna todo el derecho a asegurarse la dote y, en todo caso, los comentarios sobre su ejército debían estarse filtrando hacia el norte—. Mis provincias se han estado quejando de incursiones de los shasu en sus pueblos —explicó—. Decidí alistar un pequeño ejército para hacerme cargo de ellos. Cuando los hombres estén entrenados, los destacaré en los distintos pueblos, pero mientras tanto debo soportar el gasto que supone alimentarlos y armarlos. —Extendió las manos—. Es una empresa costosa.

—He oído rumores acerca de tu ejército —dijo Teti con lentitud y, al ver su expresión, Seqenenra se alegró de haber dado una explicación lo más cercana posible a la verdad—. Pero Seqenenra, ¿no sería más sencillo que le pidieras al Uno algunos destacamentos de Het-Uart? Él jamás permitiría que la seguridad de su gente se viera amenazada.

«¿Su gente?». Seqenenra se tragó la viva respuesta que las palabras de Teti merecían.

—No quiero llamar la atención del rey —dijo con franqueza—. Sé que lo pongo nervioso y sería una tontería correr el riesgo de que, con cualquier pretexto, me relevara de mi gobierno. El Uno podría decir que soy incompetente, que no controlé como era debido las provincias. O incluso podría decir que la situación es más grave de lo que en realidad es y poner un jefe a cargo de Weset.

De repente se sintió más acalorado. El *shenii* le rozaba los muslos y le parecía que tenía la boca llena de arena. Teti alzó sus negras cejas.

—De todos modos, el Uno se enterará —dijo.

—Sí, pero para entonces habré solucionado el problema —lo interrumpió enseguida Seqenenra—. Tal vez ya se haya podido licenciar a los reclutas. —«Estoy hablando como el vendedor de mercado que quiere regatear y persigue a un criado

que ya ha decidido no comprarle», pensó con cierta desesperación. Se puso de pie, se pasó ambas manos por la cara y le dirigió una sonrisa a Teti—. ¿No me crees, verdad? —preguntó.

Sorprendido, Teti lanzó una risita.

—¿Por qué no te voy a creer? —preguntó—. Los shasu muchas veces se dedican al pillaje en pueblos alejados. Pero, príncipe, si con tus recursos no te resulta fácil organizar este ejército, te aconsejo que te tragues el orgullo y le pidas ayuda al Uno. Es muy peligroso que no le expliques la realidad de tu situación. —Durante algunos instantes, ambos se miraron a los ojos—. ¿Todavía no has contestado la última carta que te envió, verdad? —preguntó Teti con cautela—. Por eso no deseas dirigirte a él. Eres un insensato, Seqenenra.

Sintió que se aflojaba. Seqenenra no esperaba que Teti llegase a esta conclusión.

—No te preocupes por la dote de Tani —dijo Seqenenra, haciendo un esfuerzo para que no le temblara la voz—. Es posible que me haya empobrecido temporalmente por encargarme de mis soldados, pero sigo teniendo una importante fortuna en mi ganado del Delta. Tani es un ser precioso para mí, y si ella quiere a Ramose, lo tendrá.

Sabiendo que con su crítica solapada había estado a punto de traspasar los límites de la buena educación. Teti inclinó la cabeza.

—Que así sea —aceptó—. En tal caso pedimos que sean doscientas cabezas.

Seqenenra volvió a sentarse y puso objeciones a la cifra. Ipi, sentado en el suelo junto al escritorio, en silencio y sin molestar, cogió su pincel y el regateo volvió a comenzar.

Aquella noche, cuando Si-Amón iba a acostarse, Mersu entró en su dormitorio haciendo reverencias. El joven había soportado con incomodidad la fiesta, estando amable pero tenso, y en cuanto pudo, se refugió en sus habitaciones. Kamose lo fue a buscar y estuvieron jugando a los dados durante un rato. Luego Si-Amón se dirigió a la habitación de su esposa y se tendió a su lado en el lecho, apoyando la cabeza sobre su hombro, mientras Raa daba masajes a Aahmes-Nefertari en las piernas hinchadas. Pero cuando Aahmes-Nefertari empezó a dormirse, Si-Amón se apartó de ella con suavidad, dio las buenas noches a Raa y volvió a sus habitaciones. Tenía frío y estaba inquieto. Cuando Mersu asomó el rostro impasible por la puerta, encontró a Si-Amón sentado en el borde del lecho, convencido de que aquella noche no podría conciliar el sueño.

—Te pido perdón por molestarte tan tarde, príncipe —dijo Mersu—, pero tu pariente desea verte en privado en las habitaciones de huéspedes.

—Bueno, dile que venga —contestó Si-Amón en tono cortante—. Un príncipe no responde al llamado de un simple noble.

Mersu continuaba en la puerta, apartado de la luz que arrojaba la lámpara.

—Cierto —contestó con suavidad—, y Teti pide que disculpes su petición, pero considera que, si te llegaran a ver, hatea menos comentarios que si fuese él quien viniera a verte a ti. Yo estoy de acuerdo.

—¡No me digas! —contestó Si-Amón con sarcasmo.

Desde que le encomendase la carta para Teti, hacía unas semanas, alimentaba una gran aversión hacia el criado de su abuela. Tenía la impresión de que, tras los modales impecables de Mersu, crecía una taimada complicidad; pero era suficientemente sincero consigo mismo para suponer que tal vez fueran imaginaciones creadas por su propio sentimiento de culpa. «Soy yo el que ha cambiado —pensó Si-Amón poniéndose de pie a disgusto y calzándose las sandalias —. No cabe duda de que este hombre no me gusta, pero en realidad no puedo criticar su servicio ni su actitud».

—Está fuera de lugar que un criado dé su opinión —continuó diciendo, con cierta maldad—. Pero supongo que debo ver qué quiere Teti. Vete.

Mersu hizo una reverencia y se marchó. Si-Amón no oyó los pasos de sus pies descalzos por el corredor, se acercó a la puerta y espió. Gracias a la antorcha de la pared, vio que no había nadie, aparte de un guardia soñoliento en el extremo del corredor.

Las habitaciones de los huéspedes masculinos se encontraban en el mismo sector de la casa que las suyas y las de sus hermanos, de manera que Si-Amón no tardó mucho en llegar hasta la puerta de Teti. Llamó y entró sin esperar respuesta. Teti se puso de pie e inclinó la cabeza. Llevaba una delgada capa de lino amarillo de manga larga, que llegaba hasta el suelo y que, con la lámpara a sus espaldas, le marcaba las líneas del cuerpo.

—Fue una descortesía que te pidiera que vinieras aquí —dijo, antes de que Si-Amón tuviera oportunidad de hablar—. Te ruego que me perdones, pero era necesario que fuera precavido. Ramose y Tani están afuera, mirando las estrellas —explicó en respuesta a la mirada con la que Si-Amón recorrió la habitación—. No te voy a entretener mucho tiempo.

Si-Amón tuvo que tragarse el enfado, cerró la puerta y se le acercó.

—Esperaba recibir alguna respuesta a mi mensaje, Teti —dijo—. Empezaba a creer que se había perdido.

Teti le ofreció los higos secos y el vino que había junto al lecho. Si-Amón negó con la cabeza. Teti cruzó los brazos.

—No me pediste que te escribiera, sino que viniera —puntualizó—. Lamento haberte disgustado. Sabía que este año el Uno requeriría una inspección de la catarata porque no se hizo antes de la inundación, de manera que decidí esperar. Tii padre parece empeñado.

Si-Amón comenzó a deambular por la habitación, tocando las paredes y

acariciando las lámparas de alabastro.

—¿Has hablado del tema con él?

—Sí, se lo mencioné brevemente. Le dije que hacia el norte se filtran rumores de la existencia de su ejército y que pronto llegarán a Het-Uart. Él me explicó que había reclutado soldados para defender las provincias contra los shasu.

—Eso es mentira. —Si-Amón se obligó a permanecer quieto y a mirar de frente a Teti—. Los guardias medjay de mi padre han estado reclutando shasus. ¡Teti, debes poner fin a esta locura! —Extendió los brazos—. ¿Qué sentido tiene que yo haya puesto en peligro mi conciencia, si no puedes hacer nada?

—¿Es eso lo que crees haber hecho? —preguntó Teti en voz baja—. ¿Qué me dices de tu conciencia hacia nuestro rey, joven príncipe?

—¡Ya sé! ¡Ya sé! —contestó Si-Amón con una impaciencia que no pudo contener —. Pongo en ti mi confianza, Teti, para que detengas todo esto e impidas que llegue a oídos del Uno.

—¿Y cómo debo hacerlo, si tu padre conduce su ejército hacia el norte? Te aseguro, Si-Amón, que él no se dejará persuadir. Lo único posible sería abortar su esfuerzo antes de que logre desarrollarse.

Si-Amón estaba tenso, tenía necesidad de moverse, de hacer algo. Con actitud resuelta, se llevó las manos a la espalda.

—¿Eso es posible?

Teti frunció el entrecejo y se envolvió más en la capa. Su cabeza calva relucía bajo la luz.

—Puedo escribirle al Uno y pedirle que ordene a Seqenenra que viaje al norte con algún pretexto, tal vez para organizar las provincias que rodean Ta-she, para reglamentar los impuestos, ¡cualquier cosa! El rey me hará caso. —Su mirada topó con el rostro preocupado de Si-Amón—. Tenemos ya casi encima la inundación, y un hombre no puede marchar sobre el agua.

—No hay tiempo.

—Entonces habrá que detener a tu padre en el camino. Es necesario decírselo a Apepa, advertirle. Seqenenra tendrá que aceptar las consecuencias.

—¡No! —exclamó Si-Amón, adelantándose—. Confié en que tú nos ayudarías, Teti. ¿De qué nos has servido? ¿Qué es lo que he hecho?

Teti se le acercó y lo cogió con fuerza por los hombros.

—Has cumplido con tu deber como egipcio leal que eres —insistió—. No desfallezcas ahora, Si-Amón. Tal vez la justicia de Apepa sea más benigna con tu padre gracias a tu lealtad. Lo conozco. Ahora no debes flaquear. Mantenme informado, envíame datos del momento de la partida del ejército, de la dirección de su marcha y de su primer destino. Si no lo haces, Apepa pensará que ya no le eres leal y te castigará con severidad. ¡No hay tiempo para hacer nada más!

Si-Amón se liberó de las manos de Teti.

—¡Vuelve a hablar con mi padre!

—Si lo hago, sabrá que alguien me ha informado de lo que sucede. Y sospechará de ti.

«Es cierto. Debí darme cuenta desde el principio —pensó Si-Amón con amargura —. Bueno, que mi padre sospeche de mí, que me trate con frialdad, que me odie. Me presentaré yo mismo ante él y le diré lo que he hecho». Pero sabía que no sería capaz de hacerlo. No creía que la rebelión de Seqenenra fuese justificada. «Todo ha llegado demasiado lejos —pensó con desesperación—. Yo también estoy comprometido».

—El rey ya sabe lo que sucede, ¿verdad? —susurró—. Le enviaste mi papiro. Me traicionaste.

—Sí, lo sabe. —Teti sirvió el vino y colocó una copa entre los dedos temblorosos de Si-Amón—. Sin embargo, esperará hasta ver lo que Seqenenra realmente decide hacer. Apepa tiene intención de ser benevolente si tu padre cambia de idea.

—¡Maldiga sea! —Si-Amón se quedó mirando absorto el líquido rojo de su copa —. ¡He vendido a mi propio padre!

—No, has salvado tu herencia. Piénsalo, Si-Amón. Si Apepa está al acecho para rodearlos, habrá poco derramamiento de sangre en el ejército de tu padre. En caso contrario, el daño que podría hacer antes de que lo detuvieran sería enorme. La revuelta será insignificante, sin importancia, y se olvidará con rapidez. Seqenenra será castigado y sus oficiales ejecutados; pero ¿no crees que esto es mejor que la pérdida y la destrucción de todo lo que tiene aquí?

Se dio cuenta de que Si-Amón apuraba el vino con largos tragos. Si-Amón puso la copa en la mesa con extremo cuidado.

Dirigió una inclinación de cabeza a Teti, se volvió y se encaminó con paso vacilante a la puerta, pero ésta se abrió y entró Ramose. Si-Amón estaba demasiado confuso para hacerse a un lado, y Ramose a punto estuvo de atropellarlo.

—¡Buenas noches, príncipe! —exclamó Ramose. Si-Amón lo empujó, pasó de largo y dio un portazo. Ramose miró a su padre—. ¿Qué le pasa a Si-Amón? —preguntó.

Teti se tendió en el lecho y se pasó una mano por el cráneo rasurado.

—Lo he hecho enfadar —contestó—. Pero no te preocupes, Ramose. Me alegro de que mañana podamos continuar el viaje.

—Parece grave —contestó Ramose, sonriendo—. ¿Tiene alguna relación con la dote de Tani?

Teti levantó la vista, sobresaltado.

—¡No! Seqenenra y yo hemos llegado a un acuerdo satisfactorio y te podrás casar cuando llegue el tiempo de la siembra.

—¡Estupendo! —Ramose bostezó—. ¿Dónde está mi sirviente personal? Quiero

acostarme. ¡Me encanta la finca de Seqenenra! Es muy plácida. Aquí no tienen la rigidez con que vivimos nosotros. Pero debo confesar que convierte en negligentes a los sirvientes. ¿Te parece que lo llame?

—Como quieras.

Ramose esperó, pero al ver que su padre seguía sentado en el borde del lecho, con el entrecejo fruncido y la mirada perdida, el joven se encogió de hombros, pidió a gritos la presencia de un sirviente y comenzó a tararear la canción que había tocado aquella noche el arpista de Seqenenra. Se sentía muy feliz.

Capítulo 5

En definitiva, Teti y Ramose se fueron con la promesa de cien cabezas de ganado, veinte cameros para el sacrificio y treinta *utens* de plata como dote de Tani. Mientras se abrazaban y Seqenenra los observaba subir a la barca por la rampa, durante aquel breve momento de transitoria afabilidad y antes de que Ra se alzara por el horizonte con su trémulo calor, se preguntó dónde obtendría la plata, pero como había solicitado que aquella parte del acuerdo se aplazara hasta un año después del matrimonio, decidió no preocuparse por el asunto. Tani, extática, se despedía de Ramose llorando de felicidad, luciendo con orgullo el pectoral que él le había regalado.

Poco después de desaparecer de su vista la estela dejada por la barca, llamó a su guardia personal y fue a visitar los hipopótamos. Aahotep, con los ojos todavía hinchados por el sueño, se apretó al cuerpo el manto que llevaba y volvió a la casa en busca de comida. Kamose y Ahmose se sentaron en los escalones del embarcadero, con los respectivos arcos a su lado, esperando la barca que les permitiría cruzar una vez más al otro lado del río, donde Hor-Aha ya estaba entrenando a los soldados. Uni y Mersu permanecían a unos pasos de distancia, inmóviles y recién aseados, mientras que Tetisheri tomó del brazo a Seqenenra y le hizo volverse con suavidad para que la mirara de frente. Sin galena en los ojos ni alheña en los labios y con el pelo gris y algunos mechones negros caídos sobre los hombros, parecía una anciana cansada, pero la mano con que sujetaba a su hijo era firme.

—¿Sospecha algo? —preguntó abruptamente. Seqenenra negó con la cabeza.

—No lo sé. Tal vez. De todas maneras, si sospecha, no podemos hacer nada por evitarlo; ya es demasiado tarde. Le dije que estaba alistando hombres para proteger las provincias. Sabe que no he contestado la carta de Apepa.

—¿Y cómo lo sabe? —Sus negros ojos, rodeados por una multitud de pequeñas arrugas, de repente adquirieron una expresión de alerta—. ¿Tiene un contacto más estrecho de lo que suponíamos con el Uno o simplemente lo simula?

De repente, a Seqenenra le irritó la mezcla de complicidad y codicia que veía en el rostro de su madre. Le apartó la mano del brazo.

—En nombre de Amón, ¿cómo quieres que lo sepa? —preguntó en tono tajante —. ¿Crees que soy adivino?

Se sentía atrapado por la voluntad de su madre, por el rey, por su propia pobreza y por su destino. Al oír el tono imperioso de su padre, Kamose y Ahmose habían dejado de conversar y lo miraban fijamente. Seqenenra tuvo ganas de disculparse, pero en lugar de hacerlo se fue hacia la casa.

—¿Adónde vas? —preguntó Tetisheri, imperturbable—. Quiero marchar dentro de tres días —replicó sin detenerse—. Hay mucho que hacer. ¡Uni!

El criado lo siguió. A una señal de impaciencia de Tetisheri, Mersu se le acercó, pero después de hacer aquel ademán, ella permaneció inmóvil, con el ceño fruncido. La barca llegó a los escalones del embarcadero y Kamose y Ahmose cogieron las armas y embarcaron. Los gritos del timonel volvieron a Tetisheri a la realidad y escuchó la alegre respuesta de Ahmose. Los nuevos rayos del sol ya acariciaban el agua quieta.

—Me vuelvo a dormir —dijo Tetisheri—. Mersu, tráeme cerveza a mediodía.

Seqenenra dedicó los dos días siguientes a conferenciar con Hor-Aha y a observar al detalle su pequeño ejército, que le daba lástima. De los tres mil trescientos soldados, sólo se podía decir que trescientos estaban en condiciones de luchar como fuerza de choque, los que entraban primero en el campo de batalla y recibían el grueso de una carga de carros; de ellos, apenas cien contaban con la ventaja de los arcos de los setiu. Construirlos era un proceso muy largo, y aunque los artesanos trabajaban febrilmente, no habían podido montar ni uno más.

Cincuenta hombres, los miembros de la guardia de Seqenenra, recibieron el nombre de Valientes del Rey. Sin embargo, Seqenenra insistió en que los nuevos arcos debían ser usados en el campo de batalla por las fuerzas de choque y no por sus defensores personales, que irían armados con los arcos antiguos y más pequeños. Los diez carros habían sido restaurados, pero tampoco hubo tiempo de producir más, ni de enseñar a los hombres a conducirlos. Los caballos eran escasos, y también la comida. Cereales, agua, cebollas y verduras desecadas se habían distribuido en sacos y en odres, esperando el momento de ser cargados en los asnos. Ninguno de los hombres iría armado con espadas de punta de bronce, ni con hachas o clavas de bronce. Ni Men ni Hor-Aha lograron obtener aquel nuevo metal.

«Al menos, Men hizo buenos cambios en el material, y todos podrán contar con escudos nuevos y con sandalias ajustadas —pensó Seqenenra mientras dejaba atrás la cara de desaprobación con que lo miró Uni en el despacho y, atravesando la arena caliente del campo de entrenamiento, acudía a pasar unos momentos con Aahotep en su lecho—. Y tal vez nuestras armas antiguas les sirvan más que el bronce, a cuyo peso no están acostumbrados. ¡Ojalá Amón lo quiera!».

Durante aquel tiempo, Kamose se mantuvo alejado de los demás, al parecer disfrutando de la precaria seguridad y de los últimos momentos de paz en la desordenada finca. Ahmose vagaba por la orilla del río con su lanza corta y Si-Amón no se apartaba del lado de Aahmes-Nefertari. Toda la familia rezaba pidiendo que el hijo de ambos naciera antes de que los hombres emprendieran la marcha, pero cuando llegó la noche del segundo día, ella todavía se movía con dificultad por sus aposentos, acalorada e incómoda, mientras Si-Amón la observaba con desconsuelo.

Seqenenra sabía que su hijo se había preparado con diligencia para marchar con Kamose. El criado le había empaquetado la ropa. Su jefe de guardias le afiló la

espada y le limpió el escudo, y también el carro que conduciría estaba preparado. El altar de viaje dedicado a Amón estaba cerrado, con una caja de incienso al lado. Había algo lastimoso en los absurdos y minuciosos preparativos de Si-Amón, teniendo en cuenta su oposición a aquella aventura, y aquello dolía enormemente a Seqenenra. Le habría gustado decirle a Si-Amón que se quedara en casa, que gobernara las provincias y condujera la finca en su ausencia, pero sabía que con ello sólo aumentaría el malestar del muchacho. «Una cosa es morir por algo en lo que uno cree —pensó Seqenenra—, y otra muy distinta ir hacia la muerte contra todos los dictados del propio *ka*».

Había tratado de conversar con Si-Amón, pero éste se le había plantado delante, con los grandes ojos oscuros llenos de furia y de infelicidad, y le había rogado que ordenara a los soldados que regresasen a sus hogares. Seqenenra tema la impresión de que Si-Amón quería decir algo más, pero ante su negativa, el muchacho apretó los labios, giró sobre sus talones y se alejó. «Si hubiera sabido desde el principio que esto le afectaba tanto, lo habría obligado a alejarse —se dijo Seqenenra—. Podría haber ido a la finca de Teti y quizás hasta a la corte de Apepa. La falta de orgullo que le inspira su sangre me afecta profundamente, pero su angustia me duele aún más. No he sido un buen padre para mi apuesto y joven heredero».

Durante aquella última noche, Seqenenra no consiguió descansar. Hizo el amor con Aahotep y mientras se acariciaban intercambiaron palabras que de tanto usarlas resultaban tranquilizadoras. Pero al cabo de una hora, Aahotep cayó en un sueño profundo. Seqenenra seguía acostado a su lado, con los ojos doloridos de cansancio, irritado por la humedad de la sábana que se le adhería a las piernas y atormentado por sus incesantes pensamientos. Unas horas después, un ejército se pondría en marcha en la orilla oeste. Los carros de guerra resplandecerían bajo el sol. Los caballos con arreos azules morderían el freno, deseosos de partir. Amonmose y sus acólitos acudirían con incienso y con un carnero blanco a realizar el sacrificio para pedir buena suerte.

«Mañana dejaré de ser el príncipe Seqenenra Tao, gobernador de Weset —se dijo mientras se movía inquieto al lado del cuerpo blando y relajado de Aahotep—. Recibiré el amanecer como rey Seqenenra Tao, hijo del Sol, el poderoso toro de Ma’at, señor de los Dos Reinos, el Horus de Oro. Ya no seré un inexperto aprendiz de soldado. Me pregunto cuánto tiempo lograré retener estos títulos; hasta dónde lograremos marchar antes de que Apepa, con una simple señal de su dedo meñique, nos convierta en paja desmenuzada. Mejor es no pensarlo. Pensaré en los nobles y en los gobernadores que nos verán pasar, a lo largo del Nilo, y correrán a unírsenos. Pensaré en llegar a Het-Uart en medio de la niebla matinal del Delta, rodearé la ciudad, arrancaré la Doble Corona de la cabeza bárbara de Apepa, le arrebataré de sus manos inmundas el cayado y el mayal…».

Era inútil. Detrás de las imágenes de triunfo con que trataba de adormecerse, acechaba el miedo, una oscura vibración que latía como el sonido amortiguado de un remo en las aguas oscuras de los infiernos. Se sentó y se ciñó la cintura con el *shenti*, que yacía abandonado. Siguiendo un impulso, se acercó al lecho donde dormía Aahotep y se inclinó a besarle la sien y luego la mejilla. Ella gimió un poco y abrió los ojos.

—Seqenenra —murmuró—. ¿No puedes dormir? ¿Quieres que me retire a mis habitaciones para que tengas todo el lecho a tu disposición?

—No —le respondió en un susurro—. Creo que voy a caminar un poco y a rezar. Te quiero, Aahotep.

Ya completamente despierta, ella percibió la soledad en la voz de su esposo. Estiró los brazos, lo acercó hacia sí y lo besó en los labios.

—Si pudiera luchar a tu lado, lo haría —aseguró Aahotep—. Vuelve a casa sano y salvo, mi señor.

Volvió a dejarla sobre las almohadas con ternura.

—Duérmete —replicó Seqenenra.

El corredor estaba oscuro. Dos de las antorchas ya se habían apagado y sólo una continuaba encendida junto a la puerta de Uni, abierta por si su amo lo llamaba durante la noche. Al pasar junto a la puerta, Seqenenra lo oyó murmurar. No había ningún soldado de guardia en el lugar donde el corredor se abría. Todos los hombres dormían al otro lado del río. Seqenenra vaciló y, tras mirar a ambos lados desiertos del corredor, se dirigió al jardín y a la brecha de la vieja muralla, a través de la cual podía acceder al antiguo palacio. Pasó frente a la puerta de la habitación de Mersu. El criado de su madre vivía cerca de las habitaciones de las mujeres para que Isis pudiera despertarlo si Tetisheri lo necesitaba. La puerta estaba abierta de par en par. Seqenenra miró hacia dentro y vio un bulto en el lecho. Le resultó difícil imaginar al majestuoso y silencioso Mersu con los miembros desordenados y en pleno sueño. Seqenenra sonrió y siguió caminando.

La noche era silenciosa, calurosa y quieta. Mientras cruzaba descalzo el jardín, esquivando el cuadrado negro que formaba el estanque y agachándose bajo los árboles secos, dirigió una mirada al cielo. La luna ya se estaba poniendo, un redondel de plata blanco rodeado de estrellas cuyo fuerte brillo le obligó a contener el aliento durante un instante. Hizo una pausa para elevar una oración a Tot, dios de la Luna y de su alma, antes de pasar sobre los escombros apenas visibles que habían caído del muro del palacio y deslizarse por la abertura.

El palacio se elevaba por encima de él, una combinación de aristas agudas que se recortaban en lo alto del cielo aterciopelado. No tenía miedo. Muchos temían a la noche por los muertos, pero allí Seqenenra sólo sentía el saludo de épocas pasadas, tiempos habitados por personas de su propia carne y de su propia sangre. Tenía

derecho a cruzar el patio y penetrar en el grande y oscuro salón de recepciones. Lo cruzó con rapidez, guiándose más por su instinto que por la débil luz grisácea que entraba por las ventanas de la galería. Una vez en la sala de audiencias, no miró hacia el estrado del trono. «Volveré a construir este palacio —pensó mientras continuaba su camino—. Traeré de Het-Uart el trono sagrado y lo haré instalar aquí».

Al pie de la escalera que conducía a las habitaciones de las mujeres, de repente se detuvo a escuchar. Tenía la sensación de haber oído un ruido a sus espaldas.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó en voz baja, pero la oscuridad siguió silenciosa —. Osiris Mentuhotep neb-ha-pet-Ra, si lo que oigo es el aleteo de tus alas, te suplico por favor que me bendigas y me protejas.

Volvió a invocar al dios. Si de verdad el ave con la cabeza de Mentuhotep había salido de su tumba y estaba explorando el antiguo hogar abandonado del rey, no se mostró. Sin embargo, Seqenenra se sintió reconfortado. Subió con rapidez la escalera y salió a la azotea.

Al inclinarse sobre los ladrillos todavía cálidos, sintió que su tensión desaparecía. Pensaba que se dirigía hasta allí para ordenar sus pensamientos, pero en definitiva no tenía en qué pensar. Sólo acudió a su mente un ensueño que calmaba y elevaba su espíritu. La casa estaba a oscuras, con excepción de una pálida luz que salía de las habitaciones de las mujeres; sabía que era Aahmes-Nefertari, incapaz de dormir. Un ave nocturna emitió su canto breve y acerado. Junto al río percibió el ruido de los cascos de los caballos atados y del agua que corría hacia el norte, en la misma dirección que él pronto tomaría, apenas iluminada por la luz de la luna. Como era habitual, se volvió un momento hacia el desierto, pero no alcanzó a distinguir el horizonte. «Hoy he hablado con Tani pero no con Aahmes-Nefertari. Quería ir a ver a mi hija, pero finalmente he temido que mi despedida no haría sino angustiarla. Será mejor darle un breve abrazo en medio del caos de mañana». El leve reflejo de la luz de la casa volvió a atraer su mirada y comenzó a rezarle a Amón.

Pidió valentía en la batalla, ser reconocido públicamente como encarnación de Amón, y salud para sus hijos. Acababa de empezar los agradecimientos cuando de nuevo creyó oír un ruido a sus espaldas, esta vez el golpear de un ladrillo suelto en la escalera. Las palabras murieron en sus labios. Lo sobrecogió un repentino presentimiento que le recorrió la columna vertebral, y tuvo la certeza de una amenaza terrible. Se volvió y comenzó a ponerse de pie torpemente, pero no llegó a completar el movimiento. Una sombra se interpuso entre él y el negro hueco de la escalera, y sólo alcanzó a ver el brillo apagado de la luna sobre un hacha y sintió el impacto de un golpe tan rápido y estremecedor que no tuvo tiempo de gritar ni de alzar los brazos para protegerse.

El sol ya había salido sobre el horizonte, ahuyentando las extrañas sombras grises del amanecer, cuando el sirviente personal de Seqenenra llamó a la puerta de Uni. Era

costumbre del príncipe que lo despertaran, bañaran y vistieran antes de llamar a su criado para que le acompañara a las abluciones de Amón, y Seqenenra había dejado instrucciones de que aquella mañana lo despertaran un poco antes de lo habitual. Al amanecer, al entrar con reverencia en la habitación del príncipe, su sirviente personal sólo encontró a Aahotep, respirando con suavidad y perdida en la inconsciencia del sueño. La despertó tímidamente para preguntarle si el príncipe ya se había dirigido a la casa de baños. Aahotep murmuró que lo ignoraba y volvió a dormirse.

El sirviente se dirigió a la casa de baños para revisarla y luego, pensando que el príncipe podía estar gozando de un temprano desayuno, se encaminó al salón de recepciones. Kamose y Si-Amón estaban comiendo pan negro fresco y uvas secas, de pie y en silencio mientras los servían. El sirviente los interrogó con nerviosismo, pues sus deberes nunca iban más allá de las tareas del dormitorio. Ellos le contestaron distraídos. Tras recorrer la casa, el sirviente decidió pedir ayuda al criado de Seqenenra.

Uni ya estaba levantado y vestido, esperando que el príncipe lo llamara. Seqenenra le había dado instrucciones para que dirigiera la casa durante su ausencia; también había pensado en lo que Uni, junto con Mersu, debía hacer si llegaban las tropas del rey, pero siempre había asuntos de último momento para tratar cada vez que la familia emprendía viajes cortos, y Uni tenía un escriba sentado en el corredor, para que los acompañara a él y al príncipe hasta el templo y para que, si ftiera necesario, tomara notas en el camino.

—¿Has buscado en las habitaciones de las mujeres? —preguntó Uni después de oír las quejas del sirviente—. El príncipe tenía intención de hacer una breve visita a la princesa Aahmes-Nefertari. —El sirviente asintió con la cabeza—. ¿Y has ido a los canales? Ya sabes cuánto ama el príncipe a sus animales. El sirviente extendió las manos. —He buscado en todas partes, jefe. Uni se quedó pensativo. Tal vez en aquel día fatídico el príncipe hubiera ido solo y muy temprano al templo. Tal vez Hor-Aha lo hubiera mandado llamar a causa de algún problema militar. Uni mandó al sirviente que se retirara.

—Envía a Isis a la habitación de la princesa si ella aún no se ha levantado —le ordenó—, y luego puedes llevar la ropa a la casa de lavado y comenzar a limpiar. No te molestes en poner sábanas limpias en el lecho del príncipe.

El hombre se apresuró a salir y Uni lo siguió con lentitud.

En cuanto llegó al extremo del corredor se dio cuenta de lo alto que estaba ya el sol. De la otra orilla del río le llegó el ruido de gritos de soldados, relinchos de caballos y rebuznos de asnos. El ejército se aprestaba para marchar. Cuando Uni salió al jardín por el pórtico, Kamose y su hermano pasaron deprisa junto a él, con los arcos colgados del hombro y el carcaj lleno de flechas golpeando sus espaldas. En el jardín, Aahmes-Nefertari se volvió al ver acercarse al criado. Iba cubierta por una

amplia tela de lino para ocultar con modestia su embarazo, pero llevaba un moño blanco atado al pelo y tenía los ojos pintados con galena.

—Uni, ¿has visto a mi padre? —preguntó—. Prometió que se encontraría aquí conmigo antes de que fuéramos todos al río a despedirnos. ¿Algo lo habrá detenido?

—No lo sé, princesa —contestó Uni—, pero lo encontraré. No deberías estar aquí al sol. Envía a Raa en busca de una estera y un toldo.

Mientras Aahmes-Nefertari hablaba con el criado, los ojos de éste se clavaron en la abertura de la muralla y en el antiguo palacio cuyas paredes adquirían un cálido tono beis bajo el sol de la mañana. Sonrió amargamente y se dirigió hacia allí. ¡Por supuesto! ¿A qué otra parte iría el príncipe para gozar de algunos instantes de paz antes de que lo reclamaran los deberes del día? «Debería haberse fijado bien en el sol —pensó con irritación, mientras cruzaba el patio desierto y bañado de una luz cegadora que lo obligó a entornar los ojos—. A esta hora el príncipe ya debería haber terminado sus rituales en el templo, haberse despedido de la familia y partido. No es normal que obligue a los soldados a esperarlo bajo el sol».

A Uni no le gustaba el viejo palacio. Al internarse en la penumbra más fresca, deseó llevar un amuleto colgado de una gargantilla. Tocó el que llevaba en el pecho, cruzó la sala de audiencias, como había hecho Seqenenra, y se dirigió a laescalera preferida de su amo. Una repentina agitación encima de su cabeza y luego un silencio lo obligaron a pegarse a la pared con expresión de disgusto. Murciélagos. Sería necesario hablar con el campesino encargado para que alejara a los animales todas las mañanas por si el príncipe tenía necesidad de subir aquella escalera.

Uni siguió subiendo hasta llegar por fin a la puerta medio destruida. El calor lo azotó al salir, y tuvo que parpadear y permanecer un instante inmóvil hasta que sus ojos se acostumbraron al sol.

—Príncipe, ¿te encuentras aquí? —preguntó con amabilidad. No obtuvo respuesta, pero tampoco le fue necesaria. Casi de inmediato vio a su señor.

Seqenenra estaba tendido boca abajo en el polvo y la arena, con la mejilla sobre un ladrillo y los brazos ocultos bajo el cuerpo. Sus piernas extendidas estaban a pleno sol y los erráticos soplos de brisa movían el borde de su *shenti*. Uni sintió que se le detenía el corazón y luego empezaba a palpitarle como enloquecido en el pecho. Se acercó tambaleándose y tocó a Seqenenra; entonces vio el cráneo hecho pedazos y la mancha de sangre oscura y seca que cubría el rostro gris.

—¡Ah, dioses, dioses! —susurró.

Se enderezó y miró a su alrededor, desesperado por conseguir auxilio. Los soldados de los cuarteles orientales se arracimaban bajo los árboles, junto al río, en una confusa aglomeración de piernas morenas, shentis blancos y espadas que resplandecían al sol, mientras esperaban embarcar hacia la orilla opuesta. Si gritaba, no lo oirían desde tan lejos. Nadie lo escucharía. Entonces notó un movimiento junto

a la brecha del muro que rodeaba el jardín.

—¡Aquí! —gritó, pero su voz se perdía. Respiró hondo—. ¡Aquí arriba! —Siguió gritando. Por fin apareció en el agujero una figura que levantó la vista mientras se protegía los ojos con una mano. Era uno de los jardineros—. ¡Corre lo más rápido que puedas y vuelve con sirvientes y una litera! —ordenó—. Cuando ellos estén en camino, busca a los príncipes Kamose y Si-Amón. Los he visto acercarse al río. Envía enseguida al médico a las habitaciones del príncipe. ¡Enseguida!, ¡corre!

El hombre parecía aturdido, pero ante el tono histérico de Uni, desapareció.

Uni se arrodilló junto al cuerpo. No podía hacer nada más hasta que llegara la litera. Con gesto vacilante, pasó los dedos por los hombros de Seqenenra. La piel estaba muy seca y fría. «¿Estará muerto?», pensó Uni con una súbita sensación de náusea que lo hizo jadear. No alcanzaba a ver más que una parte del rostro del príncipe, pero el ojo aparecía vidrioso bajo un párpado a medias cerrado. El sol dispersaba con rapidez la sombra bajo la que el príncipe estaba tendido. Uni se sacó el shenti y lo extendió sobre la parte expuesta del cuerpo. Mientras lo hacía, se dio cuenta de que uno no se abre el cráneo porque tropieza y cae al suelo, y que tampoco es posible caerse escalones arriba. Alguien había subido detrás del príncipe para cometer aquel acto horripilante.

—¡Uni! —oyó que gritaba una voz. Miró hacia abajo. Aahmes-Nefertari estaba asomada a la abertura del muro—. ¿Qué sucede ahí arriba? ¿Qué estás haciendo?

Uni sabía que debía convencerla de que volviera a la casa, para que no viera a aquel ser que estaba tendido a sus espaldas, pero algo en su comportamiento debió de alertarla. Antes de que el criado pudiera evitarlo, ella ya estaba forzando su cuerpo abultado a pasar por el muro.

—¡No, princesa! —gritó Uni—. ¡Dentro de un momento bajaré a hablar contigo! ¡Por favor, vuelve a la casa!

Pero Aahmes-Nefertari no le hizo caso. Detrás de ella llegaban apresuradamente los porteadores de litera. Uni bajó las escaleras para encontrarse con ellos. Pero no pudo soportar permanecer al pie de la escalera junto a una pálida y atormentada Aahmes-Nefertari. La dejó y regresó a la azotea para supervisar que el príncipe fuese trasladado con la máxima suavidad a la litera, operación que se hizo con el mayor cuidado posible aunque, por la expresión de los hombres, Uni percibió que éstos consideraban que aquellos cuidados ya eran inútiles. Seqenenra estaba muerto. Era probable que tuvieran razón. Los apremió a bajar la escalera, consciente de la presencia de la princesa junto a los escalones, y no pudo impedir que ella se acercara cuando la litera llegó abajo. Aahmes-Nefertari se inclinó sobre su padre, con expresión de evidente desconcierto, basta que comprendió de golpe lo que estaba viendo. Lanzó un grito y se tambaleó llevándose una mano a la mejilla; Uni la cogió por los hombros y con suavidad la obligó a sentarse en un escalón.

—Quédate aquí, princesa —pidió—. Te enviaré a Raa. Ella se envolvió el enorme abdomen con los brazos y lo miró con ojos muy grandes y aterrorizados.

—¿Está… muerto? —consiguió preguntar.

—No lo sé. Quédate aquí.

Sin darse cuenta de lo que hacía, Uni se inclinó en una profunda reverencia, un acto inconsciente, fruto de un largo hábito, y luego corrió tras los porteadores.

Por miedo a sacudirlo, condujeron a Seqenenra a través de la enorme abertura sin puerta del extremo del patio que en otra época estuvo lleno de adornos de cobre y había visto pasar el resplandor de reyes y de nobles. Al observar con ansiedad aquel cuerpo laxo, Uni no alcanzó a ver en el príncipe el menor signo de vida. Terna los ojos parcialmente abiertos pero sin brillo. Un rastro de sangre seca partía de la boca, le recorría el cuello y terminaba casi a la altura del pecho. La cabeza era una masa de piel arrugada. Uni comenzaba a sufrir los efectos de la gran impresión, le temblaban las piernas y estaba mareado. Cuando la litera entró en la sala de audiencias, le alivió mucho ver a Kamose y a Tetisheri caminando deprisa por el corredor en dirección al dormitorio del príncipe. El médico ya los estaba esperando. Mientras los sirvientes levantaban a Seqenenra para ponerlo en el lecho, Kamose cogió al criado por el brazo.

—¡Habla! —ordenó.

—Nadie podía encontrar al príncipe —dijo Uni, que había empezado a temblar—, por lo que pensé que tal vez estuviera en su lugar favorito, y lo fui a buscar allí. Estaba tendido en la azotea de las habitaciones de las mujeres del viejo palacio —señaló hacia el interior del dormitorio—, en este estado.

Kamose señaló el banco que había junto a la puerta.

—¡Siéntate! —ordenó—. Pareces alterado. Cuando te encuentres mejor, envía un sirviente en busca de Si-Amón y de Hor-Aha. Mi hermano está al otro lado del río atando los caballos a los carros. Debe venir enseguida. Hor-Aha debe hacer cruzar el río de nuevo a las tropas. Que hoy descansen y que Hor-Aha les ofrezca vino en abundancia. Después, ordénale a Mersu que me sirva. Tú quedas excusado por el día de hoy. Has actuado muy bien.

Uni miró con curiosidad el rostro duro de Kamose. Los labios eran una línea ñna, las fosas nasales estaban contraídas, los ojos se veían completamente negros. El criado conocía al príncipe desde el día de su nacimiento. Había sido un niño tranquilo, un muchacho melancólico y un joven reservado y dueño de sí. Podía conversar con facilidad sobre múltiples temas y su infrecuente sonrisa alegraba el corazón de muchos invitados. Uni vislumbraba que Kamose era un ser profundo, que su verdadera vida la vivía en su interior, oculta bajo el paso tranquilo y la conversación abierta. En aquel momento supo que Kamose estaba al borde de un ataque de furia incontrolable. Las palabras del joven príncipe tenían un tono de

absoluta autoridad. Uni obedeció.

En el dormitorio reinaba un silencio tenso e incrédulo, sólo roto por los suaves movimientos del médico. Kamose y Tetisheri permanecían allí, uno junto al otro. Aahotep había entrado en el aposento mientras Kamose conversaba con Uni y se había arrodillado junto a la cabecera del lecho; las lágrimas corrían por sus mejillas recién pintadas, pero era evidente que conservaba el control de sí misma. Durante largo rato, todos permanecieron con las miradas clavadas en las manos del médico, que seguía examinando al herido; en un momento, Aahotep se levantó.

—¿Vive? —preguntó.

El médico se detuvo y la miró sorprendido.

—¡Por supuesto que vive, princesa! En caso contrario no estaría atendiéndolo así, habría mandado llamar a un sacerdote *sem*. Compruébalo tú misma.

Sacó un pequeño espejo de cobre de su caja de madera y lo puso cerca de la boca (te Seqenenra. El espejo se empañó con el aliento.

—¡Ah, Seqenenra! —dijo Aahotep suspirando—. ¿Quién te ha hecho esto?

Al oír la pregunta, los demás sintieron alivio. Tetisheri se acercó al lecho.

—¿Es grave Ja herida de mi hijo? —preguntó. El médico guardó el espejo.

—Cuando esté lavado, princesa, comprobarás que, aparte del rasguño de la mejilla, causado por su caída sobre algún objeto puntiagudo, tiene una herida producida por un terrible golpe en la cabeza. El hacha penetró tan profundamente que el contenido del cráneo ha quedado al descubierto.

—¿Hacha? —exclamó Kamose, muy tenso—. ¿Lo atacaron con un hacha? ¿Cómo lo sabes?

—Lo deduzco por la forma de la herida —contestó el médico—. También puedo decirte que era un hacha de bronce. Una de las nuestras no habría podido penetrar con tanta limpieza. Habría sido demasiado débil y el golpe habría producido una serie de astillas de hueso clavadas en el cerebro.

El médico habría seguido hablando si en aquel momento no se hubiera originado una conmoción en la puerta y la voz de Tani no se hubiera alzado a pesar de los consejos de Mersu.

—¡Padre! ¿Qué sucede?, ¿qué pasa? ¡Por favor, déjame pasar, Mersu!

Aahotep se puso de pie con rapidez. Apretó las manos temblorosas contra las sábanas.

—¡Perdóname Amón, había olvidado a Tani! —dijo.

Antes de que Mersu dejara pasar a la princesa, Aahotep ya había cruzado la habitación y estaba con su hija en el corredor. Kamose se volvió hacia el cirujano.

—¿Morirá? ¿Qué esperanzas le quedan?

El médico levantó los ojos y se encogió de hombros.

—Puedo raparle la cabeza, lavarlo y retirar las astillas, pero no tengo medios para

hacerle recuperar la conciencia. Sugiero que llames a un sacerdote para que entone encantamientos de curación.

—Tú crees que morirá.

—Sí —contestó el médico con sencillez—. Los interrumpió la entrada de Si-Amón en la habitación, con el gorro azul enmarcándole la cara y un látigo en una mano.

—¿Qué sucede? —preguntó—. Hor-Aha ha recibido órdenes de hacer cruzar otra vez el río a las tropas y los sirvientes se echan unos sobre otros en casa, como gansos decapitados.

Por toda respuesta, Kamose se hizo a un lado. Seqenenra estaba boca abajo y cuando el joven se acercó, vio enseguida la horrible herida. Hubo un instante de silencio, y Si-Amón se tambaleó. Kamose extendió un brazo para sujetarlo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Si-Amón.

Kamose lo soltó.

—Alguien trató de matarlo con un hacha —explicó en tono sombrío—. Y no con cualquier hacha. Era un hacha setiu.

—¡No!

Kamose miró a su hermano con curiosidad. La cara de Si-Amón había perdido el color y temió que se desmayara. Hubo algo en el tono del grito de Si-Amón que puso los pelos de punta a Kamose.

—Tranquilízate, hermano —dijo sin vacilar—. Nuestro padre no ha muerto. No podemos decir cuánto tiempo seguirá con vida, pero…

No siguió hablando. Si-Amón acababa de salir del dormitorio.

Pero Seqenenra no murió. Durante todo aquel día el médico trabajó en su cuerpo flácido, lavándolo, rapando sus negros rizos, extrayendo trozos de piel destrozada y retirando las pequeñas astillas de hueso clavadas en la gruesa membrana que le cubría el cerebro. El herido ni siquiera suspiró, su respiración seguía siendo poco profunda y espasmódica. Kamose permaneció muchas horas a su lado, sin dejarse conmover por la horripilante tarea del médico, pero en determinado momento tuvo que salir a ayudar a Hor-Aha, que intentaba tranquilizar a los disgustados soldados. Los carros fueron devueltos a las caballerizas y los caballos se soltaron en la hierba casi seca que había al lado del cuartel de los guardias de la familia.

—¿Qué quieres que haga con los hombres? —le preguntó Hor-Aha a Kamose cuando por fin, cansados, sucios y desilusionados, ambos emprendieron la marcha hacia el despacho de Seqenenra—. ¿Quieres que les ordene que regresen a sus casas?

—No —contestó Kamose con voz inflexible—. Todavía no. Durante muchas semanas los hemos alimentado, y ello nos ha causado grandes inconvenientes, pero seguiremos haciéndolo durante algunas semanas más. Tengo mucho que pensar, Hor-Aha, y hasta que haya llegado a una decisión puedes seguir entrenándolos con

batallas simuladas y cosas por el estilo. Por lo menos, esto nos dará tiempo para fabricar más arcos.

Hor-Aha esbozó una leve sonrisa, pero enseguida se contuvo.

—El principe se está muriendo, ¿no es verdad? —preguntó, volviendo su cara negra hacia Kamose—. Y si muere, ¿tú qué harás?

Kamose sabía lo que el general le estaba preguntando. Contestó con decisión.

—Mi padre no morirá. Nuestro médico es excelente. El mismo sumo sacerdote está entonando los encantamientos de curación. El lecho está rodeado de poderosos amuletos.

—Pero ¿y si muriera? —insistió Hor-Aha.

Kamose siguió caminando sin mirar al alto medjay.

—Entonces alguien lo pagará —afirmó en tono sombrío.

Si-Amón se alejó de Seqenenra con la cabeza convertida en un verdadero torbellino. Corría jadeando por la casa cuando Raa se encontró con él.

—Te ruego que me perdones, príncipe —dijo la mujer—. Pero tu esposa ha comenzado a tener dolores de parto y está muy angustiada. ¿Puedes venir?

Sorprendido y confuso como estaba, Si-Amón no vaciló. Sin molestarse en contestar, se dirigió a las habitaciones de las mujeres. Habían mandado llamar a una de las parteras de Weset, pero todavía no había llegado.

Aahmes-Nefertari se paseaba junto al lecho, con las manos en el abdomen, sollozando. Uno de los sacerdotes de la familia encendía incienso. Kares, el criado de Aahmes-Nefertari, esperaba en el corredor, junto a la puerta, listo para recibir órdenes. Cuando Si-Amón recuperó el aliento, se acercó a su esposa y la besó.

—¿Te duele mucho? —preguntó volviéndole el rostro para mirarla.

—No, todavía no —sollozó ella—. Lloro por mi padre, por el aspecto que tenía cuando los porteadores de la litera lo bajaron. ¡Estaba gris y con aquella horrible herida en la cabeza! ¡Abrázame, Si-Amón! —Él la rodeó con sus brazos y ella enterró la cara en su cuello—. Morirá —dijo con voz ahogada—. ¡Mi hijo nacerá bajo horribles presagios! ¡Tengo mucho miedo!

Si-Amón la consoló lo mejor que pudo, mientras detrás de ellos el sacerdote comenzaba a cantar y el olor dulce del humo sagrado los envolvía. Aahmes-Nefertari se tranquilizó.

—He rezado y he hecho ofrendas todos los días a Tueris —dijo, ya con voz más tranquila—. Sé que ella no me traicionará en este momento. Gracias por haber venido, Si-Amón. Ahora, por favor, vete y envía a nuestra madre. ¿La partera todavía no ha llegado?

Su tono de voz se había elevado hasta convertirse en estridente. Si-Amón le cogió el rostro con sus manos morenas, le besó los ojos húmedos y la boca trémula y le rogó que tuviera coraje. Por su voz no parecía en absoluto calmado.

—Kares, manda a buscar a esa necia de la partera —ordenó—. El resto de vosotros, dejad de estar con la boca abierta y haced algo útil. Tal vez convendría una música tranquila y un par de juegos de mesa.

Hablaba con severidad, convencido de que el desasosiego que reinaba en la habitación se debía al drama que tenía lugar en otra parte de la casa, cuyos efectos no quería que angustiasen a su esposa. Los sirvientes obedecieron de inmediato y él salió.

No podía permanecer en la casa. El impacto y la furia originados por el ataque a su padre se mezclaban con la ansiedad que le ocasionaba el estado de su esposa. Al final, abordó una barca acompañado por su guardia personal y ordenó que lo llevaran a los pantanos de cañas. Una vez allí, lanzó la cuerda de pescar y se recostó en el bote, con la mirada fija en los papiros que se mecían sobre su cabeza. Ya tenía veinte años, y Aahmes-Nefertari cuatro menos que él. Habían estado prometidos desde la infancia, siguiendo la antigua tradición por la cual el heredero del trono debía casarse con una princesa de sangre real, por lo general su propia hermana, para mantener la sangre completamente pura. El y Aahmes-Nefertari siempre supieron que se casarían a pesar de que los hombres de su linaje ya no se sentaban en el Trono de Horus y, por ello, Si-Amón siempre la había protegido a medida que ambos crecían. La quería, aunque se burlara secretamente de la insistencia de su padre en continuar con una tradición que ya carecía de validez. Si yo soy orgulloso y tengo la arrogancia de un príncipe —pensaba—, entonces mi padre lo es doblemente con ese sueño de que su familia vuelva a ser la cabeza del dios de Egipto. Lo es… era. Aahmes-Nefertari se pondrá bien, pero mi padre…

Lanzó un gemido y se sentó. Un pez picó el anzuelo, y Si-Amón sintió el tirón en la cuerda pero no hizo caso. Sabía que necesitaba pensar en las terribles consecuencias de sus momentos de debilidad con Teti. «¿Seré yo el responsable de lo que ha sucedido?», se preguntó, no pudiendo ya permitir que la preocupación que le inspiraba su esposa fuese un escudo contra aquella visión que tuvo de Seqenenra, acostado como un toro para el sacrificio, impotente y cerca de la muerte. «Si no le hubiera enviado el mensaje a Teti, si Teti no me hubiera traicionado con Apepa, ¿no estaría mi padre en este mismo momento marchando hacia el norte al frente de sus tropas? ¡Sin duda habrían llegado de todas maneras a oídos del rey las noticias del ejército! ¿Apepa había ordenado un crimen? ¿O mi padre fue herido por algún sirviente o soldado aterrorizado?».

Sabía que no hacía sino barajar palabras en su mente, mientras se llenaba de culpa y de odio hacia sí mismo. «¡Es como si yo mismo hubiera empuñado esa hacha maldita! —pensó, sintiéndose muy desgraciado—. Yo, Si-Amón, príncipe de Weset. Pero ¿quién habrá sido el que dio el golpe? ¿Mersu? ¿Mersu el de antepasados setiu, Mersu el pariente del criado de Teti? Ahora que lo pienso, no se mostró demasiado

curioso con respecto al papiro que le pedí que enviara, como si estuviera esperando que se lo pidiera. Yo se lo mando a Teti. Teti se lo envía a Apepa. ¿Y el rey lo lee, piensa en él y decide castigar a su orgulloso súbdito del sur de una vez por todas?». Su *ka* respondió asintiendo débilmente. Angustiado, Si-Amón recogió la cuerda y dio una orden con voz apagada. La barca empezó a cruzar las cañas en dirección a la orilla.

Los sirvientes de la cocina prepararon una cena ligera, pero nadie se acercó al salón a comer. No había cambios en el estado de Seqenenra. Un manto lúgubre cubría la casa. Aahotep, aunque desesperada por estar con su marido, alentaba y reconfortaba a su hija. Tani, olvidada por todos en medio de la confusión y de la tragedia de aquel día, se acostó temprano y permaneció inmóvil sintiéndose infeliz, mientras Heket le contaba historias para que no pensara en el estado de su padre. Con la noche llegó un silencio desolado; sólo en la zona de las habitaciones de las mujeres se percibía ruido y actividad.

Si —amón regresó a su dormitorio y sacó una daga de su estuche. Estaba limpia y afilada, lista para llevarla en el cintu— rón durante el viaje hacia el norte. Se la colocó debajo de la camisa y se encaminó a la pequeña habitación de Mersu. No quería mandar llamar al criado de su abuela. Tal vez en el futuro alguien recordara que lo había hecho y se preguntaría por qué. Llegó al corredor, respondió al saludo que le hizo el guardia, se acercó a la puerta y la abrió.

La habitación de Mersu estaba desierta. Los muebles eran pocos pero suficientes. El camastro estaba junto a una pared y al lado había una mesa baja y un banco. Dos baúles que contenían las pertenencias del criado estaban al lado de la pared opuesta. En la mesa había una lámpara. Sonriendo tenebrosamente y con el corazón latiéndole con fuerza, Si-Amón cerró la puerta a sus espaldas y se sentó en el banco. Podría haber revisado los arcones y levantado el colchón, pero no lo hizo. Cruzó los brazos para poder sentir el consuelo letal del cuchillo, se apoyó en la pared y esperó.

Llegó y pasó la hora de la comida, pero Si-Amón no tenía hambre de alimentos; su único apetito era sentirse limpio, absuelto de sus pecados. A medida que la luz de Ra iba disminuyendo en la pequeña y alta ventana situada en una pared y la habitación iba quedando a oscuras, pensó en Seqenenra, que luchaba entre la vida y la muerte. En un momento determinado, Si-Amón se puso de pie, cogió una astilla de la mesa, salió al corredor y la encendió con el fuego de la antorcha que ardía junto al paciente guardia, volvió a entrar en la habitación y encendió la lámpara. Pensó en ordenar al guardia que se retirara, pero no lo hizo. A los soldados no se los educaba para que hicieran conjeturas sobre los movimientos de sus superiores. La luz de la habitación era uniforme y acogedora. Si-Amón estaba a punto de volver a sentarse cuando la puerta se abrió de golpe y apareció el rostro furibundo de Mersu. Si-Amón lo miró, estupefacto. Nunca había visto al criado con una expresión que no fuera de

blanda y plácida obediencia.

—He visto luz bajo la puerta —empezó a decir Mersu—. ¡Cómo te atreves a entrar en mi…! —pero en aquel momento reconoció a Si-Amón y, de inmediato, como si una máscara cayera sobre sus facciones, Mersu volvió a ser el sirviente bien educado. Se inclinó en una reverencia—. Perdóname, príncipe —murmuró—. Pensé que era uno de los subalternos y que el guardia no lo había detenido. Lo lamento.

Si-Amón se acababa de volver para encararlo, con las manos apoyadas en los costados.

—Cierra la puerta —ordenó. Por un instante, le pareció ver una expresión de miedo en el rostro del criado, pero bien podía haber sido un parpadeo de la lámpara. Mersu obedeció en silencio—. Ahora, Mersu —continuó diciendo Si-Amón con tranquilidad, aunque la tensión le hacía un nudo en la boca del estómago—, quiero que me digas dónde estabas anoche.

Mersu agachó la cabeza.

—Supongo que la familia debe de estar interrogando a todos sus servidores —observó—. ¡Nunca ha sucedido nada tan terrible desde que estoy al servicio de la señora! —Suspiró—. Para responder a tu pregunta, príncipe, serví a la princesa hasta que ella cerró las puertas de sus habitaciones. Después fui a la cocina y comí con Uni. Estuve con él alrededor de una hora. Como la noche era calurosa, lo convencí de que viniera a bañarse conmigo y volví a mi celda alrededor de medianoche, poco antes de que resonaran los cuernos del templo. Bañarme me había cansado y me quedé dormido enseguida. Pero dejé la puerta abierta —añadió—. Si alguien hubiera pasado por el corredor me habría visto acostado.

La expresión del hombre no había cambiado. Al hablar, no mostraba más que deferencia y sus ojos parecían sinceros. «Sin embargo, sus palabras son demasiado confiadas —pensó Si-Amón mientras lo escuchaba—. No tengo la menor duda de que Mersu comió y fue a darse un chapuzón con Uni, ni de que se acostó poco después, pero estoy igualmente seguro de que no se quedó acostado. ¡Oh, dioses, si me equivoco y he ofendido al favorito de mi abuela, ella jamás me lo perdonará!».

—Mersu, ¿recuerdas el papiro que te entregué para que se lo hicieras llegar al criado de Teti? —preguntó. Mersu asintió con la cabeza—. Mi extraña petición no te causó la menor sorpresa. ¿Por qué?

Mersu pareció sobresaltarse. Extendió las manos.

—Casi no pensé en la orden que me acababas de dar —contestó—. De todos modos, no era asunto mío, ¿verdad, príncipe? Deseabas comunicarte con el primo de tu madre. Eso era todo.

«Me gustaría creerte —pensó Si-Amón durante el breve silencio que se hizo entre ellos—. Siempre me has agradado, Mersu. Eres un sirviente honrado y eficiente, con sentido del humor y con tacto. Quiero creerte… pero no puedo».

—No lo creo —dijo el príncipe con suavidad, y Mersu escondió las manos en las mangas de su manto—. Creo que Teti o su criado te advirtieron de que yo te pediría aquello. Creo que eres un espía de Apepa en esta casa.

Los ojos de Mersu se agrandaron por la sorpresa.

—Me siento profundamente ofendido, príncipe —dijo con voz severa—. He servido durante treinta años a la princesa Tetisheri y jamás se ha quejado de mí. ¡Mi lealtad a la casa de Tao nunca se ha puesto en duda!

Si-Amón dio un paso hacia él.

—Tal vez haya sido porque nunca hubo motivos para poner en duda tu lealtad hasta ahora, cuando mi padre decidió romper definitivamente con el rey —replicó el príncipe—. Tu alma es setiu, Mersu. —Mersu no contestó. Todo en él expresaba su desilusión y su mortificación. Si-Amón comprendía que acababa de causar un daño irreparable a la relación entre Mersu y la familia. Tragó saliva—. Vacía tus baúles —ordenó.

Cualquier otro sirviente habría preguntado por qué, pero Mersu, el criado perfecto, se dirigió enseguida a los baúles, levantó las tapas y comenzó a vaciarlos, amontonando en el suelo su contenido. Si-Amón se paró a su lado. Había seis o siete trajes largos y plisados de criado, una navaja, un par de sandalias, una sencilla caja de madera que el hombre abrió, a una señal de Si-Amón, para mostrar que contenía un frasco de aceite perfumado, otro de galena y varias pelucas. En el otro baúl había una bonita caja tallada en la que Mersu guardaba el oro que había ahorrado, varios amuletos, una pequeña estatua de Amón, otra de Sutekh, una serie de pulseras y collares, todos de cobre pero muy bien decorados con cornalina y turquesas. Tetisheri era generosa con su sirviente.

Si-Amón sintió que el corazón se le encogía. Se inclinó para revisar los baúles, manoseó las pertenencias de Mersu y finalmente asintió con un breve movimiento de cabeza. Mersu comenzó a guardar sus cosas. Allí no había ningún papiro, ningún mensaje para Mersu. «Pero si yo fuese Mersu —pensó Si-Amón—, por supuesto que no dejaría un papiro con una orden de muerte tirado en cualquier parte. Lo quemaría de inmediato». El hijo mayor de Seqenenra estaba sumido en la desesperación. «Sé que Mersu es culpable pero no lo puedo probar, y ahora este hombre maldito me tendrá rencor durante toda la vida».

Mersu estaba esperando con actitud amable, pero detrás de sus ojos humildes Si-Amón percibió el alivio. ¿Tal vez hasta una expresión de triunfo? Entonces a Si-Amón se le ocurrió otra idea. «¿Y si el mensaje no fue escrito en un papiro? Apepa es listo. No enviaría un costoso papiro a un sirviente, por temor de que fuera detectado». Sin duda, enviaría palabras desparramadas en un trozo de cerámica, como los trozos que usaban los estudiantes o los escribas que aprendían su oficio. En las grandes casas a cada momento se rompían ollas y macetas. Un sirviente que tuviera un trozo

de cerámica en la mano no llamaría la atención de nadie.

Comenzó a pasearse por la habitación, levantando tierra con los pies. Los suelos de las celdas de los sirvientes no eran de cerámica sino que estaban hechos de ladrillos de barro lisos, cuya superficie se desprendía, por lo que el suelo quedaba cubierto de polvo. Notó que cuando él se movía, Mersu se ponía tenso, pero sus sandalias no toparon con nada. Desconcertado, miró la lámpara mientras pensaba. Mersu seguía en silencio.

Y entonces, de repente, Si-Amón lo supo. Lanzó un gruñido y se acercó a la lámpara, empujó hacia un lado la mecha que ardía en el aceite, y de él retiró un pequeño trozo de cerámica roja. Oyó que Mersu lanzaba un largo suspiro de derrota. Si-Amón limpió la cerámica con su *shenti*, atento por si el criado decidiese huir, pero Mersu siguió inmóvil, con las manos todavía escondidas en las mangas. La lámpara titiló y lanzó luces y sombras. Si-Amón acercó el mensaje a la luz. «Mata al traidor», decía. Estaba firmada «Itju» sobre un torpe dibujo de Sutekh. Itju era el jefe de los escribas del rey. Si-Amón lo miró fijamente y Mersu le devolvió la mirada.

—Debiste haber destrozado esto en cuanto lo recibiste —susurró Si-Amón por fin —. Entonces no se podría haber probado nada contra ti.

Mersu esbozó una leve sonrisa.

—No tuve tiempo de hacerlo —contestó—. Lo intenté. Si no hubieras estado aquí esta noche, lo habría hecho. Lo recibí ayer de manos de un heraldo que se dirigía a la segunda catarata. Tu abuela me tuvo todo el día ocupado y si me hubiera negado a comer y a bañarme con Uni, cosa que hago todos los días, éste habría empezado a sospechar. Lo oculté en la cocina, entre un montón de basura. Tendría que haberlo dejado allí. No pude volver a buscarlo hasta después de haber atacado al príncipe y entonces ya era tarde. Había consternación, tuve que transmitir mensajes de alarma… —Se encogió de hombros—. Amón me ha castigado por mi deslealtad. —Tragó saliva—. Créeme, príncipe Si-Amón, que amo a tu padre y a esta familia. Weset es mi hogar. Pero mi deber era obedecer al rey y debía llevar a cabo sus órdenes.

Si-Amón lo escuchaba horrorizado. Las últimas palabras que Mersu acababa de pronunciar podrían haber sido las suyas.

—El rey me utilizó —dijo en un susurro. Mersu agachó la cabeza—. ¿No tiene derecho el rey a disponer de cualquiera de nosotros, sus súbditos? —contestó. Si-Amón no pudo encontrar respuesta. Al ver que vacilaba, Mersu se le acercó—. Yo sé que tú compartes mi lealtad al Trono de Horus en Het-Uart —dijo en tono de apremio —. Lo que hice fue espantoso, príncipe, pero necesario. No se me debería culpar por ello. ¡Te suplico que no digas nada!

—¿Que no diga nada? —contestó Si-Amón con una fría carcajada—. ¡Por Amón! ¿Tratas de matar a mi padre y después me pides que no diga nada? ¡Te llevaré en el acto a Kamose y a tu señora y serás juzgado y ejecutado!

—Creo que no lo harás —contestó Mersu con suavidad—. Porque si lo intentas le diré a tu hermano cómo traicionaste los planes de tu padre ante Apepa. Te obligarán a suicidarte por haber manchado el honor familiar.

Si-Amón se puso rojo como la grana. Apretó los dientes.

—¡Gusano asqueroso! —exclamó.

Mersu se mantuvo impertérrito.

—Lo lamento, príncipe, pero es la verdad. Yo guardaré tu secreto si tú guardas el mío.

—¡No es lo mismo!

—Sí —respondió Mersu con firmeza—. Lo es.

«Debería matarlo ahora mismo —pensó Si-Amón sintiendo la presión de la daga contra el cuerpo—. Le puedo decir a Kamose que al descubrir la verdad lo maté en un ataque de dolor y de furia. Pero Kamose me preguntará cómo se me ocurrió revisar la celda de Mersu». De repente se sintió empapado por un sudor frío de miedo y de agobio. «Estoy atrapado —pensó con desesperación—. Ya no me queda elección posible. ¡Perdóname, Amón! Yo también merezco morir». Quería sacar la daga y clavarla en el pecho del sirviente, pero no tuvo el coraje de matar al hombre que se inclinaba sobre su cesto cuando él era un recién nacido, que le daba de comer con la mano y que estuvo a su lado para sostenerlo cuando dio sus primeros pasos vacilantes. Tampoco se veía capaz de afrontar las consecuencias de su acto.

—¡Pero juro por Amón, por Mut y por Montu —dijo en voz alta—, que si intentas completar tu horrible acción, revelaré tanto lo que has hecho tú como lo que he hecho yo! ¡Te odio, Mersu! ¡Te odio!

Salió trastabillando al corredor y, mientras corría a ciegas hacia sus habitaciones, se le ocurrió que el objeto de su odio no era Mersu sino Apepa. Pero también él mismo.

Capítulo 6

Tetisheri entró en el despacho de su hijo, donde Kamose estaba sentado de cualquier manera en una silla, con la cabeza recostada sobre el codo, mirando la habitación. Se encontraba solo. La lámpara del escritorio iluminaba una cantidad de papiros, la jarra todavía llena de vino y la copa vacía que Kamose pidió y luego había olvidado. Al oír el saludo de su abuela, levantó la mirada lentamente y se puso de pie para acercarse un escabel donde sentarse. Tetisheri se sentó en la silla. Parecía extenuada, tenía negras ojeras bajo los ojos y los labios descoloridos se acentuaban con las arrugas que los rodeaban.

—¿Hay alguna posibilidad? —preguntó Kamose. Tetisheri negó con la cabeza. Un mechón de pelo canoso había caído sobre su pecho y ella lo apartó, distraída.

—Ninguna, pero el médico dice que si logra sobrevivir otro día, tiene bastantes posibilidades de seguir con vida. No he sido capaz de preguntarle qué daño permanente puede dejarle una herida de esa magnitud. He enviado otra vez a Amonmose a su celda del templo. Necesita descansar. Los médicos tienen un jergón en el suelo de la habitación y, por supuesto, Uni también sigue allí, vigilante. No hay nada que yo pueda hacer.

Kamose sabía lo frustrante que debía de resultarle saber que nada de lo que ella dijera o hiciera podía alterar lo que tenía que suceder.

—¿Y qué pasa con mi hermana?

Tetisheri hizo un esfuerzo por sonreír.

—Ella es fuerte. Dará a luz sin más trabajo que el de una vaca al tener a su ternero. Rezo para que el nacimiento no le quite vida a Seqenenra. —Dejó caer sus brazos pecosos sobre el escritorio—. Debes empezar a interrogar a los guardias y a los sirvientes, Kamose —dijo con voz severa—. ¿Qué estaban haciendo todos anoche? ¿Y esta mañana temprano? ¿Y qué hacían los soldados? ¿Alguno tenía un hacha de bronce? ¿Esta es la obra de un desconocido, de un sicario del Delta enviado por el Uno para que eliminara con rapidez y en silencio a un súbdito rebelde? —Esbozó una fría sonrisa—. Un homicidio es mucho más fácil de llevar a cabo y causaría menos disturbios en Egipto que tener que enviar una división desde Het-Uart para vencernos.

—He estado pensando en ello —contestó Kamose—. Si el que atacó a mi padre fue un asesino a sueldo, el hombre debe de haberse marchado hace tiempo ya. ¿Estaría vigilando a mi padre? ¿Fue así como supo dónde estaba? Y si no fuera así, quiere decir que tenemos un espía entre nosotros, alguien que nos odia. ¿Habrá venido una orden del rey para alguien que vive entre nosotros? —Se movió inquieto en el banco y suspiró—. Haré interrogar al personal y le diré a Hor-Aha que ordene a alguno de sus hombres de confianza que se mueva entre los soldados y recoja

cualquier comentario que oiga. A los soldados les gusta el chismorreo y muchas veces saben cosas que nosotros ni siquiera sospechamos. En caso contrario… —Se pasó los dedos por el pelo lleno de tierra—. Tenemos muy pocas posibilidades de atrapar al autor del asalto. Mejor para él. Me encantaría reventarle el cerebro y luego dormiría el sueño de los justos.

—No puedo soportar sentirme tan inútil —dijo Tetisheri—. Eso y la humillación que produce la impotencia de no ser capaz de proteger a uno de los nuestros o de encontrar al que lo atacó. Nuestro orgullo ha sufrido un golpe tan fuerte y tan cruel como el que ha sufrido nuestro ser querido. —Dejó de hablar en cuanto su voz comenzó a traicionarla, hizo una pausa, se sirvió un poco de vino que ni siquiera probó y luego continuó diciendo—: ¿Conducirás el ejército hacia el norte en lugar de tu padre, príncipe?

Kamose le dirigió una mirada serena.

—No —respondió con firmeza—. Sería arriesgado hacerlo, hasta que no sepamos con certeza si fue o no el rey quien ordenó la muerte de mi padre. Si no lo hizo, tenemos las mismas posibilidades que antes. —Sonrió con ironía—. Prácticamente ninguna. Y si lo hizo, esta es una advertencia para que no sigamos adelante. En cuanto a la venganza… —El tono con que habló hizo que Tetisheri se irguiera, impulsada por su malicia—. En cuanto a la venganza, creo que es, como se afirma, un plato que es mejor servir *frío*. Continuaré manteniendo a los soldados y esperaré. También interrogaré muy de cerca a todos los integrantes de nuestro personal que tengan antepasados setiu, entre ellos a Uni y a Mersu.

—Mersu hace muchos años que está con nosotros, lo mismo que Uni. Los ofenderás profundamente a ambos.

—¿Qué me importan sus sentimientos? Alguien se ha atrevido a atacar con violencia a un dios, y ese alguien lo debe pagar.

Sus palabras, pronunciadas con firmeza, causaban impresión.

—Si él muere —dijo Tetisheri—, Si-Amón será un dios. —Kamose no contestó. Simplemente se puso de pie y enderezó la mecha de la lámpara, que había comenzado a parpadear—. Tenemos que ganar tiempo —continuó diciendo Tetisheri algunos instantes después—. Te sugiero que dictes una carta para Apepa. Dile que tu padre fue alcanzado por unas rocas que se desprendieron mientras cazaba cerca del barranco del desierto. Dile que Seqenenra estaba decidido a llevar a cabo las órdenes que él le envió y que, por lo tanto, estaba demasiado ocupado para contestar al papiro. Tal vez convenga que añadas que quería sorprender y agradar al rey no contestándole hasta que los trabajos estuvieran bien adelantados.

Kamose terna la mirada fija en la llama de la lámpara.

—Muy bien, abuela —dijo—. Y pondré que mi padre consideró necesario aumentar el número de guardias debido a que los merodeadores del desierto estaban

acosando a los pueblos de las provincias. Apepa sabe que es algo que sucede de vez en cuando. También le diré que hemos alistado a muchos hombres para que comiencen a trabajar en el templo de Set y que el Uno debería estar satisfecho ante el empeño de su fiel gobernador por honrar al dios.

Tetisheri asintió con la cabeza.

—Si tenemos un espía aquí, dentro de la casa, eso lo hará dudar. Apepa se preguntará si los informes del hombre eran correctos, y tendremos un tiempo para respirar.

—O los de la mujer —interrumpió Kamose—. El espía puede ser una mujer. ¡Dioses! Podría ser cualquiera. Mañana mismo dictaré la carta.

Ninguno de los dos hizo comentarios acerca de la creciente certeza que compartían, sin más fundamento que sus respectivos instintos, de que el atacante de Seqenenra era un espía que tenían dentro de la casa.

Mientras permanecían juntos y en silencio, Tetisheri hundida en la silla y Kamose cavilando y mirando fijamente la lámpara, se dieron cuenta de que la amabilidad que siempre se habían dedicado se estaba convirtiendo en complicidad. Kamose meditaba sobre su convicción, hasta entonces aceptada sin reparos, de que, más allá de los modales imperiosos de su abuela y su propia manera de ser introvertida y a veces hasta fría, ambos eran muy parecidos. Siempre disfrutaba con la compañía de Tetisheri. Ella nunca le pedía nada. Si él decidía no verla durante varios días, nunca se ofendía. Su franqueza le resultaba estimulante y era el espejo de la autoridad mental y sin compromisos que él pocas veces mostraba exteriormente, y Tetisheri nunca se incomodaba por sus largos silencios. De repente comprendió que, aunque Si-Amón se había convertido en la cabeza de la casa y el gobernador provisional de Weset, él, Kamose, tendría que ocuparse de los aspectos prácticos del cargo. «Por lo menos —pensó con fervor—, espero que sea algo temporal. Estos días Si-Amón parece encerrado en su propio mundo oscuro. Ahmose no me servirá de ayuda. Se mostrará fácilmente de acuerdo con todo lo que le proponga y luego retornará a su tiro al blanco, al carro y a los perros. Nuestra madre es querida por todos, y una pensadora atenta, pero la preocupación que le causa el estado de nuestro padre la deja sin fuerzas para hacer nada e influirá en todos los consejos que nos pueda dar. Tani es… bueno, es ella. Pero tú…,». Se acercó a Tetisheri y la ayudó a levantarse.

—Decididamente, querida abuela, esta noche se te ve cansada —dijo con suavidad—. Ve a acostarte.

La besó en la suave piel de la cara y luego la condujo fuera.

Pensaba en acompañarla, a pesar de tener los ojos nublados y las piernas cansadas, cuando un sirviente apareció en la oscuridad del corredor, arrebolado y excitado. Se inclinó en una reverencia.

—Te pido disculpas, príncipe, ya sé que es tarde —dijo cuando Kamose le

preguntó qué quería—. Pero creí que te interesaría saberlo. Las marcas del Nilo han registrado una pequeña elevación en el nivel del río. Isis llora. Ha comenzado la inundación.

Al día siguiente, a la hora del crepúsculo, Aahmes-Nefertari dio a luz a un varón y luego se desplomó, acalorada y extenuada, en el lecho. Murmullos de aprobación y de felicitaciones surgieron de las mujeres, que estaban tan cansadas como ella, y se envió a un sirviente para que buscara al marido e hiciera correr la buena nueva. Raa la ayudó a tenderse en el lecho, donde ella se relajó, bebió agua con avidez y se sometió sumisamente a un lavado. El niño, ya limpio y envuelto en ropa nueva, fue puesto con delicadeza a su lado, y mientras ella lo contemplaba, apoyada en un codo, tuvo un fatal presentimiento. No había llorado mucho cuando la partera lo golpeó con cuidado; lanzó un sonido débil, parecido al maullido de un gato recién nacido, y luego quedó en silencio. Aahmes-Nefertari notó que tema la piel grisácea y las extremidades poco firmes. Cuando Si-Amón se abrió paso hasta ella, comenzó a llorar de fatiga.

—Lo lamento, querido hermano —dijo con voz ahogada—. Tener un hijo no me produce júbilo porque nuestro padre no puede verlo ni alzarlo en brazos. Perdóname.

Si-Amón la tranquilizó, con la mirada fija en su hijo y con el corazón apesadumbrado. La criatura no tenía el aspecto que debía tener un recién nacido, con la piel rosada y lleno de energía. Su esposa tenía razón. Todos los presagios de su nacimiento eran funestos.

—Ahora debes dormir —le aconsejó, acariciándole el pelo húmedo, apartándoselo de la frente y besándola—. Estoy orgulloso de ti y de mi hijo. Mañana consultaré a los astrólogos para que me digan el nombre que debemos ponerle, pero por ahora debes descansar y recuperar fuerzas.

—¿Y nuestro padre? —preguntó ella, medio adormilada. Él le cogió las manos y las metió bajo las sábanas, y subió estas hasta que le cubrieron la barbilla.

—No hay ningún cambio en su estado —le informó—. El río ha empezado a crecer, Aahmes-Nefertari. Pronto el calor será más tolerable. No te preocupes.

Cuando Si-Amón llegó a la puerta, ella ya se había quedado dormida.

Las noticias del nacimiento produjeron el habitual júbilo en Weset, pero fue una alegría vana y duró poco. En circunstancias normales, la respuesta del pueblo habría sido auténtica, pero en aquel momento la precaria salud del príncipe y el temor que albergaban por haberse sumado a la revuelta empañaron toda la alegría que podían sentir por Si-Amón y su hermana-esposa. El alcalde se presentó con pequeños regalos y preparó discursos. Eso fue todo. Si-Amón sabía que no tenían la culpa.

El astrólogo aconsejó que el niño también se llamara Si-Amón. Había nacido un día de auspicios poco afortunados, por lo tanto eligieron con espíritu conservador y lleno de prevenciones. Aahmes-Nefertari, que ya recuperaba su vigor, estuvo de

acuerdo. Pero el pequeño Si-Amón no parecía muy interesado en la vida. Permanecía acostado en cualquier posición en que lo pusieran, llorar le costaba un gran esfuerzo y vomitaba la leche con gran facilidad. Si-Amón comprendió que moriría. De alguna manera, el mal que él había ayudado a conjurar infectaba la casa y había penetrado en el seno de Aahmes-Nefertari para destruir a su primogénito. También había logrado destruir algo dentro del mismo Si-Amón, algo demasiado frágil para que pudiera sobrevivir a los golpes. Si su esposa hubiera dado a luz antes del ataque sufrido por Seqenenra, habría adoptado una actitud vital y alegre, y vuelto a sus ejercicios militares, a sus luchas y a navegar. Pero pasaba gran cantidad de horas sentado junto a Aahmes-Nefertari mientras ésta se recuperaba, en silencio y con el niño en brazos.

El día en que Seqenenra abrió los ojos por primera vez desde el asalto, el pequeño Si-Amón murió. Fue poco después de mediodía. Al inclinarse sobre la cuna de paja, Si-Amón notó que el pequeño estaba acostado de espaldas con un puño apenas cerrado sobre la sábana, tal como lo había colocado la niñera. Tenía los ojos abiertos pero vidriosos, los labios flojos. Si-Amón no lloró. Puso un dedo vacilante en la sien de su hijo. No había pulso y la piel estaba fría.

—¿Por qué tardas tanto? —preguntó Aahmes-Nefertari desde la habitación vecina —. ¿Sucede algo? —Si-Amón se le acercó, y por su expresión ella se dio cuenta de lo que pasaba. Se levantó dejando caer el cinturón de lino rojo en el que estaba cosiendo borlas y se llevó ambas manos a la boca. Luego cogió la túnica por el cuello y la rasgó hasta la cintura, su primera muestra de dolor—. El sacerdote sem podrá llevarlo con una sola mano —dijo en tono neutro—. Con una sola mano. Mándalo llamar enseguida.

Una hora después, Aahotep estaba sentada junto a su marido, observando al médico y a su asistente que lavaban el cuerpo inmóvil del príncipe. Ya hacía dos semanas que permanecía acostado en el lecho. El corazón todavía le latía. Su respiración se había convertido en un tranquilo subir y bajar del pecho. Estaba muy delgado, tenía el estómago hundido, las piernas empezaban a perder su forma y los pómulos sobresalían como si estuvieran a punto de traspasar la piel del rostro. Uni lo alimentaba con leche y con sangre de toro mezclada con miel, y todos los días lo obligaba a abrir la boca y le vertía el líquido en la garganta, como si estuviera atendiendo a un ternero sin madre. Seqenenra tragaba. Una o dos veces había lanzado quejidos. Bebía agua. A veces hasta movía la cabeza y Aahotep, sobresaltada, en varias ocasiones creyó que despertaba.

Pero aquel día, mientras le pasaban un trapo húmedo por el cuerpo, abrió los ojos. Aahotep se puso de pie y lanzó un grito. El médico se inclinó de inmediato sobre el herido, se volvió a enderezar y se lo quedó mirando con detenimiento. Al principio, la mirada de Seqenenra estaba como vacía y clavada en el techo, pero poco a poco el enfermo comenzó a mover los ojos, como alguien que está mareado. Aahotep notó

que no había abierto por completo el ojo izquierdo, cuyo párpado estaba caído, como entornado. Se inclinó hacia delante. Con lentitud, Seqenenra clavó en ella la mirada.

—Ah… Ah… —musitó con voz ronca. Ella le cogió la mano y se la besó, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Sí! —exclamó—, ¡oh, Seqenenra, Amón ha escuchado mis plegarias! ¡Por favor, no vuelvas a cerrar los ojos! ¡No te duermas!

El enfermo movía la boca. Intrigada y luego apenada, Aahotep notó que al mover los labios, el costado izquierdo de la boca se inclinaba hacia abajo, y miró al médico aterrorizada.

—Ag… Ag ag ag —dijo Seqenenra.

—¿Agua? ¡Agua!

Aahotep llamó al asistente. El médico cogió la copa, te introdujo una paja y Seqenenra bebió con dificultad un sorbo de agua. El pequeño esfuerzo lo extenuó. Cerró los ojos y no volvió a hablar. Aahotep miró al médico.

—Dentro de unas cuantas horas habrá que despertarlo otra vez —dijo el hombre —. Creo que vivirá, pero ha quedado muy afectado.

Aahotep asintió con la cabeza. Estaba pálida.

—El ojo, la boca… Pero estoy segura de que me reconoció. —El médico no dijo nada. Hizo una reverencia pero no contestó—. Tengo que decírselo a los demás —dijo Aahotep, casi corriendo hacia la puerta.

Abrió la puerta de un tirón y envió a Uni en busca de Kamose y de Tetisheri, pero el escriba apenas se había marchado cuando llegó Raa corriendo por el pasillo. En aquel momento, Aahotep oyó los gemidos y los gritos que surgían de las habitaciones de las mujeres, los sonidos del luto ritual. Raa lloraba.

—¡El pequeño ha muerto! —exclamó—. El sacerdote sem acaba de llevárselo. El príncipe Si-Amón lo tuvo un momento en brazos. Tani está gritando…

Aahotep levantó una mano y la mujer se calló.

«Pobre Aahmes-Nefertari —pensó Aahotep—. ¡Oh, mi pobre hija! Y tú, Seqenenra, tu nieto nació y ha muerto mientras tú vagabas por oscuros lugares. ¿Hay alguna relación entre ambas cosas?». Se estremeció.

—Iré a buscar a Tani para ir con ella a consolar a Aahmes-Nefertari —dijo—. Mantón a las mujeres lejos de aquí, Raa. No quiero que molesten al príncipe. «Ella tendrá más hijos —pensó mientras se dirigía a las habitaciones de Tani—, pero ninguno ocupará en su corazón el lugar que ha tenido el pequeño Si-Amón. No será lo mismo».

Respetaron los setenta días de luto que correspondían por la muerte del recién nacido, y cuando lo llevaron a la orilla occidental y fue colocado dentro de la tumba que Si-Amón preparaba para sí mismo, Seqenenra ya era capaz de sentarse, comía y trataba de comunicarse con quienes lo rodeaban. La herida de la cabeza seguía

abierta, y Aahotep ordenó que le ataran un trozo de tela de lino alrededor de la cabeza, para ocultarla. Le preocupaba que el príncipe no pudiera mover el brazo ni la pierna del costado izquierdo, pero disimulaba lo mejor posible el horror que ello le producía. Si Seqenenra necesitaba algo, lanzaba un gruñido y trataba de describirlo lo mejor posible con un ademán de la mano derecha, y Aahotep, que confiaba más en la expresión de los ojos de su marido que en sus dedos temblorosos, se convirtió en su intérprete. Seqenenra todavía no tema la fuerza necesaria ni para sostener un pincel de escriba. Muchas veces a Aahotep le resultaba un tormento mirar a su marido a los ojos, en los que veía una expresión implorante, indefensa y de irritación, además de la constante frustración que le producía no ser comprendido.

En una ocasión, ella mandó buscar un ramo de flores, convencida de que él acababa de pedir flores, pero Seqenenra las cogió y las arrojó al otro extremo de la habitación, cubriendo el suelo, el lecho y a su esposa, de pétalos. Ella se puso de pie y comenzó a recoger las flores del suelo, pero él le dio un golpe en el brazo y luego se lo agarró. En su mirada había gran indignación y furor, pero al ver la expresión de desconcierto de su esposa, se calmó y comenzó a sollozar en silencio. Le puso una mano en el hombro, la recostó en su pecho y por fin ella también comenzó a llorar con la cara entre las flores.

Por fin llegó el día en que permitieron que sus hijos lo visitaran. Kamose, después de besarlo, no hizo ningún comentario, sino que permaneció mirándolo con el rostro inexpresivo.

Ahmose no hizo más que sonreír y hacerle bromas. Aahotep sabía que Seqenenra había reconocido la figura delgada de Aahmes-Nefertari y advertido el hecho de que iba vestida de azul, el color del luto. Se maldijo por no haberlo previsto, pero Seqenenra consiguió, lenta y laboriosamente, hacerle un ademán de asentimiento a su hija, así Aahotep supo que se había tomado la noticia con tranquilidad. Seqenenra hizo señas a Aahmes-Nefertari de que se acercara, le puso una mano en el vientre, tiró de la túnica azul y luego indicó su propia herida decorosamente oculta bajo la banda blanca. «Ambos estamos sufriendo», decía con ello. Y juntos compartieron su aflicción por todo lo sucedido.

Tani sorprendió a su madre con su comportamiento. Empezó a visitar a su padre todas las mañanas, que era la hora en que él se sentía con más fuerzas. Se instalaba en un banco a su lado y charlaba sobre los pequeños incidentes que formaban parte de su vida. Teti y Ramose le enviaban sus deseos de un pronto restablecimiento. Ramose daba testimonio de su amor y su apoyo a Tani y prometía ir a visitarla en cuanto el río volviera a su cauce y las embarcaciones pudieran vencer la fuerza de la corriente. Los hipopótamos disfrutaban con él agua más profunda y una hembra había tenido cría. Tani describió el nuevo animalito con tanto entusiasmo que su padre no pudo menos de esbozar una sonrisa. También entretenía a su padre leyéndole papiros que había

tomado prestados de la pequeña biblioteca, y que contenían las mismas historias que le habían contado cuando era niño y que luego le había leído a ella durante su infancia. Aahotep se dio cuenta de que su hija menor estaba madurando. Tani sería una joven fuerte y generosa.

Durante los meses de Paophi y de Athyr, el río continuó creciendo y se desbordó sobre la tierra seca, esponjándola, sus dedos fríos fluyendo entre las grietas, aflojando y revitalizando la tierra muerta. Los pequeños estanques de los campos se unían, formando lagos que reflejaban el cielo azul y el crecimiento de las palmeras, cuyas raíces volvían a recuperar la vida. El aire era límpido, las brisas no cortaban con el feroz cuchillo de Ra. Khoiak fue un mes para sentarse durante horas en la azotea y contemplar los campos quietos, pacíficos y sumergidos en las aguas.

Con la lenta disminución del caudal del río durante Tybi, las tuerzas de Seqenenra crecieron. El médico permitió que lo llevaran al jardín y que lo pusieran en un catre bajo los árboles, desde donde podía observar las ramas, llenas de brotes, que se agitaban contra el cielo. En aquella época del año, el jardín estaba lleno de delicias embriagadoras. El olor a tierra mojada se mezclaba con el perfume de las flores de loto recién abiertas en el estanque y con las nuevas verduras del huerto. Le llevaron a *Behek*, idea de Ahmose, y cuando Seqenenra estaba acostado junto al estanque, el perro se echaba a su lado con el hocico entre las patas o sobre la mano del príncipe.

Muy pronto Seqenenra pudo ya sentarse, reclinado sobre unos cuantos cojines. Tani le llenaba el regazo de flores e interpretaba para él los bailes que estaba aprendiendo, pues al cabo de unos meses debería ocupar su puesto como sacerdotisa de Amón en el templo. Pero Seqenenra estaba inquieto. Cuando por fin pudo sostener un pincel de escriba en la mano, y mientras Aahotep le aguantaba un trozo de cerámica, escribió: «Kamose. Hor-Aha».

—¡Todavía no, Seqenenra! —exclamó Aahotep—. No creo que estés lo suficientemente fuerte. Espera unos días más.

Seqenenra lanzó un gruñido, en señal de impaciencia.

—Ahora —dijo.

Aahotep levantó los ojos al cielo.

—¡Está bien! Id a buscar a Kamose y al general Hor-Aha. No es necesario que me hagas estas señas, Seqenenra. Entraré en la casa.

Lo besó con rapidez y se dirigió al pórtico.

Seqenenra no dejó de mirarla hasta que las sombras la ocultaron. Oyó que hablaba con voz imperiosa con alguien, y el ruido de sus sandalias en el vestíbulo. En el jardín resonaban los cantos de pájaros y cerca de donde él estaba, una abeja zumbaba sobre el capullo de una flor blanca. Behek, dormido, resoplaba como si corriese en sueños y Seqenenra deseaba poder despertarlo, imaginando que podía inclinarse hacia el perro, acariciarle el estómago y decirle: «¡Vamos, *Behekl*!, ¡no son

más que los demonios de una pesadilla!», pero le resultaba imposible moverse.

Aquel día le dolía la cabeza. Le dolía casi todos los días y sentía un latido constante y apagado. A veces también le escocía la herida, pero el médico le había advertido que no la tocara más que para cambiar diariamente la tela que la cubría. No se acordaba del golpe, no recordaba haber entrado en el viejo palacio, ni siquiera lo que había dicho y hecho el día anterior al asalto. Tal vez fuese un olvido misericordioso. Su vida después del golpe fue totalmente distinta. No comprendía por qué no le habían permitido morir en la azotea del viejo palacio. No creía que fuese Amón quien se lo hubiera impedido; habría sido Set, el cruel y lobuno Set quien había infundido ánimos de venganza para que él, Seqenenra, fuese castigado por su sacrilegio.

«No —pensó Seqenenra, mientras se inclinaba hacia la izquierda para intentar levantar la pierna que se le deslizaba fuera del catre—. Set jamás cometería un acto tan horrendo contra un egipcio, a menos que alguien lo hubiera ofendido deliberadamente». Sin duda, su orgullo se rebelaba contra aquella progresiva unión de él con Sutekh que estaban provocando los setiu. «No —pensó—. Amón me ha salvado la vida para que termine lo que empecé. Dicen que no logran encontrar a mi atacante. No me sorprende. El brazo de Apepa es más largo de lo que yo imaginaba, dio el golpe y se retiró. He sido advertido y si ahora me quedo quieto, lamiéndome las heridas, y me porto bien, no sucederá nada más. ¿Debo admitir en mi interior que he fracasado, y no sólo que he fracasado sino que he sido vencido?».

Ante la imagen del rey disfrutando hipócritamente en Het-Uart, lanzó un quejido y su sirviente personal, que esperaba paciente a su lado, comenzó a espantarle las moscas. Seqenenra quiso reprenderlo pero no tuvo fuerzas ni ganas de hacerse entender.

«Mi cuerpo se ha convertido en una tumba viviente —se lamentó en silencio, resistiendo al horror que esperaba para asaltarle siempre en estos casos—. Ni la lengua ni los miembros obedecen ya a mis pensamientos. El camino que los urna ha sido cortado. Miro a Aahotep y veo sus ojos ansiosos, la soledad que se adivina tras su alegría forzada, y quiero tomarla en mis brazos y protegerla. Pero esos días ya no volverán, ni siquiera pienses en ellos. No te imagines sentado en un carro de guerra con la flecha dispuesta en el arco, mientras un león corre delante de ti por el desierto. Trata de no recordar la gloriosa tensión de los músculos ni la caricia del agua en la barbilla y los hombros cuando dabas brazadas en el río. Y no pienses, ¡oh, no pienses nunca más!, en Aahotep quitándose la bata de dormir, permitiendo que se le deslice por los brazos, los muslos, acercándose a ti con los párpados hinchados y una sonrisa perezosa».

El sudor le coiría por las sienes. Negó vigorosamente con la cabeza en dirección al sirviente y lanzó una exclamación de dolor. El hombre separó a un lado la hoja de

palma, cogió un pañuelo y le enjugó la cara. «¡Dioses! —pensó Seqenenra—. ¿Tendré que sufrir estas indignidades durante el resto de mi vida?».

Oyó voces. Kamose, Hor-Aha y Si-Amón doblaron por el lado de la casa. Kamose y Hor-Aha caminaban juntos, Si-Amón un poco más atrás. Su hijo mayor había pasado muchos momentos junto a su lecho, sobre todo de noche. Seqenenra despertaba y lo veía sentado, una figura apenas distinguible bajo la débil luz de la lámpara de noche, con la barbilla hundida entre las manos, los codos sobre las rodillas, la mirada fija en la cama. Si Seqenenra se movía, Si-Amón se ponía de pie, se inclinaba sobre él, lo levantaba con suavidad para ahuecar los cojines y llamaba a Uni si él lograba demostrar que deseaba aliviarse, pero pocas veces se dirigía directamente a su padre, aunque sus manos revelaban preocupación. Su presencia allí, por la noche, a veces ponía nervioso a Seqenenra, aunque no supiera por qué. «Tal vez —se dijo mientras los miraba acercarse—, sólo sean las pesadillas. Mis sueños son terribles».

Sortearon el estanque, se introdujeron bajo la sombra de los árboles y se inclinaron ante él. Seqenenra les hizo señas de que se sentaran en la hierba. Kamose y Hor-Aha se sentaron uno junto al otro, pero Si-Amón se instaló al otro lado del catre, desde el cual, pensó irritado Seqenenra, tendría que volver la cabeza para verlo. Sofocó aquel impulso quejumbroso de inválido.

—Ya estoy lo bastante bien para enterarme del estado del ejército —dijo lenta y trabajosamente, obligando a sus labios deformados a hacer movimientos forzados. Ante el somdo de su voz, *Behek* despertó, se sentó y le lamió un brazo antes de volver a echarse en la hierba—. Quiero saber cómo está.

Kamose y Hor-Aha le miraban la boca con expresión absorta. Se produjo un silencio interrogante. Luego Kamose puso una mano en el tobillo de su padre.

—Lo siento, padre, pero no logramos entenderte. ¿Quieres que mande buscar a nuestra madre?

Una oleada de furia invadió a Seqenenra, seguida por una sensación de desamparo que se negó a aceptar. Luchó por sentarse y le hizo señas a Ipi, que permanecía inmóvil a una distancia desde la que no podía oír la conversación. El escriba se acercó, puso la escribanía sobre las rodillas de Seqenenra y la sujetó para que no se moviera. Seqenenra cogió un pincel con la mano derecha, lo hundió en la tinta y escribió «Cómo está ejército» antes de lanzarle el trozo de cerámica a Kamose.

—Quieres tener noticias del ejército —dijo Kamose—. Todavía seguimos alimentando a los soldados, lo cual nos resulta muy oneroso, padre, y Hor-Aha sigue entrenándolos. Si-Amón y Uni ya han comenzado a calcular la siembra de este año, para saber si bastará para continuar alimentando a los hombres.

—Las cosas no tienen buen aspecto —interrumpió Si-Amón, y Seqenenra tuvo que volver la cabeza para mirarlo—. La inundación fue abundante y ya ha empezado

la siembra, pero, como sabes, el año pasado tuvimos que recurrir a la tesorería personal de la familia para ayudar a mantener a los soldados, a pesar de que la cosecha había sido fabulosa. ¿Tenemos que seguir empobreciéndonos de esta forma?

Seqenenra volvió a coger el pincel e Ipi puso otro trozo de cerámica frente a él. «La salud, disposición y capacidad» escribió, cansado de repente y deseando dormir. Se acostó, ayudándose con el brazo derecho, se puso el izquierdo sobre el estómago y se quedó en esta posición. Ipi le pasó el trozo de cerámica a Kamose; éste, tras mirarlo, se lo entregó a Hor-Aha.

—La salud de los soldados es buena, siempre que los oficiales los mantengan trabajando continuamente —contestó el general con expresión pensativa y con las largas trenzas que se movían sobre su pecho desnudo—. Sin embargo, príncipe, parece un desperdicio mantenerlos continuamente dispuestos para el combate. Los entrenamos todos los días, y cada vez son más los que saben manejar los arcos que siguen fabricando los artesanos, pero se quejan y muchas veces pelean entre ellos. Si no hay guerra, quieren regresar a sus casas.

Seqenenra pensó en la respuesta, mientras observaba una mariposa roja que volaba sobre la cabeza de *Behek* antes de alejarse, errática, en dirección a los capullos de loto que había sobre la límpida superficie del estanque.

—Mándalos a casa, padre —aconsejó Si-Amón. Se acababa de poner de pie y estaba junto a Seqenenra; su sombra se añadió a la que cubría al príncipe—. Tus sueños de rebelión no han llegado a nada. Los dioses juzgaron y se pusieron en tu contra. Están satisfechos con Apepa y si llevas tus planes al límite, el justo castigo que te impondrán será definitivo. Temo que caiga una maldición sobre todos nosotros, temo que Apepa pierda la paciencia. Además —dirigió una mirada a su hermano y a Hor-Aha—, no nos podemos permitir un ejército permanente. En realidad, nunca pudimos permitírnoslo. Cada día que pasa disminuyen nuestras reservas. Yo respiraría tranquilo si Weset volviera a su estado de pacífica somnolencia.

Kamose lanzó una carcajada, divertido.

—Jamás imaginé que te oiría, nada menos que a ti, suplicar una vida apacible —bromeó—. Sin embargo, lo que dices es cierto. Deberíamos consultar a Amonmose acerca de los deseos de los dioses.

—Él sólo conoce los deseos de Amón —intervino Seqenenra—, y creo que la opinión de este dios será que no debemos aflojar las riendas.

Ante las expresiones atentas y expectantes de los demás, se maldijo interiormente, cogió otro trozo de cerámica y escribió con furia, al tiempo que sentía que el rostro se le ponía rojo de fastidio y de frustración. «Enviadlos a sus casas para la siembra, pero que regresen a finales de Pharmuthi», escribió, y arrojó el mensaje a Si-Amón.

—No —dijo el joven, pasándoselo a Kamose—. No, padre, ¡por favor! —Se

arrodilló junto al catre, sobre la hierba, y levantó las manos para coger el brazo de Seqenenra. Éste se volvió a mirarlo con dificultad. Si-Amón tenía el entrecejo fruncido, los labios apretados y una expresión preocupada en los ojos—. Nos hemos arriesgado a perder nuestra fortuna, y a ganar la ira del rey y la desaprobación de los dioses —continuó diciendo Si-Amón con apasionamiento—. A ti te han malherido, tal vez de manera definitiva, y yo he perdido un hijo. Todo esto por tratar de corregir algo que consideras que está mal. —Miró a su hermano gemelo, pero casi de inmediato apartó la vista. Kamose lo miraba con aire inexpresivo, Hor-Aha tenía la mirada clavada en sus rodillas—. El destino ha respondido con la mayor severidad a tus sueños, no nos ha dejado más que sufrimiento. Vuelve atrás y no sigas luchando, ¡por favor!

Kamose lo interrumpió.

—Fue más que eso, Si-Amón —dijo—. Las cartas, el hecho de saber que estábamos, estamos siendo manipulados. Eso no ha cambiado.

Todos se volvieron hacia Seqenenra. De repente éste se sintió demasiado fatigado para empuñar el pincel. Reunió todas sus energías y dijo:

—No. Seguimos.

Esta vez le entendieron. Kamose se puso de pie, seguido por Hor-Aha.

—Lo lamento, pero ten por seguro que te obedeceré —dijo Kamose—. Enviaré a sus casas a los soldados y a los hombres de Wawat, y cuando termine la estación de la siembra, los oficiales podrán volver a reunirlos. Tal vez al enterarse de que hemos despedido a los soldados, el rey se tranquilizará y dejará de sospechar de nosotros.

Kamose sonrió a su hermano, y Seqenenra, tendido junto a ellos, notó que Si-Amón trataba de corresponder al optimismo de Kamose. Durante algunos instantes permanecieron inmóviles: dos perfiles idénticos que se destacaban sobre las hojas del sicomoro y ante el cielo brillante, como dos figuras pintadas en la pared de algún palacio. Luego Si-Amón dijo en tono cortante:

—El que atacó a nuestro padre no ha sido atrapado. Ignoramos quién hizo esta cosa horrible; si hemos sido advertidos y no prestamos atención a la advertencia, es posible que lo vuelva a intentar. ¡Por lo menos yo no quiero que la sangre de mi padre pese sobre mi conciencia!

Lo dijo con tanto fervor que Seqenenra quedó sorprendido y volvió a experimentar la inquietud de las noches.

—Pero es él quien ha tomado la decisión, no nosotros —objetó Kamose—. De todos modos, nosotros no seremos responsables de su muerte, porque él permanecerá aquí y tú y yo dirigiremos la lucha, Si-Amón. Suponiendo que hayamos recibido una advertencia de Apepa, ¿crees que eso modifica algo? Está decidido a destruimos, tanto si emprendemos la guerra como si no.

Si-Amón contestó con acaloramiento y ambos comenzaron a discutir por encima

de la cabeza de Seqenenra, con las barbillas casi juntas, los cuellos estirados y los puños cerrados. Kamose hablaba con voz controlada, pero la de Si-Amón fue subiendo de tono. Hor-Aha permanecía con las cejas levantadas, los gruesos brazos cruzados y el manto suelto. Seqenenra esperó unos instantes pero luego, incorporándose, dio sendos bofetones a sus hijos en la mejilla. Kamose retrocedió.

—Lo siento, padre —dijo—. Olvidamos dónde nos encontrábamos. ¿Podemos retiramos?

Seqenenra se sintió ligeramente ofendido por esa formalidad en su hijo Kamose. Les hizo señas de que se retiraran.

A partir de aquel momento tuvo todo el jardín para sí. Sabía que no pasaría largo tiempo antes de que alguien se presentara, Tani tal vez, que se sentaría en el escabel que tenía a los pies y conversaría con él como si lo hiciera con una amiga; o quizá sería Aahotep, asistida por Isis o por Mersu, o quizá Tetisheri. A aquella última hora de la tarde, Ahmose estaría en el río con la red y la lanza corta, luego llevaría su pesca para mostrársela con sonriente orgullo a su padre. Me estoy convirtiendo en algo parecido a un dios familiar —pensó Seqenenra con ironía—. Vienen a mí con el regalo de sus palabras, de sus pensamientos, pero ya no dependen de mí. Muy pronto seré capaz de mantenerme en pie, pero a pesar de todo, cuando consiga caminar por la casa será ocasión de gran bullicio y de proclamaciones, como si se tratara de un viaje divino. Tendría que haberles dicho que intentaran avanzar con el ejército durante el verano. No los puedo enviar a luchar, y tal vez a morir, mientras yo deambulo por la finca como un caballo cojo. Ya no puedo soñar con el Trono de Horus, con poseer su fuerza y su poderío, ni con la unificación de Egipto bajo mi mano poderosa, pero puedo terminar con honor este tormento y rezar para que Si-Amón llegue a lucir la Doble Corona.

Estaba cansado e incómodo. Le hizo señas al sirviente de que deseaba acostarse y ya empezaba a volverse hacia un lado cuando vio que Aahmes-Nefertari surgía de las sombras del pórtico y se le acercaba con rapidez.

—¡Ah, veo que estás cansado! —dijo la muchacha mientras se sentaba en el suelo a su lado y le cogía la mano inerte. Su túnica clara de lino flotó a su alrededor sobre la hierba y sus pulseras tintinearon. Al recibir su beso, Seqenenra notó que parecía tensa bajo la pintura azul de los ojos y la boca cubierta de alheña—. No trates de hablar conmigo —pidió—. Desde el salón de recepciones donde mi madre y yo tejíamos guirnaldas de loto, alcancé a oír los gritos de Si-Amón y Kamose. Me pareció una desconsideración que te agobiaran así. —Seqenenra sintió que comenzaba a palpitarle el ojo izquierdo, como le sucedía siempre que se exigía demasiado. Se llevó un dedo al ojo y los latidos cesaron. Levantó la mano derecha y Aahmes-Nefertari asintió con la cabeza—. Sólo he venido a decirte que estoy de nuevo embarazada, padre. Eres el primero en saberlo. Ni siquiera se lo he dicho a Si-

Amón. —Hizo una pausa—. Creo que se alegrará. Hoy en día muy pocas cosas lo alegran.

Seqenenra se sintió invadido por el júbilo, pero a la vez por la inquietud. Sabía que su hija todavía lloraba por aquel pequeño cadáver bienaventurado que yacía solo en la tumba de Si-Amón. Sin duda Aahotep la había instado a tener otro hijo para ayudar a borrar pasados recuerdos. Pensó en sí mismo cuando lo bajaban de la azotea del viejo palacio, en Aahmes-Nefertari al pie de la escalera, y en lo terrible que debió de ser el espectáculo. Kamose se lo había contado. En cambio, ella ni siquiera lo había mencionado.

Seqenenra le tendió la mano derecha y apretó la de ella, esbozando su irregular sonrisa. Ella se la devolvió.

—No debes preocuparte por mí —siguió diciendo—. Somos una familia resistente, todos somos muy fuertes. Y ahora debo irme. ¿Quieres que despida a Ipi y diga a los sirvientes que te lleven a la cama?

Seqenenra asintió con la cabeza, agradecido. Había olvidado por completo al escriba, que permanecía detrás de él, sentado con las piernas cruzadas. Aahmes-Nefertari dijo algunas palabras, volvió a sonreír a su padre y se alejó.

«Soy culpable —pensó Seqenenra, mientras Ipi le hacía una reverencia antes de alejarse, y otros sirvientes se apresuraban a acercársele con una litera—. Ella cree que todo ha terminado, pero no es así. En realidad, sólo es el comienzo». Sentía el latido en la cabeza y aunque los sirvientes lo trataron con reverente cuidado, no pudo reprimir una exclamación de dolor cuando lo levantaron del catre para pasarlo a la litera. Antes de que lo pusieran en su lecho, ya estaba medio dormido.

Más tarde insistió en que lo llevaran a los campos para ver a los labriegos que terminaban de sembrar, mientras él permanecía tendido bajo un toldo, con Uni a su lado y rodeado de sus sirvientes, que vigilaban que la litera no se inclinase, y él cayese al barro. Algunas veces lo acompañaba Ahmose, que corría a lo largo de los diques y entraba y salía del bosque de palmeras con *Behek* detrás. Para Seqenenra era un consuelo comprobar el vigor y la innegable alegría de vivir de su hijo menor.

A medida que recuperaba fuerzas, trató de volver a sus antiguos hábitos: que lo despertaran temprano para que pudiera asistir al templo para los ritos matinales, donde Amonmose le hacía de asistente, llevando a cabo las ceremonias que él ya no podía realizar; darle la bienvenida a Men cuando llegaba del Delta con el informe semestral de su ganado y el de Amón, y recibir a los heraldos y otros funcionarios del rey que recorrían el río entre Het-Uart y las amplias propiedades de Teti el Apuesto, príncipe de Kush y amigo de Apepa. No trató de ocultar su estado ante aquellos hombres. Convenía que lo vieran incapacitado y desfigurado, que volvieran a Apepa con historias que hablasen de la boca deforme y del ojo caído del orgulloso Seqenenra; de su pierna y de su brazo, que parecían los de un muñeco de paja. «Que

disfruten con eso —pensaba durante las noches en que permanecía sentado en el salón de recepciones, rodeado de cojines y con el brazo inerte sobre las rodillas—. Que Apepa se entere de que he sido castigado, de que aprendí la lección».

En el salón, las risas y las conversaciones fluían a su alrededor. El arpista interpretaba la música, las fuentes humeaban en manos de los sirvientes, las mujeres lucían sus mejores prendas de lino y sus mejores joyas. Seqenenra presidía la fiesta callado, con Aahotep a su lado y Uni a su derecha para estar atento a cualquier necesidad que él pudiera tener.

Los soldados habían regresado a sus pueblos: los medjay de Hor-Aha, a ocuparse de sus asuntos tribales en Wawat, y los egipcios, a arar y sembrar sus pequeñas tierras. Seqenenra sabía que también esa noticia había llegado al norte.

Pero los arcos continuaban surgiendo de las manos de los artesanos militares y se amontonaban en el arsenal; en los graneros se separaba el grano del año anterior para tenerlo preparado para los asaltos del año siguiente. Hor-Aha había enviado un explorador a comprar caballos, algunos aquí, otros allá, y también se estaban construyendo carros. «Esta vez estaremos preparados —pensó Seqenenra, sombríamente—. Los hombres estarán mejor entrenados, las reservas de alimentos serán más abundantes. Kamose y Si-Amón serán mayores y más fuertes». Sin embargo, cuando permitía que Aahotep lo acompañara a su lecho, siempre lo consumía una desazón que había logrado ocultar a todos.

La herida de la cabeza, que había llegado a mirar con un disgusto y horror crecientes, cicatrizaba con lentitud. Sobre la vieja herida irregular crecía nuevo hueso. Sin embargo, para él la herida era un símbolo de aquello en que se había convertido, un objeto de preocupación y de lástima para su familia y una afrenta para sí mismo. Se negaba a permitir que Aahotep lo besara en los labios^ y que nadie, aparte de su sirviente personal, le tocase la cara. Por la noche, con la cabeza latiéndole y el corazón angustiado, deseaba que el sicario de Apepa, fuera quien fuese, le hubiera clavado el hacha un poco más hondo.

Pasaron los meses de Mekhir y de Phamenoth. En los campos, los cultivos comenzaron a brotar, muy verdes y densos. Los canales, todavía llenos de agua tranquila y estancada, se convirtieron en campo de juegos para los hijos de los campesinos, que saltaban y se salpicaban en ellos con inocente abandono. Las noches eran suaves y las estrellas, amables en el cielo negro.

Aahmes-Nefertari había anunciado su embarazo a la familia y una vez más honraron a Tueris; pero Seqenenra, que la miraba ir y venir, a veces con el brazo enlazado en el de Si-Amón, pero con mayor frecuencia seguida por Raa, presentía la infelicidad de su hija. Aahmes-Nefertari tenía miedo. Él no trató de infundirle confianza; las palabras no la aliviarían. Sólo un hijo saludable restauraría su fe en la vida.

Seqenenra luchaba por caminar. Uni le fabricó una muleta que le dolía en la axila del brazo sano y le formó ampollas en las palmas de la mano, ampollas que pronto se convirtieron en callos. Pero por lo menos podía ir, aunque fuese tambaleándose, de su habitación al jardín, arrastrando tras de sí la pierna izquierda. Dedicó largas horas a aprender a subir y bajar los escalones del pórtico. También le resultaba menos difícil hacerse entender, a pesar de que las palabras seguían saliéndole confusas. Tani le dijo, muerta de risa, que siempre parecía que estaba bebido. Pero por lo menos lograba comunicarse, mal que tuviera que hacer un gran esfuerzo y exigir concentración por parte de quien lo escuchaba. Se imponía a sí mismo vencer la fatiga, las desilusiones, la honda depresión que todos los días lo asaltaba a la puesta del sol. Quería estar preparado para marchar cuando llegara el momento.

El tercer día de Phamenoth se celebró su cumpleaños. Acababa de cumplir treinta y siete años. Ya podía permanecer de pie en el templo para hacer la ofrenda de un toro en acción de gracias, mientras observaba a Tani bailar con orgullo en su honor junto con las otras bailarinas del templo. Ya tenía quince años. Al cabo de dos meses más, los gemelos cumplirían veintiuno, y en el verano Ahmose tendría dieciocho. Al ver a Tani inclinándose en medio de las guirnaldas de flores, con un sistro en la mano, sintió cierta aprensión ante el veloz paso del tiempo. La vida era un sueño que pasaba deslizándose mientras él permanecía durmiendo, siguiéndolo con los ojos, incapaz de extender un brazo para sujetar el espectáculo imparable, lograr que fuese más lento, obligarlo a detenerse para que él pudiera pensar en la parte que le tocaba representar.

Un mensaje público llegó de Her-Uart y fue leído en la plaza del mercado de Weset a la multitud inquieta y polvorienta. En el mes de Mesore, el rey cumpliría sus cuarenta años y para festejar su aniversario los impuestos se reducirían. Los ciudadanos de Weset, de una casta independiente y altiva, no vitorearon ni alzaron un clamor. Sencillamente, esperaron hasta que el heraldo terminara de leer y luego se alejaron, conversando entre sí. Les interesaba más saber que su príncipe había podido permanecer de pie durante las ceremonias realizadas en el templo en celebración de su propio aniversario, y que había recibido al alcalde para obsequiar con dos días de fiesta a los trabajadores y cincuenta hectáreas más que serían cultivadas para ellos durante un año.

Capítulo 7

Una mañana de mediados de Phamenoth, Ramose llegó en barca hasta los escalones del embarcadero y se dirigió con su escolta hacia la casa, después de ahuyentar a *Behek* y a los demás perros que acudieron a él. Cuando el joven se acercó a presentar sus respetos al príncipe, Seqenenra estaba sentado en el jardín, con Uni detrás y Tetisheri reclinada sobre una estera a su lado con los cojines amontonados a su alrededor. Isis y Mersu permanecían algo apartados. Isis arrojaba flores al agua del estanque para asustar a los peces que nadaban como destellos dorados en las fangosas profundidades. Ramose se adelantó e hizo una reverencia, seguido de dos guardias y de su criado. Luego se enderezó y esperó a que Seqenenra hablara. Éste sintió que los ojos del muchacho se fijaban en su boca y en sus ojos y le recorrían el cuerpo, pero su expresión era abierta y bondadosa.

—Salud, Ramose —dijo con cautela.

La mirada de Ramose voló a su rostro. Tardó un momento en entender lo que se le había dicho, algo a lo que Seqenenra ya se había acostumbrado. Le enseñaba a tener paciencia.

Entonces Ramose dijo:

—Te saludo, príncipe, en mi nombre y en el de mi padre, a quien angustia la noticia de tu desgracia. He de decir que esperaba recibir un papiro tuyo en que me pedirías que no viniera. Lo habría comprendido. —Se volvió e hizo una breve reverencia a Tetisheri—. Me honra volverte a ver, princesa.

Tetisheri sonrió y se resguardó los ojos con una mano para levantar la vista y mirarlo.

—¡Ramose! Cada vez que te veo eres más apuesto —contestó ella—. Tienes las facciones de tu madre y los grandes ojos de tu padre. ¿Cómo está tu madre?

—Está bien. Ha enviado un frasco de perfume para ti y otro para su prima. Es un perfume nuevo que elaboran en Asi. Espera que os guste. Lo haré desembalar más tarde porque también he traído muchos regalos para Tani.

Tetisheri lanzó una risita.

—¡Un nuevo perfume! ¿Y no me ha enviado un hombre para el cual me pueda perfumar? Gracias, Ramose. Es un regalo espléndido.

Seqenenra le hizo señas de que se sentara. Ramose ordenó a su escolta que regresara a la barca y, lanzando un suspiro, se sentó a la sombra del sicomoro.

—Tus heridas son graves, príncipe —dijo con franqueza mientras Tetisheri ordenaba a Mersu que trajera de las cocinas una comida de recepción—. Estoy asombrado. ¿Cómo pudo causarte tanto daño la caída de una piedra?

Seqenenra lo miró sin comprender y luego recordó la carta que Kamose había enviado a Het-Uart.

—El carro avanzaba con rapidez bajo el saliente —contestó, haciendo una pausa tras cada palabra para estar seguro de que Ramose lo entendía—. Yo sólo pensaba en el león que quería cazar. Por alguna razón se soltaron las piedras y sólo recuerdo el ruido que hicieron al desplomarse.

Ramose asintió con la cabeza.

—Mi padre desea saber si necesitas algo, cualquier cosa, otro médico, que te preste algún capataz…

Seqenenra se llevó la mano a la banda de lino atada alrededor de la cabeza. La palpó con aire distraído.

—Agradéceselo en mi nombre —contestó—, pero no necesito nada. Mi médico es el mejor que hay en Egipto.

Hubo un movimiento en la casa y Tani apareció con He-Ket, que la seguía obedientemente. Al ver quién era el recién llegado, abrió los labios en una ancha sonrisa y tendió ambas manos a Ramose. Él se puso de pie con presteza y las tomó entre las suyas.

—¡Qué hermosa eres, princesa! —exclamó, besándole una mejilla. Tani se apartó, lo miró unos instantes y luego se instaló junto a Tetisheri.

—¡Bueno! —dijo—. ¿Nos prometeremos en matrimonio durante esta visita, Ramose? Debo confesarte que estoy cansada de esperar. Mi padre ya es perfectamente capaz de escribir su nombre y el título en el documento, y si me dices que no traes la firma y el sello de tu padre, pienso hacértelo pagar.

«Sí —pensó Seqenenra—. Que se comprometan ahora mismo y luego se casen». Miró a Ramose, que había vuelto a cruzar las piernas.

—He traído el documento del compromiso —contestó—. Sólo hace falta la firma de tu padre. Pero el mío insiste en que esperemos seis meses antes de casarnos.

Tani levantó las manos. El sol brilló en sus dedos cubiertos de anillos.

—¿En serio? —resopló—. Como si fuéramos unos completos desconocidos. ¿Por qué? Teti siempre ha sido un seguidor entusiasta del protocolo. Le dirigiré una incisiva carta a mi futuro suegro y…

Siguió parloteando. Tetisheri la observaba, divertida, y los sirvientes sonreían. Pero Seqenenra estaba pensativo. De repente supo, sin el asomo de una duda, que Teti estaba esperando para ver qué hacía él. «No quiere aliarse con una familia manchada por la traición. ¿Sabrá que me atacó un sicario? La llama de la revuelta ardió en el seno de su propia familia, por lo que será doblemente cauteloso con respecto a este enlace. De alguna manera debo decirle a Tani que, a menos que yo venza y logre llegar a Het-Uart y me convierta en rey de Egipto, Teti no deseará tenerla más en su casa».

—¡Basta, Tani! —dijo de repente Ramose con aire severo y, sorprendentemente, Tani cerró la boca aunque se las arregló para encogerse elocuentemente de hombros

—. Mi padre está de acuerdo en que el contrato del compromiso se firme y se selle ahora mismo. Prepararemos las festividades en Khemennu, y tú y tu familia vendréis dentro de seis meses para las celebraciones finales. No conozco las razones por las que nos impone esta larga espera, pero tú y yo ya hemos esperado muchos meses, de manera que no habrá gran diferencia. ¿Tal vez sea por el asunto de la dote?

Miró con amabilidad a Seqenenra, que no contestó.

En aquel momento aparecieron los sirvientes con vino y pasteles. Los seguía el resto de la familia, y Ramose se puso de pie para inclinarse ante Aahotep y abrazar a los tres hermanos de Tani. Todos se instalaron alrededor del estanque y la conversación versó sobre temas generales. Al rato, Ramose y Tani se pusieron de pie y Seqenenra les dio permiso para irse.

Ramose pasó un brazo alrededor de los delgados hombros de la muchacha y se encaminaron al río. *Behek* se levantó y los siguió, jadeando. El sonido de las voces pronto desapareció y fue reemplazado por el piar de las aves en las cañas y el zumbido de los insectos en los arbustos. Por encima de sus cabezas se unían las hojas de las palmeras proyectando sombra sobre el sendero blanco y polvoriento. En su avance, los dedos de los pies de Tani se hundían en la arena.

—Estoy muy enfadada con Teti —dijo—. Y supongo que mi padre se sentirá ofendido. Después de todo es un príncipe, Ramose. Merece ser tratado con más deferencia por tu padre.

—Mi padre tiene plena conciencia del honor que Seqenenra le hace al permitirte que te cases conmigo —contestó Ramose en tono vacilante—. No se trata de que mi padre tenga segundas intenciones, ni de orgullo, ni de la necesidad de poner a prueba la autoridad del tuyo. —Ambos se detuvieron. Él la hizo volverse para que lo mirara y le pasó un dedo por las cejas. Detrás y delante de ellos, el sendero zigzagueaba y se internaba en la oscuridad—. Debo ser sincero contigo, Tani —admitió él—. Te quiero mucho. Pero corren rumores de que Seqenenra fue herido por la mano de Apepa porque planeaba una rebelión. ¿Es verdad? Mi padre así lo cree.

—¡Me importa un rábano lo que crea tu padre! —exclamó Tani con rabia—. ¡Es un viejo gordo con más autoridad de la que se merece! ¡Cómo se atreve a dudar con respecto a mí, una princesa con sangre real en las venas!

Ramose dio un paso atrás para evitar el rostro enrojecido de Tani y su furia.

—Yo también estoy irritado —dijo sin inmutarse—. No me importa lo que tu padre o el mío hagan o digan. Pero somos hijos obedientes, Tani, y lo seguiremos siendo hasta que nuestros padres mueran. No has contestado a mi pregunta. ¿No confías en mí?

Ella lo observó, agachando la cabeza.

—Mi lealtad pertenece a mi familia —dijo en tono gélido—, y tú todavía no eres miembro de mi familia ni yo de la tuya.

Ramose alargó los brazos para sacudirla suavemente.

—Si me dices la verdad, juraré por Tot, protector de Khemennu, que no se lo diré a un alma viviente. Ni siquiera a mi padre.

Tani respiró hondo.

—Muy bien, Ramose. También estoy irritada con mi padre por haberse puesto en la situación en que se puso, y que desató sobre él la ira del rey. Lo quiero mucho y le tengo mucha lástima. Pero debes prometerme que no dirás una sola palabra. Esta noche pronunciaré una maldición que tendrá efecto si alguna vez lo cuentas.

Ramose asintió con la cabeza.

—Estoy de acuerdo.

—Entonces te diré que es cierto. Mi padre soportó las ofensas de Apepa todo el tiempo que pudo, hasta que recibió una carta en la que el rey le decía que tenía que matar a los hipopótamos. ¿Te imaginas algo más absurdo? Mi padre es inteligente y consiguió evitar un acto tan cruel, pero luego el rey quiso que edificara aquí un templo para Set. —Se mordió los labios y le dirigió una mirada de preocupación—. Supongo que podría haber pensado en construir un pequeño santuario, pero Weset pertenece a Amón. Era imposible. Mi padre reunió un pequeño ejército y cuando estaba listo para marchar hacia el norte, alguien trató de asesinarlo. Ignoramos quién fue. Es posible que no lo sepamos nunca. —Le tembló la voz—. Todos creemos que en esta acción estaba la mano de Apepa.

Ramose la tomó por la cintura y reanudaron el paseo.

—Lamento ocasionarte este disgusto —dijo él—, ¿pero comprendes, no es verdad, que mi padre debe cuidar su reputación? Hay que esperar seis meses para asegurarse de que Seqenenra ha aprendido la lección y que de ahora en adelante permanecerá quieto.

—¡Con cuánto tacto lo expresas! —farfullo Tani, muy estirada—. Hablas como si mi padre fuera un perro desobediente al que hay que castigar para amansarlo.

—Siempre te he hablado con franqueza —replicó Ramose—. No tiene sentido que andemos fingiendo en este asunto, Tani. De ello depende nuestro futuro.

—¿Supongo que crees que mi padre es un traidor y además un loco?

Acababan de llegar al embarcadero. Él la hizo bajar los blancos escalones. El agua los lamía, muy cerca de sus pies. Una familia de patos salió de las cañas y se elevó suavemente hacia una de las pequeñas islas situadas en medio del río. A lo lejos, los peñascos vacilaban, rojizos, sobre un cielo sin nubes.

—Creo que la causa de tu padre es justa, pero sus métodos son equivocados —contestó Ramose con los ojos entornados para protegerse del sol, y la mirada fija en los patos que en aquel momento subían de uno en uno a la orilla rocosa—. No comparto la actitud de cómoda sumisión de mi padre hacia nuestros amos setiu. Algún día me gustaría ver a un egipcio sentado en el Trono de Horus. Pero no

sucederá durante nuestra vida. —La obligó a mirarlo—. Tu padre es un hombre valiente, pero confío en que su arrebato de furia haya cesado.

Tani no contestó. Le dirigió una breve sonrisa y apartó la mirada. «La furia de mi padre no ha cesado —pensó—. Nunca cesará. En cuanto al ejército, los soldados han regresado a sus casas. Espero con fervor que no se los vuelva a llamar, pero no me gusta ver a Kamose y Hor-Aha conversar durante horas con mi padre, ni ver discutiendo a Kamose y Si-Amón cada vez que están juntos. Se prepara algo más. Y tengo miedo. Nadie me dice nada. Como soy la menor, creen que todavía soy una criatura y que deben ahorrarme preocupaciones».

De repente, cogió los dedos de Ramose.

—¿Soy una mujer para ti, Ramose? —preguntó en tono urgente—. ¿O soy una muchacha bonita que ha conquistado tu afecto y a quien tratas con bondad y ligereza? ¿El nuestro es para ti simplemente un matrimonio ventajoso?

—Tani —contestó él—. En casa hay docenas de mujeres bonitas y a las que trato con bondad y ligereza. Te he visto crecer y convertirte en una hermosa mujer de pensamiento rápido y de temperamento impulsivo. Te quiero. Y en cuanto a eso de un matrimonio ventajoso, bueno —suspiró, irritado con sus propios pensamientos—. Tal vez seas una princesa, pero tu familia ahora vive bajo la amenaza de la desaprobación del rey, lo cual preocupa a mi padre. ¿Por qué esas dudas repentinas?

Ella apoyó la mejilla en el cálido brazo de Ramose.

—Quiero ser feliz —le susurró—. Quiero vivir para siempre contigo en Khemennu. Casi no soporto seguir mirando a mi padre, mostrarme alegre cuando estoy cerca de él, simular que lo aliento. ¡Era tan recto, tan elegante, Ramose! ¡Un señor! Cada vez que he de acercarme a él, me invade un odio terrible hacia el rey y un gran dolor al recordar las cosas tal como eran antes. ¡Por favor, te pido que me saques de aquí!

Ramose no tenía nada que decir. La atrajo hacia sí y la acarició en silencio hasta que sintió que se relajaba. Después hablaron de otras cosas. Pero cuando se reunieron con el resto de la familia para la comida de la noche, Ramose se descubrió observando con desapego y fastidio a los orgullosos Tao. La noche era calurosa, empezaba a notarse el aire irrespirable del verano.

Seqenenra, sólo vestido con un delgado *shenti* de lino, comió poco. La muleta estaba discretamente colocada a sus espaldas, junto a Uni. El paño que le cubría la cabeza destacaba claramente en el salón poco iluminado. El príncipe introducía con rapidez la comida en su boca deforme, como si abrigara la esperanza de que nadie lo viera, y recorriendo a los presentes con la mirada. Ramose pensó en su propio padre, ungido y cubierto de alhajas, haciendo grandes ademanes y hablando con su voz baja y cultivada con cada uno de los invitados que comían en sus mesas de marfil cubiertas de flores. Teti se parecía a un enorme buho, bueno y sabio. Seqenenra era

un halcón herido, apaleado y sin embargo alerta, con una vigilante malicia detrás de aquellos ojos incisivos. Ramose sonrió ante el dramatismo de sus imaginaciones, y Seqenenra, al ver que lo miraba, de repente le sonrió. Ramose asintió con la cabeza y apartó la mirada.

La princesa Aahotep estaba al lado de Seqenenra. Era una mujer morena y hermosa cuyos movimientos tenían una gracia voluptuosa. «No se parece mucho a mi madre —se dijo Ramose—, a pesar de que son parientes». Su madre era una mujer ya madura. En cambio Aahotep, con sus labios generosos y su piel bruñida, era tan sensual como las concubinas del rey que se reunían y se echaban lánguidamente sobre los cojines colocados alrededor de las fuentes del harén durante las tardes de verano. La vio volverse hacia atrás para hablar con Hetepet, su sirvienta, y luego inclinarse hacia un lado para acercar la boca al oído de su marido. Sus movimientos eran gráciles y flexibles.

Ramose bebió vino y permitió que sus pensamientos vagaran igual que su mirada. Los gemelos Kamose y Si-Amón estaban sentados ante una misma mesa llena de restos de comida, pero no conversaban. La reserva que reinaba entre ellos era casi palpable. Aunque cuando se miraban era como si un solo hombre se estuviera mirando al espejo —ojos negros, rostro largo y delgado, nariz afilada y una masa de rizos negros—, había entre ellos un abismo que los separaba. «¿Qué será?» se preguntó Ramose. Se dio cuenta de que Si-Amón lo miraba, cosa que había notado con frecuencia durante la noche, mientras los músicos tocaban y bailaban y las sirvientas se movían de un lado a otro con guirnaldas de flores y conos de aceite perfumado. Lo ponía nervioso. Kamose se volvía con frecuencia para conversar con el guerrero medjay de aspecto salvaje que estaba sentado a su lado, un hombre de ademanes lentos y ojos rápidos y fríos. En cambio, Si-Amón parecía hundirse cada vez más en su estera, mientras manoseaba la comida con los dedos cubiertos de anillos.

Ahmose el alegre, ligero de ropas, terminó de comer mucho antes que los demás y se puso a vagar entre los comensales, honda en mano, metiendo ocasionalmente los dedos en la bolsa de cuero que colgaba de su cinturón, de la que sacaba pequeñas bolitas. El ruido de sus disparos punteaba la conversación y cantaba fragmentos de alguna melodía mientras apuntaba y tiraba. Nadie le prestaba la menor atención. Sin duda era tanta su puntería con la honda, que nadie se asustaba. La gran señora Tetisheri estaba un poco apartada, rodeada por su cortejo de criados, una anciana dama muy erguida y resplandeciente, cuya mirada aguda los observaba a todos y cuyos menores movimientos producían una rápida y obediente respuesta a su alrededor. Ramose se estremeció interiormente. Cuando era niño, Tetisheri siempre lo aterrorizaba, y aun entonces, ya todo un hombre, le inspiraba una especie de temor religioso. Mersu, su criado, respondió a una orden cuyas palabras se perdieron en el

murmullo general, y se inclinó amablemente hacia ella. Ramose lo observó. Era pariente o amigo de alguien que estaba al servicio de su padre, tal vez su criado. Cuando los Tao iban a visitarlos, los dos siempre estaban juntos. Parecía un hombre muy tranquilo.

Su Tani estaba sentada en una estera junto a la hermana, con los brazos llenos de pulseras y las rodillas encogidas, cubiertas por el delgado lino rojo de su vestido; mientras hablaba, el pelo le rozaba el cuello. A Ramose se le derritió el corazón. Ignoraba qué era lo que despertaba aquellos sentimientos en él. Tani era muy distinta del resto de la familia y, sin embargo, lo había sorprendido el rapto de furia que había sufrido aquel día, y que él deliberadamente pretendió pasar por alto. Ella también poseía el abrumador orgullo de los Tao.

La hermana, Aahmes-Nefertari, era una versión más joven de la madre: morena, bien formada, penetrantes ojos negros y labios arrogantes. Ramose ya sabía que estaba embarazada. «Otro príncipe —pensó—. Otro Tao para escupirle al rey y soñar aquel eterno sueño del poder y del antiguo Ma’at. ¡Por Tot! ¡Los admiro! No conviene que lo sepan, puesto que yo también provengo de una familia venerable y soy orgulloso, pero me alegra estar sentado aquí donde el aire es más limpio y pienso en un Egipto menos complicado. Pero también son peligrosos: tan imprevisibles como toros, y en cierto sentido, incluso como mi Tani. Lo llevan en la sangre. Osiris Mentuhotep neb-hapet-Ra… Conozco la historia».

Percibió un movimiento y un susurro a su lado, que le hicieron interrumpir sus pensamientos. El príncipe Si-Amón se sentaba en el suelo. Ramose le sonrió sin ganas. En la mano sujetaba una copa con gran cuidado y al ver sus mejillas sonrosadas y los ojos brillantes, Ramose llegó a la conclusión de que ya estaba bastante bebido.

—Príncipe —dijo Ramose, agachando la cabeza.

Si-Amón le devolvió el saludo.

—Bueno, Ramose —dijo—. Solíamos acercarnos juntos a los cocodrilos en los pantanos de Khemennu y salir a cazar huevos de ibis. ¿Recuerdas esa vez que Kamose y yo te atamos a una barca y te arrastramos a lo largo del río? Estuviste a punto de ahogarte. Y ahora vas a convertirte en mi cuñado. Me parece bien. ¿Tienes alguna duda?

Bebió y extendió la copa para que se la volvieran a llenar. El sirviente que estaba a sus espaldas lo hizo y se alejó.

—Por supuesto que no, príncipe —contestó Ramose—. Amo a Tani y será una magnífica esposa. Se trata de un enlace respetable y conveniente.

—¿Incluso teniendo en cuenta los problemas que ha tenido mi padre? —Si-Amón acercó el rostro al de Ramose—. Tú sabes que la gente murmura que Apepa planeó el atentado que sufrió. No estamos precisamente en buenas relaciones con el rey.

Ramose se puso tenso. Más allá de las palabras que Si-Amón arrastraba a causa del vino, y tras sus ojos vidriosos, presentía que aquel era un interrogatorio intencionado.

—Los rumores siempre abundan en las fincas de los nobles y poderosos —contestó Ramose con cuidado—, y nuestro dios tiene una naturaleza dada a las sospechas. No creo que Seqenenra haya sido traidor, ni el rey vengativo. No hago caso de las habladurías, príncipe.

Una expresión curiosa, mezcla de desilusión y de alivio, cruzó por los ojos de Si-Amón.

—Así que no sabes nada del asunto —insistió.

Ramose extendió las manos.

—Solamente lo que pasa de boca en boca durante las tardes de ocio. ¡Es todo tan absurdo, Si-Amón! Pero supongo que preocupa a la familia. El accidente de caza es una verdadera tragedia.

Esperaba haber hablado en tono convincente. Si-Amón ignoraba que Tani le había dicho la verdad, y él no debía traicionar su confianza.

—¿Y tu padre? —insistió Si-Amón—. Teti es uno de los favoritos de Apepa. ¿Qué sabe él?

Lo preguntó en voz baja, en tono casi desolado. Ramose ocultó su sorpresa y presintió en el príncipe algo cercano a la desesperación.

—Si estás sugiriendo que mi padre estaba enterado de que se planeaba un atentado contra el tuyo, un ataque que el mismo Seqenenra admite que fue un accidente de caza, estás transgrediendo nuestros lazos de sangre —dijo—. De haber habido un ataque, y si mi padre lo hubiera sabido con antelación, se lo habría advertido a Seqenenra.

La indignación de Ramose era genuina. Si-Amón se quedó mirándolo fijamente durante un momento y luego lanzó una carcajada carente de toda alegría y en la que había un exceso de olor a vino.

—Lo siento —dijo, todavía atragantándose con el vino—. ¡Por supuesto que lo habría hecho! Perdóname.

Comenzó a ponerse de pie con una total falta de equilibrio. Ramose lo cogió por un brazo.

—Si-Amón —dijo en tono tajante—. ¿Estás enfermo? ¿Tienes algún problema?

Si-Amón permaneció largo rato mirándolo.

—Te envidio, Ramose —dijo por fin—. Antes yo era como tú. Le daría a Amón cualquier cosa que su corazón deseara con tal de poder volver a parecerme a ti. Tani es una muchacha afortunada.

Le dirigió un esbozo de sonrisa y se alejó. Mientras lo hacía, Ramose notó que Mersu, el criado, lo miraba con fijeza.

«En este salón hay corrientes ocultas muy desagradables —pensó Ramose mientras dejaba la copa de vino en la mesa—. ¿Qué podía saber mi padre sobre el intento de matar a Seqenenra? Sin duda se lo habría dicho a alguien, se lo habría advertido al marido de la prima de su esposa, pues es un hombre leal a las relaciones entre nuestras familias. ¿Verdad que sí?». Pero las frases irracionales de Si-Amón lo inquietaban.

Su mirada se encontró con la de Tani. Con un movimiento de cabeza le propuso que pidiera autorización de Seqenenra para salir al jardín. «¡Ojalá pudiera volver a casa llevándome a Tani! —pensó mientras se acercaba a la mesa del príncipe—. Me siento igual que una criatura en medio de un laberinto al caer la noche. Me iré mañana mismo, en cuanto se haya firmado el contrato».

Por la mañana, Seqenenra firmó con su nombre y título el contrato de matrimonio.

—Puedes decirle a Teti —le indicó a un Ramose nervioso que se esmeraba por comprender sus palabras casi ininteligibles pero pronunciadas en un tono vehemente que me siento afrentado y descontento por la demora de seis meses en la boda. He pagado una buena dote. El linaje de Tani es único. Si llegara a haber más problemas, retiraré mi consentimiento y exigiré compensaciones a tu padre.

El lado izquierdo del rostro del príncipe era una máscara inerte e inexpresiva, pero el derecho mostraba su profunda irritación. Ramose hizo a un lado el temor que le inspiraba aquel hombre formidable.

—Mi padre no me explicó con claridad los motivos —dijo—. Pero debo respetar su decisión, príncipe. Entonces, cuando dentro de seis meses venga a buscar a Tani, mi conciencia estará tranquila. —Quiso mirar a Seqenenra a los ojos—. Olvidas, señor, que a pesar del amor que siento por tu hija, estoy tan desilusionado como tú.

De repente, Seqenenra rodeó a Ramose con su brazo derecho y lo abrazó con fuerza.

—Me gustas —le dijo—. Aprecio tu valor. Veo que has traído regalos. Ve y entrégaselos a mi hija. Yo no estaré en los escalones del embarcadero cuando zarpes, pero te deseo buen viaje.

Se alejó renqueando, y Ramose lo observó antes de hacerle señas a un sirviente de que levantara la caja que tenía a sus pies y la llevara a los aposentos de las mujeres. «Si no supiera que no es así —pensó Ramose, preocupado—, imaginaría que esas palabras son una especie de despedida definitiva».

Tani aplaudió y lanzó exclamaciones al ver los regalos, y mandó llamar a su madre y a su hermana para que también los admiraran. Había piezas de lino de la mejor calidad y de muchos colores distintos, jarras de polvo de oro para rociar sobre la galena y la pintura de ojos, cucharas de ébano con incrustaciones de oro, plumas de avestruz de Kush teñidas, aros de plata y jaspe, y un pequeño hipopótamo de

alabastro con negros ojos de obsidiana y dientes de marfil. Tani lo acarició encantada.

—¡Qué atento eres, Ramose! —exclamó, alegre y de repente vergonzosa—. Te has acordado de cuánto los quiero.

—No era fácil que lo olvidara, considerando la cantidad de veces que me has llevado a los pantanos para que los admirara —contestó él—. Ahora tengo que irme, Tani. Dentro de seis meses, cuando estén listos los preparativos de la boda, vendré a buscarte, y a partir de entonces no tendré que volver a despedirme de ti. —Le hizo una reverencia a Aahotep—. Gracias por tu hospitalidad, princesa. Haré una ofrenda a Tot para que la salud de tu esposo siga mejorando.

Aahotep lo miró con sus ojos de negras pestañas y puso una mano cálida en su mejilla.

—Saluda a la familia en mi nombre, Ramose —dijo con su voz ronca.

Bajó la mano, miró a Tani y luego volvió a mirar a Ramose, que se preguntó a qué se debería una expresión tan seria. El viajero se despidió con un beso de Aahmes-Nefertari, y él y Tani se encaminaron a los escalones del embarcadero, donde la barca de Ramose permanecía amarrada meciéndose sobre las aguas del río, con los gallardetes casi inmóviles por la falta de brisa. Una vez allí, él volvió a abrazarla mientras Tani contenía el llanto. Ramose subió la rampa y embarcó.

El capitán dio la orden de zarpar. Behek comenzó a ladrar furiosamente al ver que la barca se alejaba en busca de la corriente que fluía hacia el norte. Ramose se apoyó en la barandilla y vio desaparecer a Tani, una figura pequeña, muy erguida, que vestía una túnica de lino blanco y tenía al perro saltando a su alrededor. Se le hizo un nudo en la garganta. «Es muy valiente —pensó—. Valiente y leal». La fuerza de su emoción lo sorprendió. Saludó una última vez y entró en la cabina.

Los tres meses siguientes transcurrieron en la finca con la quietud que siempre precede al *khamsin* del desierto. Los campos cultivados pasaron del verde al dorado. Los inspectores de Seqenenra recorrían los campos, vigilaban la limpieza de los graneros y consultaban las listas de los rendimientos del año anterior. Pero el mismo Seqenenra no lograba interesarse por los asuntos de sus dominios.

Kamose y Si-Amón celebraron su cumpleaños, Kamose con alegría pero Si-Amón con un silencioso desconcierto que casi era mal humor. Seqenenra ofreció una recepción en honor de sus hijos, a la que invitó a los dignatarios de Weset y de las provincias. Observó con silenciosa preocupación los esfuerzos que hacía Si-Amón por mostrarse agradable. «Algo lo está consumiendo por dentro», pensó. Seqenenra intentó averiguarlo, pero Si-Amón se mostró amablemente evasivo. El problema sin duda no residía en la salud del joven ni en la de su esposa. Aahmes-Nefertari estaba sumida en la felicidad de su segundo embarazo.

Finalmente, Seqenenra se irritó. Con la cabeza latiéndole y la espalda y los hombros doloridos por la muleta, le dijo a su hijo mayor que si su problema se

relacionaba con la lucha que se avecinaba, lo libraría de toda obligación de marchar. Si-Amón trató de contestar, con la boca temblorosa, pero en definitiva se volvió a hundir en su incómodo silencio y huyó.

Seqenenra interrogó a Kamose, pero éste estaba tan desconcertado como él.

—No lo sé —le contestó a su padre—. Si-Amón me evita; ya ni siquiera nos peleamos. A veces va a los pantanos con Ahmose. Ya sabes lo fácil que es estar con Ahmose. Y, aparte de eso, Si-Amón pasa gran parte de su tiempo con Aahmes-Nefertari en los aposentos de las mujeres.

Hacía tiempo que Tetisheri había perdido la paciencia con su nieto, y como le hablaba con dureza, él la rehuía. Pero Aahotep seguía preocupándose por su hijo y hacía todo lo posible por sacarlo de su estado de ánimo, sin conseguirlo.

Seqenenra se vio obligado a dejar de pensar en Si-Amón. Tenía sus propias preocupaciones. Sometía su cuerpo a extenuantes ejercicios, con la esperanza de que lo pondrían en condiciones de ocupar el carro y viajar hacia el norte. Se bañaba todos los días y no le importaba lo que pensasen quienes lo miraban. Sabía que su aspecto era ridículo. Se arrastraba por el campo de entrenamiento bajo un sol que parecía de fuego, sudando y maldiciendo, con los músculos doloridos. En el fondo de su mente pensaba que si tuviera bastante tiempo y trabajara con suficiente esfuerzo podría devolver la vida al brazo y la pierna. Pero, a pesar de todos sus intentos, los miembros seguían inertes, como un continuo reproche.

Varias veces ordenó que lo llevaran al valle donde se erguía el templo de Osiris Mentuhotep-Neb-Hapet-Ra, que ardía de calor en aquella zona del desierto, pero la presencia de su antepasado sólo lo enfurecía, y resolvió no volver a aquel lugar. El destino de Mentuhotep no se parecía al suyo. Mentuhotep no marchó hacia el norte a luchar, convertido en un inválido. Al contemplar el templo de su antepasado, se inspiraba una profunda lástima a sí mismo, y Seqenenra prefería cavilar en la oscuridad conocida de su viejo palacio. Ya no podía subir a la azotea donde, a pesar de que se había limpiado mucho, la mancha de sangre había quedado impresa en los ladrillos. Se instalaba en el estrado de la sala del trono, con la cara deforme vuelta hacia los frisos de las paredes, tratando de mantener el optimismo.

Durante la última semana de Payni, llegó una carta del rey llevada por el jefe de heraldos, que se dirigía exclusivamente a Weset, donde desembarcó escoltado por veinte guerreros que vestían el azul y blanco real, con un inmaculado traje de lino y un resplandeciente casco. Se protegía discretamente del sol bajo un palio dorado, y así se encaminó al salón de recepciones, llevando en una mano el bastón blanco de su rango y en la otra un papiro sellado. Inmutable, Uni lo condujo a un asiento y le ofreció un refrigerio, y luego salió para llamar a su señor, ignorando las espadas que se erguían a su alrededor y los cinturones de cuero con puñales que ceñían los fornidos pechos de la guardia.

—¡Tantos soldados! —murmuró mientras seguía a Seqenenra por el corredor—. ¡Es una ofensa!

—Por supuesto que lo es —contestó Seqenenra sin entusiasmo—. Pero ya estamos acostumbrados a eso, ¿no crees?

Entró renqueando en el salón. El heraldo se puso de pie, se inclinó en una reverencia y lo observó mientras se acercaba. Seqenenra no le permitió tomar asiento, y tampoco dijo nada, por lo que el heraldo no pudo hablar.

Al cabo de un rato, Seqenenra extendió la mano, y el heraldo le tendió el papiro. Con rapidez, Seqenenra rompió el sello y lo leyó, enseguida se lo pasó a Ipi, que estaba a su lado con la escribanía a punto.

—Archívalo —ordenó Seqenenra en tono cortante. Luego miró al heraldo, que se esforzaba por mantener el rostro inexpresivo, pero era evidente lo afrentado que se sentía al verse obligado a permanecer callado. Seqenenra cedió—. Te ofrezco mi hospitalidad —dijo—. ¿Quieres utilizar esta noche mis aposentos de huéspedes?

El rostro del heraldo se iluminó pero no perdió su frialdad.

—Te lo agradezco, alteza, pero vengo bien provisto de vituallas y como debo volver a Het-Uart al amanecer, suplico tu indulgencia. Comeré y dormiré en la barca.

—En ese caso —contestó Seqenenra con tranquilidad—, puedes retirarte.

Durante todo el día tuvo en la mente, como un mal funesto, el contenido del papiro: al realizar sus ejercicios, al echarse a descansar en el lecho y no poder conciliar el sueño, o al compartir la comida de la noche con su familia, que no mostraba apenas interés. Sólo Tani y Ahmose, que habían ido hasta el embarcadero para inspeccionar la barca dorada, le hicieron preguntas, pero el resto de los miembros de la familia sabían que Seqenenra hablaría cuando estuviera preparado para hacerlo.

Esperó hasta regresar del templo. Los amarraderos estaban desiertos. La barca ya no estaba. Entonces los mandó llamar a todos al salón de recepciones y los esperó sentado, con la muleta a su lado en el suelo e Ipi a sus pies. Todos parecían desconfiar, incluso su madre. Se pusieron delante de él y lo miraron con temor. La última vez que los había reunido allí había sido años antes, cuando Apepa les hizo una visita oficial. Seqenenra los miró en silencio.

—Apepa ha hablado —dijo, sin preámbulos—. Él mismo está planeando la edificación de un templo de Sutekh aquí, en Weset, que erigirá junto a la casa de Amón. Sus arquitectos y albañiles llegarán a inspeccionar el lugar dentro de dos meses, después de la cosecha. Luego seguirán viaje hasta Swenet para elegir la piedra. Nosotros debemos proporcionarles los obreros. Esta vez el motivo del papiro es perfectamente claro.

Nadie se movió. Seqenenra comprendió por las expresiones de sus familiares que habían comprendido perfectamente sus trabajosas palabras. Se llevó un dedo al labio

caído.

—Aquí no habrá ningún templo en honor a Sutekh —dijo con énfasis—. Ni arquitectos ni albañiles ni extranjeros del norte. Somos egipcios, nuestro dios es egipcio, iniciaremos enseguida la guerra. Kamose, si tú, Hor-Aha y los oficiales os dividís, podremos tener las tropas aquí dentro de un mes. Uni —añadió, volviéndose hacia su criado—, prepara la lista de alimentos y de armas. Ipi, tráeme al escriba de coordinación. —Comprendió que hablaba demasiado rápido y que no entendían sus palabras. Respiró hondo y se dijo que tenía que mantener la calma—. Ahmose, tú no vendrás. Quiero que permanezcas aquí y que te prepares para llevar mi título si yo o tus hermanos no volviéramos.

Habría seguido hablando, pero Ahmose se adelantó, con aspecto de sentirse ultrajado.

—¡Eso es injusto! —protestó—. Soy el mejor tirador de las cinco provincias. Hace dos años que he llegado a la mayoría de edad. Pronto cumpliré los dieciocho. Sé conducir caballos mejor que Kamose o Si-Amón.

Aahotep hizo un ademán hacia su hijo, mezcla de protección y reprensión, pero Seqenenra la atajó.

—No habrá discusiones —dijo con severidad—. Lo lamento, Ahmose, pero ya sabes por qué es tan importante que por lo menos sobreviva un varón de la familia.

—¡Hablas como si todos fuéramos a morir! —exclamó Si-Amón—. ¡El suicidio es pecado, Seqenenra!

Hasta entonces jamás había llamado a su padre por su nombre de pila, y la palabra abrió de inmediato un abismo entre ambos. Kamose contuvo a su hermano.

—Cállate, Si-Amón —dijo en voz baja—. Ya hemos hablado de esto antes. Emprenderemos la marcha y no hay nada más que decir.

Si-Amón lo miró echando chispas por los ojos y se desprendió de la mano vacilante de Aahmes-Nefertari.

—Estoy cansada de tanta conversación —dijo Tetisheri—. Hazlo ya, Seqenenra, y termina de una vez.

Seqenenra consiguió sonreírle antes de volverse hacia Tani, que lo miraba con una expresión interrogante pero tranquila.

—Me temo que eso significa que tu matrimonio se postergará, tal vez indefinidamente, Tani —le dijo.

Fueron las palabras más difíciles que tuvo que pronunciar con su boca deforme. Trató de pensar en algo más que decir, algo reconfortante, pero ella le ahorró esa necesidad.

—Hace un año no habría podido soportar esta noticia —contestó con voz ronca —. Ahora ya puedo aceptar lo inevitable. Este es el motivo por el que Teti insistió en los seis meses de espera, ¿no es cierto, padre? Sospechaba de todos nosotros. Pero

conozco mi deber. Sin embargo, si llegas a ser rey, esperaré que premies mi fidelidad.

Seqenenra ni siquiera pudo sonreír ante el fallido intento de su hija de mostrarse alegre, y el rencor se le instaló en el pecho como un frío lastre. Teti no se unirá a nosotros cuando pasemos por su territorio —pensó—, pero tal vez Ramose sí. ¡Ojalá consiguiera obligar a Teti a respetar el contrato matrimonial, para que así pudieran casarse enseguida y permanecer alejados de este trágico caos!

—Una cosa más —añadió—. Yo mismo dirigiré las tropas en el campo de batalla. No puedo luchar bien, pero sabré conducir a los hombres y fomentar su coraje.

Si-Amón respiró hondo. Habría gritado si Kamose no le hubiera apretado el brazo con la mano.

—Amón nos ayudará-dijo Kamose en tono terminante.

Seqenenra ya no podía resistir más y los despidió con un ademán. Cuando la familia terminó de retirarse, se volvió hacia Uni.

—Dame la muleta y déjame apoyar en tu brazo, Uni —ordenó—. Me siento como si hubiera ido y vuelto corriendo de Het-Uart. ¿Crees que regresaré con vida?

Era una súplica, una demanda de protección, algo muy poco común en él. Uni lanzó un gruñido.

—Pregúntaselo a Amonmose, no a mí —replicó—. Yo no soy profeta.

«Tampoco eres un sirviente con tacto», pensó Seqenenra, divertido, y por fin su tristeza desapareció. Ya no habría más golpes de sicarios en medio de la noche, se haría custodiar todo el tiempo hasta que iniciaran la marcha. Esta vez, sin duda, marcharían.

Si-Amón salió del salón de recepciones y ya casi se encontraba al final del corredor que conducía a sus habitaciones cuando Mersu surgió de las sombras y se inclinó ante él. Haciendo caso omiso del hombre, Si-Amón trató de seguir su camino, pero el criado de su abuela le bloqueó el paso.

—Bueno, ¿qué sucede? —preguntó Si-Amón en tono tajante.

Mersu volvió a inclinarse en una reverencia.

—Perdóname, príncipe, pero me gustaría saber lo que ha dicho tu padre. Es muy poco común que reúna a toda la familia.

El descontento de Si-Amón era tan grande que apenas podía mirar a aquel hombre.

—Eso no es asunto tuyo.

—Tal vez —contestó Mersu en voz baja mientras recorría con la vista el corredor desierto—. Pero quizá se trate de un asunto del rey.

—Apepa ha ordenado la construcción de un templo en honor a Sutekh, aquí, en Weset —contestó Si-Amón—. Y ahora, déjame pasar antes de que te golpee. Mersu no se movió.

—¿Y qué hará Seqenenra, príncipe?

—Todavía no lo ha decidido. ¡Sal de mi camino! Mersu se le acercó y le habló en voz aún más baja.

—Debo recordarte, Si-Amón, que si no confías en mí le contaré a tu padre cómo se produjo el ataque contra su persona. Como verás, no tengo nada que perder.

—¡Qué odioso eres! —estalló Si-Amón—. ¡No mereces vivir! Y si mi padre gana, te mataré con mis propias manos. ¡Traidor!

—¿De modo que Seqenenra ha decidido marchar? —dijo Mersu, sin dejarse conmover por las palabras de Si-Amón—. ¿Cuándo?

Si-Amón cedió.

—De inmediato. Ahora mismo está corriendo la voz. Nos reuniremos y marcharemos a fines del mes próximo.

—Epophi —dijo Mersu, pensativo—. Agradecido, principe.

La respuesta de Si-Amón fue una bofetada. El criado retrocedió, con una mano en el rostro, pero se recuperó con rapidez. Hasta sonrió. Si-Amón pasó a su lado, de repente con ganas de respirar aire puro.

En lugar de encaminarse a sus aposentos, corrió al jardín y se detuvo junto al estanque, jadeante y tembloroso. Al rato consiguió tranquilizarse lo suficiente para seguir su camino. «No tengo un solo amigo en quien confiar —pensó—. Nadie con quien compartir este peso de culpa y odio, nadie que me proponga una solución que ya sé imposible, que me ofrezca comprensión y simpatía. Espero que los guerreros de Apepa me maten en la batalla. Es lo único que merezco».

A finales de Epophi, todos los preparativos habían terminado. Los soldados estaban de nuevo en el pueblo del desierto. Los asnos permanecían en corrales junto al río, listos para recibir su carga de vituallas. Los caballos estaban entrenados y limpios. Los oficiales se encontraban reunidos con Kamose y Hor-Aha para recibir consejos de último momento.

Durante la noche anterior, Seqenenra, cansado, malhumorado y con un pésimo estado de ánimo, que la ardiente oscuridad intensificaba, mandó llamar a Ahmose. El verano se encontraba en su momento más caluroso y la tierra mostraba su otro rostro, ajado y estéril. En aquella época del año los dioses parecían hostiles. Ra, el supremo, abrasaba a sus súbditos. La sabiduría y la suavidad de Amón palidecían en aquellos días feroces y aquellas noches irrespirables. Hator, la de cabeza de vaca, estaba demasiado adormilada para responder a las oraciones de las mujeres que le pedían belleza y vigor en medio de aquel calor que arrugaba la piel y quitaba la energía.

Debido a las heridas, a Seqenenra no le gustaba andar desnudo como hacían tantos otros. Lucía el largo manto de un visir cuando Ahmose llamó a su puerta y entró en el aposento. El pelo del muchacho brillaba, estaba mojado. Cuando abrazó a su padre, tenía la piel húmeda y fría.

—Has estado nadando —observó Seqenenra, innecesariamente—. ¿Te gustaría

beber un poco de cerveza? —Ahmose asintió con la cabeza y se sirvió de la jarra que había en la mesilla de noche de Seqenenra, luego se sentó en el suelo con la copa en las manos y allí se instaló, con un brazo sobre el lecho. Seqenenra estaba lo más cerca posible de las ventanas, pero el aire de la noche parecía inmóvil, como una cortina palpable y espesa—. No te sientas ofendido por tener que permanecer en casa —dijo Seqenenra con franqueza, mientras observaba que a su hijo se le movían los músculos por la tensión—. Alguien debe quedarse para mandar sobre las mujeres y ocuparse de los deberes de gobernador.

Ahmose tardó unos instantes en descifrar las palabras vacilantes; tenía los ojos fijos en la boca de su padre. Luego se encogió de hombros y sonrió con buen humor.

—Tal vez haya desperdiciado demasiado tiempo cazando —admitió—, pero como soy tu hijo menor, nunca he pensado que me convertiría por un tiempo en un activo príncipe gobernante. Me he divertido, padre, he amado la vida: comer, dormir, emborracharme bajo las palmeras durante las largas tardes del invierno, sabiendo que no se requería nada de mí, salvo que existiera. Todos los dioses me han mimado, por no hablar de mi madre y mis hermanas. Pero la vida es extraña, ¿no crees? —Seqenenra asintió con la cabeza y se le hizo un nudo en la garganta. Ahmose, con su alegría y su despreocupación, de alguna manera siempre era un alivio para aquella familia, hundida en los problemas y aflicciones que surgían con regularidad—. Durante la infancia di trabajo a mis ayos —continuó diciendo el muchacho—. Lo único que me importaba era pescar, cazar patos al vuelo y acechar hienas. Pero no creas que no me doy cuenta. Te preocupa dejar el gobierno en mis manos. —Bebió el resto de la cerveza, dejó la copa a su lado en el suelo y levantó la cabeza para sonreír a Seqenenra—. Me atrevo a decir que cometeré algunos errores, pero mis instintos son buenos. Después de todo, son los instintos de un miembro de una casa real. Además, está la abuela para aconsejarme si vacilo y Uni para alentarme si flaqueo. No te preocupes, padre, no te fallaré.

«No, no me fallarás —pensó Seqenenra al mirar el apuesto rostro de su hijo que resplandecía de vitalidad y buen humor—. Eres un hombre honrado y ya brotan en ti las semillas de grandeza que obligarán a los hombres a seguirte. ¡Ojalá pudiera vivir para verlas florecer!».

Conversaron un poco más, sin querer darse cuenta del paso del tiempo, y ninguno de los dos se refirió a la mañana siguiente hasta que Ahmose se puso de pie.

—Estoy sudando otra vez —dijo—. Creo que volveré a bañarme un rato antes de dormir. Cuando lo iluminan las estrellas, el Nilo es bellísimo, con el agua oscura y las ondas plateadas. —Incomodado, bajó la vista al suelo—. Padre, mañana no estaré en la asamblea para ver partir al ejército —murmuró—. Mientras estés fuera, Amonmose se hará cargo de los ritos en tu lugar, pero creo que mañana me gustaría acompañarlo.

—Comprendo. —Seqenenra se le acercó renqueando y lo besó con calidez—. Te quiero, Ahmose. Puedes retirarte.

—Que las plantas de tus pies sean firmes, príncipe.

Ahmose esbozó una sonrisa trémula y salió.

Seqenenra sabía que muy pronto llegaría Aahotep. Le causaba gran asombro el esfuerzo que hacía su mujer por mostrarse valiente, la suavidad de su contacto, el miedo y la aflicción que sus ojos no lograban ocultar. La amaba profundamente, pero aquella noche, la última, quería dormir solo. No podía afrontar la necesidad de ofrecer consuelo una vez más, cuando tenía necesidad de reunir los pocos recursos que le quedaban. Entró su sirviente personal, lo lavó y le ayudó a ponerse la bata de dormir. Soportó de una manera mecánica y ausente los servicios del hombre, frunciendo el entrecejo al pensar en los detalles del día siguiente. Acababa de tenderse en el lecho cuando entró Uni.

—Aquí está Si-Amón —dijo el criado—. ¿Quieres recibirlo?

Seqenenra sintió un peso en el corazón, pero asintió con la cabeza.

—Que pase. —Uni se retiró. Si-Amón cerró la puerta a sus espaldas y se acercó al lecho con paso vacilante. Tenía negras ojeras y la piel de un tono grisáceo. Seqenenra señaló la cama y Si-Amón se sentó a su lado—. ¿Estás enfermo? —preguntó abruptamente, mientras se preguntaba si no sería una treta de Si-Amón para no marchar a la mañana siguiente, pero su hijo negó con la cabeza.

—No, padre, no estoy enfermo. Sólo quería decirte… que… —Le temblaban los labios—… mañana habrá mucha confusión y durante los días siguientes tendremos poco tiempo para conversar. Es posible que no se me vuelva a presentar la oportunidad de decirte esto. —Miró a su padre a los ojos—. Te quiero, padre. Lamento profundamente todas las penas que te he ocasionado. Si pudiera soportar yo mismo tu enfermedad, lo haría. Créeme que lucharé a tu lado con todas mis fuerzas y con mucho gusto. Te agradezco la vida que me has dado.

Estaba tan angustiado que le costaba hilvanar las palabras. Seqenenra se emocionó.

—El único dolor que me has causado ha sido ver tu infelicidad y no poder ayudarte —contestó—. Aun en este momento sufres y te lo guardas. Comparte tu problema conmigo, Si-Amón.

Por las mejillas del joven comenzaron a correr las lágrimas.

—No puedo —contestó—. Cree lo que te acabo de decir, padre. Como hombre no valgo nada, absolutamente nada, pero alzaré mi brazo en tu defensa. Perdóname.

—Pero ¿por qué?

Si-Amón se volvió convulsivamente, con los dientes apretados y los puños cerrados.

—¡Perdóname!

—¿Cómo crees que podría no perdonarte algo? —Contestó Seqenenra, profundamente angustiado—. Tranquilízate, Si-Amón.

Por toda respuesta, el joven sonrió a través de las lágrimas, corrió hacia la puerta, la abrió de un tirón y desapareció en la oscuridad del corredor.

De repente, Seqenenra tuvo conciencia de un agudo dolor en la cabeza. Le palpitaba el ojo izquierdo.

—¡Uni! —gritó—. Busca al médico y tráeme extracto de adormidera. No puedo dormir con este dolor.

Le respondió Aahotep.

—Ya te ha oído, Seqenenra. —Se había deslizado dentro de la habitación seguida por el criado Kares, que llevaba un catre plegable que colocó junto al lecho. En cuanto terminó, Aahotep le hizo señas de que se retirara—. Hace meses que no hacemos el amor —dijo con aire decidido—. Comprendo los motivos, a pesar de que creo que estás equivocado. No he venido a discutir contigo. Sólo quiero pasar aquí la noche. Sólo Amón sabe cuándo te volveré a ver.

Permaneció tendido, sin hablar, mientras ella se quitaba el fino manto y extendía la mano para coger la bata de dormir. Sus contornos eran suaves; las caderas se estremecían y los pechos temblaban. A la luz de la lámpara de noche, su piel parecía de fino bronce. Con aire experto, se pasó un peine por el pelo negro y lacio, que sujetó con una mano mientras con el peine deshacía los nudos; tenía la cabeza inclinada hacia un lado. Luego se echó hacia atrás el pelo, que le cayó brillante y dócil sobre los hombros. Por fin se acostó y se cubrió con la sábana hasta la cintura.

—¡Qué calor hace! —exclamó—. Cuando venía, he pasado por el lado de Si-Amón, que salía de tu alcoba. Casi me tira al suelo. ¿Qué quería?

Seqenenra escuchó su voz. Se sentía incómodo y estúpido, impresionado como siempre por la natural sensualidad de su esposa y sin embargo maldiciéndose por su falta de fe en el amor que ella le tenía. ¿Qué pensaría Aahotep cuando lo veía desnudo, con la pierna inútil y el brazo que se balanceaba de aquí para allá por su propia cuenta, y con una boca incapaz de dar forma a un beso, el ojo cerrado en una especie de guiño permanente? Por más que ella proclamara su afecto, era una mujer madura acostumbrada a las atenciones del hombre fuerte que él había sido. Sin duda, detrás de aquellos ojos debía de haber un dejo de desprecio.

—No sé —contestó Seqenenra con lentitud—. Me dijo que se alegraba de luchar a mi lado, me pidió perdón y luego se marchó.

Se oyó un golpe apagado en la puerta y Uni entró con una bandeja en la que había un pequeño frasco. Seqenenra respiró, aliviado. Se llevó el frasco a los labios, sintió el sabor amargo del remedio y luego cerró los ojos. Uni salió. Aahotep estaba en silencio, sólo se oía su respiración acompasada. Seqenenra sintió que el lento bálsamo le recorría el cuerpo y con él notó que se adormilaba. El dolor cedió. Sus

pensamientos se dispersaron y se quedó dormido.

Despertó en algún momento de la noche y se encontró con Aahotep tendida a su lado, besándole con suavidad el pecho. Él lanzó un gruñido de protesta, pero estaba demasiado adormilado para hacer más.

—Silencio —susurró ella—. Siempre te queda el recurso de simular que estás soñando.

—No soy tan cobarde —murmuró Seqenenra—, pero te pido que no me compadezcas, Aahotep.

Por toda respuesta, ella le dio un mordisco.

—No conozco a nadie menos merecedor de lástima que tú —susurró—. ¿Piensas dejarme con esta hambre insatisfecha? —Con la boca buscaba encenderle el deseo y él sintió que respondía—. *Haz a* un lado tu orgullo —suplicó—. Conmigo no lo necesitas. Te quiero, príncipe.

Con una profunda sensación de desesperanza, Seqenenra accedió a su petición, pero la pasión que lo embargaba no consiguió disipar su humillación.

Al amanecer lo llevaron en barca hasta la otra orilla y luego lo condujeron a la zona donde se estaba reuniendo el ejército. Aahotep viajaba a su lado en su propia litera. No hablaron, no había nada que decir. Seqenenra lucía un *shenti* azul y robustas sandalias de cuero y se cubría la cabeza con el casco de los aurigas. Tenía la espada al lado y de su cinturón colgaba un cuchillo, pero había renunciado a llevar el arco y las flechas.

Mientras la litera se balanceaba camino del campo de reunión, el distante sonido de voces se fue convirtiendo en un rugido; emergía de una nube de polvo, fina y blanca, suspendida en el aire por encima de los árboles polvorientos. Los porteadores redujeron la velocidad. Seqenenra vio a las mujeres de la familia reunidas bajo un toldo protector. Aahmes-Nefertari parecía tener sueño. Tani se había vestido con cuidado y lucía muchas de las alhajas que le regaló Ramose, pero su sencilla túnica era azul, el color del luto. Tetisheri estaba sentada con Isis a un lado y Mersu al otro, llevaba una peluca adornada con flores de oro y largos pendientes. Iba vestida de amarillo, el color del triunfo y de la esperanza, y al notarlo Seqenenra no pudo menos de sonreír. Entre todos sus familiares, su madre era la única que no tenía dudas acerca del resultado del conflicto.

La litera se detuvo. Kamose se apartó de los soldados, con Si-Amón a su lado.

—Tendréis que dirigiros a las tropas en mi lugar —les dijo Seqenenra mientras ellos lo ayudaban a ponerse de pie. Uni le puso la muleta bajo el brazo—. ¿Los carros están atados?

—Sí. ¿Quieres esperar aquí hasta que las tropas hayan terminado de formar? —preguntó Kamose—. Acaba de llegar el sumo sacerdote para darnos la protección de Amón. En cuanto termine de hacerlo, me dirigiré a los hombres.

Si-Amón no dijo nada. Como heredero de Seqenenra, era a él a quien correspondía hablar a las tropas, pero se limitó a apretar los labios y pidió que le acercaran una silla. Seqenenra se sentó en ella. Kamose y Si-Amón se alejaron, y pronto Seqenenra pudo oír las órdenes que los oficiales daban a las tropas.

—¡Capitanes de cincuenta! ¡Capitanes de cien! ¡Formad a vuestros hombres! ¡Jefes al estrado!

Seqenenra sintió una mano suave en el hombro. Las mujeres se habían reunido a su alrededor.

—Padre, cuando pases por Khemennu te pido por favor que le digas a Ramose cuánto lo amo y que trates de persuadir a Teti de que respete el contrato —suplicó Tani. Se inclinó y lo besó—. Ten mucho cuidado. Mantente lejos de la batalla. Tú eres el príncipe y, si quieres, puedes dirigir las tropas sin ponerte en peligro.

Le falló la voz. Seqenenra asintió y le acarició el rostro. Aahmes-Nefertari lloraba, con los ojos hinchados, igual que los de su madre, que también estaban llenos de lágrimas. Seqenenra le cogió la mano un instante; también tenía ganas de llorar. Aahotep estaba a su lado, pero en silencio. El lino de su túnica le rozaba las rodillas.

El ruido y los gritos de guerra que los rodeaban aumentaron y luego, con lentitud, fueron dando paso a un silencio expectante. Poco a poco el polvo se aquietó. Amonmose subía al estrado vestido con su larga túnica y la piel de leopardo, y a su lado, un acólito llevaba un incensario humeante. Comenzó a entonar las oraciones de victoria y protección. Cogió el incensario y lo movió sobre las cabezas de los soldados en formación. A su lado había un gran tazón de oro lleno de sangre de toro que sería rociada sobre los soldados a medida que éstos marcharan junto al estrado.

Seqenenra escuchó la voz clara y atronadora de su amigo con el corazón lleno de malos presentimientos, mientras se preguntaba si alguien, aparte de él mismo, se daría cuenta de lo inútil de su acción. Él era el elemento de destrucción para Tani, para Aahmes-Nefertari y su hijo todavía no nacido, y para su esposa. Ni siquiera se atrevía a pensar en los gemelos, ambos en el estrado, altos y pensativos, que empuñaban sus armas de combate. No osaba pensar en el rey, que estaba a cuatro mil estadios de allí. Lo único que le daba paz era pensar en su propio destino.

«¡Egoísta! —se dijo—. No tenía alternativa y, sin embargo, ojalá él y yo nos hubiéramos enfrentado en singular combate antes de que yo me convirtiera en el inútil que soy ahora».

Ra se había alzado al este del desierto para brillar como el oro en las puntas de los centenares de espadas que cubrían la planicie, y se deslizaba sobre los radios de las ruedas de los carros que rodaban de aquí para allá impulsadas por los nerviosos caballos. Más allá del río, los muros de la finca de Seqenenra se erguían altos y el templo brillaba imponente. Sobre las aguas mermadas del río, la luz se dispersaba en las suaves y constantes olas que lamían las orillas. Los peñascos del oeste empezaron

a iluminarse, irregulares y hermosos. «¡Ah, Weset! —pensó Seqenenra—. Silencioso, caluroso y adormilado. Un lugar donde un hombre podía soñar toda la vida, absolutamente feliz. El dolor de perderte es como una cuchillada en el costado. Adiós».

Amonmose se había callado. Si-Amón bajó del estrado y se acercó a ayudar a su padre, que iba lentamente a su encuentro. Juntos subieron los pocos escalones, Si-Amón rodeando a Seqenenra con un brazo. Kamose comenzó su discurso, pero Seqenenra se balanceaba precariamente sobre la muleta y casi no pudo escuchar las palabras fuertes y entusiastas de su hijo. Sobre él flotaron palabras como Ma'at, majestad y causa. Inspeccionó la formación y recorrió con la mirada los rostros severos de los Valientes del Rey que se encontraban debajo, con el arco cruzado sobre las anchas espaldas, y luego, más allá, los carros con los caballos emplumados y los aurigas de cascos azules, y por fin su mirada se detuvo en las filas de los soldados de infantería, atentos y serenos.

Los medjay se destacaban del resto por su piel negra y porque eran una cabeza más altos que sus compañeros egipcios. Como a Hor-Aha, el pelo largo y trenzado les caía sobre el pecho desnudo. Los reclutas egipcios también se habían dejado crecer el pelo, siguiendo una superstición de los soldados para conseguir protección; un pelo oscuro y brillante que les caía sobre los hombros. «Hay más arqueros de lo que esperaba —pensó Seqenenra—. Eso es bueno. ¡Qué aspecto tienen, qué fiereza! Pero qué pequeña es mi división de Amón, que no llega ni a una división. ¡Amón, tú el de las Dobles Plumas, quédate con nosotros durante los próximos días y escúdanos con tu poder!».

Kamose ya había terminado de hablar. Hor-Aha dio una orden rigurosa y los hombres comenzaron a marchar delante del estrado mientras Amonmose sostenía en las manos la copa de sangre con la que los rociaba a medida que pasaban. Los ojos de los hombres iban del sumo sacerdote al príncipe que, con su rostro desfigurado, los miraba de uno en uno conforme recibían la bendición y se dirigían a formar en el camino del río. Si-Amón tocó el brazo de su padre, que dócilmente bajó del estrado y esperó la llegada del carro, en el marco del cual habían atado una silla de respaldo alto para que pudiera recostarse, con un parasol encima. Aahotep y las muchachas se acercaron a abrazarlo y sus manos lo siguieron mientras subía al carro y Si-Amón lo instalaba en la silla y lo sujetaba a ella. Al verlo así, inmóvil, con la espada en la mano, Aahotep subió al carro y se echó en sus brazos.

—¡Te quiero, Seqenenra! —exclamó, con el rostro contra el cuello de su marido —. ¡Es muy duro ver que te marchas así!

Durante un instante de delirio, Seqenenra inhaló el cálido aroma de su esposa y luego la separó suavemente.

—Ahmose te necesitará —dijo en tono tranquilo—, y debes reconfortar a las

niñas. Ocúpate de que en la casa haya un altar abierto en honor a Montu y de que se le ofrezcan sacrificios. El dios de la guerra escuchará.

Aahotep se recuperó y bajó del carro. Sus hijas la rodearon. Seqenenra oyó que se daba la orden de iniciar la marcha. Si-Amón subió al carro y tomó las riendas.

El carro dio una sacudida y comenzó a rodar. Si-Amón saludó con la mano a su madre y blandió el látigo. Con dificultad, Seqenenra miró hacia atrás. Las mujeres permanecían en el lugar donde las había dejado, junto al sendero, en medio del polvo que los soldados levantaban con los pies al marchar tras el carro. Aahotep abrazaba a sus hijas por los hombros. Tetisheri, atrás y rodeada por sus sirvientes, se había puesto de pie para saludar. Parecían todos muy pequeños, con el río como fondo, con sus figuras enmarcadas por el pilón del templo de la orilla opuesta, donde las banderas se agitaban movidas por la brisa que acababa de levantarse. En la otra orilla del río se hacinaba un mar de ciudadanos silenciosos que habían salido a ver a su príncipe dirigirse a la guerra. No lo habían vitoreado. El estado de ánimo no era de júbilo ni de esperanza. Sus rostros teman una expresión inquieta y solemne.

Después de mirar largamente a su alrededor, Seqenenra se volvió. Delante de él veía las piernas abiertas y la espalda flexionada de su hijo y oía los cascos de los caballos sobre la arena dura. A sus espaldas, algunos hombres cantaban. Volvió a mirar hacia atrás, pero al doblar la curva, un grupo de árboles le impidió la vista. Sólo alcanzaba a ver la punta de las astas de las banderas del templo, que también se iban perdiendo entre hojas de palmera. Weset había desaparecido.

Capítulo 8

Aquel día avanzaron con rapidez. A pesar del intenso calor que hacía, la moral de la tropa era alta. Tres horas después de que Ra fuese devorado por Nut, acamparon cerca del río, en Kift. Seqenenra estaba extenuado. Se habían detenido un rato muy breve para comer, pero él, todavía atado al carro, apenas tocó el pan y bebió el agua. A pesar de la sombra que le proporcionaba el parasol, cuando se le acercó Hor-Aha para ayudarlo a bajar, se sentía débil y mareado.

—Ha sido un buen día, príncipe —comentó el general al entrar en la tienda. De inmediato se les acercó el sirviente personal de Seqenenra—. Si pudiéramos seguir recorriendo mil quinientos estadios por día, llegaríamos a Qes en otras diez o doce jornadas. Pero no será posible. Tenemos que pensar que puede haber caballos cojos, soldados enfermos y otros inconvenientes. Digamos, doce días.

Seqenenra le sonrió y se tendió aliviado en un catre de campaña.

—Necesitaré doce días para recuperarme —dijo con pesar—. Atiende a los hombres, Hor-Aha, y cuando hayan terminado de comer, tráeme a mis hijos. Según nuestro antiguo convenio con Het-Uart, Qes marca el límite de mi gobernación. Debemos decidir cómo proceder cuando lo hayamos dejado atrás.

El general hizo una reverencia y salió.

El sirviente personal de Seqenenra le quitó con suavidad el casco manchado de sudor y el *shenti* arrugado y comenzó a lavarlo. Seqenenra permanecía con los ojos cerrados para tratar de aliviar el terrible dolor de cabeza que lo asaltaba cada vez que se movía y para disfrutar del contacto de sus músculos cansados con aquella agradable agua fría. Oyó que los guardias ocupaban su puesto fuera de la tienda, tosiendo y murmurando algunas palabras en voz baja. Más allá, los soldados seguían llegando, rompían filas y se acercaban a sus respectivas hogueras, donde comerían entre risas y gritos. El sirviente cubrió a Seqenenra con una sábana y después de encender la lámpara que colgaba del poste central de la tienda, se fue a buscar la comida de la noche. Seqenenra se adormeció. Lo despertó el sirviente al poner a su lado una bandeja con pescado ahumado, pan y frutas secas, y él se esforzó por sentarse para comer. De repente tenía mucha hambre.

Sostenía una copa de vino en las manos cuando Kamose, Si-Amón y Hor-Aha entraron en la tienda. Seqenenra despidió al sirviente y les ordenó que se sentaran, cosa que ellos hicieron sobre el suelo alfombrado de la tienda. Si-Amón iba envuelto en una túnica blanca y descalzo. Terna la cara muy roja y la nariz llena de ampollas por haber estado muchas horas expuesto al sol. Kamose también se había cambiado, pero para ponerse un *shenti* y un casco limpios. Hor-Aha usaba su acostumbrado manto de lana, bajo el que se descubrían sus armas. Seqenenra Ies sirvió vino y bebieron con avidez.

—Kamose, dicta un mensaje para la familia —dijo—. Diles que estamos bien. ¿Ha habido alguna actividad en el río? Hor-Aha negó con la cabeza.

—No ha pasado ninguna barca —contestó—. Tengo exploradores que van mucho más adelante. Las cosas deben de estar tranquilas en Kush y, por supuesto, ahora que Apepa ha decidido edificar el templo en Weset, no tendrá necesidad de enviar más cartas hasta que lleguen los arquitectos y los albañiles.

—Si llegáramos a interceptar a algún heraldo, será necesario matarlo —advirtió Seqenenra—. Todavía no podemos arriesgamos a que nos detecten. Seguimos estando dentro de mis provincias, por lo que durante un tiempo estaremos a salvo.

—¿Qué piensas hacer cuando pasemos Qes? —preguntó Si-Amón—. ¿Seguimos adelante a toda velocidad hacia Het-Uart o conquistamos a medida que avanzamos?

—Tenemos que conquistar a medida que avanzamos —contestó Seqenenra con lentitud. Resultaba más difícil entender sus palabras que de costumbre, porque estaba muy cansado. Hablar era para él un gran esfuerzo—. No podemos convertirnos en una isla en medio de un mar de enemigos. Quiero que se sumen a nosotros todos los alcaldes o gobernadores a quienes podamos persuadir y que tengan guerreros a su disposición.

—Eso no es probable después de Qes —dijo Kamose—. A partir de allí todos los hombres con poder son setiu.

—Pero sus subditos no lo son, y tampoco los oficiales de menor rango. Los pueblos están aislados a lo largo del río. Tomaremos hombres a medida que avancemos. En las sedes de las gobernaciones nos reuniremos con los ministros e intentaremos persuadirlos, y si eso no fuera posible, los mataremos y luego nos apoderaremos de sus subalternos. —Seqenenra hizo una pausa para recuperar fuerzas. Le ardían los párpados—, ¿perdimos algún asno?

—No, príncipe —le aseguró Hor-Aha—. Las provisiones ya nos han alcanzado. Los hombres están comiendo y se han establecido las guardias. Podemos prever una noche tranquila.

Estas palabras fueron un bálsamo para los oídos doloridos de Seqenenra.

—Entonces podéis retiraros. Si-Amón, busca al médico. Necesito que me dé algo para calmar el dolor de cabeza.

Los tres lo miraron, comprobaron su angustia, les desearon buenas noches y se retiraron.

Poco después apareció el médico, que lo examinó y, sin hacer comentarios, vertió en la copa una poción de adormidera. Seqenenra la bebió con avidez. Durante un rato pensó en Aahotep, en Ahmose y en Tetisheri, que probablemente todavía estarían juntos rodeados de una montaña de papiros administrativos; y en Tani, tal vez insomne y sola, pero sus pensamientos se disolvieron en sueños y se durmió.

En Iunet y Quena lo recibieron los administradores de la ciudad, hombres

nerviosos y preocupados que ya habían proporcionado campesinos para el reclutamiento de soldados de Kamose. No tenían noticias para Seqenenra. Por lo que sabían, todo estaba tranquilo hasta unos estadios al norte, hasta donde llegaban sus respectivas jurisdicciones. En el país reinaba el sopor del verano.

Seqenenra les dio las gracias y prosiguió la marcha. Cada día se sentía más débil, y sabía que aquel viaje era difícil incluso para los soldados endurecidos, acostumbrados al extenuante entrenamiento de Hor-Aha. El pequeño programa de ejercicios que seguía lo había salvado de desfallecer, pero comenzó a tener fiebres que aumentaban por la noche y que lo hacían sudar y temblar hasta el amanecer. El médico le rogó que no siguiera adelante, que dejara el ejército en manos de sus hijos, pero Seqenenra sabía que, a pesar de estar lisiado, los soldados comunes lo consideraban su talismán y que la confianza los abandonaría si regresaba a Weset con el rabo entre las piernas. No sabía cómo lograría llegar a Het-Uart, que todavía se encontraba a semanas de distancia. Trató de no pensar en ello. Concentró sus pensamientos en Qes.

En Aabtu todo el ejército acudió al templo donde estaba enterrada la cabeza de Osiris y rindió homenaje a la deidad más venerada de Egipto. El príncipe de Aabtu, Ankhmahor, había enviado muchos soldados a Kamose pero reunió doscientos más para Seqenenra.

—Pero éstos son buenos campesinos, alteza —le recordó a Seqenenra—. Una vez que ceda la inundación, harán falta en esta provincia. Te ruego que los envíes a sus casas en cuanto hayas tomado Het-Uart.

Lleno de gratitud y mareado por la fiebre, Seqenenra aceptó. Hacía cinco días que habían salido de Weset.

Los días siguientes pasaron como el lento y fangoso curso del río. Durante el día, Seqenenra soportaba con aire sombrío el calor y la tierra, las moscas siempre presentes, las sacudidas del carro. Por la noche estaban las hogueras, las tiendas, una breve charla y luego la grata liberación del sueño inducido por las drogas.

Había navegado por delante de aquellas ciudades: Thi-Nis, donde los primeros reyes de Egipto construyeron sus castillos; Akhmin, donde tema hectáreas propias en cultivo, y Ba-Dari, la de las palmeras ramosas. Había pasado frente a ellas innumerables veces navegando en su barca, cerveza en mano y bajo la sombra de los toldos, junto con Aahotep, camino de Khemennu. Pero recorrerlas en carro, estadio tras estadio, atravesando campos estériles, canales secos, arbustos secos y árboles pelados, era experimentar un Egipto diferente, un país despiadado, lleno de fealdad y de desperdicios. Sabía que sólo sucedía durante el verano, que sólo se trataba de la incomodidad y de la miseria de una tierra reseca que esperaba su renacer milagroso, pero más de una vez se preguntó si por aquello estaba arriesgando sus títulos, sus propiedades y hasta su vida; por aquella árida franja de terreno azotada por el sol

junto a un maloliente curso de agua. Sólo el orgullo le permitía mantener la cabeza en alto, observando la sudorosa espalda de su hijo a medida que las horas transcurrían lentamente.

Llegaron a Qes sin incidentes, al undécimo día. Ninguna fortificación ni límite físico marcaba el fin del territorio controlado por Seqenenra; en realidad, Qes ni siquiera era un pueblo grande. La tierra cultivada, en la orilla occidental, daba paso a un extenso trozo de desierto, interrumpido por unos peñascos que había que atravesar por un estrecho desfiladero. El desierto continuaba al otro lado. Más allá de los peñascos se encontraba un pequeño pueblo.

Allí también había un templo en honor a Hator. Con sus cuernos de vaca cubiertos de oro y su sonrisa bovina y enigmática, la diosa presidía un silencio sólo roto por la gente del pueblo que iba a poner pan y flores a sus pies. Con la llegada de los setiu, gozaba de menos apoyo. Los sacerdotes se vieron obligados a buscar en otra parte su manutención y Hator siguió soñando sola. Seqenenra había prometido a Aahotep que visitaría el templo y que rezaría a la diosa en su nombre. En la tarde dorada y barrida por el viento, mientras el ejército se abría en la planicie, delante de los peñascos, y se reunía en grupos para limpiar las armas, comer o dormir, el príncipe se hizo conducir al patio del templo.

La decadencia se notaba por todas partes. La maleza se había abierto paso por las piedras del pavimento, para luego marchitarse. Los perros del desierto habían dejado suciedad y huesos esparcidos por el patio interior. Una de las paredes y parte de la azotea del santuario estaban hundidos. Pero la misma *Hatoi* seguía allí dentro, el hermoso cuerpo cubierto por una túnica blanca, el cuello decorado con lapislázuli y oro, y la mirada fija más allá de Seqenenra, que permanecía ante ella, coa vino y comida en las manos.

Si-Amón lo acompañó y ambos, Seqenenra manteniéndose torpemente en pie y Si-Amón postrado en el suelo agrietado, rogaron por Ja salud y la larga vida de las mujeres de la familia. No había ningún sacerdote para recibir las ofrendas. Las dejaron a los pies de la estatua, salieron del santuario y, con dificultad, Si-Amón logró cerrar las puertas de la pequeña habitación. No pasaría mucho tiempo antes de que el techo se desmoronara, permitiendo que cualquiera estuviese en presencia de la diosa, pero mientras tanto la puerta debía quedar cerrada para que nadie pudiese entrar a curiosear o quizás a blasfemar en el recinto sagrado.

Con el corazón apesadumbrado, Seqenenra volvió a subir a la litera y fue conducido al campo bajo la luz violácea de la tarde. «No existe destrucción capaz de igualar la tristeza de mi lenta desintegración», pensó, al notar la silenciosa preocupación de Si-Amón. La misma aura de patetismo los envolvía a ambos. «Los setiu nos conquistaron sin espadas ni arcos, no incendiaron los templos ni mataron a los sacerdotes y, sin embargo, con lentitud, con mucha lentitud, la cara de Egipto está

cambiando. La desidia logra, con el tiempo, lo que no pueden lograr las espadas y las flechas».

Cuando bajaron de las literas, ya había oscurecido por completo. Seqenenra hizo sacar afuera su catre de campaña, en el que se recostó y comió su escasa comida mientras oía el barullo que lo rodeaba. Estaba terminando de comer cuando se presentó Hor-Aha, que se sentó en el suelo a su lado.

—He decidido doblar la guardia esta noche —dijo—. Puede que, a estas alturas, la noticia de nuestro avance haya llegado al rey. Puede que sus exploradores hayan salido ya a nuestro encuentro, aunque es pronto para que hayan llegado a Qes. La ciudad importante más cercana es Khemennu y allí hay tropas acuarteladas. En todo caso, conviene que estemos preparados.

La tristeza embargó a Seqenenra. Al día siguiente comenzaría el verdadero trabajo.

—¡Demasiadas «posibilidades», Hor-Aha! —admitió—. Mañana al amanecer, reúne a los oficiales. Sacaremos el altar portátil de Amón y haremos un sacrificio antes de iniciar la marcha. ¿Cuántos días crees que transcurrirán antes de que las tropas de Apepa intenten detenernos?

Hor-Aha frunció el entrecejo con aire pensativo.

—Necesita tres días para organizar las tropas. No más, considerando que el ejército permanente de Het-Uart es muy numeroso. Dos semanas para marchar hasta Khemennu, y podremos ir hacia el norte al encuentro de su ejército. —Levantó la mirada y sonrió con frialdad—. Es difícil decirlo, alteza, pero deberíamos estar listos para la batalla dentro de cinco días, y todos los días a partir de entonces.

—¿Qué dicen los exploradores?

—Hasta ayer todo estaba tranquilo. Pero hoy no han vuelto. —Alzó los hombros para esconder las manos en el manto, su gesto habitual de ansiedad—. Deberían haber estado aquí antes de la puesta del sol.

Seqenenra permaneció en silencio.

—¿Has enviado otros detrás?

El general asintió con la cabeza.

—Es posible que no tengamos noticias hasta la mañana. Príncipe, aconsejo que no nos movamos hasta que hayan vuelto.

Seqenenra no estuvo de acuerdo.

—Tú mismo dijiste que el ejército de Apepa todavía no puede estar cerca —le recordó—. No nos podemos permitir el lujo de alimentar a cuatro mil hombres inactivos.

Hor-Aha le dirigió una mirada sobresaltada y luego ambos estallaron en carcajadas.

—De todos modos —dijo Hor-Aha con cautela, dejando repentinamente de reír

—, sería una tontería que nos expusiéramos sin necesidad.

Cuando Hor-Aha se retiró, Seqenenra dictó su carta diaria a Ahmose y a la familia, y dio instrucciones para el día siguiente a Kamose, Si-Amón y los oficiales. Avanzarían temprano en estado de alerta con los carros y los Valientes del Rey a la vanguardia, preparados para hacer frente a cualquier resistencia que pudieran encontrar. Había poco que añadir, ninguna estrategia compleja que planear. «Esta campaña —se dijo más tarde Seqenenra mientras su sirviente personal lo cubría con la sábana y él bebía el remedio enviado por el médico— es demasiado simple».

En algún momento de la noche lo despertaron voces de alarma fuera de la tienda. Luchó por despejarse la cabeza, embotada por la droga, y se sentó. Su sirviente personal ya se levantaba del suelo y comenzaba a llenar la lámpara de aceite.

—No puedo turbar el sueño del príncipe —oyó Seqenenra que decía uno de los guardias—. Si lo deseas, te puedo hacer escoltar hasta el general Hor-Aha.

—¡No! —exclamó alguien en tono irritado—. ¡Debo ver ahora mismo a Seqenenra!

—Es la voz de Ramose —le dijo Seqenenra al sirviente—. Diles que lo hagan pasar.

Se lamió los labios, resecos por los efectos de la adormidera. Tuvo la sensación de que la lengua tenía el doble de su tamaño habitual. Moviéndose con cuidado, se sirvió agua y bebió ávidamente. Acababa de dejar la copa cuando Ramose entró en la tienda.

Un guardia lo acompañaba con aire inseguro, con una mano en la daga que llevaba en el cinturón.

Seqenenra lo miró y asintió con la cabeza.

—Gracias por tu vigilancia —dijo—. Estoy completamente a salvo con este hombre. Puedes retirarte.

Ramose se acercó. Estaba tenso y descompuesto. Se inclinó sin decir nada y, ante la invitación de Seqenenra, se sentó en la estera junto al catre. Seqenenra estaba atónito por verlo allí, en la tienda, sin pintar y con aspecto enfermizo.

—¿De dónde vienes, Ramose? —preguntó por fin—. ¿Hacia dónde te diriges? ¿Ibas hacia el sur y te topaste con mi ejército?

Ramose negó con la cabeza.

—Te pido perdón, príncipe, pero me gustaría beber un poco de vino. Estoy algo turbado. —De hecho estaba temblando—. No debería estar aquí. Salí de la tienda hace casi dos horas y ordené a mi sirviente que dijera a quien preguntara por mí que no podían molestarme hasta la mañana. El pobre hombre está aterrorizado pero es leal. Si me descubren, me ejecutarán.

El sirviente de Seqenenra no necesitó ninguna orden; salió de la tienda y regresó instantes después con una jarra de vino y una copa. Ramose se lo agradeció, se sirvió

y bebió. Cuando se limpió la boca con el dorso de la mano, ya estaba más tranquilo.

—¿Qué haces en Qes? —preguntó Seqenenra sorprendido. En su mente comenzaba a formarse una horrible sospecha—. ¿Has salido a cazar al desierto?

Ramose negó con la cabeza. Se pasó las manos lentamente por las rodillas.

—Príncipe, te han traicionado —informó con voz ronca—. Pezedkhu, el general del rey, está acampado un poco más allá de Qes. Tiene consigo una división y media. Apepa no sabía cuántos soldados marcharían contigo hacia el norte, de manera que ordenó que llevara gran cantidad, suficientes para derrotar a cualquier ejército que hubieras podido reunir. Si marchas más allá de los límites de tu jurisdicción, serás atacado. Si levantas el campamento y regresas de inmediato a Weset, evitarás un conflicto sangriento.

Seqenenra lo miró. La sangre fluía lenta y fría por sus venas.

—¡Pero eso es imposible! —exclamó, y la fuerza de la emoción le impedía articular las palabras. Se apretó la boca con un dedo—. A menos…

—A menos que alguien avisara a Apepa hace tiempo, antes incluso de que comenzaras a reunir a tus fuerzas —terminó diciendo Ramose por él—. Lo lamento, príncipe, pero esto es lo que ha sucedido. Mi padre se enteró en Khemennu de tus intenciones hace más de un mes y avisó a Apepa. Te juro que yo no sabía nada hasta el día en que mi padre rompió el sello de un papiro del rey en el que le informaba de que estaba en camino un ejército que te aplastaría en cuanto te encontrara, cuanto más al sur, mejor. —Ramose bajó la vista—. Quedé horrorizado. No podía creer que mi padre te traicionaría, a ti, su pariente político, su amigo. Pero nuestra familia también ha sufrido en el pasado. —Levantó la vista con expresión implorante—. Si Teti no te hubiera vendido a Apepa. sus motivos para permanecer callado habrían resultado sospechosos. Apepa creería que Teti te ayudaba, aunque mi padre sin duda lo habría negado. Estoy avergonzado, Seqenenra.

—Comprendo la traición de tu padre —contestó Seqenenra con tristeza—. ¡Hay tantas lealtades divididas, Ramose, tantas conciencias desgarradas! Pero ¿cómo supo Teti lo que se dijo en la intimidad de mi familia? ¿Todavía tengo un traidor en Weset?

Ramose asintió, sintiéndose desdichado.

—El mismo hombre que te atacó. Los papiros han sido escritos por Mersu.

Seqenenra lanzó una exclamación de sotpresa.

—¿Mersu? ¡Imposible! Mi madre confía en él por completo, la ha servido con diligencia durante años, Mersu… Mersu es… ¿Estás seguro?

—Sí —Ramose se aclaró la garganta—. Me lo dijo mi padre. En el Egipto de hoy no hay traición imposible, príncipe. —Se puso de pie—. Perdóname, pero debo marcharme. Te ruego que no me digas lo que harás, no quiero saberlo. Mañana debo luchar junto a mi padre, pero te juro que no te atacaré a ti ni a tus hijos. Tú eres mi amigo. —Permaneció quieto, angustiado—. ¿Cómo voy a hacer daño a la familia de

Tani?

Seqenenra lo miró.

—Sé lo que te ha costado venir aquí esta noche —dijo—. Te lo agradezco, Ramose. Todavía no sé lo que haré, pero estaré eternamente en deuda contigo por tu lealtad.

Con una mano en la tela de la tienda, Ramose vaciló.

—Una cosa más, alteza. Tus exploradores fueron capturados por Pezedkhu ayer por la mañana. Los ejecutaron a todos, pero antes de morir, uno informó de las fuerzas de tu ejército y de que tú y tus dos hijos estaréis en el campo de batalla.

—Este Pezedkhu —dijo Seqenenra—. ¿Cómo es?

—Joven, atlético, un excelente táctico. Ríe mucho, pero su risa no es más que afectación; interiormente es un hombre muy frío. Buenas noches, príncipe, y que Amón te guíe en tu decisión.

Ramose hizo una reverencia y salió.

Durante largo rato, Seqenenra fue incapaz de moverse. Estaba sentado en el borde del catre, con el brazo sano apretando el que no tenía vida, balanceándose con suavidad, respirando con fuerza. «Mersu. Mersu». Hizo un gran esfuerzo para recordar a aquel hombre alto, digno, callado y sonriente, como un traidor, como su enemigo, como el que, a sus espaldas, levantó el hacha setiu y lo atacó; pero detrás de aquella imagen estaba Mersu, el defensor y protector de su madre, el consejero lleno de tacto, el criado que nunca pedía nada.

Con un estremecimiento, Seqenenra supo que la traición de Mersu no fue el acto de un hombre aterrorizado por las consecuencias de la rebelión. Mersu tenía nervios de hielo. Tampoco creía que se tratara de un asunto de lealtades divididas, entre las que ganó su fidelidad a Apepa. No. Mersu, el silencioso y eficiente, era setiu desde las puntas del pelo hasta las uñas de los pies, y probablemente despreciaba a la casa de Tao, si no la odiaba abiertamente. «¿Seré demasiado duro? —se preguntó Seqenenra, lamentándose interiormente—. ¿Alguien que no sea un dios puede llegar a conocer los secretos de un hombre en estos días terribles? Tengo que mandar llamar a Hor-Aha y a mis hijos, tengo que decidir lo que haremos. El conflicto inevitable sencillamente se ha adelantado, eso es todo. Lo tenemos encima ahora en lugar de que sea dentro de una semana o dos. En aquel momento no estaríamos mejor preparados de lo que estamos ahora».

Entumecido, encontró la muleta con mucha dificultad y fue cojeando hasta la entrada de la tienda. Al oírlo salir, el guardia se volvió hacia él.

—Trae enseguida a los príncipes Kamose y Si-Amón y al general Hor-Aha —ordenó—. Averigua cuántas horas faltan para que Ra vuelva a nacer.

El sirviente personal de Seqenenra, sentado fuera de la tienda, se puso de pie con expresión interrogante, pero Seqenenra le hizo señas de que se volviera a sentar y

entró de nuevo en la tienda. Lo acechaba la fatalidad, pero no tenía miedo.

Entraron en la tienda, los tres muy despiertos y expectantes. Con rapidez, Seqenenra les informó de la visita clandestina de Ramose y de sus noticias, mientras miraba a uno y a otro bajo aquella tenue luz. Kamose suspiró y dejó caer los hombros. Hor-Aha asimiló el golpe con rapidez y Seqenenra descubrió qué nuevos planes y posibilidades se le pintaban en el rostro.

Pero en la expresión de Si-Amón no había soipresa. Su rostro perdió el color. Miró a su alrededor con ojos desorbitados, Seqenenra supuso que en busca de vino, a pesar de que no tocó los restos de la copa de Ramose. Luego, con visible esfuerzo, se cruzó de brazos y se quedó con la mirada clavada en el suelo.

—Si tuviéramos barcazas, esta noche podríamos hacer cruzar el río a los hombres y sencillamente marchar más allá de donde se encuentra Pezedkhu por Ja orilla opuesta —dijo Kamose—. Desde aJlí seguiríamos derechos hacia el delta, dejándolos atrás a él y a sus hombres. Tardaría mucho en cruzar con sus tropas.

—Pero no tenemos barcazas —señaló Hor-Aha—, y aunque Jas tuviéramos, la noche ya está demasiado adelantada para una empresa semejante. —Se volvió hacia Seqenenra—. Cerca de Qes hay un paso en los peñascos. ¿Podríamos avanzar por allí y marchar hacia el norte por el desierto? Seqenenra lo pensó.

—Desde aquí hasta el paso hay quince estadios, y no hay otro hasta DashJut, donde podríamos volver al río. Es probable que no noten que pasamos al desierto; pero ¿no nos tenderían una emboscada cuando intentásemos volver al río? —Observó los rostros tensos de Hor-Aha y sus hijos—. Sin embargo, tu sugerencia es la única que nos proporciona una pequeña posibilidad de evitar el encuentro. No hay tiempo para nada más porque estamos atrapados. Nuestro único camino abierto es el que conduce al sur, y no lo tomaré. Ya lo he decidido. —Hablaba con firmeza—. Si regreso corriendo a casa, nuestro destino se retrasará, pero tarde o temprano caerá sobre nosotros. No hemos hecho este esfuerzo supremo para que nos venzan sin haber disparado una sola flecha. Corred la voz a los oficiales. Levantaremos el campamento inmediatamente y en silencio. Nada de ruidos, nada de hogueras y nada de luces. Nos encaminaremos al desfiladero y rezaremos para que lo podamos pasar antes del amanecer.

Conversaron un rato más, pero no había mucho que añadir y finalmente se separaron para despertar a los agotados soldados y ordenar que las provisiones fueran cargadas sobre los asnos. Después de llamar a su sirviente, Seqenenra se sentó en el catre con una mezcla de preocupación y de extraño alivio. Transcurrió un rato antes de que se diera cuenta de que Si-Amón no había pronunciado una sola palabra.

Cruzaron los campos yermos y se introdujeron en la cegadora oscuridad del desfiladero rocoso que corría entre los peñascos, precedidos por los exploradores, a quienes seguían los carros y los Valientes del Rey. Kamose había dado la orden de

que se amortiguara con tela el ruido de los arneses de los caballos y lo único que se oía eran sus cascos sobre el suelo duro y el crujido del cuero. La planicie junto al río fue quedando lentamente vacía. A medida que avanzaban, Seqenenra, atado detrás de Si-Amón, sentía que los músculos se le ponían tensos por la emoción. Más que verlo, presentía que el sol estaba a punto de alzarse. El aire estaba inmóvil, y él se estremeció, sin saber si era de frío o de calor. De vez en cuando, los cascos de los caballos lanzaban chispas al golpear las piedras pequeñas y angulosas que cubrían el camino entre los altos peñascos que él no alcanzaba a ver. Oyó que Hor-Aha daba en voz baja una orden lacónica y Si-Amón desvió los caballos hacia la derecha.

El desierto se abría ante Seqenenra, un flujo de arena pálida y revuelta que corría a encontrarse con un cielo negro y estrellado. Respiró hondo. El pueblo de Qes, un conjunto de chozas en la oscuridad, quedaba a su izquierda. Ya se iba perdiendo, y con él, el pequeño templo de Hator. Seqenenra tragó saliva. El carro tembló en el momento en que las ruedas se hundieron en la arena; pero enseguida los caballos encontraron terreno más firme y aumentaron la velocidad de su marcha. Una vez más, iban hacia el norte; acababan de dejar atrás los límites de sus regiones.

La oscuridad comenzó a ceder. Pronto Seqenenra pudo distinguir la silueta de las rocas que se alzaban a su derecha. El desierto dejó de ser uniforme y se convirtió en hondonadas y dunas, todavía de un gris sin vida pero que empezaban a arrojar sombras. Con dificultad, Seqenenra se volvió. Detrás, el ejército serpenteaba, los hombres caminaban con la cabeza gacha, sin apartar los ojos de los pies, ya que en un trecho el suelo era de arena fina y al siguiente, de tierra dura y apelmazada. Los veía como espectros, con formas poco claras, marchando en un silencio de otro mundo, como si la batalla ya hubiera tenido lugar, los soldados hubieran muerto y él mismo estuviera conduciendo un ejército de fantasmas hacia la eternidad. Sabía que sólo se debía a la proximidad de la Luz Sin Ra, pero no pudo evitar que una sensación de mal presagio se apoderara de él.

El cielo adquirió una tonalidad nacarada. Las estrellas se apagaron. Si se inclinaba bastante hacia un lado, a pesar de la arena que levantaban los cascos de los caballos, alcanzaba a ver delante los carros de los Valientes, que ya salían a desierto abierto. El desfiladero de Dashlut estaba a menos de quince estadios de distancia. Avanzaban con lentitud. Deberían llegar allí a primera hora de la tarde. Seqenenra se preguntó cuándo volverían los exploradores. Posiblemente no mucho antes de que el ejército redujera el ritmo de su marcha para tomar el sendero zigzagueante que los conduciría al Nilo. Se dijo que tenía que mantener la calma.

El sol ya había salido. El ejército marchaba sobre la cara oeste de los peñascos, bajo la grata sombra que iría disminuyendo a medida que avanzara la mañana. Los hombres estaban alegres, se había levantado la orden de silencio y, cuando cantaban, los blancos dientes resplandecían en sus rostros oscuros. De vez en cuando pasaba un

oficial que, después de saludar a Seqenenra, inspeccionaba las filas mientras las plumas azules de su caballo ondeaban con la brisa de la mañana.

Poco antes de que desaparecieran las sombras, Seqenenra decidió hacer un alto. Los hombres rompieron filas y se arrojaron al suelo, esperando que se distribuyera agua y pan. Seqenenra hizo colocar el carro de espaldas a la roca, y comió y bebió sin desatarse. Empezaba a estar preocupado por los caballos; sin agua se cansaban con rapidez, no eran criaturas del desierto. Con suerte, llegarían al Nilo por la tarde.

Cuando terminó de beber su ración de agua tibia y comer su trozo de pan seco, ya no había sombra. Se oyeron órdenes y los hombres se desperezaron, cogieron sus espadas y volvieron a formar. Seqenenra se hizo poner el parasol sobre la silla. El sol acababa de asomar sobre los peñascos y de inmediato los alcanzó a todos; ya no se oyeron más cánticos; los hombres caminaban con tenacidad, sudorosos y sedientos. «Amón —oró Seqenenra mientras observaba que Si-Amón tenía la espalda empapada de sudor y el shenti transparente y pegado al cuerpo—, no permitas que tengamos que luchar en este estado. Si lo hiciéramos sería Ra y no Pezedkhu quien nos entregaría a la muerte».

Con inmenso alivio, cuatro horas más tarde, vio que la caravana se detenía por fin. Los caballos resollaban y temblaban, con los flancos empapados y cubiertos de arena blanca como espuma. Si-Amón se puso en cuclillas, con las riendas sueltas en la mano y recostó la cabeza sobre la parte delantera de la caja del carro. Pronto se presentó Kamose, que se apeó de su vehículo.

—Tenemos delante el paso que conduce a Dashlut —dijo—. Los exploradores regresaron hace alrededor de una hora y anunciaron que el camino está libre. El terreno entre la salida del desfiladero y el río parece desierto, pero no me gusta. No hay ningún campesino en la zona.

—Al amanecer, los exploradores de Pezedkhu deben de haber descubierto nuestro último campamento de Qes —dijo Seqenenra—. ¿Creerá que dimos media vuelta y regresamos a Weset o sospechará la verdad? Si yo fuera el general, enviaría exploradores hacia el sur para confirmar nuestra huida, pero también llevaría mis tropas a Dashlut para cubrir todas las posibilidades. Él puede moverse con más rapidez que nosotros. No ha tenido que luchar contra la arena. —Se protegió los ojos con una mano y miró a Kamose—. ¿Tú que crees?

—Creo que no se llega a general del rey a menos que se sea inteligente además de buen guerrero —contestó Kamose—. Debemos presumir que nos sigue de cerca. ¿Podemos continuar marchando hasta el final de los peñascos?

—No lo creo —contestó Seqenenra—. Los caballos necesitan agua. El paso siguiente se encuentra en Hor, más allá de Khemennu, y para alcanzarlo tendríamos que desviamos muchos estadios por el desierto y rodear los riscos que se alzan en la arena. Teti caza allí a menudo. Las rocas proporcionan buen refugio a los leones. —

Resistió la tentación de levantar el brazo y frotarse la herida de la cabeza, que le escocía terriblemente—. Los hombres deben descansar. Podemo; acampar aquí, custodiando la entrada de Dashlut, en cuyc caso Pezedkhu tendría tiempo de llegar y cortarnos la salida o podemos atravesar el desfiladero y acampar brevemente junto al Nilo, el tiempo necesario para dormir un poco y proseguir viaje. Pero de ninguna de las dos maneras contamos con una ventaja suficiente para adelantarnos definitivamente a Pezedkhu.

—Entonces, crucemos hasta el río —opinó Kamose—. Tenemos comida más que suficiente en los burros, pero el agua se nos acaba a una velocidad alarmante; si nos alejáramos del río moriríamos de sed en muy poco tiempo. Sería mejor presentar batalla que proporcionarle a Apepa la satisfacción de vencemos sin necesidad de dar un solo golpe.

Seqenenra asintió con la cabeza.

—Que así sea.

Observó que Kamose saltaba al carro, y de repente tuvo ganas de correr tras él, de abrazarlo con fuerza, de sentir muy cerca su piel caliente y sus músculos tensos. Kamose hizo restallar el látigo y desapareció envuelto en una nube de arena. Si-Amón se agitó.

—¿Te ha hecho daño el sol? —preguntó Seqenenra, preocupado.

Si-Amón se puso de pie y tomó las riendas. Dirigió una sonrisa torcida y extraña a su padre.

—No —contestó—. Hace falta algo más que el poderoso Ra para amedrentarme. Me asquea tener que matar.

A estas palabras Seqenenra no tuvo nada que responder. Si-Amón silbó a los caballos y el carro comenzó a avanzar. La vanguardia de los Valientes ya había desaparecido por el desfiladero.

La franja de tierra que había entre los peñascos y el río, cubierta en invierno por verdes sembrados, y que en aquel momento parecía el fondo de un lago largo tiempo seco, era más ancha en Dashlut que en Qes. Al emerger del suave frescor de la sombra que daban los peñascos, Seqenenra miró con ansiedad hacia el Nilo. Estaba desalentadoramente lejos; además, la distancia parecía mayor a causa del calor, que producía un reflejo trémulo en el suelo.

Al oler el agua, los caballos alzaron las cabezas cansadas y aumentaron la velocidad. El ejército los seguía dando traspiés; la moral de los soldados era alta después de haber dejado atrás la amenaza del desierto. Seqenenra oyó la voz de Hor-Aha que se alzaba por encima del murmullo de excitación.

—¿Qué haces, imbécil? ¡No desates a los caballos! ¿Dónde están los caballerizos con los cubos?

La confusión no carecía de cierto orden. Los sirvientes se movían entre los carros,

algunos dando agua a las bestias, otros revisando los arneses. Los aurigas estaban reunidos alrededor de Hor-Aha con las cabezas inclinadas para poder oír sus palabras. Ya había guardias que ocupaban sus lugares en la periferia. Los soldados sumergían cuencos dentro de los cubos de agua que los sirvientes llevaban de un grupo a otro. El sirviente de Seqenenra se le acercó trayendo agua, y él y Si-Amón bebieron con avidez.

El grupo que rodeaba a Hor-Aha se separó. Kamose se acercó a su padre.

—¿Cuáles son tus órdenes? —preguntó.

Seqenenra miró hacia el norte y luego al sur. Estaba inquieto, pero el panorama que vio era apacible. El río parecía solitario, la corriente era poco profunda y fluía bajo sus orillas. Los árboles cansados se inclinaban ante la fuerza del sol. En el terreno que ocupaba el ejército no había sombra alguna.

—Di a los oficiales que, si quieren, los hombres pueden dormir durante una hora —contestó, mirando a Kamose—. Pero deben hacerlo en formación de batalla y con las armas al alcance de la mano; los aurigas, en sus carros, con los caballos atados. Divide a los Valientes, sitúa la mitad al sur de donde estamos y el resto al norte. Esta tarde de verano no me gusta, Kamose. Tengo escalofríos por la espalda.

Cuando Kamose se fue, Si-Amón, subido al carro, se agachó junto a Seqenenra.

—Permite que te desate, padre, para que por lo menos puedas acostarte un rato —suplicó—. Me gustaría que el médico te viera.

Seqenenra vaciló. Era cierto que le dolía la espalda, por no hablar de la cabeza. Sería un alivio poder desentumecerse un poco. Volvió a mirar el terreno que los rodeaba, dormido bajo el influjo del sol. Muchos soldados se acababan de tender en el suelo, con los *shentis* levantados para que les cubrieran la cabeza.

—Muy bien —contestó instantes después—. Pero no llames al médico, Si-Amón. No puede hacer nada. —Si-Amón lo desató y con suavidad lo ayudó a tenderse en el suelo del carro, donde estaría protegido de los rayos del sol. Seqenenra se relajó con un suspiro. Poco después añadió—: Si-Amón, sé que te estoy exponiendo a un grave peligro. Deberías tener un guerrero a tus espaldas para que luchara mientras tú maniobras el carro. He dado instrucciones a uno de los Valientes para que nos siga de cerca, y si yo caigo debe ocupar mi lugar. Y tampoco debes protegerme arriesgando tu vida. ¿De acuerdo?

Si-Amón volvió la cabeza. Estaba tendido junto a su padre y los brazos de ambos se tocaban. Sonrió, y el aliento seco y caliente de ambos se mezcló.

—De acuerdo —dijo—. Estoy donde deseo estar, príncipe. Soy un buen auriga y un buen guerrero. Deja de preocuparte.

Seqenenra, medio adormilado, lanzó un gruñido; pero estaba demasiado cansado para seguir hablando, y cayó en un sueño intranquilo.

Lo despertó el relinchar de un caballo. Durante el instante que tardó en

despertarse por completo, deseó, molesto, que Ahmose comprendiera que en ciertas épocas del año dos sementales no debían ocupar sitios vecinos en las cuadras. Se irguió con dificultad, mientras Si-Amón aferraba las riendas que había asegurado en la barra delantera del carro. El ejército, que en aquel momento se ponía de pie y tanteaba buscando las espadas, se hallaba rodeado por un mar de carros cuyos caballos lucían las plumas azules y blancas de la realeza. Detrás de los carros se encontraba la infantería real, con hombres terribles y dispuestos, y el sol del atardecer teñía de rojo el bosque de espadas, los gruesos escudos, las hachas que colgaban de los cinturones.

Si-Amón tomó a su padre con un brazo mientras con el otro trataba de controlar a los espantados caballos, pero Seqenenra se aferró al costado del carro y lo obligó a soltarlo.

—¡Aquí puedo conservar el equilibrio! —gritó—. ¡Debemos tomar la ofensiva! ¡Apresúrate, Si-Amón!

En el momento en que Si-Amón se volvió y fustigó a los caballos y el carro comenzó a rodar por el terreno caliente, Seqenenra escuchó una serie de órdenes dadas a gritos que resonaban en los riscos, y todo el ejército se puso en movimiento.

Vio que Kamose sacaba un cuchillo y degollaba a un caballo que acababa de ser herido por una flecha, antes de volver a saltar al carro y ponerse detrás del auriga, para desaparecer bajo la nube de polvo que levantaban los demás carros. Detrás de ellos, los soldados comenzaron a correr en filas ordenadas, las espadas preparadas, los escudos en alto. Seqenenra apretó los dientes, se aferró fuertemente con la mano sana a la barra del carro y miró hacia atrás.

Lo que vio lo hizo elevar una oración de acción de gracias a Amón por haber decidido dividir a los Valientes, porque Pezedkhu, previendo sus movimientos, había dirigido una parte de su división hacia el sur y la otra hacia el norte del risco de Dashlut. «Estamos atrapados —pensó Seqenenra mientras la espada le golpeaba en los pies—, a menos que de alguna manera logremos escapar entre los peñascos para volver a agruparnos en el desierto, donde tendríamos lugar para movernos. Fui un insensato al dirigir el ejército hacia el río. Teníamos que haber permanecido en la arena. Una carga para contenerlos y luego una retirada. Pero ¿habrá tiempo?».

Hor-Aha estaba al mando de las tropas encaradas hacia el norte. Su voz se alzaba, clara y confiada, por encima del rugido del primer ataque. Los carros se precipitaron sobre las fuerzas enemigas. Si-Amón lanzó un grito de advertencia, instantes antes de que el carro de su padre se detuviera en seco, casi arrancándole el brazo a Seqenenra. Entre tanto, Seqenenra gritó:

—¡Ordena una retirada por el sendero del risco! Los Valientes y los carros pueden cubrirnos.

Si-Amón asintió, dando órdenes a los que estaban alrededor de que difundieran el

mensaje. Las flechas chocaban contra el carro y, de forma instintiva, Seqenenra se agachó y se inclinó con dificultad para coger su espada. A partir de aquel momento tuvo que permanecer de pie con la espalda recostada en el carro para mantener el equilibrio, empuñando la espada con la mano sana. Los otros carros lo rodeaban, con los aurigas tratando de maniobrar de modo que los guerreros pudieran disparar las flechas en dirección al enemigo; los hombres de Pezedkhu hacían lo mismo. Las espadas del primer asalto cubrían el suelo. Los soldados ya se atacaban unos a otros con hachas y cuchillos.

Seqenenra advirtió que un hombre acababa de clavar una daga en el estómago a uno de sus medjay. El soldado jadeaba y miraba a su alrededor, en busca de otra víctima a quien atacar. Seqenenra levantó la espada y la arrojó por el aire, pero un pequeño movimiento del carro la desvió de su objetivo, le hizo perder el equilibrio y cayó al suelo del carro. Si-Amón lanzó una maldición, dejó caer las riendas y se volvió. El soldado corría hacia ellos, con el hacha en alto, listo para arrojarla. Con frialdad, Si-Amón se sacó un cuchillo del cinturón y lo arrojó; fue a clavarse en el pecho del hombre. Con expresión de sorpresa, el soldado cayó a poca distancia del rostro empapado en sudor de Seqenenra.

—¡Por favor, padre, quédate ahí abajo! —le gritó Si-Amón—. La lucha es demasiado feroz para que podamos iniciar una retirada.

Uno de los Valientes se dio cuenta de lo sucedido. Saltó al carro con el arco a punto y, montándose a horcajadas sobre el príncipe, comenzó a disparar flechas al enemigo. Seqenenra observaba. El corazón le brincaba dentro del pecho. Parecía que sus soldados resistían en el flanco norte de la batalla. Las líneas no habían retrocedido. Algunos de sus carros se habían liberado de la refriega y rodaban junto al río, disparando contra la periferia del ejército enemigo.

«El enemigo —pensó Seqenenra con amargura—. ¡Míralos! Pocos son setiu. Los demás son buenos egipcios matando a otros buenos egipcios. ¡Cuánto nos hemos alejado de la santidad de Ma’at!». A causa del calor y del terror del momento, el ojo izquierdo se le había cerrado del todo y tenía convulsiones en el párpado. Le palpitaba la cabeza por dentro. Oyó que el valiente gritaba:

—¡Están rompiendo las defensas del flanco sur, príncipe! —y durante un instante de delirio creyó que se refería a Pezedkhu, pero Si-Amón lanzó un quejido.

El carro cambió de dirección y comenzó a moverse, dando saltos al pasar sobre los soldados caídos. La perspectiva de Seqenenra se alteró. De repente, en la distancia, vio un carro con los costados resplandecientes de oro y con ruedas cuyos radios parecían arrojar fuego en la tarde tórrida. No prestó atención al auriga, porque detrás de él se encontraba un joven alto con los brazos cubiertos por las pulseras del jefe y cuyo casco azul y blanco tenía el borde dorado. Apuntaba y gritaba. Era Pezedkhu. A su alrededor se reunían sus Valientes y, detrás, las filas de la defensa del

sur seguían avanzando con orden y disciplina.

Frente a ellos, los soldados de Seqenenra retrocedían, morían, luchaban con desesperación, bloqueando cualquier posibilidad de retirada por el sendero de las montañas. Era patético observar su coraje; al verlos, a Seqenenra se le llenaron los ojos de lágrimas. Pero el enemigo los superaba en número. Desesperado, buscó a Kamose y lo vio; sus caballos habían caído mientras él luchaba cuerpo a cuerpo en la parte de atrás del carro, con el rostro, los brazos y el *shenti* cubiertos de sangre.

De repente, Seqenenra comprendió lo que estaba haciendo Si-Amón: trataba de rodear el conflicto y deslizarse dentro del sendero rocoso de los peñascos.

—¡Te lo prohibo! —trató de gritarle Seqenenra—. ¡No quiero que me salves, Si-Amón! ¡No quiero sufrir esta vergüenza!

Pero se dio cuenta de que estaba profiriendo sonidos ininteligibles. Con una tensión tan grande, su boca deforme ya no le obedecía.

Durante largo rato, Si-Amón trató de avanzar entre los grupos de hombres jadeantes y cubiertos de sangre, que se atacaban con furia, pero por fin tuvo que admitir su derrota. El camino estaba cortado por completo. Seqenenra lo oía murmurar, vio que miraba hacia el norte, luego hacia el sur, desesperado por encontrar un lugar donde ocultar a su padre, mientras Seqenenra permanecía acurrucado entre las piernas del *valiente* que lo defendía.

El carro se detuvo. Si-Amón se agachó para mirar el rostro de su padre.

—Poco a poco nos van cercando desde todos los extremos —informó. Tenía la cara empapada en sudor—. No puedo sacarte de aquí. Vamos a morir, príncipe. —Seqenenra asintió con la cabeza. No trató de hablar. Si-Amón se agachó y lo besó—. Todo esto ha sucedido por mi culpa —dijo—. Todo es culpa mía. ¿Puedo tomar el hacha y los cuchillos, padre?

Sin esperar respuesta, levantó la pesada hacha que colgaba del cinturón de Seqenenra y deslizó las dagas a sus manos. Después se puso de pie. Seqenenra trató de rezar, pero no podía. A su alrededor, el ruido alcanzaba proporciones ensordecedoras y en él había un pánico atroz. Su ejército estaba a punto de ser derrotado. De repente, el valiente que se encontraba sobre él lanzó un hipido. La sangre cubrió a Seqenenra, una lluvia roja y cálida, y el *valiente* desapareció de su vista. Con la mano sana, Seqenenra se levantó el *shenti* y se limpió la cara.

Si-Amón dio un grito. El carro brincó y comenzó a avanzar. Seqenenra trató de sujetarse, pero rodaba hacia un lado. Gritó y se retorció, pero Si-Amón no podía ayudarlo. Había desaparecido. Las riendas golpeaban, sueltas, en la delantera del carro. Seqenenra reunió toda sus fuerzas y trató de aferrarías, presionando con la pierna sana en el costado del carro, pero los caballos estaban desbocados. Las riendas se le escaparon de las manos.

De repente, el carro chocó con un obstáculo, se inclinó y Seqenenra cayó. Se

sintió mareado, tenía un fuerte dolor en la pierna sana. Estaba tendido a la sombra del carro, volcado encima de él. Oyó gritar a Si-Amón.

—¡Ya voy, padre, ya voy!

«¿Dónde estará Kamose? —pensó Seqenenra—. ¿Y Hor-Aha? ¿Habrán muerto? Querido Ahmose, trata de seguir adelante, trata de mantener unida a la familia aun en el caso de que tengáis que huir…».

Tuvo una repentina y vivida visión de su jardín en el fresco silencio de una larga tarde de invierno, en la que el agua del estanque apenas se movía, las hojas de los árboles apenas temblaban. Aahotep estaba sentada en el borde del estanque con un pie dentro del agua.

—Ha sido una estación maravillosa —Seqenenra decía—. ¡Tan hermosa! Nunca habrá otra igual.

«¡Aahotep! —pensó Seqenenra con angustia mientras apretaba los dientes para luchar contra el dolor—. Sin duda esta vida mía fue gloriosa y terrible, y maravillosamente extraña; sin embargo, habría preferido nacer en cualquier otra época, una época más sencilla, en la que no me hubiera costado tanto aceptar mi destino».

Escarbando espasmódicamente en la tierra sucia con la mano, palpó el cabo de un cuchillo, que desenterró y empuñó con fiereza. Un hombre se alzaba a su lado, los pies descalzos, el *shenti* desgarrado, el hacha en alto y cubierta de sangre. Al notar el estado de indefensión de Seqenenra, sonrió con desgana. Cogió el hacha con ambas manos y la alzó sobre su cabeza. Rápidamente, Seqenenra le arrojó el cuchillo a los tobillos, pero el hombre lo esquivó. «Amón —pensó Seqenenra en el instante que precede a la muerte—, concédeme un peso favorable…».

Lo último que alcanzó a ver mientras el arma descendía fue el brillo de un rojo sombrío que arrojaba el sol.

El hacha golpeó a Seqenenra en el ojo derecho, rebotó, le destrozó la mejilla derecha y le arrancó la nariz. El soldado estaba cansado y no había golpeado con tanta fuerza como quería. Lanzó una maldición y la volvió a levantar, y esta vez le destrozó el pómulo izquierdo. Jadeante, el hombre la arrancó con torpeza y miró el cuerpo. El pecho todavía temblaba ligeramente. Cogió una espada perdida en medio del desorden que lo rodeaba, volvió con un pie la cabeza de Seqenenra y se la clavó en el cráneo, detrás de la oreja izquierda. El cuerpo tuvo una convulsión y luego quedó inmóvil. El soldado se alejó dando traspiés.

Si-Amón lo había visto acercarse a su padre y levantar el hacha. Lanzó un grito y se abalanzó hacia delante, pero un auriga de Pezedkhu que había perdido los caballos se le cruzó empuñando un cuchillo, y Si-Amón no tuvo más remedio que luchar con él. Cuando el hombre cayó a sus pies, ya era demasiado tarde. Horrorizado, Si-Amón vio la espada que salía del cuello de su padre. Una vez más trató de acercarse a él, y

de nuevo le bloquearon el paso. Loco de dolor y de rabia, empezó a luchar, mientras las lágrimas le corrían por el rostro sucio. Los soldados enemigos lo fueron alejando cada vez más del cuerpo de su padre, que seguía aplastado bajo el cairo.

Capítulo 9

Cuando el rojo sol se hubo puesto lentamente detrás de los peñascos, el campo de batalla estaba en manos de Pezedkhu. Los soldados del lastimoso ejército de Seqenenra que no estaban muertos ni yacían heridos sobre la tierra ardiente habían buscado refugio entre las rocas caídas, debajo de los riscos, y fue allí, junto al desfiladero por el que hacía tan poco habían marchado, donde Si-Amón se encontró a Hor-Aha y a Kamose junto con un grupo de oficiales. Estaban ocultos en un rellano arenoso que había a un cuarto de la altura del peñasco. Desde allí podían contemplar el caos del campo de batalla sin ser vistos y, si fuera necesario, bajar a defender sus posiciones. Si-Amón, que llegó trepando temerariamente entre las piedras, estuvo a punto de caer sobre ellos. Los saludó sin entusiasmo. Kamose tenía una herida en el costado y la mejilla abierta por un golpe de daga. Hor-Aha, con su habitual aire taciturno, se sujetaba el hombro roto con una mano.

—¿Dónde está nuestro padre? —preguntó Kamose, mientras Si-Amón se dejaba caer rendido en la arena cerrando los ojos—. Se suponía que tú lo tenías que defender, Si-Amón.

—¡No seas imbécil! —gritó Si-Amón—. Lo intenté, los Valientes también lo intentaron. Pero ¿qué podíamos hacer cuando la batalla ya estaba perdida? Me caí del carro cuando los caballos se desbocaron por el pánico, y nuestro padre quedó sepultado debajo del carro. Luché por abrirme paso hasta él, pero ya era tarde.

—¿Está muerto? —preguntó Hor-Aha en voz baja. Si— amón asintió con la cabe za. Kamose lo miró y se dio cuenta de los rastros que habían dejado las lágrimas en sus mejillas sucias de tierra y sangre.

—¿Tenéis agua? —preguntó Si-Amón con un hilo de voz.

Kamose negó con la cabeza mientras se tocaba la herida de la mejilla y hacía una mueca de dolor.

—Ni agua ni comida —contestó Hor-Aha—. Nos hacen falta ambas cosas, y también el médico, pero no sabemos dónde está. Si el dios Amón ha sido misericordioso, lo encontraremos todo cuando podamos entrar en el desfiladero, donde, con un poco de suerte, todavía estarán los burros con las provisiones. Hay mucha confusión a la entrada del sendero. Tenemos la esperanza de que los encargados de conducir los burros hayan sido lo suficientemente inteligentes para retirarse hacia el desierto y que los hombres de Pezedkhu estén demasiado cansados para explorar, sobre todo de noche.

Si-Amón trepó hasta una pequeña grieta vertical de la roca y miró hacia el río. Los últimos rayos del sol encendían la tierra con una especie de neblina de un rojo vivo. El aire estaba lleno de tierra y seguía haciendo mucho calor. Los soldados de Pezedkhu se movían entre los caídos, empuñando sus cuchillos. Algunos se

dedicaban a recuperar los carros volcados y sin caballos y reunían los valiosos arcos, pero los más recorrían metódicamente los cuerpos y se arrodillaban para cortarles una mano a cada uno. Si-Amón retrocedió.

—Están recogiendo nuestros arcos y cortando manos para el recuento de muertos —dijo—. Me pregunto cuántos habrán muerto. Debemos recuperar cuanto antes el cuerpo de nuestro padre. Rogad a Amón que no lo encuentren para que no le amputen una mano.

Nadie contestó. Hor-Aha estaba sentado en una roca, el hombro convertido en un montón de carne despedazada; los ojos se le cerraban. Kamose estaba acostado con una capa en lugar de almohada, una mano apretando el sucio *shenti* contra el costado. Los oficiales permanecían sentados o tendidos en silencio, algunos apretándose las heridas, otros tratando de curarlas. Si-Amón, con la garganta hinchada de sed, se acurrucó dentro de un agujero que él mismo había cavado en la arena. No había nada que ninguno pudiera hacer.

Durmieron toda la noche. De vez en cuando, alguno despertaba y se arrastraba hasta la grieta de la roca para observar la actividad del enemigo. Las hogueras iluminaban el campamento, pero allá abajo apenas había movimiento. Los soldados de Pezedkhu también estaban extenuados.

Llegó el amanecer. Para los hombres muertos de sed y de dolor fue como si Ra subiera a increíble velocidad al cielo, y el lugar donde se ocultaban muy pronto se puso ardiente como un crisol. Abajo se reanudaron los trabajos. Quedaban pocos carros. Los cuerpos eran enterrados con rapidez y eficacia.

—Debemos encontrar pronto a nuestro padre —susurró Kamose—. Hay que embalsamarlo y llevarlo a la Casa de los Muertos. En caso contrario, con este calor…

Dejó la frase sin terminar. Hor-Aha tenía fiebre alta y desvariaba. Si-Amón encontró una capa y trató de protegerlo de la luz del sol.

El día se arrastraba con espantosa lentitud. Si-Amón se acercó a Kamose y se tendió a su lado. Kamose volvió la cabeza y le dirigió una débil sonrisa.

—No pudimos luchar codo a codo como yo quería —susurró—. Últimamente no hemos estado tan unidos como antes, Si-Amón. ¡Siento mucha cólera!

—La culpa no es tuya —le aseguró Si-Amón—. Ahora trata de dormir, Kamose. Así el tiempo pasará más rápido.

Con insolente lentitud, Ra llegó a su cénit y comenzó a desplazarse hacia el oeste. En la planicie, los soldados victoriosos cantaban y reían mientras preparaban con calma la comida de la noche, limpiaban las armas y se curaban las heridas. En el refugio, los hombres sintieron que se acercaba la bendición de la oscuridad y volvieron a la vida. En aquel momento Hor-Aha estaba débil pero lúcido.

Por fin, las hogueras se apagaron, se ataron los carros y los hombres formaron para marchar. Si-Amón observaba la actividad mientras el sol se ponía a sus espaldas.

En la planicie reinaba el silencio. Bajo la última luz rosada, un carro rodó hacia los peñascos y se detuvo. Los costados del vehículo eran de oro bruñido y en él se había esculpido la figura de Sutekh, con sus altas orejas, largo morro, sonrisa de lobo y las cintas de los setiu. Junto al carro corría un soldado con una trompeta. Obedeciendo a una señal del hombre que iba en el carro, la levantó y la hizo sonar. El sonido estridente produjo un lúgubre eco entre las rocas. Pezedkhu alzó un brazo y Si-Amón vio sus ojos oscuros, pintados con galena, recorrer las rocas con la mirada.

—¡Orgulloso príncipe de Weset! —gritó el general en tono triunfante—. El señor de los Dos Reinos ha respondido con la muerte a tu acto de traición. ¡Él es poderoso!, ¡es invencible!, ¡es el amado de Set! Arrástrate a tu casa, si puedes, y lámete las heridas en medio de la vergüenza y la desgracia. ¡Vida, salud y prosperidad para quien, como Ra, vive eternamente!

Kamose gimió. Si-Amón miraba y escuchaba con el corazón saltándole dentro del pecho. Pezedkhu dejó caer el brazo y el carro se alejó. Detrás de él comenzó a moverse el ejército de Apepa, una poderosa serpiente que se internaba en el anochecer. Si-Amón los vio alejarse. Tardaron mucho tiempo en hacerlo. Había oscurecido por completo cuando la planicie recobró su acostumbrado silencio, sólo roto por el ulular de una lechuza que cazaba y por el susurro de los ratones en la orilla del río.

Durante largo rato, los hombres no se animaron a moverse. Después, Si-Amón se puso de pie y se desperezó. Tenía los labios agrietados y la lengua hinchada.

—Trataré de encontrar las provisiones y al médico —dijo—. Que dos de vosotros me acompañen —añadió, señalando a los oficiales—. Otro que vaya al río a traer agua. ¿Tenéis alguna botella? —Uno de los oficiales le mostró un odre—. Bien, pero moveos con cuidado. Es posible que Pezedkhu haya dejado exploradores para que caigan sobre nosotros cuando abandonemos este refugio, aunque en realidad creo que no sabe quién sobrevivió, y que obedecía las órdenes del rey cuando se dirigió a nosotros con tanta magnanimidad. ¿Estás despierto, Kamose? ¿Me escuchas?

De la oscuridad surgió la débil voz de asentimiento de su hermano. Si-Amón levantó la vista y miró al cielo. Muy pronto saldría la luna y el camino sería más fácil. Se movió con cuidado y empezó a bajar a la planicie.

La grieta que buscaba no estaba lejos, y mientras se abría camino a través de los restos que los soldados de Pezedkhu consideraron inútiles para llevarse, la luna se alzó sobre el horizonte extendiendo sus dedos invisibles hacia el río. Si-Amón susurró una oración de agradecimiento y poco después se hundió en la oscuridad del sendero entre los peñascos.

Durante más de una hora, sólo consciente de su sed y de la protesta de sus músculos extenuados, caminó dando traspiés por las rocas afiladas y resbalando hasta que, por fin, a lo lejos, oyó el rebuzno de un asno. No tardó en ver titilar una luz

amarilla a su izquierda, al fondo de un sendero lateral. Demasiado cansado para ser cauteloso, empezó a correr y prácticamente cayó en brazos de uno de los soldados que custodiaban las provisiones. El hombre se negó al principio, pero ante la respuesta de Si-Amón, retrocedió.

—Necesito comida, literas y al médico —consiguió decir Si-Amón—. ¿Está aquí? ¿Tienes agua?

El hombre le pasó una botella, que Si-Amón le arrancó de las manos y de la que bebió. Era el agua más dulce que había probado en su vida.

—El médico llegó ayer por la tarde —le informó el soldado—. Dijo que la batalla estaba perdida. Lo buscaré y te traeré comida.

Ya más repuesto, Si-Amón se sentó en una roca.

—Mantén a los burros ocultos aquí —ordenó—. También necesitamos una luz.

El hombre se alejó y Si-Amón estuvo escuchando el silencio de la noche, consciente del peso de las rocas que lo rodeaban y del cielo oscuro. De repente, con un estremecimiento de horror, pensó en su padre, con la cabeza atravesada por una espada. «¡Ahora soy el gobernador de Weset! —se dijo—. ¡Gran Amón!, soy el príncipe. Y, por tanto, el verdadero rey de Egipto. En cuanto regrese a Weset debo enviarle un mensaje a Apepa, una disculpa, una expresión de obediencia. Nuestra familia no debe seguir sufriendo».

Al pensar en la finca de la familia recordó a Mersu, a Teti y al valiente Ramose. «No vi a Teti ni a Ramose en la batalla —continuó pensando—, pero estoy seguro de que estaban allí. ¡Ojalá los dioses hayan concedido a Teti una muerte rápida! ¿Cómo puedo volver a casa y hacer matar a Mersu sin un juicio previo? Porque ese hombre debe morir». Abrió los ojos. No. No podían volver a empezar de nuevo las mentiras, los engaños, la vergüenza. «En el campo de batalla me sentí limpio por primera vez en muchos meses. Se lo diré todo a Kamóse y aceptaré su juicio».

Guio al médico y a los sirvientes que llevaban literas y comida por el sendero hasta donde se ocultaban los heridos. El médico comenzó a trabajar de inmediato, desatando las cuerdas de su bolsa y sacando de ella las hierbas medicinales. Uno de los sirvientes encendió un fuego para que tuviera luz; otro puso una lámpara sobre la arena. Si-Amón retrocedió y observó, mientras sentía que volvía la normalidad gracias a los movimientos seguros del médico, a la eficacia y tranquilidad de los sirvientes y a la luz regular de la lámpara. Limpiaron el hombro de Hor-Aha y se lo inmovilizaron. A Kamose le pusieron hierbas sobre la herida del costado, se la vendaron y le cosieron la herida de la mejilla. Ambos muy pronto quedaron dormidos después de beber una poción de adormidera. El médico lanzó un suspiro, se puso en cuclillas y se volvió hacia Si-Amón.

—¿Dónde está el más importante de mis enfermos, príncipe? —preguntó.

Si-Amón apartó la vista.

—Mi padre ha muerto —contestó con voz neutra—. Cayó en la batalla. Por la mañana buscaremos su cuerpo.

El médico permaneció en silencio y sin perder tiempo siguió atendiendo a los heridos. Cuando apagaron la lámpara, se empezaron a ver las estrellas, que brillaban con fuerza creciente conforme se ponía la luna. Si-Amón se quitó la ropa, se envolvió en un manto y se quedó dormido.

En cuanto hubo luz suficiente, Si-Amón fue a la planicie con dos sirvientes y una litera. Recorrió el suelo durante largo rato, haciendo esfuerzos desesperados por recordar exactamente dónde había volcado el carro. Pezedkhu los había retirado todos y no se veía ni un solo caballo por los alrededores. Si-Amón y sus hombres tropezaban con espadas rotas, hojas de hachas empapadas en sangre, trozos de lino desgarrados e inútiles que antes fueran *shentis*, o arneses de cuero destrozados. De vez en cuando apartaban los ojos para no ver un miembro humano separado del cuerpo, negro y grotesco en medio del polvo grisáceo. Angustiado, Si-Amón pensó que a lo mejor se verían obligados a abrir las tumbas colectivas de los combatientes, porque no quería renunciar a encontrar el cuerpo de su padre. Ya era bastante terrible que lo hubieran dejado inútil y que luego lo mataran mientras estaba indefenso. ¿También se le negaría un lugar en el paraíso de Osiris porque su cuerpo no podría ser embalsamado?

Entonces un sirviente gritó y Si-Amón se apresuró a acercarse a donde estaba, al borde de una depresión del terreno, cerca del lugar por donde habían bajado del peñasco. El hombre estaba arrojando terrones a una hiena, que en aquel momento se alejó, gimiendo. Furioso y aterrorizado por el daño que el animal pudiera haberle hecho al cuerpo de su padre, Si-Amón se acercó corriendo. Seqenenra seguía tendido, tal como Si-Amón lo había visto por última vez. Los soldados que levantaron el carro y se lo llevaron no le habían prestado atención. No había nada que lo hiciera reconocible como señor de Weset. De alguna manera, la espada que le atravesó la cabeza se había roto cerca de la punta, y el cadáver se deslizó hacia abajo y cayó en la depresión del terreno, motivo por el que no lo vieron los hombres que cortaban manos para hacer el recuento de los muertos.

Si-Amón se arrodilló y, con cuidado, retiró los restos de la espada. Los ojos de Seqenenra estaban llenos de arena y tenía los labios abiertos en un rictus de agonía. Si-Amón recorrió el rostro mutilado con el dedo y lo sobrecogió la emoción. Se sentó, tomó en brazos el cuerpo de su padre y lloró, mientras lo mecía en medio de su dolor. Sus hombres permanecieron en silencio, con la mirada apartada.

El calor de la mañana comenzó a hacerse más intenso. Los buitres empezaban a congregarse sobre los peñascos y sus grandes alas dibujaban sombras en la planicie. Finalmente, Si-Amón dejó el cuerpo de su padre en el suelo y se levantó.

—Ya se está pudriendo —dijo con voz entrecortada—. ¿Cómo lograremos

llevarlo a Weset para que lo entierren?

Hizo un ademán y los sirvientes acercaron la litera. Pusieron en ella a Seqenenra y lo cubrieron con un paño de lino.

—Llevadlo basta donde se encuentran los burros con las provisiones —ordenó Si-Amón—. Buscad una caja lo bastante larga para que sirva de ataúd provisional. Llenadla de arena seca y poned el cuerpo en el medio. Es necesario que nos apresuremos a volver a casa.

Le resultaba demasiado espantoso pensar en su madre y en su abuela. Lanzó una maldición y corrió hacia los peñascos.

Después de comer, Si-Amón ordenó que llevaran los asnos hasta el borde del río, y Kamose y Hor-Aha fueron puestos en literas y llevados hasta allí. Delante iba el ataúd provisional de *Seqenenra*, custodiado por Si-Amón, que caminaba a su lado. Mientras se alejaban con lentitud de Dashlut por el camino que bordeaba el río, se les fueron uniendo otros supervivientes, soldados que, igual que ellos, huyeron hacia los peñascos cuando comprendieron que todo estaba perdido. Si-Amón apenas prestaba atención a sus saludos mientras los hombres ocupaban posiciones en la retaguardia, pero Hor-Aha los seguía con la mirada cuando pasaban junto a su litera. Cuando la planicie de Dashlut desapareció de su vista, había contado más de doscientos hombres.

La desdichada y taciturna procesión tardó una noche y casi todo el día siguiente en llegar a Qes. Muchos de los soldados tenían heridas leves, y los que cargaban las literas de Kamose y de Hor-Aha tenían que caminar con cuidado para no perjudicar a los heridos. Si-Amón, que no pensaba más que en el cuerpo ya casi corrompido de su padre, avanzaba febrilmente. Mientras los sirvientes acampaban y el médico examinaba a sus pacientes, recorrió la orilla del río en busca de embarcaciones. Los asnos cargados con las provisiones cuidadosamente reunidas por Seqenenra para la marcha hacia el norte podían regresar a Weset con su habitual lentitud, pero Seqenenra debía ser rápida y apropiadamente embalsamado para que tanto los dioses como su *ka* pudieran reconocer al príncipe y otorgarle la vida en el otro mundo. La muerte de su padre pesaba de una manera insoportable sobre la conciencia de Si-Amón. Sabía que enloquecería si Seqenenra llegaba demasiado tarde a la Casa de los Muertos. Pero en Qes sólo había algunos minúsculos botes pesqueros de caña, y Si-Amón no tuvo más remedio que esperar, apretando los dientes con impaciencia, mientras los hombres comían y dormían durante toda la noche siguiente.

Por la mañana, Hor-Aha se negó a seguir siendo transportado en una litera.

—Estoy herido en un hombro, no en las piernas —le dijo tajantemente al médico —. Ya he descansado bastante. Caminaré.

Cuando volvieron a emprender la marcha, fue con Si-Amón a la vanguardia de la columna. Y para el príncipe, los pasos largos y decididos de Hor-Aha, las negras

trenzas que se movían rítmicamente sobre los pliegues del sucio manto de lana gris y la mirada de sus profundos ojos negros cuando intercambiaban algunas palabras, fueron una especie de consuelo.

Tres días después, en la ciudad de Djawati, Si-Amón encontró lo que buscaba. Mientras los dignatarios del lugar se reunían alrededor de Kamose, espantados e incrédulos, y muchos se arrodillaban junto a la caja de Seqenenra y comenzaban a llorarlo, Si-Amón se dirigió al embarcadero y requisó dos barcazas que llevaban grano al Delta, y al mismo tiempo encontró timoneles y remeros. Hizo cargar a Kamose y a su padre en una de las barcazas, y al resto de los soldados y las provisiones necesarias en la otra. El río estaba llegando a su nivel mínimo y casi no tenía caudal.

Si-Amón dejó un par de oficiales para que se encargaran de vigilar el lento avance de los asnos por el camino del río y luego se acomodó, aliviado, en la barcaza. En cuanto se alejaron de la orilla, ordenó que pusieran toldos para protegerlos del sol. Sólo entonces lo venció la fatiga y se recostó. Los sirvientes empezaban a distribuir el agua de la tarde. Si-Amón los observó acercársele, pero se durmió antes de que llegaran a él.

A mediodía del décimo día del retorno, doblaron la curva del río que tan familiar era para ellos y apareció Weset. Si-Amón y Kamose, sentados uno junto al otro, estaban en silencio. Había barcas de todo tipo amarradas en las muelles. Las cabañas y las casas se levantaban juntas y desordenadas entre las palmeras, bajo cuya sombra se hallaban echados unos cuantos perros abandonados, y había niños desnudos sentados en el lodo. El pilón del templo, con sus costados lisos que resplandecían bajo el sol en el cénit, todavía sostenía los altos mástiles de los que colgaban las banderas triangulares, y más allá se alzaba el templo, con sus aristas destacándose contra el azul del cielo. En la orilla occidental, los peñascos, un horizonte irregular tan conocido y querido por Si-Amón como las formas de su propio cuerpo, temblaban en la neblina de polvo.

La barcaza redujo su velocidad y ante una orden del timonel comenzó a virar hacia el embarcadero. El viejo palacio todavía se elevaba, adormilado y misterioso, tras los muros desconchados; junto a él, queridos y preciosos, se veían los grupos de arbustos con flores, en aquel momento pelados; los sicomoros y las uvas de la parra que permitía caminar bajo la sombra desde el río hasta el jardín, el estanque y el pórtico que había sido el refugio de paz de Seqenenra, que quedaba fuera de la vista. Mientras observaba ávidamente cada detalle gastado o reconfortante, Si-Amón sintió que la garganta se le hinchaba por la emoción.

—Es como si volviésemos después de años de ausencia y hubiéramos envejecido más allá de lo imaginable —dijo Kamose. Si-Amón asintió, emocionado.

Descubrió una figura en lo alto de los escalones, alguien que ejecutaba una

frenética y convulsionada danza de bienvenida. Era Tani, cuyas pulseras doradas subían y bajaban por sus brazos desnudos, mientras el viento pegaba la larga túnica blanca a sus piernas. Si-Amón deseó morir en aquel instante para no tener que mirar nunca los ojos inquisitivos de su hermana.

La barcaza golpeó en los escalones. Detrás de Tani aparecieron unos sirvientes que corrieron a sujetar la embarcación. Extendieron la rampa. Si-Amón se puso de pie y Tani se arrojó en sus brazos.

—Desde que dejaron de llegar los papiros he estado aquí, todos los días, esperando —exclamó—. La abuela se instaló en la azotea desde donde podía ver mejor el río. Nuestra madre dedicaba sus tardes a rezar. ¡Oh, Si-Amón!

Abrazó con fuerza a su hermano, todavía sin darse cuenta de nada más. Después de algunos instantes, él se separó.

—Tani —dijo—. ¿Dónde está Ahmose?

Al oír el tono de voz de su hermano, se puso seria. Recorrió el resto de la barcaza con la mirada, la detuvo en Kamose y se le acercó para arrodillarse a su lado. Tocó el vendaje manchado de sangre que tenía bajo el brazo y le acarició la herida de la mejilla. Se puso pálida.

—Nos vencieron, ¿verdad? —preguntó—. ¿Dónde está nuestro padre?

—Sí, nos vencieron —contestó Kamose con voz firme—. Creo que de todos modos habríamos perdido, querida Tani, pero nos traicionaron. Nuestro padre ha muerto. Su cuerpo está ahí. —Cuando Tani vio la tosca caja de madera, habría corrido hacia ella si Kamose no la hubiera cogido de la mano—. No —dijo—, no es una visión para ti. Ve a buscar a Ahmose.

Tani se puso de pie como si despertara de un letargo y abandonó la barcaza, desolada. Si-Amón comprendió que no había podido asimilar el golpe. Se dirigió a uno de los sirvientes que esperaban órdenes en los escalones.

—¡Corre a la Casa de los Muertos y trae a los sacerdotes sem! El resto de vosotros, ayudad al príncipe a subir los escalones.

Tendieron a Kamose con suavidad en la sombra, en los escalones, y Hor-Aha, después de intercambiar unas breves palabras con Si-Amón, se alejó para dispersar e instalar a los soldados supervivientes. Mientras tanto habían llegado Ahmose, Tetisheri y Aahotep, pero al principio Si-Amón no notó la presencia de las mujeres; permanecían en un segundo plano en el sendero, bajo el emparrado de las vides. Ahmose se quedó observando, Tetisheri tenía un aire regio y Aahotep a su lado se sostenía el manto bajo la barbilla.

Si-Amón ayudó a los sirvientes a descargar la caja y a ponerla con reverencia bajo un árbol. Luego dio la orden de soltar las amarras de la barcaza. El timonel se hizo cargo del timón y dirigió la embarcación hacia la orilla occidental. Sólo entonces Si-Amón se volvió para mirar de frente los rostros interrogantes de sus familiares.

Corrió hacia ellos y se abrazaron, y por un momento se sintió rodeado del cariño de la familia, y el olor de la piel suave le hizo regresar a la infancia. Luego se separaron.

—Tenéis que ser valientes —advirtió. Ahmose parpadeó.

—La expedición estaba perdida desde el principio —dijo en tono vacilante—. Todos lo sabíamos. Pero tenía la esperanza de que nuestro padre conservara la vida. ¡Hemos rezado tanto…! —Tragó saliva convulsivamente—. Hice todo lo posible por salvarle la vida.

—Abre la caja —dijo Tetisheri con voz neutra. Si-Amón vaciló.

—Está muy malherido en la cabeza —advirtió, pero ella lo hizo a un lado. Aahotep la cogió del brazo y juntas se acercaron bajo un sol cegador. A una señal de asentimiento de Si-Amón, el hombre que custodiaba la caja sacó un cuchillo y desprendió la tapa. Ahmose se acercó a las mujeres, pero Si-Amón se dirigió a Kamose y se sentó junto a la litera, con la cabeza baja. Cuando volvió a mirar, su madre estaba arrodillada e iba apartando la arena que cubría el cadáver. No gritó, como Si-Amón supuso que haría. Cuando apareció la cara de Seqenenra con sus tremendas heridas abiertas, ella detuvo el movimiento de sus manos. Fue Ahmose quien profirió un gemido.

Durante unos instantes Aahotep permaneció de rodillas, tocando con la punta de los dedos la carne hinchada y negra; la sombra inmóvil de Tetisheri la cubría. Luego se levantó y puso los labios en la boca abierta en agonía de Seqenenra. Se enderezó y se llevó las manos temblorosas al escote de la túnica, la rasgó desde el cuello hasta la cintura, se dejó caer al suelo y comenzó a echarse tierra en la cabeza.

Tetisheri dio media vuelta y se acercó a los dos jóvenes, seguida por Ahmose. Tenía la cara petrificada de rabia. Detrás de ella, Si-Amón alcanzó a ver a dos sacerdotes sem que venían con paso rápido de la Casa de los Muertos, las cabezas gachas y las túnicas pegadas con fuerza al cuerpo para no contaminar a nadie que distraídamente se les acercara.

—¿Son graves tus heridas? —le preguntó Tetisheri a Kamose con los labios tensos.

—No, abuela —contestó él—. Un corte en el costado, hecho por una espada, y una cuchillada en la mejilla, eso es todo. Dentro de una o dos semanas volveré a estar como antes.

Ella asintió una vez y volvió su mirada terrible hacia Si-Amón.

—Aahmes-Nefertari todavía está en el lecho —dijo—. Ayer, a la caída del sol, dio a luz a un varón. Ve a verla en cuanto puedas. Todavía no sabe que has vuelto.

Y después de decirlo, los dejó y comenzó a caminar hacia la casa, la espalda erguida y los hombros derechos. Si-Amón sabía que ninguno la vería llorar. Se puso de pie y se acercó a la caja, donde los sacerdotes sem examinaban el cadáver.

—¿Es posible embalsamarlo? —preguntó Si-Amón en tono apremiante. Uno de

los sacerdotes le contestó, volviendo la cabeza para no respirar en dirección al rostro del príncipe.

—Aún estamos a tiempo, príncipe —dijo—. La arena ha frenado el proceso de descomposición. Pero no podremos reparar sus heridas, porque la piel ya está demasiado seca para que podamos coserla.

Si-Amón se sintió aliviado.

—No tiene importancia —les dijo—. Haced todo lo que podáis. Lleváoslo.

Si-Amón no podía soportar más tiempo ver el rostro negro y deshecho de su padre. De pronto se acercó a Aahotep, que estaba arrodillada, con las manos llenas de polvo sobre el regazo. Tenía la cabeza cubierta de arena, que también se le había pegado a la pintura del rostro. Si-Amón se puso a su lado, pero ella apartó el rostro.

—Déjame sola, Si-Amón —susurró—. Ve a ver a tu mujer. No puedes hacer nada por mí.

Obedeció y se levantó. Su hermosa madre era fuerte. Lloraría a solas, guardaría los setenta días de duelo, pero sobreviviría.

La litera de Kamose en aquel momento se internaba en el jardín sombreado, seguida de Ahmose. Kares, el criado de su madre, pasó junto a él haciéndole una reverencia y se situó unos pasos detrás de Aahotep, con los brazos cruzados. Si-Amón se preguntó con ansiedad dónde estaría consolándose Tani. De repente, como si le hubieran arrojado un cubo de agua a la cara, recordó a Mersu y lo que era necesario hacer. Trató de superar el pánico que comenzaba a invadirlo y se encaminó a las habitaciones de las mujeres. «Haré cada cosa en su momento —pensó—. Primero son Aahmes-Nefertari y mi hijo».

En la habitación de su esposa se notaba cierto frescor, a pesar de que las paredes exteriores soportaban los rayos del sol. Por la ventana entraban ráfagas de aire rancio que movían las cortinas de paja y también los mechones de pelo que caían desordenados sobre las mejillas de Aahmes-Nefertari; ésta dormitaba recostada sobre varias almohadas. Si-Amón le hizo una seña a Raa, que estaba sentada en un banco junto al lecho y, esbozando una sonrisa, la mujer salió. Si-Amón se acercó y besó los pálidos labios de su mujer. Ella despertó sobresaltada, lanzó un grito de alegría y le rodeó el cuello con sus brazos, atrayéndolo hacia sí.

—¡Si-Amón! ¡No lo puedo creer! No sabes lo preocupados que hemos estado desde que dejaron de llegar los papiros. ¿Has visto al niño? ¡Es tan fuerte, tan robusto…! ¿Qué ha sucedido? ¿Nuestro padre está ya en Het-Uart?

Hizo callar a su esposa besándola con repentina vehemencia para reducir el dolor y la desolación que le impedían respirar y le oprimían el corazón.

—¡Estás llorando! —Si-Amón asintió, impotente, apoyando la cabeza en los pechos de su mujer, sin reprimir ya los sollozos que lo estremecían. Ella lo abrazó con suavidad y esperó hasta que se hubo desahogado, después le ofreció un extremo

de la sábana para que se secara la cara y luego lo hizo sentar en el banco—. Una victoria era mucho pedir —dijo.

—Ya lo sé —respondió Si-Amón.

No se avergonzaba de haberse dejado llevar por el dolor; con ella, nunca. Aahmes-Nefertari lo miraba con desconfianza y con temor, y al ver sus ojos inquisitivos, Si-Amón supo que debía contárselo todo. Su sentimiento de culpa había empezado a levantar un muro entre ellos mucho antes de que abandonara Weset, y poco a poco había ido envenenando la relación entre ambos. Pero había llegado el momento de arreglar la situación.

Empezó a hablar con incoherencia, sin saber por dónde empezar: por la vida que llevaba en la finca, que no lo satisfacía; por el tedio y el desdén que le producía Weset, o por su visita a Teti durante la cual había sucumbido a la tentación de la soberbia. Así fue relatando poco a poco su historia, fría y terrible.

Aahmes-Nefertari no apartó los ojos ni un instante del rostro de su marido. De vez en cuando le miraba los labios o el pelo negro ensortijado, pero su mirada siempre volvía a los ojos. Si-Amón vio en ella incredulidad, conmoción, comprensión y dolor, pero hacia el final no vio lo que más temía, no había condena ni desprecio en el rostro de su mujer. Cuando terminó de hablar, ella se echó hacia atrás y miró al techo.

—¿Nuestro padre ha muerto? —preguntó con un hilo de voz—. Los sacerdotes sem…

—Sí —respondió Si-Amón, tragando saliva.

—Pero supongo que comprendes, Si-Amón, que habría muerto de todas maneras. En la planicie de Dashlut o en los canales de las afueras de Het-Uart, ¿qué diferencia hay? —Se sentó y se volvió a mirarlo con expresión de apremio—. La rebelión estaba perdida desde el principio, con o sin las cosas que has hecho en secreto. —Apretó los puños—. ¡No quiero perderte! No digas nada, hermano mío. Haz matar a Mersu. Convence a los demás de que no es necesario someterlo ajuicio. Ramose no estaba enterado de tu participación, ¿verdad? Entonces tampoco debe saberlo nadie más. ¡No quiero perderte! —Había alzado la voz.

Si-Amón permaneció en silencio. Aahmes-Nefertari hablaba sin pensar, obedeciendo a su instinto de conservación, tanto por ella como por su hijo, más allá de los problemas de conciencia, y él dejó que se expresara. Cuando por fin calló, con la cabeza sobre la almohada, Si-Amón se inclinó y le cogió ambas manos entre las suyas.

—No puedo —dijo—. Debo confesarlo todo y aceptar lo que la suerte me depare. ¿Crees que nuestra vida podría volver a ser como antes? Esto nos separaría, porque tú serías mi cómplice, y quizás hasta llegarías a odiarme. Y en cuanto a mí, el hombre que guarda un secreto deshonroso pierde poco a poco su orgullo y su virilidad. Y

llega el momento, Aahmes-Nefertari, en que sólo quedan el secreto y la culpa. Así no podría vivir.

—¡Pero si te entregas a la justicia, la familia te hará ejecutar! ¡No les quedará otra alternativa! —Dobló las rodillas bajo las sábanas blancas y golpeó el lecho con los puños cerrados—. No recuperaremos a nuestro padre ni se calmará la furia del rey. —De pronto, tuvo un pensamiento y se volvió hacia él sentándose en el borde del lecho —. Eres el hijo mayor —insistió, y los ojos le brillaban encendidos—. Ahora eres el príncipe de Weset y gobernador de las cinco provincias. ¡Oh, Si-Amón, la justicia está en tus manos y sólo en tus manos! ¡Perdónate!

—Aahmes-Nefertari —dijo él con tranquilidad—. ¿Cómo crees que podría respetarme a mí mismo, dictar justicia para los demás? ¿Cuánto tiempo conservaría tu aprecio?

—¿Y qué me dices de mí? ¿Y qué de nuestro hijo? ¡Raa! —La mujer entró haciendo una reverencia—. Trae al niño para que Si-Amón lo coja. —Se volvió, muy tensa, hacia su marido—. Si tú insistes en destruirte, ¿qué será de nosotros? Te quiero, te necesito, tu hijo necesita un padre. ¡No nos dejes, Si-Amón!

Poco después de que terminara de hablar apareció Raa con una criatura en brazos cubierta con una sábana. Con un nudo en la garganta, Si-Amón se puso de pie y extendió los brazos. Su hijo abrió los ojos y lo miró con expresión adormilada. Una mano pequeña y roja aferraba las telas de lino que lo envolvían. Se emocionó al reconocer en aquel pequeño rostro los pómulos fuertes de Seqenenra y sus ojos un poco rasgados. El niño desprendía un dulce olor a leche y a carne cálida y tierna. Aahmes-Nefertari lo miraba con dolorosa ansiedad.

—Está muy indefenso —susurró—. Y yo también, Si-Amón. ¡Por favor!

Si-Amón besó la frente húmeda de su hijo y se lo devolvió a Raa.

—Perdóname, hermana mía —dijo—. Yo no puedo.

Trató de tomarla en sus brazos, pero ella lo apartó con una fuerza salvaje y escondió la cabeza entre las almohadas. Cuando Si-Amón llegó a la puerta, su mujer sollozaba. «La justicia está sólo en mis manos —pensó Si-Amón desesperado, mientras dejaba a su esposa llorando y echaba a andar por el corredor—. Aahmes-Nefertari acaba de hablar con más verdad de lo que ella misma cree. La justicia está sólo en mis manos».

Después de dejar a su mujer, fue en busca de Tani. La encontró en la azotea del viejo castillo, en el lugar donde habían herido a Seqenenra, con el vestido lleno de jirones por donde ella se lo había rasgado, meciéndose en silencio. Al verlo llegar, se arrojó en sus brazos y él la consoló lo mejor que pudo y la convenció de que volviera a sus habitaciones.

Mientras regresaba al palacio, vio que su madre todavía permanecía tendida sobre la tierra, aunque protegida del sol por un toldo, y tanto Kares como Hetepet

permanecían cerca de ella esperando que terminara de desahogar su dolor. Si-Amón no la molestó. Ahmose había desaparecido, posiblemente estaría en los pantanos para poder sufrir en soledad. Muchos de los sirvientes que se inclinaban a su paso lloraban.

Si-Amón no deseaba más que encerrarse y reunir toda la energía que le quedaba, pero pensó que antes debía preguntar por Tetisheri. Por suerte, no vio al criado de su abuela. Isis atendió su llamada a la puerta y le informó de que Tetisheri estaba descansando y no deseaba que la molestaran. El humo del incienso se colaba en el corredor por la puerta abierta y a Si-Amón le pareció oír el canto del sacerdote de Tetisheri.

Se alejó de allí aliviado y buscó a Kamose, que había ordenado que pusieran su litera junto al estanque del jardín. Si-Amón se sentó en la hierba, a su lado.

—Aquí hay tanta paz… —dijo Kamose mientras Si-Amón doblaba sus largas piernas—. Después del desierto, este lugar tiene la virtud de cicatrizar las heridas y ajustar las cosas a sus proporciones reales. —Al ver que Si-Amón no hacía ningún comentario, preguntó—: ¿Están bien? ¿Cómo se encuentra Tani?

—La dejé en manos de Heket. Lo está pasando muy mal.

—Tani carga con un peso doble. —Kamose se movió e hizo una mueca de dolor mientras se tocaba la venda que tenía bajo el brazo—. Necesita a Ramose más de lo que nos necesita a nosotros. Dime, Si-Amón, ¿qué piensas hacer?

Si-Amón se sobresaltó.

—¿Con respecto a qué?

—Eres el heredero de nuestro padre. Ahora debes tomar tú las decisiones —respondió Kamose.

—¡Lo dices con voz demasiado solemne! —se indignó Si-Amón.

—Lo siento hermano, pero debemos hacer enseguida algo con respecto a Mersu. Si llega a sospechar que sabemos lo que ha hecho, desaparecerá, y muy pronto.

Si-Amón asintió a regañadientes.

—Ya lo sé. Tengo intención de hacerlo arrestar antes del anochecer. Pero estamos en pleno duelo, Kamose. Podemos juzgar a Mersu, pero no podrá ser ejecutado hasta que nuestro padre esté en la tumba. Sería más fácil degollarlo en la oscuridad.

Kamose volvió la cabeza para mirar a su hermano.

—Más sencillo pero en contra de todas las leyes de Ma’at —contestó—. Nos guste o no, Mersu debe ser juzgado como corresponde, ante la familia, el alcalde de Weset, y de Uni en calidad de jefe de criados de la finca. ¡Cómo se habrá reído Apepa de nosotros!

«Lo sabía —pensó Si-Amón mientras observaba el juego de sombras que se movían sobre las piernas desnudas de Kamose—, pero merecía la pena asegurarse. Tal vez Kamose hubiera accedido a que se matara en silencio a Mersu si pensase que

un juicio sería demasiado humillante y doloroso para todos nosotros».

—¿Y qué hará ahora Apepa? —preguntó con suavidad.

—Apepa puede tomarse tiempo para reflexionar y después hacer lo que quiera con nosotros —contestó Kamose—. Si yo estuviera en su lugar, nos haría matar a todos como un ejemplo para cualquier otro posible rebelde, pero eso tal vez significaría ganarse las antipatías de toda la nobleza hereditaria de Egipto. Los setiu pocas veces han obrado así, y Apepa no es distinto de los demás. Creo que conservaremos la piel, pero perderemos todo lo demás. —Se volvió para mirar al sirviente que estaba a pocos pasos de distancia y el hombre se le acercó enseguida y le ofreció agua. Bebió con avidez y volvió a tenderse en la litera—. ¡Daría cualquier cosa por echarle mano a Teti! —gruñó—. Le administraría personalmente las cinco heridas antes de clavarle el cuchillo en su panza bien alimentada.

Si-Amón se sintió acongojado ante el tono amargo de su hermano. «Si supieras la verdad, querido Kamose», pensó.

—Sin embargo, logro comprender sus actos —dijo—. Hoy en día, la verdad de Ma’at es difícil de discernir. Le tengo lástima a Teti.

Kamose no se dignó contestar e instantes después cambió de tema.

—¿Qué nombre le pondrás a tu hijo? —preguntó.

—Los astrólogos no han terminado de deliberar —replicó Si-Amón—. Yo aceptaré lo que decidan. —«Siempre que no decidan que debo llamarlo Seqenenra; se ha convertido en un nombre empañado por el sufrimiento y la muerte. ¡Oh, mi padre, puro e implacable!», pensó. Se puso de pie—. Apepa respetará el período de duelo —aseguró—, pero podemos estar seguros de que recibiremos el castigo inmediatamente después. Mientras tanto debemos saborear cada día.

Kamose tenía los ojos cerrados. Caía en el sueño repentino de los convalecientes.

—Sí —murmuró—. Sí.

Aquella noche la familia se reunió en el salón para cenar; un grupo abatido, con los ojos hinchados y poco apetito. Si-Amón había enviado una invitación a Amonmose y al alcalde de Weset; cuando habían empezado a comer en silencio y la servidumbre se retiró, Si-Amón se preparó para hablarles. Al levantarse tenía muy presente en la conciencia la alta figura de Mersu. El criado ocupaba su lugar habitual detrás de Tetisheri, quieto pero alerta a cualquier necesidad que tuviera su ama. Uni, Kares, Isis y el resto de los sirvientes más antiguos también permanecían atentos para escuchar a Si-Amón, aunque fingiendo que no les afectaba; pero Si-Amón sabía que sólo gracias al entrenamiento que recibían podían mantener el rostro inexpresivo y el cuerpo controlado.

Aahmes-Nefertari no se encontraba presente porque todavía se estaba recuperando del parto. Kamose estaba acostado en un catre de campaña con Hor-Aha a su lado. Aahotep se había lavado y lucía ropa limpia, pero permanecía sentada

frente a su mesa sin el adorno de ninguna alhaja. Ahmose masticaba pensativamente el asado de ganso y sólo el dolor en el rostro traicionaba su conducta serena. Únicamente Tetisheri asistió a la comida en todo su esplendor y completamente pintada.

«Es como las reinas antiguas —pensó Si-Amón al verla cuando se puso de pie para hablar—. Su arrogancia da fuerza a cada uno de los huesos de su cuerpo. Amaba con locura a su hijo y deseaba verlo sentado en el trono sagrado. Su sufrimiento es enorme, pero sólo los de más bajo rango social la verán llorar. ¿Qué pensaste hoy, Mersu, cuando tuviste que servir a una mujer destrozada? ¿Lamentas tan amargamente como yo lo que has hecho?». Vio a Tani sentada al otro lado de Kamose, con una mano sobre el brazo de su hermano. Si-Amón le sonrió y consiguió que ella le devolviera una débil sonrisa.

Todos se volvieron a mirarlo, expectantes. El silencio era tan completo que Si-Amón percibía el leve sonido que hacía el viento seco de la noche al pasar a través de las columnas. Su mirada se encontró con la de Hor-Aha y notó que el general estaba tenso y expectante. Respiró hondo y empezó a hablar.

Les habló de la marcha de Seqenenra, de la llegada a Qes, de la visita que les hizo Ramose en medio de la noche con su mensaje de traición. Por el rabillo del ojo notó que Tani se erguía, pero Mersu permaneció inmóvil. A Si-Amón le maravilló la frialdad de aquel hombre. Con la garganta cada vez más seca, describió el intento de Seqenenra de evitar el encuentro con Pezedkhu, su fracaso y su muerte cruel. Nadie se movía. Sólo las lámparas parecían tener vida, con las llamas que parpadeaban en las lámparas de alabastro mientras las sombras bailoteaban en las paredes.

Por fin Si-Amón hizo una seña y Hor-Aha se acercó.

—El hombre que atacó pérfidamente a Seqenenra y mantuvo informados a Teti y a Apepa está esta noche entre nosotros. —Si-Amón habló con más dureza—. Mersu, estás arrestado. Tu destino se decidirá cuando hayamos enterrado a nuestro padre.

Quería decir más, referirse a la naturaleza vil y traidora del crimen de Mersu, denunciarlo a gritos, pero su propia sensación de culpa lo contuvo.

Hor-Aha se acercó al criado y después de inclinarse ante Tetisheri, esperó. Mersu se puso a su lado, todavía sin perder su apariencia de dignidad. Sin mirar a nadie, abandonó el salón caminando muy digno detrás de Hor-Aha. Los que observaban la escena se sintieron aliviados de repente.

—No es un verdadero egipcio —dijo el alcalde—. Es setiu.

—¿Ramose te dijo todo aquello? —exclamó Tani—. ¿Arriesgó su vida para avisarte?

Si-Amón asintió, contento de ver una expresión que no fuera de dolor en su rostro. Ahmose se lavó los dedos en el cuenco de agua que el sirviente le ofrecía.

—¿Quién más oyó hablar a Ramose? —preguntó tajante—. Es necesario que

haya testigos, Si-Amón. Esta es una acusación demasiado grave para aceptarla sin pruebas.

Si-Amón miró con sorpresa a su hermano. La acostumbrada expresión adormilada de Ahmose acababa de ser reemplazada por una mirada en la que brillaba la inteligencia.

—Sólo nuestro padre oyó las palabras de Ramose —tuvo que admitir Si-Amón—. Pero nosotros, Kamose, Hor-Aha y yo fuimos llamados a reunimos con él aquella noche, instantes después de que Ramose volviera al campamento enemigo. Todos podemos atestiguarlo.

—Todavía no es suficiente. —Ahmose se secó los dedos en el paño que le ofrecían y se puso de pie—. Mersu tendrá que confesar.

—¿Estás llamando mentiroso a nuestro padre?

Si-Amón había perdido la paciencia e hizo la pregunta a gritos. Ahmose alzó las cejas.

—No, por supuesto que no. Nuestro padre era un hombre honrado y además, ¿qué motivo podía tener para mentir? Se trata simplemente de que la vida de un hombre está en juego. Debemos ser cuidadosos. ¿Puedo retirarme, príncipe?

Si-Amón permitió que se fuera. Tani se alejó de Kamose y se acercó a Si-Amón.

—¿Por casualidad Ramose dejó algún mensaje para mí? —preguntó en voz muy baja para que solamente Si-Amón pudiera oírla.

Su hermano sintió ganas de replicarle: «¿En un momento como aquel? ¡No seas ridícula!». Pero se mordió la lengua y decidió ser benévolo.

—No, Tani, no dejó ningún mensaje para ti —contestó—, estaba muy deseoso de hablar con nuestro padre y volver lo más rápido posible a su campamento. Recuerda que si lo hubieran descubierto cruzando nuestras líneas lo habrían matado.

—Sí, por supuesto. —Se llevó una mano a la mejilla—. ¡Qué tonta soy! Sólo que…

Si-Amón la tomó por los hombros.

—Tú sabes que te quiere —aseguró—. Nos habría advertido de todos modos, porque es un hombre de honor, pero sin duda aquella noche, mientras se dirigía a la tienda de nuestro padre, tú estabas en su pensamiento. Tienes que ser valiente, Tani.

—Estoy cansada de ser valiente —contestó ella—. Quiero ser otras cosas. Quiero ser feliz.

Dio media vuelta y salió corriendo del salón. Aahotep, que no había pronunciado una sola palabra, se levantó y la siguió.

Si-Amón se acercó a su abuela. «Me siento una niñera —pensó, en un instante de desesperación—. Como la madre de cinco criaturas que lloran al mismo tiempo. ¿Por qué recurrirán todos a mí en busca de consuelo o valoraciones?». Encontró la respuesta a su pregunta en el momento en que se sentó frente a Tetisheri, inmóvil y

esplendorosa con sus brillantes alhajas: «Porque ahora eres príncipe y gobernador. Eres el cabeza de familia».

—¿Abuela? —dijo.

Ella extendió una mano temblorosa. Si-Amón la tomó y sintió que estaba fría como la piel de una serpiente.

—Yo confiaba en él —dijo la anciana con voz temblorosa—. ¡Dioses! ¡Hasta lo quería! La vergüenza de ese hombre también me alcanza a mí. Me cuesta sostener tanto peso. —Volvió hacia Si-Amón el rostro, que más bien parecía una máscara—. ¿Es necesario que esperemos hasta que haya transcurrido el período de duelo?

Su control casi sobrehumano era más terrible y más patético que el estallido de Aahotep en el jardín o las lágrimas de Tani. En aquel momento, Si-Amón supo lo que debía hacer. Setenta días de duelo, un funeral y un juicio que de forma inevitable se convertiría en un asunto público, significarían una tensión insoportable para la familia, algo que costaría mucho soportar y que corroería su unidad y su ftierza, que ya eran frágiles y que todos se desesperaban por mantener. Y por encima de todo aquello, se cernía la perspectiva cierta del juicio del rey. Era demasiado. Si-Amón decidió que no permitiría que la familia se desmoronase, aunque no pudiera evitar que quedaran cicatrices.

—Tal vez no —contestó con suavidad—. Ve a tus aposentos, abuela. ¡Uni! —El criado se le acercó enseguida—. Escolta a la princesa a sus habitaciones y, por el momento, sé su sirviente.

Tetisheri se puso de pie con dificultad, apoyándose en el brazo de Uni. De repente representaba sus sesenta y dos años. Si-Amón miró al alcalde; él y Kamose hablaban con aire serio.

Si-Amón llamó al sumo sacerdote y Amonmose se apresuró a acercársele. Si-Amón lo llevó al jardín en aquella noche oscura. Fuera, más allá del alcance de las lámparas que daban una luz amarilla, los bancales de flores vacíos y la hierba estaban envueltos en una total oscuridad. Una luna pálida y delgada anidaba entre las cansadas estrellas y su luz era demasiado débil para reflejarse en la superficie turbia del estanque. Los arbustos desnudos eran apenas manchas negras en la pared del viejo palacio.

Si-Amón condujo al sumo sacerdote entre las columnas hasta los escalones de piedra y se detuvo cuando estuvieron a salvo de la luz interior, en plena noche.

—Amonmose —comenzó a decir en voz baja—, tú y yo no nos conocemos demasiado bien. Conversamos en los festivales de Amón y en las fiestas, pero los asuntos del dios eran cosa tuya y de mi padre, no mía.

Vaciló, buscando las palabras. Amonmose, interpretando mal el curso de sus pensamientos, intervino con preocupación.

—No debes temer que no haré todo lo posible por cumplir mis deberes para

contigo, tal como hice con tu padre, príncipe. Ahora eres gobernador. El bienestar de los sirvientes de Amón y el privilegio de comunicarse directamente con el dios están ahora en tus manos.

Si-Amón sonrió sin ganas. Con aquella luz débil, el rostro de Amonmose aparecía pálido y preocupado.

—En ningún momento he dudado de tu probidad para llevar a cabo tus deberes —lo tranquilizó el príncipe—. El dios a quien servimos con la más sincera devoción aquí en Weset, tal vez sea casi desconocido en los centros de poder de Egipto, pero ningún otro dios tiene sacerdotes más leales que tú y tus asistentes. No, lo que quiero es pedirte un favor.

De repente dejó de hablar. Una voz interior acababa de despertar y le susurraba: «Esta es tu última oportunidad de hacerte a un lado. Pide algo que no cause daño alguno. ¡Eres tan joven, príncipe, y tienes tanto que perder…! ¿Qué será de tu esposa y de tu hijo?». De repente la brisa de la noche le produjo un estremecimiento. Amonmose lo observaba con mirada expectante. Si-Amón respiró hondo.

—Necesito que prepares un veneno —dijo, midiendo las palabras—. Sé que los sacerdotes de Set son más expertos en este tipo de cosas que los demás, pero no quisiera que en el norte se enterasen de mis intenciones.

—Señor —interrumpió Amonmose con voz ronca—, antes de hacer algo así tendría que conocer el propósito. Soy sacerdote de Amón. Me niego a quebrantar una ley de Ma’at o a arriesgarme a que mi peso en el Salón de los Juicios ante los ojos de Anubis no sea favorable.

Con el rostro tenso, sus arrugas parecían más profundas; bajo la luz incolora de la luna, su cara parecía la de un cadáver.

—Ya sabes que juzgaremos a Mersu por traición —explicó Si-Amón—. También sabes que la ejecución no podrá tener lugar hasta que no hayamos enterrado a mi padre. Tengo dos motivos para querer que se cumpla mi sentencia. —Al ver que Amonmose quería protestar, Si-Amón levantó una mano—. Escúchame antes de negarte, sumo sacerdote. En primer lugar, no enterraremos a mi padre hasta dentro de dos meses como mínimo; mientras tanto, Mersu deberá permanecer en la finca, a pesar de ser una fuente constante de dolor y de ira para los miembros de la familia, que ya soportan más de lo que pueden. Y en segundo lugar, no tengo intención de darle al rey el tiempo suficiente para que me ordene que deje en libertad a Mersu. Y creo que lo intentará si sospecha que hemos averiguado la verdad. Cualquier excusa le bastará: un trabajo en el norte, una llamada para una consulta con su propio criado, cualquier cosa. Y en ese caso, yo tendría que obedecer. Mersu no debe tener oportunidad de evitar el castigo que merece. Lo ejecutaré yo mismo.

Amonmose permaneció en silencio, con la cabeza baja. Si-Amón ya no podía verle la cara, sólo el leve reflejo de la cabeza rasurada y la forma de su cuerpo.

Esperó con la paciencia necesaria. «Tú también serás mi juez —pensó—. Si me niegas lo que te pido, buscaré la manera de seguir viviendo, pero si aceptas, interpretaré tus palabras como un mensaje de los dioses de que también yo debo morir». Se sentía completamente tranquilo. El frío estremecimiento que tenía había cesado.

Por fin Amonmose levantó la vista y lo miró.

—Este asunto rebasa los límites de las leyes de Ma'at —señaló—, y el hecho de que sea bueno o malo depende por completo del carácter y la virtud de las personas que participen en él. Sin embargo, estás pidiendo más que una copa de veneno, príncipe; estás poniendo a prueba mi total lealtad.

«Supongo que sí —pensó Si-Amón, sorprendido—. Me alegro de no haberle ofrecido oro a cambio del veneno». Asintió con la cabeza.

—No lo había pensado —admitió—. En lo que a mí concierne, tu lealtad hacia esta familia nunca se ha puesto en duda. ¿Puedes darme una respuesta, Amonmose?

El sumo sacerdote asintió con la cabeza.

—Confío en ti, príncipe, y creo que, igual que tu padre, harás lo que es debido. Te prepararé el veneno. Mersu merece morir.

—Gracias.

Amonmose lo entendió como una despedida, hizo una reverencia y se alejó. Si-Amón permaneció mirándolo algunos instantes mientras el sumo sacerdote se dirigía a los escalones del embarcadero donde esperaban soñolientos los porteadores de la litera para llevarlo otra vez al templo. A continuación lo devoraron las sombras. Si-Amón se volvió y se dio cuenta de que le temblaban las piernas.

Antes de acudir a la protección de sus habitaciones y desmoronarse en soledad, decidió ir a la celda de Mersu. El criado estaba detenido en su propia habitación y al ver aproximarse a Si-Amón, Hor-Aha, que estaba sentado en el suelo (telante de la puerta, se levantó. Los guardias saludaron.

—No es necesario que te quedes aquí —le dijo Si-Amón a Hor-Aha, al notar que el general estaba pálido—. Que te vuelvan a vendar el hombro y luego ve a dormir. Estás extenuado.

Hor-Aha hizo una reverencia.

—Ya lo sé —contestó—. Después de haber cerrado la puerta con llave, me senté para esperar a que llegaran refuerzos y ya no tuve ánimos para levantarme. Ha sido un día extenuante.

—¿Ha hablado Mersu?

Hor-Aha negó con la cabeza.

—Mantiene una gran entereza. Tanto que desconfío, a pesar de saber que esta habitación no tiene otra salida.

Si-Amón se acercó.

—Quiero verlo. Puedes ir a descansar, general. Duerme bien y por la mañana tráeme un informe de lo que se haya podido salvar de la desastrosa campaña de mi padre. Pero que no sea demasiado temprano. —Hor-Aha volvió a hacer una reverencia y se alejó, tapándose el hombro hinchado con el manto y caminando a la luz de una antorcha. Si-Amón hizo una seña a uno de los guardias—. Abre la puerta.

En cuanto la abrieron, Si-Amón entró y la cerró con el pie. Mersu se levantó e hizo una profunda reverencia. Estaba sentado en su camastro haciendo rodar entre los dedos un par de astrágalos. Después de que Si-Amón entró en la habitación apenas iluminada, los puso sobre la tapa de un cofre y el príncipe, sorprendido por la tranquilidad del sirviente, notó lo gastados que estaban. Era un juego que gustaba a todos, pero nunca había imaginado a Mersu en nada tan frivolo. El pensamiento lo desconcertó durante un momento y el desconcierto dio paso a la ira. Haciendo un esfuerzo, logró dominarse.

—Se te ve notablemente tranquilo, Mersu —dijo.

El hombre se encogió de hombros.

—¿Para qué gastar energías y perder mi dignidad luchando contra el destino? —contestó—. He cumplido con mi deber hacia el rey y tengo la conciencia tranquila. Dormiré el sueño de los justos, príncipe.

Si-Amón buscó algún indicio de insolencia en el rostro tranquilo del sirviente, pero sólo descubrió atrevimiento en sus palabras firmes.

—Estás convencido de que el rey te dejará en libertad antes de que Seqenenra haya sido enterrado —dijo, hablando con lentitud—. Por eso no te preocupa tu arresto.

Mersu sonrió.

—Tal vez —reconoció—. Pero también confío en tu clemencia, príncipe.

—¿Qué? —exclamó Si-Amón, adelantándose con furia.

Pero Mersu no se inmutó.

—Si no me declaras inocente, o por lo menos abandonas mi caso por falta de pruebas, contaré a tus hermanos y a todos los que quieran escucharme que tú también tuviste parte en la derrota de Seqenenra. ¿Serás lo suficientemente valiente para permanecer a mi lado ante los jueces, oh, príncipe? —En aquel momento su tono era de burla y la sonrisa no se borraba de sus labios—. Dentro de dos meses espero estar en camino hacia Het-Uart. Mientras tanto, no me importa estar prisionero. He trabajado mucho y durante largo tiempo para tu abuela. Me hace falta un descanso.

Si-Amón se quedó sin palabras. Su sangre se rebelaba, no sólo contra la dureza del criado sino contra su grosería, la completa indiferencia que las palabras revelaban ante el rango y la categoría de Si-Amón. «Para él no somos más que señores advenedizos y provincianos —pensó con ira—. Se avergüenza de habernos servido. Sólo se siente digno de servir a un rey, y nuestra aspiración al trono también lo

avergüenza. Bueno, ya veremos quién tiene el poder en esta región de Egipto, ¡vil gusano setiu!».

Si-Amón avanzó un paso y le pegó una bofetada en la boca.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? —preguntó en tono tajante—. ¡No eres más que un labriego! Mientras esperas el momento del juicio puedes tejer esteras de juncos para las habitaciones de los demás sirvientes, así tal vez recordarás cuál es tu verdadera posición. Tetisheri te ha acostumbrado mal. Tu espíritu es menos noble que el del labriego más bajo que se afana en su trabajo.

—¿Y qué me dices de ti? —preguntó Mersu casi en un susurro. No hizo el menor intento de tocarse la cara, donde el golpe de Si-Amón había dejado una marca blanca —. ¿Qué eres tú, orgulloso Tao?

Si-Amón mantuvo la mirada del asesino, penosamente consciente del desagradable humo negro que salía de la lámpara, del suelo de tierra irregular que tema bajo los pies y de la sábana arrugada que cubría el camastro de Mersu.

—Que así sea —dijo con los labios tensos. Dio media vuelta y salió.

Capítulo 10

Aquella noche Si-Amón permaneció solo en su lecho, sin poder dormir, escuchando el dolor de la gente de Weset. Las mujeres entonaban en las calles cantos fúnebres por Seqenenra; sus voces agudas y sus quejidos lastimeros cruzaban el río y retumbaban en las paredes del viejo palacio. Acababan de comenzar los setenta días de duelo por el príncipe. Su cuerpo estaba tendido en la Casa de los Muertos, se le habían quitado las entrañas y era custodiado por sacerdotes sem que recitaban sobre él, a intervalos, las oraciones rituales, antes de volver a sus extrañas meditaciones.

Dos días después, regresó Amonmose. Mientras Si-Amón, recostado en una de las columnas del pórtico que desde el despacho de su padre conducían a los escalones, escuchaba la voz seca de Hor-Aha que le daba informes acerca de la disposición de los soldados supervivientes, observó que el sumo sacerdote se les acercaba por el jardín. Vestía un *shenti* hasta la altura de los tobillos, muy almidonado. Las sandalias eran de cuero rojo, el pectoral que lucía en el pecho era de oro y jaspe y tenía los ojos pintados con galena. Llevaba la piel de leopardo sobre un hombro, y el morro del animal casi rozaba el suelo. Lo flanqueaban dos acólitos, uno llevaba el bastón blanco con las plumas doradas de Amón y el otro, una pequeña caja de madera.

Si-Amón levantó una mano y Hor-Aha dejó de hablar.

—Reanudaremos después este informe —dijo al general—. Amonmose ha venido en visita oficial y creo que trae el nombre de mi hijo. Envía a alguien a avisar a Aahmes-Nefertari. Que le digan que se prepare para recibir la visita del sumo sacerdote.

Apenas se dio cuenta de que Hor-Aha se iba. Tenía la mirada clavada en la caja de aspecto inofensivo que llevaba el pequeño acólito mientras Amonmose se detenía y le hacía una reverencia; fue su manera de saludar al sacerdote e invitarlo a refugiarse bajo la relativa frescura del pórtico.

Amonmose subió los escalones con la frente cubierta de sudor.

—¡Valor, amigo mío! —exclamó Si-Amón sonriendo mientras le hacía señas de que entrara—. Faltan pocos días para la inundación. ¿Me traes el nombre de mi hijo?

Pero mientras hablaba, su mirada no se apartaba del acólito que, sumisamente, permanecía fuera, al sol. Al ver el ensimismamiento del príncipe, Amonmose volvió a hacerle una reverencia.

—¡Por supuesto que sí, príncipe! También te he traído lo que me pediste. Ten cuidado cuando lo manipules. Si una sola gota cae sobre la piel, produce quemaduras.

Si-Amón volvió la atención hacia el sacerdote.

—Antes que nada, hablemos de vida —pidió en voz baja a pesar de que un escalofrío de horror le recorría la columna vertebral—. ¿Qué dicen los astrólogos?

Esperó con ansiedad mientras pensaba en su primer hijo, el pequeño al que apenas llegó a conocer y que en aquel momento yacía en la tumba a medio construir. Amonmose sonrió.

—Creo que te sentirás satisfecho —dijo—. Han elegido el nombre de Ahmose-Onkh.

«Ahmose-Onkh». Si-Amón sintió un alivio en el corazón. Era un buen nombre, sólido, conservador y reconfortante; familiar y cómodo, como el paso de las horas de sueño en Weset. Era justo que la criatura llevara el nombre de Ahmose, el único entre los hombres de la familia que seguía siendo alegre y a quien no habían tocado directamente la guerra y la destrucción; y el sufijo *onkh*, derivado de *ankh*, la cruz ansada, símbolo de la vida misma, reforzaba la vitalidad del nombre. Si-Amón devolvió la sonrisa al sumo sacerdote.

—Me parece completamente aceptable —dijo—. Ahora ve a decírselo a Aahmes-Nefertari.

Pero antes de retirarse, Amonmose hizo una seña al pequeño acólito, que subió corriendo los escalones, se inclinó ant Si-Amón y le ofreció la caja.

—Un regalo de mi parte para tu hijo —explicó Amonmose para que lo oyera el acólito, y dirigiendo una mirada de advertencia a Si-Amón, añadió—: Es de gran valor, príncipe. Guárdalo bien.

Si-Amón cogió la caja, puso una mano sobre la negra cabeza del acólito, se despidió del sumo sacerdote y se volvió hacia el despacho vacío. La madera estaba caliente y despedía un fuerte olor a cedro. Temblando, levantó la tapa. En el interior había un recipiente de alabastro con la tapa sellada con cera. Después de mirarlo, Si-Amón cerró la caja y se la puso bajo el brazo, se encaminó a su aposento y la escondió debajo del colchón. Luego fue en busca de Aahmes-Nefertari.

Encontró a su esposa en la azotea, sentada entre cojines y bajo un toldo, con el niño dormido a su lado. Raa vertía esencia de loto en un cuenco de agua que contenía un trozo de tela en remojo. Al ver que el príncipe se acercaba por la azotea, hizo una reverencia y se alejó. Aahmes-Nefertari sonrió y le tendió los brazos. Iba desnuda y su túnica arrugada estaba en el suelo.

—¿Estás contento? —preguntó, sonriente—. Me parece un nombre precioso. Amonmose acaba de irse y decidí subir hasta aquí y pedirle a Raa que me bañara. ¡Qué calor hace esta tarde!

Si-Amón se arrodilló para que lo abrazara. La piel de su mujer estaba caliente y seca y despedía un leve olor a fruta. El pelo que rozaba la cara de Si-Amón también era cálido y suave, y ligero como la niebla del río. Si-Amón le besó los labios sin pintar.

—A mí también me parece un nombre precioso. —Sonrió—. Ahmose estará encantado. —Volvió su atención hacia la criatura. Ahmose-Onkh dormía con el

abandono de la felicidad perfecta. Después de haber bebido demasiada leche, yacía con las piernecitas morenas sobre la sábana, las negras pestañas se movían sobre las mejillas mofletudas, la boca que parecía un capullo de loto estaba levemente abierta. Si-Amón acarició maravillado la aterciopelada piel del pequeño con el dedo—. ¡Qué perfección! —exclamó— y, emocionándose, tomó conciencia de todo lo que lo rodeaba.

La piel del niño parecía cubierta de rocío; la sábana sobre la que estaba acostado era de un blanco deslumbrante. Aahmes-Nefertari terna la mano apoyada en un cojín azul. Fascinado, Si-Amón se fijó en las marcas blancas que quedaban en los dedos de su mujer cuando no llevaba los anillos, las líneas de Jos tendones, el vello suave, casi invisible, que había entre los nudillos. Recorrió con la mirada la desnudez de sus piernas morenas y brillantes, el tobillo inclinado, los dedos del pie encallecidos, y luego levantó la vista para mirarle el resto del cueipo. Se había quedado sin aliento, como si hubiera corrido un largo trecho.

Las borlas rojas que se alineaban en el borde del toldo destacaban claramente sobre el aguamarina intenso del cielo de aquel día de verano. Más allá, las líneas del desierto y el templo, el complejo relieve de los edificios de Weset y los grupos de arbustos que veía junto a las plateadas ondulaciones del rio, impresionaron a Si-Amón como algo extranjero y exótico, algo ajeno a él, algo que no le pertenecía. Entre sus ojos y su corazón se había establecido un flujo de mensajes intensos pero ininteligibles, que evitaban su conciencia. Los colores del verano, beis, plateado y marrón, destacándose sobre un azul vivido, lo quemaban como una espada ardiente.

—Aahmes-Nefertari —dijo, apenas reconociendo su propia voz—, te propongo que nos quedemos aquí arriba durante el resto del día. Dile a Raa que se retire; yo te bañaré. Así podremos conversar. A la caída del sol pediremos que nos suban comida, en lugar de ir al salón.

Aahmes-Nefertari se volvió a mirarlo, sorprendida, preparada para hacerle una broma, pero algo en la expresión de su marido la contuvo.

—Muy bien —dijo—. Raa se puede llevar consigo al niño.

Pero Si-Amón se opuso.

—No, Lo cuidaremos nosotros.

Su esposa se recostó en los cojines y le sonrió.

—¡El sol te ha vuelto un poco loco, Si-Amón! ¿Así que nos dejaremos llevar por la pereza? ¡Perfecto! ¡Báñame!

Ordenaron a Raa que permaneciera dentro de la casa y, mientras el sol dibujaba con lentitud un arco hacia el oeste, conversaron. Si-Amón iba modificando la posición del toldo para que les diera sombra en cada momento. En dos ocasiones se quedaron adormilados, tendidos sobre los desordenados cojines. Si-Amón roció el cuerpo de su mujer con agua perfumada. La miró dar de mamar al hijo. Hablaron de

Seqenenra, de la infancia compartida, pero como por un acuerdo silencioso, no se refirieron al futuro. A Si-Amón le habría gustado hacer el amor allí, en la azotea, bajo el sol cada vez más suave, pero Aahmes-Nefertari todavía estaba recuperándose del parto.

Al llegar la tarde aparecieron los sirvientes con cerveza, vino tinto, pasas e higos, granadas, pan y pasteles de miel. A medida que Ra era devorado lentamente y la marea roja de su lucha inundaba la tierra, los esposos se quedaron en silencio, tendidos uno al lado del otro en un abrazo fraternal, y lo observaron desaparecer.

Cuando la luz dio paso a la noche y las estrellas empezaron a brillar en el cielo, que todavía conservaba el más tenue matiz del azul, Si-Amón tomó en brazos al niño y acompañó a Aahmes-Nefertari hasta sus aposentos. Una vez allí, ella se volvió para mirarlo. Detrás de los dos, Raa encendió las lámparas, sirvió agua fresca para la noche y preparó el lecho.

—Ha sido una tarde maravillosa —dijo Aahmes-Nefertari, besando a su marido —. Si no estuviéramos de luto por nuestro padre, si no hubiera tristeza entre nosotros, habría sido perfecta. Pero tú no eres el mismio, Si-Amón.

Él le devolvió el beso y sintió que el pequeño peso de su hijo abandonaba sus brazos cuando Raa se lo llevó para acostarlo.

—Ninguno de nosotros es igual que antes —contestó—. Tal vez nunca volvamos a ser lo que fuimos. ¿Cómo vamos a serlo? El porvenir es muy oscuro, Aahmes-Nefertari. Te amo y eso es lo único que cuenta. —Durante un instante su mirada le recorrió el rostro, la piel bronceada por el sol, casi negra; los ojos castaños límpidos y suaves, sin pintar; la boca bien formada, sólo un poco más clara que el resto del cutis —. Duerme bien —dijo al fin.

Aahmes-Nefertari asintió sonriendo y cuando su marido hubo salido, cerró la puerta.

Aparte de los guardias, los corredores estaban desiertos cuando Si-Amón los recorrió camino de sus aposentos, la casa silenciosa y sus habitantes extenuados después de un día de calor intenso. Mientras escuchaba el sonido de sus sandalias en el suelo, Si-Amón se preguntó qué estarían haciendo los demás miembros de la familia. El impulso de averiguarlo, de volver atrás, era muy fuerte, pero se resistió por considerar que era un intento de su *ka* de alejarlo de su propósito. No ganaría nada con eso. Además, sabía dónde estaba cada uno. Eran de su carne y de su sangre, y sus caracteres y hábitos eran tan rutinarios como los suyos propios en aquella vieja y lúgubre casa. Tetisheri estaría en su cuarto orando o escuchando historias. Su madre debía de estar conversando con Isis… y evocando todos los recuerdos que tenía de Seqenenra. Aahmes-Nefertari… mejor no pensar en ella cuando levantaba los brazos para que Raa le pusiera la delgada túnica de dormir y luego caminaba hacia la cuna de su hijo para inclinarse por última vez sobre el niño dormido. Kamose, ya repuesto

pero todavía tenso, estaría sentado solo en la oscuridad del jardín, sumido en pensamientos que ningún otro miembro de la familia compartiría, reacio a retirarse a sus aposentos. Y Ahmose posiblemente andaría vagando cerca del río, acompañado por un guardia. Tani estaría durmiendo.

Si-Amón devolvió el grave saludo del guardia apostado frente a su puerta y entró en la habitación. Estaba desierta, pero su sirviente había dejado una luz sobre la mesa del lecho. Abrió el pequeño altar de Amón y puso unos cuantos granos de incienso en el incensario. Luego encendió el carbón, arrojó encima algunos granos más y tras dejar el incensario sobre el altar, comenzó a recitar sus oraciones nocturnas. Antes de la muerte de su padre, pocas veces se molestaba en llevar a cabo aquel ritual, pero últimamente sentía la responsabilidad que Seqenenra puso sobre sus hombros y se había acostumbrado a acudir al dios todas las noches, como parte de su deber con la familia y con el cargo de gobernador. Oró con devoción y luego cerró el pequeño altar. Ignoraba si lo que se proponía estaría dentro de las leyes de los dioses que gobernaban Egipto, o si el monstruo terrible de Sebek, siempre esperando con la balanza, lo aniquilaría. «Pero esta es la única manera de limpiarme —pensó sombríamente mientras recuperaba la caja escondida bajo el lecho y la ponía en la mesa—. Debo ahorrarles a todos el sufrimiento de mi juicio».

Se acercó a la puerta y pidió a un sirviente que le alcanzara una escribanía. Hacía muchos años que no escribía nada por sí mismo, pero había sido un buen alumno y había dibujado los caracteres primero sobre piezas de cerámica y después, bajo la mirada vigilante del maestro, sobre hojas de papiro. Todavía no lo había olvidado. Cuando el sirviente regresó, Si-Amón cogió la escribanía, se sentó y se la puso sobre las piernas cruzadas. Murmuró una oración a Tot, cogió el pincel de junco y comenzó.

No tardó mucho en redactar la confesión a la familia de su culpa y su vergüenza, y lo hizo en una esmerada escritura hierática en negro. Resistió la tentación de justificarse porque en aquel momento, por fin, sabía que toda justificación sería una falsedad. Había obrado mal y lo debía pagar. Y firmó: «Si-Amón, príncipe y gobernador de Weset». El papiro absorbió con rapidez la tinta negra. Si-Amón lo enrolló, se acercó al arcón y cogió su cuchillo favorito, una daga con mango de marfil que le había regalado su padre hacía años. Se pasó el filo con lentitud por el dorso de la mano y vio brotar la sangre como la estela de una embarcación. Estaba bien afilada. Volvió a abrir la caja, sacó el frasco y salió al corredor. Le entregó el papiro al soldado.

—Cuando termines la guardia, entrégale esto al príncipe Kamose —dijo, y sin esperar respuesta se alejó por el corredor.

La celda de Mersu estaba próxima a las habitaciones de las mujeres. Si-Amón caminaba con paso seguro, la mirada fija en los pies, permitiendo que su mente se

llenara de una sucesión de imágenes de su corta vida y evitando expresamente las emociones, excepto el convencimiento de la inutilidad de todo aquello.

Estaba casi frente a la puerta de Mersu cuando notó que alguien le tocaba el brazo. Se detuvo, sobresaltado; Tani apareció a su lado. Estaba descalza y se apretaba el manto contra el cuerpo. Si-Amón estuvo a punto de dejar caer el irasco de alabastro. El corazón le saltaba dentro del pecho.

—¡Tani! —exclamó—, ¿qué haces vagando sola por la casa?

—No puedo dormir —confesó ella—. Heket ya está roncando en su estera y las demás sirvientas están en sus habitaciones. He conversado un rato con el guardia que está junto a mi puerta, pero me he dado cuenta de que incomodaba al pobre hombre, de manera que he decidido caminar un poco. —Se mordió los labios—. Me siento sola, Si-Amón. No tengo con quién compartir mi soledad. A la abuela le gusta su aislamiento; nuestra madre se refugia en su dolor y no quiero preocuparla con el mío; Kamose todavía está herido y, ya sabes como es él, aun cuando habla contigo da la impresión de estar en otro mundo. Necesito a Ramose.

De repente advirtió lo que su hermano llevaba y su mirada pasó del cuchillo al frasco de alabastro y luego al rostro de Si-Amón.

—¿Qué haces con esto? —A Si-Amón no se le ocurrió ninguna respuesta. La aparición de Tani lo había conmocionado y se sentía desorientado. Mientras buscaba una respuesta, ella se le acercó más, con el entrecejo fruncido—. ¿Adónde vas, Si-Amón? —preguntó imperativamente y con un dejo de temor en la voz—. ¿Para qué necesitas una daga dentro de casa? —De repente, Si-Amón sintió que lo sujetaba; le había rodeado la muñeca con ambas manos—. ¿Vas a matar a Mersu, verdad? —susurró—. ¿Verdad que lo vas a hacer?

Si-Amón estuvo a punto de decirle que se ocupara de sus asuntos y luego mandarla a su aposento, pero no había nada infantil en la expresión de Tani, en su mirada intensa e inquisitiva. «Ya no es una niña —pensó con cierta sorpresa—. Tiene quince años, sólo dos menos que Aahmes-Nefertari. ¡Qué encerrado en mí mismo he estado!».

—Sí —contestó. Todavía sentía que las uñas de Tani se le clavaban en la piel—. Voy a matar a Mersu. Así es más limpio y menos angustioso que un juicio, Tani, y Amón sabe que merece morir.

Esperaba que ella gritara, que retrocediera, que tratara de impedírselo con una serie de argumentos, que diera rienda suelta a su indignación, pero Tani lo miró con tranquilidad. Poco a poco, una luz extraña apareció en sus ojos, una especie de fría aceptación. Lo soltó.

—Tienes razón —dijo—. Que sea él y no nosotros quien pague por la muerte de nuestro padre. Apuñálalo bien, Si-Amón.

Con una dignidad que nunca había visto en ella, Tani volvió sobre sus pasos,

desapareciendo tras el recodo entre una nube de lino que flotaba a su alrededor. No miró atrás.

El encuentro dejó en Si-Amón una sensación de vaga ansiedad. «Mata a Mersu, pero decide seguir viviendo —le exigía una voz interior—. Tani está cambiando. ¿Quién aparte de ti se ha dado cuenta? La familia te necesita. ¡Weset te necesita!». Profirió un quejido, admitiendo la tentación, e instantes después se encontró frente a la puerta de la celda de Mersu.

El guardia saludó. Si-Amón le sonrió.

—¿Una noche tranquila, soldado? —preguntó.

El extremo de la espada del hombre rozó el suelo.

—Así es, príncipe —contestó.

—¿Y el prisionero?

—Hace dos horas comió pan y caldo. Al anochecer vino Hor-Aha para asegurarse de que todo estuviera bien y Uni envió una gavilla de juncos para que el prisionero estuviera ocupado.

A pesar de su estado de ánimo, Si-Amón no pudo menos que sonreír ante la imagen del orgulloso criado, sentado en el suelo tejiendo esteras de junco.

—Muy bien. Voy a entrar. Permanece en tu puesto y no respondas a nada de lo que oigas dentro. ¿Me has comprendido?

El hombre asintió con la cabeza.

—Soy el sirviente de mi señor —contestó.

Si-Amón le puso suavemente una mano en el hombro y entró. El guardia cerró la puerta y un aura de irrealidad envolvió a Si-Amón. Se inclinó para depositar el frasco de alabastro en el suelo de tierra, mientras sentía que cada uno de sus músculos respondía con solemnidad a los dictados de un oscuro rito religioso fraguado en el misterio. Cuando se irguió no le habría sorprendido verse envuelto en el shenti de lino de los sacerdotes y con el rostro cubierto por la máscara ceremonial de Set. Resistió el impulso de tocarse la cara.

Mersu estaba echado en su camastro con las piernas cruzadas y los brazos detrás de la cabeza. En un rincón de la habitación mal iluminada había un montón de juncos desordenados. Los restos de la sencilla comida del criado estaban en una bandeja en el suelo. Al oír que se abría la puerta, Mersu levantó la vista y al ver quién entraba, comenzó a levantarse. Se quedó de pie con los brazos caídos a los costados y Si-Amón, que lo observaba con atención, notó que al ver la daga, en el rostro inescrutable de Mersu por primera vez se pintó una expresión de incertidumbre. Si-Amón se pasó los dedos delante de los ojos, seguro de que palparía el morro gris y peludo de Set y sus afilados colmillos, pero al ver la expresión de Mersu lo sacudió una sensación exultante, la fría excitación del verdugo.

—Sí —dijo con voz tranquila y controlada—. He decidido evitarte y evitarme a

mí la tensión de un juicio, Mersu. ¿No creíste que tendría valor, verdad? Este es tu juicio —le indicó Ja daga—, y este otro —añadió señalando el frasco de alabastro—, será el mío. Si por casualidad llegaras hasta el punto en que pesen tu corazón, no esperes que te reciban en presencia de Osiris porque he escrito un papiro dirigido a mi familia, y cuando lo lean, tu cuerpo no será embalsamado. Y tal vez el mío tampoco. —Mersu había palidecido. Si-Amón lo vio retroceder hasta el camastro, en el que se apoyó—. ¿Tu nombre sobrevivirá en alguna parte? —continuó diciendo Si-Amón—. ¿Crees que Sutekh, el dios de los setiu, te rescatará y te premiará por tu lealtad hacia Apepa? —Se estaba convirtiendo en vengador, y la amargura de su alma se alzaba como un torrente de odio hasta su lengua; pero era un hombre de sangre real, era un príncipe, y haciendo un esfuerzo sobrehumano recordó que Mersu no tenía la culpa de su propia falta de virtud—. ¿Deseas hablar antes de morir?

Mersu tragó saliva, se pasó la lengua por los labios y luego pareció reunir fuerzas. Su cara siguió estando gris como la de un cadáver, pero se irguió.

—No hay nada que decir. Tal vez sea mejor así, príncipe. Yo me libero de la humillación de una ejecución pública y tú, de la vergüenza y la censura de tu familia. En cuanto al destino de mi *ka*, bueno, los dioses de Egipto ya no son tan poderosos como las deidades de los setiu. Sobreviviré. —Se encogió de hombros, gesto cuya intención era provocar pero que a Si-Amón le impresionó por su patetismo—, de todos modos no sería capaz de tejer esteras de junco.

Calló y clavó la mirada en Si-Amón. Durante algunos instantes, ambos se miraron fijamente y Si-Amón tuvo la sensación de que en el silencio el criado recuperaba la confianza, volviendo a su insolencia, y que él mismo se debilitaba mientras tanto. La exaltación lo abandonaba y lo dejaba tembloroso, confuso y con una voluntad cada vez más débil. Sabía que si no asestaba el golpe enseguida, saldría huyendo y se hundiría para siempre en el deshonor. Notaba el mango de marfil de la daga cálido en la palma de la mano.

Sujetó la daga con fuerza y dio un paso adelante. Mersu lo vio llegar. Sólo las rígidas líneas del cuello y el espasmo de un músculo junto a la boca revelaron su creciente terror. Si-Amón respiró hondo y hundió la daga en el vientre de Mersu. Lanzando un gruñido, el criado se llevó las manos a la daga y se dobló sobre sí mismo. La sangre le empapó el *shenti* y comenzó a correrle por las piernas. Si-Amón la sentía húmeda y caliente en sus dedos.

—Esto es por mí —susurró—. Mersu tenía los ojos desorbitados. Si-Amón se apoyó en el pecho del criado, le arrancó la daga, cogió a Mersu por la nuca y hundió de nuevo el metal, esta vez debajo de la oreja hacia el interior del cráneo. Mersu tuvo un estremecimiento y cayó al suelo. Y esto por mi padre —dijo jadeando Si-Amón.

El príncipe se desplomó en el camastro y permaneció respirando pesadamente y mirándose las manos. Estaban cubiertas de sangre y los brazos tenían salpicaduras

hasta los codos. El pecho y el *shenti* también estaban manchados de sangre. Mersu había quedado doblado sobre sí mismo en el suelo, con los ojos sin vida fijos en los pies. Si-Amón esperó a que su corazón dejase de latir con fuerza y decidió tomar conciencia sólo del paso de los instantes. Cuando su corazón recuperó la tranquilidad, lo compadeció y luego sonrió ante lo absurdo de su pensamiento.

El frasco de alabastro seguía donde lo había dejado casi hacía una eternidad. Se levantó, fue a buscarlo y lo llevó hasta el camastro. «Kamose será mejor gobernador de lo que yo hubiera podido ser jamás —pensó mientras quitaba el sello de la tapa—. Le importan poco las apariencias y mucho el bienestar de las provincias, mientras que yo sólo podría pensar en las glorias de Het-Uart y en obtener un lugar junto al rey. ¡Maldito sea! Kamose se casará con Aahmes-Nefertari, este es el camino que Ma'at nos señala, y adoptará a mi hijo». Cerró los ojos con ftierza ante la imagen de su mujer con el niño al lado, ambos desnudos y adormilados por el calor de la tarde. Después miró la botella con detenimiento; contema una pequeña cantidad de un líquido oscuro. Lo acercó a su nariz. No olía. Con cuidado, para no volcar ni una gota, lo alzó y bebió, haciendo una mueca de desagrado porque tema un sabor muy amargo.

En el acto comenzó a arderle la garganta y el sudor le empapó el cuerpo. Apretó los dientes para contrarrestar el fuego que se extendía por el estómago, volvió a tapar el frasco y lo puso en la mesa de Mersu, y enseguida descubrió que le resultaba imposible enderezarse. Se envolvió el cuerpo con los brazos, mientras se mecía y gemía, pero muy pronto, cuando el dolor fue excesivo, no pudo sofocar los gemidos. No podía pensar; su última sensación fue de increíble soledad.

Kamose estaba soñando. El sueño era tantas veces recurrente que, aun dormido, tema conciencia de una sensación de bienestar y de expectación. En la primera escena podía encontrarse en cualquier lugar de la finca, en sus habitaciones, en el jardín, junto al río, hasta en el salón de recepciones, pero allí donde estuviera lo envolvía la misma sensación de agradable expectación. Aquella noche soñó que estaba sentado en el jardín. Anochecía. Ra acababa de desaparecer en la boca de Nut y el estanque reflejaba el cielo tranquilo y rojizo. La noche comenzaba a lograr que la hierba, los macizos de flores, los arbustos y los árboles resultaran indistintos, y dentro de la casa empezaban a brillar algunas luces. Con la irracionalidad de los sueños, Kamose comprendió que todavía podía ver bien. Se encontraba en una estera, al borde del estanque, con una mano dentro del agua cálida. Grupos de lotos golpeaban en sus dedos y las flores despedían una fragancia embriagadora.

Durante un rato se complació en saborear la tarde en sueños, pero luego sus sentidos se pusieron alerta y aquella excitación familiar le recorrió el cráneo y le inmovilizó los dedos. Estaba frente al sendero que corría bajo las viñas hasta los escalones del embarcadero. Sabía que era invierno porque la lozanía de todo lo que

crecía a su alrededor hablaba de una inundación terminada hacía poco. Las uvas todavía colgaban pesadas y negras de las vides y los racimos estaban maduros y cubiertos de polvo. «Ella se acerca —pensó en el sueño, mientras se le hacía un nudo en el estómago—. Se acerca». Algunas veces la mujer se alejaba de él caminando con lentitud y él corría y trataba de alcanzarla. Otras, aparecía de repente, siempre alejándose, y Kamose trataba de ponerse frente a ella antes de que el sueño terminara, pero siempre llegaba tarde. Durante muchos meses aquel sueño lo envolvió en su deliciosa languidez, pero nunca había visto más que la espalda de la mujer.

En aquel momento miró hacia el embarcadero, donde el sendero se introducía en la oscuridad del emparrado de las vides y sí, allí estaba, de pie, con una mano en alto, preparándose para arrancar una uva. Bajo la túnica transparente que le caía hasta los tobillos, su cuerpo moreno se afinaba en una cintura estrecha y se curvaba en la redondez de las caderas. Era alta. En su pecho, sobre la piel sedosa, colgaba un pectoral suspendido de una cadena de plata. Llevaba la cabeza muy erguida. Tenía el pelo espeso, negro y lacio, con el brillo de las alas del cuervo cuando las ilumina el sol, y Kamose se fijó en la cinta de oro que le rodeaba la frente y de la que colgaban minúsculas cruces ansadas; y sobre ellas, apenas visible, la espalda de una cobra. Pulseras de electro engarzadas con lapislázuli le rodeaban los suaves brazos, y los largos dedos que extendía hacia las uvas estaban cubiertos de anillos.

Kamose se sintió desfallecer de deseo y de algo más, puesto que aquel sueño no se parecía a los sueños agotadores y lascivos de la juventud. Aquella mujer desconocida era la suma de todos sus deseos. Cogió una uva entre el pulgar y el índice y al hacerlo se volvió ligeramente. Kamose contuvo el aliento y, con lentitud y en silencio, se puso de pie y comenzó a acercársele. La viña se estremeció cuando la mujer arrancó la uva y se la llevó a los labios. Al hacerlo, Kamose vio su mejilla inalcanzable y se movió con cuidado, sin atreverse a hacer el menor ruido. En sueños anteriores la había llamado, o había corrido tras ella dando traspiés, pero ante cualquier mido que hiciera, ella se desvanecía. Así que en aquel momento recurría al sigilo y se le acercaba cada vez más, los labios entreabiertos por la concentración, y los puños cerrados. El aura de mito que rodeaba a la mujer le producía un mareo fascinador. Hasta entonces nunca había logrado acercarse tanto a ella. Cuando se detuvo, el corazón le latía desbocado. Avanzó la mano para tocarle el hombro y durante un instante de delirio la pudo tocar con los dedos. Estaba fría y los dedos de Kamose se deslizaron por su piel como un aceite suave.

Pero en aquel momento sintió que lo aferraban por la muñeca y ya no estaba en el jardín. Tendido de espaldas en el lecho, a la débil luz de una calurosa noche de verano, alguien se inclinaba sobre él. Confuso, dolorido y desorientado, intentó sentarse.

—¡Kamose! —le susurró una voz junto al oído—. ¡Por favor, despierta! Estoy

preocupada.

Kamose se sentó en el lecho temblando. La almohada estaba tirada en el suelo y había estado durmiendo con la cabeza en el colchón. Se frotó los hombros.

—¡Tani! —exclamó, sorprendido, mientras seguía luchando por retener el sueño, todavía desilusionado por la interrupción—. ¿Qué sucede?

Ella se arrodilló a su lado.

—Se trata de Si-Amón —masculló—. No podía dormir y vagaba por la casa cuando me topé con él en el corredor, cerca de la celda de Mersu. Llevaba una daga y un frasco en las manos. Confesó que iba a matar a Mersu y yo estuve de acuerdo en que sus razones para hacerlo eran válidas. Pero el frasco… —En su angustia volvió a cogerse a Kamose—. Estoy asustada, Kamose. Parecía frío e inalterable, pero terna una expresión extraña. No me di cuenta hasta un rato después. ¿Qué había en ese frasco?

Kamose le puso una mano tranquilizadora en la cabeza y bajó las piernas del lecho.

—No te preocupes —dijo, aunque él también se sentía inquieto—. A pesar de que Mersu merecía la muerte, Si-Amón no debió tomarse la justicia por su mano. No es fácil matar a un hombre, Tani, ni siquiera en el fragor de una batalla. No me sorprende que Si-Amón te haya parecido extraño. Espera fuera, me pondré un *shenti* e iremos a buscarlo.

—Gracias, Kamose, tú siempre me consuelas.

Tani se separó del lecho para dirigirse deprisa hacia la puerta. Kamose se puso de pie y sacó un *shenti* de un baúl. «¿Así que la consuelo? ¡Oh, Tani, deberías verme en mis sueños! Si-Amón, habría preferido que no perdieras la cabeza por este asunto de Mersu. Un juicio y una condena formales habrían estado más de acuerdo con Ma’at. La abuela te reprenderá, sin duda».

Kamose se reunió con Tani en el corredor. La noche todavía pendía pesadamente sobre la casa y las antorchas goteaban. Ambos se encaminaron a los aposentos de Si-Amón, que no estaban lejos de los de Kamose. Tani le cogió de la mano. En el trayecto pasaron frente a la puerta de Ahmose. El guardia los saludó. Estaban a punto de seguir su camino cuando la puerta se abrió y asomó el rostro agotado de Ahmose.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Hace un rato oí que el guardia saludaba a alguien y ahora aparecéis vosotros dos.

—Debe de haber sido Si-Amón —exclamó Tani—. ¿Volvió a pasar por aquí? —le preguntó al soldado.

—No, princesa —contestó el hombre—. Me dirigió unas palabras y siguió su camino. No he vuelto a verlo.

—Bueno, pero de todos modos miraremos en sus habitaciones —dijo Kamose—. Acompáñanos, Ahmose.

Kamose no podía comprender su propia ansiedad. Ahmose tenía en la mano una sábana y se la puso alrededor de la cintura.

—¿Si-Amón ha dado muerte a Mersu? —preguntó Ahmose mientras se apresuraban por el corredor—. ¡Qué extraño! Es muy estricto en cómo deben hacerse las cosas. ¡Me cuesta creerlo!

«Así es —pensó Kamose, sobresaltado—. Si-Amón, el amante del protocolo y defensor de las reglas según las que deben vivir los príncipes».

A los pocos instantes llegaron a la puerta de Si-Amón. Estaba cerrada. Kamose saludó al guardia.

—¿Está mi hermano en la habitación? —preguntó.

El hombre negó con la cabeza.

—No, príncipe, no está. Salió hace alrededor de una hora. Me pidió que te entregara esto cuando terminara mi guardia.

Kamose cogió el papiro. La ansiedad que crecía en su interior se convirtió en un grito apremiante. Quería correr hacia donde estuviera Si-Amón, pero ignoraba por qué. El mensaje no estaba sellado. Kamose lo desenrolló, lo puso bajo la luz de una antorcha y lo leyó con rapidez. Lanzó un grito y volvió a leerlo. Después dejó a Tani al cuidado del guardia.

—¡Quédate aquí! —ordenó—. No debes moverte, ¿me entiendes? Espérame. Cuídala —ordenó al soldado mientras corría por el corredor—. ¡Ven, Ahmose!

—¿Qué dice el papiro? —preguntó Ahmose, jadeando—. ¡Esto es una locura!

—Sí, lo es —replicó Kamose sombríamente—. Nuestro espía era Mersu, pero Si-Amón también había estado pasando información. Tiene intenciones de matar a Mersu y luego suicidarse. ¡Apresúrate!

—¡Dioses! —logró exclamar Ahmose. Doblaron hacia las habitaciones de las mujeres. Poco después se detenían ante la celda de Mersu. El guardia, pálido y visiblemente aliviado de verlos, los saludó tembloroso.

—¡Oh, príncipe Kamose, me alegro mucho de verte! El príncipe Si-Amón está dentro. Me ordenó que no entrara aunque oyera cosas extrañas y no puedo desobedecerle, pero algo terrible ha sucedido ahí dentro y él no ha vuelto a salir.

—¡Estúpido! —dijo Kamose—. ¡Un buen soldado algunas veces debe usar su propio juicio! Abre la puerta y entra.

El hombre abrió la puerta con torpeza. Dejó la espada en el suelo, sacó la daga y entró con cautela en la habitación. Kamose y Ahmose lo siguieron. La luz era muy débil. La lámpara que había junto al camastro ya estaba apagándose por falta de aceite y arrojaba sombras que oscilaban por la pequeña habitación. Kamose estuvo a punto de tropezar con el cadáver de Mersu. Se arrodilló con rapidez y sus ojos experimentados pasaron por alto la sangre ya casi seca y oscura y se detuvieron en la herida mortal que tenía bajo la oreja. Colocó el cadáver boca arriba. Tenía el

abdomen destrozado.

Ahmose se había arrojado hacia el cuerpo tendido en el camastro. Se detuvo como herido por un rayo.

—¡Kamose! —exclamó en voz baja y ahogada.

Su hermano se puso de pie con lentitud, como si el peso de una sombría certeza entorpeciera sus movimientos. Pasó por encima del cadáver de Mersu y fijó la mirada en el camastro. Si-Amón tenía la cara contorsionada por los estertores de su agonía. Una espuma negra le rodeaba los labios. Sus facciones rígidas expresaban tanta pena y resignación que Kamose supo que aquella escena había quedado impresa de una manera tan vivida en su conciencia que jamás olvidaría ni un solo detalle.

—¡Si-Amón! —exclamó—. ¡Si-Amón! —Se lanzó sobre el camastro, abrazó el cadáver todavía tibio y comenzó a balancearse con la mejilla contra el cabello de su hermano gemelo. Ahmose los miraba, petrificado. Kamose tenía una vaga conciencia de que su hermano menor permanecía allí sin moverse. Aunque tenía ganas de gritarle que se marchara para poder dar rienda suelta a su amargo pesar, reflexionó sobre lo que se debía hacer—. Ahmose, despierta a las mujeres y tráelas, pero no permitas que entren. Guardia, ve en busca de ayuda y que por el momento lleven el cadáver de Mersu a los establos. Alerta a los sirvientes. Quiero que laven de inmediato este cuarto y que cambien las sábanas del camastro.

Ambos hombres salieron. Durante unos preciosos instantes, Kamose quedó a solas con su gemelo. Ni siquiera entonces le resultó fácil llorar, y continuó meciendo a Si-Amón y acariciándole la cabeza. En el silencio le asaltaron pensamientos coherentes que le hablaban con voz fuerte:

«En tiempos mejores, tus debilidades no habrían importado, Si-Amón —pensó, consumido por una cólera fría—. Si nuestro padre hubiera sido rey desde un principio, si no te hubiera importado más lo que es correcto que lo que está bien, si hubieras aprendido a ser temerario…». Besó la frente sin vida y al hacerlo sintió que comenzaba a desenroscarse dentro de su alma el germen del verdadero odio. Con rapidez germinó en él algo oscuro y malvado. «Apepa —pensó Kamose con rabia—. Tuya es la culpa. Primero mi padre y ahora Si-Amón. La familia ha quedado diezmada y la culpa la tienes tú. ¡Setiu miserable! ¡Peste extranjera!». Los insultos que lanzó al rey aliviaron su dolor, pero eran más que un consuelo; reforzaron las raíces de su nuevo odio y lo alimentaron para que fuese más firme y duradero.

Los sirvientes entraron corriendo y un silencio temeroso se mezcló con las órdenes que Uni murmuraba. Limpiaron la sangre, extendieron arena limpia en el suelo y se llevaron el cuerpo de Mersu. Uni y Kamose levantaron a Si-Amón para que pudieran sacar la sábana del camastro y poner otra limpia, y luego lo tendieron con suavidad sobre el lino perfumado. Alguien llevó un recipiente lleno de agua caliente y, al levantar la mirada, Kamose vio a Tani exprimiendo un paño. Las

lágrimas rodaban por sus mejillas.

—¡Ahmose! —gritó Kamose, furioso—. ¡Te dije que mantuvieras fuera a las mujeres! Ahmose se asomó a la puerta.

—Pero ella insistió —dijo—. Aquí están nuestra abuela y nuestra madre. Aahmes-Nefertari ya viene. Esperaré hasta que nos digas que pueden entrar.

—No es una visión para ti —le dijo Kamose con brusquedad a Tani, pero ella sólo le sonrió, con el paño empapado en las manos.

—La culpa fue mía —explicó con voz quebrada—. Fui demasiado torpe para comprender lo que realmente sucedía cuando me lo encontré en el corredor. Si hubiera discutido con él, si hubiera corrido a buscarte enseguida… Permíteme hacer esto, Kamose.

—Tú no tienes la culpa —dijo él con dureza—. Si-Amón eligió este momento hace mucho tiempo.

Tani no contestó. Kamose retrocedió y la vio lavar con movimientos seguros el rostro atormentado de Si-Amón y la costra de sangre seca que le cubría las manos y el pecho. Y supo que nunca volvería a restarle importancia a su hermana menor.

Cuando Kamose dejó que las mujeres entraran en la habitación, Si-Amón estaba preparado, con los brazos pegados a los costados, cubierto por una tela de lino blanco. Sin embargo, no habían podido hacer nada para borrar el dolor y el terror de su muerte, que seguían reflejados en su rostro. Aahmes-Nefertari corrió hacia él, se arrodilló a su lado y apoyó la cabeza en su pecho.

—¡Ignoraba que estuviera sufriendo tanto! —sollozó—. ¡Me lo dijo todo y no hice nada! —Levantó la cara angustiada hacia Kamose—. ¡Yo quería que matara a Mersu y luego guardara silencio! —Siguió llorando.

Aahotep sencillamente se sentó en el camastro y puso una mano en las piernas de su hijo. Parecía aturdida. Tetisheri se acercó al camastro y permaneció con los brazos cruzados sobre la túnica de dormir, el pelo gris despeinado, el rostro consumido. Habiendo terminado su tarea, Tani se sentó en un rincón con la cabeza en las rodillas.

—He leído el papiro —dijo por fin Tetisheri—. Si-Amón hizo lo acertado. Fue débil, pero en definitiva la sangre de sus antepasados triunfó en su interior.

Kamose la miró. Parecía tranquila, pero inconscientemente se pellizcaba los brazos con tanta fuerza que ya empezaba a hacerse daño. Iba a acercarse a ella cuando Aahotep se puso de pie de un salto, echando chispas por los ojos.

—¿Esto es todo lo que puedes decir? —gritó—. ¡Éste es mi hijo, tu nieto! ¿Ni una palabra de amor, Tetisheri, ni una lágrima por los de tu propia sangre? ¿Cómo es posible que seas tan fría? Yo le habría ahorrado esto. Habría ocupado su lugar, de haber creído que podía resolverlo, ¡y sin embargo fue a su propio padre a quien traicionó! ¡Acude a Set con tu arrogancia, tu cruel aceptación de un código de conducta sin sentimientos! —Hizo un esfuerzo por controlar su agitación—. El no

sólo es culpable de traición —dijo con voz entrecortada—; es un suicida. ¿Cómo va a ser posible embalsamarlo y enterrarlo? ¿Qué dios lo recibirá?

Tetisheri la escuchó con aire impasible. Luego rodeó el camastro y tiró de Aahotep para que se levantara.

—No dije que no lo quisiera —contestó Tetisheri con dureza—. No fue necesario. Esta familia es mi vida. ¡Mi vida! Dije que había hecho lo acertado; hice el mayor cumplido a mi pobre nieto. Weset es el único lugar de Egipto donde los hombres saben lo que está bien.

De repente su férreo control vaciló. Arrugó el rostro y extendió las manos en un gesto incontrolable. Aahotep la abrazó.

—Kamose, tú eres ahora nuestra autoridad —dijo Ahmose—. Mersu merece la aniquilación total, por supuesto, y ordenarás que su cuerpo sea arrojado al Nilo. Pero ¿qué harás con Si-Amón? ¿Su último acto no fue de valiente expiación? Su suicidio no fue la actitud de un hombre que trata de evitar sus responsabilidades o los obstáculos de la vida.

—Lo sé. —Kamose se inclinó y alejó a Aahmes-Nefertari del cuerpo de Si-Amón —. ¡Ya basta! —le dijo con rudeza—. Lograrás ponerte enferma. Piensa en tu hijo, Aahmes-Nefertari. Si-Amón se avergonzaría de tu actitud. —Ella contuvo sus fuertes sollozos y recostó la cabeza en el pecho de Kamose—. No puede ser embalsamado como corresponde —dijo Kamose a su hermano menor—. Permitirlo sería aprobar todo lo que ha hecho. Pero me niego a que pierda su alma. Que los sacerdotes sem conserven su cuerpo entero, sin extraer sus órganos, sin oraciones especiales, sin ceremonia. Después será envuelto en una piel de oveja y enterrado con rapidez.

—¿En una piel de oveja? —exclamó Aahmes-Nefertari—. ¡Eso no, Kamose! ¡Eso es una ignominia! ¡Es una vergüenza!

—Es tan sólo lo que merece —dijo Kamose, y el tono de su voz no admitía réplica—. Si pudiera, él mismo lo aprobaría, Aahmes-Nefertari.

Entonces intervino Aahotep.

—Tienes razón —dijo con tristeza—. Es justo, Kamose.

Kamose hizo una seña a Uni, que se encontraba esperando junto a la puerta.

—Trae a los sacerdotes sem y comunícales estas instrucciones —dijo. Uni le hizo una reverencia y desapareció—. Ahmose, por favor, di a Raa y a Isis que vengan. Madre, abuela, vosotras tenéis que descansar. Aahmes-Nefertari, te enviaré al médico.

Poco a poco fue atendiendo las necesidades de las mujeres de su familia, las sacó de la habitación, mandó buscar al médico; hasta que llegaron los sacerdotes sem a llevarse a Si-Amón. Kamose se sentía enfermo y tan cansado que las piernas ya no lo sostenían. Ninguno había tenido tiempo para los recuerdos. Esto vendría después, durante las largas horas de paz, cuando juntos aprendieran a hablar de Si-Amón sin

dolor y a conjurar la vergüenza que había ocasionado a la casa.

Estaba a punto de salir de aquella habitación que parecía haber sido su prisión durante una eternidad, cuando recordó a Tani. Se volvió y la llamó, tendiéndole una mano. Ella se le acercó y la tomó, agradecida.

—Gracias por no haberte olvidado de mí —dijo.

Kamose consiguió sonreír.

—Ven —le ordenó, guiándola al corredor—. Te acompañaré a tus aposentos, Tani.

No le gustaba el aspecto que tenía su hermana. Sus ojos parecían sólo negras pupilas rodeadas de grandes ojeras. Los dedos que apretaba con su mano estaban muy fríos.

—Kamose —dijo ella vacilante, mirando con un estremecimiento la puerta todavía abierta de la habitación de Mersu—, por favor. ¿No podría dormir esta noche en tu habitación? No quiero estar sola.

—¿No preferirías estar con nuestra madre?

Tani negó con la cabeza.

—No —contestó en tono vehemente—. Tú me haces sentir segura. Quiero estar contigo.

Kamose ordenó a su criado que pusiera un catre al lado de su lecho y mientras Heket lo arreglaba obligó a Tani a beber un poco de vino.

—¡Tengo mucho frío! —se quejó la mujer.

—Es por la impresión que has recibido. Ven. Acuéstate. Heket ha traído más mantas y dormirá junto a la puerta. No tienes nada que temer.

—Sí, tenemos mucho que temer —susurró ella cuando él se inclinó a besarla—. Debemos temer al futuro, Kamose. Mira lo que la vida le ha hecho a Si-Amón.

Él quiso tranquilizarla, decirle que lo que Si-Amón había hecho tenía consecuencias inevitables, pero no tuvo fuerzas para hacerlo. A Tani se le cerraban los ojos. Kamose apagó la lámpara y se tumbó en el lecho, consciente de haber vivido toda una vida en unas pocas horas. Desde el momento en que Tani lo había despertado, se había convertido en un viejo. «Apepa lo pagará —pensó mientras se dejaba llevar por el sueño—. Con el tiempo se te hará justicia, Seqenenra, y también a ti, hermano. Yo me encargaré de ello».

Capítulo 11

Despertó cuando comenzaba a amanecer y permaneció acostado, totalmente consciente, con las manos detrás de la cabeza, escuchando la respiración regular de Tani y observando la primera luz sin color que penetraba en la habitación. Sabía que los sirvientes de la cocina y de la casa ya debían de estar levantados porque, por lo general, comenzaban sus tareas bastante antes de que se levantara la familia; pero no oyó ni un hablar alegre, nadie entonaba canciones en el corredor ni se oían los golpes de sandalias en el suelo. «Debo reunir energías y levantarme —pensó—. Es necesario hacer frente a la tragedia. Hoy mi madre, Tetisheri y todas las mujeres querrán hablar y llorar, y se dirigirán hacia mí porque ahora soy el cabeza de familia. Esperarán que sea fuerte, que tome decisiones, cuando no existe ninguna decisión que pueda tomar para tranquilizarlas. ¿Cuándo llegará a Het-Uart la noticia del suicidio de Si-Amón? ¿Qué hará Apepa?».

Con el corazón apesadumbrado, se levantó del lecho y fue descalzo hasta la puerta. Fuera, su criado esperaba pacientemente en el banco.

—Akhtoy —dijo Kamose—. Envía a alguien al templo. Mándale decir a Amonmose que esta mañana lleve a cabo los ritos en mi nombre. Encárgate de que Ipi esté preparado en el despacho de mi padre cuando me haya bañado y vestido. —Cuando volvió a entrar en la habitación, notó que Tani estaba despierta. Le sonrió—. ¿Te sientes mejor esta mañana?

—Sí —contestó ella, sin devolverle la sonrisa—. Pero tuve malos sueños, Kamose. ¿Qué sucederá con nosotros?

Se oyó un discreto golpe en la puerta y Kamose besó a su hermana en la punta de la nariz.

—Mi sirviente está listo para lavarme —contestó—. No debes preocuparte por el futuro, Tani; permanece oculto en los deseos de los dioses y también está en mis manos. ¿No tienes confianza en tu hermano mayor?

—¡Por supuesto que sí! —replicó ella mientras se sentaba y bostezaba—. Es sólo que…

Kamose levantó un dedo para hacerla callar.

—No sigas. Te enviaré a Heket, hoy quiero que vayas a consolar a nuestra madre. Eres mucho más fuerte de lo que crees, pequeña Tani. ¿Recuerdas cómo conversabas con nuestro padre cuando se estaba reponiendo de su herida? ¡Nadie lograba hacerlo sonreír como tú!

—¡Ya no soy la pequeña Tani! —respondió ella con indignación—. Pronto cumpliré dieciséis años. ¿Te parece que tener veintiuno es ser muy viejo, Kamose? De todos modos, era distinto cuando nuestro padre estaba sólo herido y recuperándose. No sabré qué decirle a nuestra madre.

Lo dijo con voz temblorosa. Kamose se sentó en el borde del catre de su hermana y le cogió las manos.

—Nada de lágrimas —dijo con severidad—. Te pido por favor que seas fuerte por mí, Tani. Hoy me hace falta tu ayuda. Trata de ver también a Aahmes-Nefertari. Ayer, quien más perdió fue ella.

—Es cierto —contestó Tani con cierta falta de interés—. Pero tú te casarás con Aahmes-Nefertari porque ahora eres príncipe y ella es la hermana mayor. Te tendrá a ti para confortarla y consolarla.

Kamose la escuchó sorprendido. No había pensado en aquel deber.

—Haré todo lo que pueda para consolaros y confortaros a todas —replicó—. ¡Vamos, Tani, levántate! Ni nuestro padre ni Si-Amón nos perdonarían que permitiésemos que el dolor nos convirtiera en seres débiles.

Mientras él iba a la puerta en busca de un sirviente para ordenarle que llamara a Heket, oyó que su hermana se levantaba del catre. Una vez bañado y vestido con un *shenti*, Kamose se encaminó al escritorio. No tenía hambre, a pesar de que el aroma de pan recién horneado llenaba la casa. De sólo pensar en comida se le hacía un nudo en el estómago y se sentía indispuesto. Tenía necesidad de alejarse de allí, de coger un carro y salir al desierto donde, en medio del calor y el silencio, pudiera tratar de cicatrizar sus heridas, como hacía siempre que tenía necesidad de estar solo; pero aquella solitaria complacencia tenía que esperar.

Cuando entró en el despacho, Ipi se puso de pie y se inclinó ante él. Más allá del escriba, la luz temprana del sol pasaba entre las columnas, iluminando el suelo de baldosas; desde el jardín se oían las voces de los sirvientes. Kamose vaciló en la puerta, y por un momento el coraje lo abandonó al ver la sencilla silla de cedro de su padre detrás del escritorio y un montón de papiros dejados por Si-Amón poco tiempo antes sobre la tapa del baúl donde se archivaban los documentos. Después cruzó hacia el escritorio y se apoyó en él. Ipi ya estaba sentado en el suelo con la escribanía en las rodillas y una expresión expectante en el rostro.

«¿Cómo empezar? —pensó Kamose, deprimido—. ¿Qué debo decir?». Dio un suspiro.

—Lo vamos a intentar —dijo. El escriba inclinó la cabeza y Kamose notó que murmuraba la oración a Tot mientras cogía el pincel—. «Para Ramose, mi hermano, salud. Tú conoces las desgracias que han caído sobre nosotros aquí, en Weset, y si la respuesta a esta carta es el silencio, lo comprenderé; pero te ruego que antes de alejarte de nosotros recuerdes los años de amistad y reciprocidad que ha habido entre tu familia y la mía. También te pido que recuerdes el lazo que te une a mi hermana Tani. Si en realidad la amas, no la abandones ahora. Sigas o no pensando en hacerla tu esposa, ven a visitarla. Ha perdido a su padre y recientemente a un hermano».

Hizo una pausa. ¿Debía contarle todo a Ramose? No. Sin duda alguna, Teti leería

el papiro. La noticia de la muerte de Si-Amón inevitablemente debía estarse propagando hacia el norte, y no tenía sentido que le proporcionara a aquel canalla la satisfacción de leerla directamente, para que pudiera solazarse con los problemas que tenían.

—«En este momento te necesita —continuó dictando—. Pon las condiciones que quieras para hacer esta visita; no me opondré a nada de lo que exijas. Sólo te pido que vengas». —Lo pensó un instante y luego asintió con la cabeza—. Eso es todo. Pon la fecha y cuando tengas una copia en limpio, la firmaré personalmente.

—¿Quién la llevará, alteza? —preguntó Ipi.

—Entrégasela a Uni. Yo le daré las instrucciones necesarias. Podemos prescindir de él durante una o dos semanas.

Una vez despidió al escriba, se sintió tentado de salir al jardín, pero se resistió. Aquel día el dolor reinaba en Weset y él debía participar de aquel dolor, compartirlo, a pesar de sus ganas de alejarse y gemir a solas. Aunque no le apetecía, se encaminó a las habitaciones de las mujeres.

Las semanas del luto parecían arrastrarse con lentitud, un día daba paso a otro igual, de manera que Kamose comenzó a creer que siempre habían estado afligidos; que Seqenenra y Si-Amón habían muerto hacía *hentis*, y que con la muerte de ambos el tiempo había dejado de fluir. Todas las mañanas acudía al modesto templo de Amón para homenajear al dios, orar y escuchar a Amonmose cantar las admoniciones. Atendía los asuntos de administración que se le presentaban; se reunía con el resto de los miembros de la familia ante el santuario de Anubis, dios de la bienaventuranza y los ritos funerarios, para rezar por un adecuado embalsamamiento de Seqenenra y un peso favorable para su corazón, y secretamente incluía a Si-Amón en sus oraciones, como sabía que hacían los demás. Día tras día hablaban de sus muertos con lágrimas en los ojos, pero gradualmente las lágrimas se secaron y los recuerdos se hicieron más llevaderos.

La inundación se retrasaba. El verano tórrido continuaba, y en medio de su angustia, la familia de Seqenenra no podía creer que el Nilo alguna vez fuera a aumentar su caudal para volver a fertilizar la tierra. Era como si el mismo Egipto hubiese muerto junto con el más leal de sus hijos.

Ra se alzaba y descendía a pesar del ensimismamiento en que se había hundido la familia. Pero un día llegó un heraldo del Delta. El hombre no se dignó poner sus pies en los escalones del embarcadero, sino que lanzó el papiro a Uni, que regresaba de Khemennu y se acercaba a Weset, le dirigió un altivo saludo y volvió a embarcarse. Uni corrió en busca de Kamose. Él y Ahmose habían estado inspeccionando las caballerizas en compañía de Hor-Aha. Varias yeguas estaban a punto de parir y Kamose estaba preocupado por ellas. Los tres hombres acababan de cruzar el campo de entrenamiento y entraban en el jardín cuando Uni se les acercó con una reverencia.

—Un mensaje del norte —dijo, tendiéndoles el papiro.

Los tres hombres se miraron y por un instante Kamose pensó que no sería capaz de coger el papiro. De repente el periodo de luto acababa de finalizar. El oasis de dolor que era la casa había sido invadido y el mundo exterior se colaba por la brecha abierta.

—Gracias, Uni —consiguió decir por fin mientras cogía el papiro—. Puedes retirarte.

El criado se inclinó y se alejó.

—Este año no se nos han exigido impuestos —dijo Ahmose con voz tensa y rostro solemne—. Lo había olvidado. ¿Crees que…?

Kamose miró con aire pensativo a su hermano. Ahmose tenía el pelo castaño cubierto de tierra y la boca entreabierta.

—Yo no lo había olvidado —contestó Kamose—. Sencillamente no pensé en ello, no me pareció importante.

—Ordéname que me retire, alteza —dijo Hor-Aha, pero Kamose lo retuvo.

—No —dijo—. Quédate, general. No tenemos secretos contigo. —Se tocó la cicatriz de la herida de la mejilla—. Rezo por que sea nuestro gravamen, pero lo dudo. —Rompió el sello, desenrolló el papiro con rapidez y lo leyó—. No se trata de eso. Apepa viene a Weset. Trae consigo el Trono de Horus para poder sentarse en él a juzgar a esta familia. Dice: «Por respeto al dolor de esa gran señora Tetisheri, postergaremos nuestro viaje hasta que su hijo haya sido enterrado, pero esperamos ser recibidos pasado ese día con toda la pompa y d respeto que merecemos. Si Isis ha comenzado a llorar, viajaremos por los caminos del desierto».

Ahmose hizo una mueca.

—De manera que ni siquiera la inundación nos permitirá ganar tiempo —dijo—. ¡Bueno, por lo menos nuestro padre no vivió para ver el día de nuestra humillación!

Hor-Aha observaba con atención a Kamose. Éste sintió que los ojos negros del general lo miraban con expresión especulativa.

—¿Qué bienvenida prepararás al rey, príncipe? —preguntó con tac to. Pero Kamose negó con la cabeza.

—Nada me gustaría más que recibir a nuestro dios con una bienvenida especial de todo Weset —dijo, apretando los dientes—. Pero es imposible. Nuestro ejército se ha dispersado, los soldados están en sus granjas, los medjay han vuelto a sentarse alrededor de hogueras a muchas noches de distancia. Además —añadió, dedicando una sonrisa triste a Ahmose—, en la familia no queda el afán de luchar. Al menos por ahora. Es demasiado pronto.

Ahmose asintió.

—Debemos aceptar nuestro castigo —dijo—. Tengo la seguridad de que Apepa comprenderá la torpeza que representaría ejecutar a príncipes de sangre real egipcia.

Por eso me pregunto qué nos tendrá preparado.

—No quiero ni pensarlo —replicó Kamose—. ¿De qué serviría? Hor-Aha, quiero que reúnas a todos tus oficiales y los lleves a Wawat. Y no regreséis hasta que yo os mande buscar. Apepa no se atreverá a quitamos la vida, pero a vosotros querrá veros muertos.

—¿Crees que será lo bastante inteligente? —Hor-Aha lanzó un bufido.

—No lo sé —contestó Kamose con aire pensativo—. Para nosotros siempre ha sido una presencia invisible, a veces amenazadora, siempre adversa, una especie de misterio. Nuestro padre lo conoció; vino una vez, cuando yo era niño. Tú no puedes recordarlo, Ahmose. Ni siquiera yo lo recuerdo bien. Prefiero creer que es un vago y un inepto.

—Hasta eso carece de importancia —señaló Hor-Aha—. Lo que cuenta es el carácter de sus generales y de sus consejeros.

—Debemos convencerlo de que hemos aprendido la lección —dijo Ahmose, con aire inquieto—. ¿No es cierto, Kamose?

«¿La aprendimos? —pensó Kamose, mirándolos a ambos alternativamente—. No estoy seguro de si la hemos aprendido. Lo único que sé es que a Apepa le convendría aplastarnos hasta el punto de que no pudiéramos volver a levantarnos».

La noticia del viaje del rey produjo una oleada de resentimiento y de aprensión en la casa. En cierto modo despejó la tristeza que les ocasionaba la pérdida sufrida; además, la idea de que Apepa mismo se personaría en Weset les ayudó a olvidar temporalmente los recuerdos del pasado. A pesar del odio que sentía hacia el rey, Tetisheri tenía intención de recibirlo con toda la pompa de la que Weset fuera capaz. Su orgullo no le permitía otra cosa; Aahotep y ella se hicieron cargo de los preparativos.

Tani pasaba gran parte del tiempo con Kamose, y éste se acostumbró al rostro vivaracho y bonito de su hermana apoyado sobre su hombro. En realidad, nunca supuso que Ramose respondería a la carta y a medida que transcurría el tiempo, dejó de esperarlo. Le indignaba la inconstancia de aquel hombre, aunque comprendía que la palabra de Teti era ley en su propia casa; y le dolía por Tani, que pocas veces se dejaba llevar por la compasión de sí misma y siempre trataba de ayudarlo.

A medida que se acercaba la fecha del entierro de Seqenenra, Kamose estaba cada vez más tenso y retraído, porque aquel día sería el último día de paz para la familia. Apepa llegaría y Kamose, como administrador de Weset, sabía que toda la atención del rey recaería sobre él. Se le atribuirían todas las decisiones finales; se sopesaría cada una de sus palabras y se tendría en cuenta cualquier expresión de su cara. Se sentía solo y cada vez más apartado de la vida de la casa que, con lentitud, volvía a la normalidad.

El día que oyó reír a Aahmes-Nefertari, que estaba jugando con Tani y el niño,

supo que el dolor que los afligía acababa de llegar a su fin. Sólo seguían conmovidos. Nada de lo que pudiera hacerles Apepa sería tan desgarrador como la angustia en que habían vivido. Sólo él se sentía definitivamente cambiado y separado de todos los demás. «De manera que esto es la autoridad —pensaba con frecuencia—. Estas son las posibilidades que ofrece el poder. ¿Cómo lo conducía mi padre con tanta soltura?».

El día en que enterraron a Seqenenra, el río estaba al límite de su caudal. Tras la aparente solemnidad de los que se reunieron para escoltar el ataúd a su lugar de descanso definitivo, se adivinaba cierto alivio. Mientras Kamose esperaba con su hermano en los escalones del embarcadero y Uni recorría el lugar, asignando asientos en las barcas que los llevarían a la orilla opuesta, el príncipe miraba con tristeza el lecho fangoso del río. A pesar de saber que aquel día era para Seqenenra y que debía recordar los cuidados y la sabiduría que le dedicó su padre durante años, no podía dejar de pensar en el norte. ¿Ya habría partido el rey? ¿Cuántos días quedaban antes de que el heraldo que anunciaría la llegada de Apepa desembarcara en los escalones que en aquel momento brillaban, antiguos e indiferentes, bajo el caliente sol?

Ahmose se movió a su lado.

—Las narrias están listas —dijo, señalándolas con el dedo.

Kamose lo siguió con la mirada. En la otra orilla del caudaloso río, cuatro bueyes esperaban pacientemente atados a dos rastras rojas. En el último momento, Tetisheri se acercó a sus nietos.

—Veo dos narrias. ¿Qué estás haciendo, Kamose? —preguntó sin rodeos.

Su nieto le sonrió mirándola a los ojos pintados con galena.

—Los sacerdotes sem me informaron de que el cuerpo de Si-Amón también está listo para ser enterrado —explicó—. Me pareció excesivo tener que liberar mañana de su trabajo a los sirvientes para que lo llevaran al otro lado del río y sellaran su tumba, cuando hoy tenemos narrias, barcas y sirvientes. Me parece bien que Si-Amón haga el viaje con nuestro padre.

Tetisheri parpadeó.

—Hago un esfuerzo por no llorar —dijo con vehemencia—. Las lágrimas echarían a perder la pintura de mi rostro. Eres un hombre de carácter, príncipe, y compasivo además. Cuida de no poner en peligro el destino de tu propia alma al reconocer en voz alta lo que está sucediendo hoy.

Se alzó en las puntas de los pies y lo besó antes de alejarse, seguida por Isis.

—Ahí llegan las barcas —observó Ahmose con voz temblorosa—. ¡Mira! Una de las dos ya se aleja de los escalones de la Casa de los Muertos. Es nuestro padre.

Kamose observó la barca plana que se movía con lentitud hacia los escalones del embarcadero de la orilla occidental, empujada con pértigas por uno de los sirvientes de los muertos. En ella descansaban dos ataúdes, uno grande y brillantemente

decorado. Kamose distinguía el negro ojo de Horus en un lado y los jeroglíficos con cruces ansadas de color dorado y con el símbolo de la eternidad. El otro ataúd era más pequeño, una sencilla caja de madera colocada a la sombra de la mayor. Kamose no tuvo tiempo de pensar en su decisión de permitir que Si-Amón compartiera los ritos de Seqenenra, porque Uni se acercó y le hizo una reverencia.

—Por favor, embarca, príncipe —decía—. No se debe tener a las princesas de pie bajo este sol.

Asintiendo con la cabeza, Kamose volvió al presente, y ya había comenzado a bajar los escalones cuando percibió un movimiento a sus espaldas. Mientras Ahmose continuaba andando hacia la barca, Kamose sintió que alguien le tocaba levemente el brazo, miró hacia atrás y se encontró cara a cara con Ramose. Se quedó embobado mirando al joven, incapaz de pronunciar una sola palabra. Ramose se inclinó ante él.

—He venido en cuanto he podido —dijo—. Mi padre me lo prohibió y hemos tenido algunas duras discusiones, pero la autoridad de mi padre ya no me importa demasiado. —Miró a su alrededor, como arrepentido de sus palabras—. Perdóname por haber llegado en este momento —suplicó—. No lo sabía.

Kamose sintió que se le aflojaban los músculos, de alivio.

—A pesar de todo, eres bienvenido —dijo—. Ve a la casa y refréscate mientras regresamos. ¿Estás enterado de lo de Si-Amón?

El rostro de Ramose se nubló.

—Sí —replicó—. La noticia corrió por los mercados de los pueblos que bordean el río. No puedo decirte cuánto lo lamento. —Kamose tenía ganas de preguntarle cómo había reaccionado Teti ante la noticia, pero comprendió que aquel no era el momento indicado.

—Más tarde conversaremos —prometió Kamose.

Ramose asintió, se abrió paso entre la multitud que esperaba el momento de embarcar y desapareció. No se detuvo a hablar con Tani, sólo le sonrió al pasar, pero Kamose vio que la expresión de incredulidad del rostro de su hermana se convertía en júbilo antes de que bajara la cabeza y se cubriera la cara con las prendas azules, el color del luto. «Es un rayo de esperanza en la oscuridad de nuestra situación —pensó Kamose mientras bajaba los escalones y embarcaba—. La semilla del renacer está enterrada a nuestro alrededor en las cenizas de la muerte». Se instaló junto a una silenciosa Aahmes-Nefertari y esperó a que embarcaran los demás.

El viaje a la orilla opuesta no era largo. Cuando el último de los sirvientes de la casa subía a la última barca, la familia ya se acercaba caminando a las narrias. Kamose, al oír que comenzaban los gemidos, miró hacia atrás. La orilla oriental estaba llena de ciudadanos de Weset que habían comenzado a llorar a Seqenenra. Una vez más, Uni se afanaba por formar la procesión que seguía los dos ataúdes. Aahmes-Nefertari, que iba delante, al lado de Aahotep, comprendió de pronto por qué ocupaba

esa posición, y comenzó a llorar. Kamose y Ahmose escoltaban a Tetisheri, con Tani inmediatamente detrás. Sacerdotes y sirvientes formaban la retaguardia y las mujeres que había entre ellos ya comenzaban a rasgar sus vestiduras de lino azul y a verterse arena en la cabeza. A una señal de Kamose, la procesión se puso en movimiento. Las narrias se deslizaban por la arena seguidas por hombres del templo de Amón que llevaban las visceras de Seqenenra en cuatro vasijas de alabastro. Kamose pasó un brazo alrededor de los hombros de su madre y se entregó al dolor.

Llegaron al pie de los peñascos donde Seqenenra había mandado levantar muchos años antes su tumba y se reunieron alrededor de la entrada. Amonmose se adelantó para iniciar los ritos funerarios y los acólitos se colocaron a ambos lados con incensarios. La multitud quedó en silencio, sólo las pequeñas bailarinas susurraban brevemente mientras ocupaban sus lugares para la danza. Muchas miradas de soslayo se dirigían al sencillo ataúd de Si-Amón, situado en las cercanías, pero nadie hacía ningún comentario. Amonmose, que se comportaba como si la caja no estuviera allí, pasó al lado mientras ponían el ataúd de Seqenenra en alto sobre la roca y lo abrían para la ceremonia de la Apertura de la Boca. Kamose observó el cuchillo sagrado tocar las vendas de la boca del cadáver, en los ojos, nariz y oídos, liberando así los sentidos de Seqenenra para que pudiera volver a disponer de ellos.

Cuando el sumo sacerdote hubo terminado, dudó un momento y miró inquisitivamente hacia Kamose, señalando hacia la otra caja. Kamose pensó con rapidez. ¿Cómo era posible que los muertos no pudieran volver a oler, o a paladear la dulzura del agua fresca, o a contemplar la gloria verde del enorme sicomoro que custodiaba la entrada del paraíso de Osiris, a menos que se realizara la ceremonia? A continuación negó con la cabeza. Era necesario continuar fingiendo que el cadáver de Si-Amón se encontraba allí por casualidad, camino a su propio lugar de descanso; y que haberlo llevado aquel día era una cuestión de conveniencia, a pesar de que todos los presentes comprendían las verdaderas intenciones de Kamose.

Amonmose indicó que comenzara el rito siguiente. Uno por uno, los familiares se arrodillaron para besar los pies del muerto, tan rígido en su envoltura de vendas, tan difícil de reconocer como aquel hombre cuya presencia había llenado la casa durante muchos años. Luego las bailarínas comenzaron a tejer la magia del movimiento a su alrededor para mantenerlo a salvo de los peligros del viaje. «¡Qué maravillosa es esta gente!», pensó Kamose al ver que una mano pequeña tocaba con aparente indiferencia la caja de Si-Amón y que otra se inclinaba hacia un lado para que su pelo perfumado rozase la tapa de la caja. «La lealtad de esta gente es más grande que su miedo a quebrantar las leyes que se refieren al suicidio; el solo hecho de considerarlo avergonzaría a muchos nobles».

La mañana se fue convirtiendo en tarde. Se levantaron toldos y se distribuyeron cojines sobre la arena, pero muchos de los presentes prefirieron permanecer cerca de

la tumba mientras se ultimaban los ritos. Por fin, algunos sirvientes acompañaron el ataúd de Seqenenra mientras bajaba los escalones que conducían al oscuro frescor de la bóveda y lo pusieron dentro de un sarcófago de piedra antes de disponer sus pertenencias al rededor. Al mirar a las mujeres de la casa que, llorando en silencio, ponían flores sobre la tapa del sarcófago, Kamose también vio los muebles, los recipientes con comida, vino y aceites, las alhajas de su padre y su caja de cosméticos. Sirvientes tallados en madera rodeaban el sarcófago para atender a las necesidades del muerto, y en la pared había un carro desarmado junto con el arco de Seqenenra y unas flechas. «¿De qué le sirve todo esto sin nosotros? —pensó Kamose, encolerizado—. Todas estas cosas sólo servirán para recordarle a su familia, ahora separada de él por un barranco que ni él ni nosotros podemos cruzar. ¿Podrá volverlas a tocar con placer?».

Tomó a Tani de la mano y la condujo arriba, hacia la cegadora luz blanca exterior. Parpadearon un instante, gozando de la repentina visión del cielo y de la tierra resplandeciente; luego se encaminaron a los toldos bajo los cuales se servía la comida. Aahotep y Tetisheri ya estaban allí, juntas pero sin hablar. Aahmes-Nefertari estaba sentada en una estera lo más cerca posible de la caja de Si-Amón y ya comía, pero Kamose no tuvo ánimo para regañarla. Compartía con su marido, no con su padre. Kamose, Ahmose y Tani se reunieron con las dos mujeres, y Tetisheri hizo una seña a Uni. Los sirvientes comenzaron a servir más comida.

«Nada podría sustituir jamás todo esto —pensó Kamose mientras partía un trozo de pan y cortaba una tajada del melón que habían puesto frente a él—. Nada en presencia de Osi-ris podría compensarme por la pérdida de este cielo, de esta luz, de este aire caliente con olor a desierto, de esas palmeras cansadas que se sacuden sobre el río poco profundo». Las voces de los presentes tenían el sonido del ritmo de la vida misma, una suave confusión que, sin embargo, era muy reconfortante. Pensó en Si-Amón y se llevó un trozo de melón a la boca.

A última hora de la tarde todo había terminado. Los sirvientes del templo habían sellado la puerta de la tumba de Seqenenra, anudando las cuerdas y cubriéndolas con barro en el que dejaron la huella del sello de la Casa de los Muertos, con el chacal y los nueve cautivos. Amonmose entonó oraciones tutelares. Las barcazas se mecían en el pequeño oleaje formado por la leve brisa, y la familia y el duelo por fin subieron a bordo cuando el sol del anochecer lanzaba sus destellos, mientras los sirvientes, como de costumbre, se ocupaban de enterrar los restos del festín.

La caja de Si-Amón, todavía en la narria, fue arrastrada en silencio hacia la pequeña tumba que permanecería eternamente sin terminar. Aahmes-Nefertari corrió tras él, y al ver que lo depositaban sin ceremonia alguna en el suelo de roca, perdió el control y arrojó sobre el ataúd un manojo de flores, antes de que Kamose pudiera alcanzarla, y alzándola, la llevara con rapidez hacia el río.

—¡No debes hacer eso! —dijo con severidad alzando la voz sobre los gritos de su hermana, pero no pudo reprenderla más.

Kamose también estaba pensando en su hermano ciego, sordo y mudo dentro de la caja puesta en el suelo, entre los trozos de piedra dejados por los albañiles cuando recibieron la orden de abandonar aquella obra. Así que él y su hijo pequeño permanecerían allí juntos sin que hubiera ninguna constancia de su vida en las paredes, y las acciones de Si-Amón nunca serían conocidas por los dioses. Era terrible, pero no tanto como un cuerpo que se corrompía, hundiendo el alma en la nada.

—Tiene consigo al pequeño Si-Amón —dijo Kamose para tranquilizar a su hermana mientras la obligaba a subir a la barca y a refugiarse en los brazos de su madre—. Por lo menos no está solo. Haré que graben su nombre en las rocas del desierto, Aahmes-Nefertari. No te preocupes. Los dioses lo encontrarán.

Sabía que era un pobre consuelo, y se sentó junto a Tani a observar pasar el agua en pequeñas ondulaciones de color rojo mientras se encaminaban a la orilla oriental. Más allá del jardín y de los árboles, la casa se alzaba como un bastión de seguridad y de cordura y más adelante, a lo largo de la orilla, se extendía Weset, desordenado, mientras el sol teñía de rosa las casas al caer Ra hacia el oeste.

Había alguien en los escalones, con los brazos cruzados en actitud paciente. Tani apoyó la cabeza en el cuerpo de Kamose.

—Ya terminó —susurró—. Ahora podemos volver a empezar a vivir, aunque esto signifique más dolor. Pero es mejor que la paz de la muerte, ¿no te parece, Kamose?

—Sí —asintió Kamose, abrazándola mientras miraba la figura de Ramose—. Sí.

Kamose tuvo que esperar para poder conversar con Ramose. Tani le había pedido permiso para ver a solas al joven noble y Kamose no pudo negárselo.

—No está bien —protestó irritada Tetisheri cuando ella misma mandó llamar a Ramose y le dijeron que él y Tani se habían internado en los pantanos en barca. Tetisheri entonces fue en busca de Kamose y lo encontró sentado en los escalones que conducían al jardín, con la barbilla apoyada en la mano.

—No somos labradores —le dijo la anciana mientras él la ayudaba a sentarse a su lado—. Tenemos reglas estrictas que gobiernan la conducta de nuestras jóvenes.

—Tani lo necesita —contestó Kamose con firmeza—. No hará ninguna tontería, y lo sabes muy bien. Ha sufrido mucho. Además, abuela, ahora soy el jefe de esta casa y mi palabra es ley.

Tetisheri lanzó un gruñido de desagrado, pero se dio por vencida.

—Entonces, como jefe de esta casa y príncipe de Weset podrías tener en cuenta el resto de tus deberes —continuó diciendo Tetisheri con aspereza—. El período de luto ha terminado, la vida reanuda su curso habitual. Ahora tienes la responsabilidad de tomar como esposa a Aahmes-Nefertari y de adoptar como propio a su hijo. Este

linaje debe conservarse intacto para el futuro.

—¿Para qué futuro? —replicó exasperado Kamose, volviéndose, con lo cual la luz de la lámpara cayó sobre los dedos cruzados de Tetisheri, que resplandecían de anillos, sobre sus finos hombros y sobre sus facciones delicadas y huesudas. Estaba decidida a no mirar a su nieto y tenía los ojos fijos en la oscuridad—. Dentro de pocos días, dudo que tengamos un futuro. ¿Qué sentido tiene seguir simulando que tal vez algún día volvamos a conquistar la Doble Corona? A medida que una generación sucede a la anterior, este sueño se convierte en algo más nebuloso, más ridículo. Yo ya he tomado la decisión de no casarme con mi hermana.

Lo dijo para ponería a prueba, o tal vez para ponerse él mismo a prueba, no sabía cuál de las dos cosas. Recordó a la mujer que se le aparecía en sueños, por la cual cerraba los ojos todas las noches con una secreta expectación mezclada con ansiedad y que durante los últimos años había impedido que le interesara ninguna otra mujer.

Justamente la noche anterior la había visto, de pie sobre una roca del desierto, vestida de un rojo brillante, de lino entretejido con oro. Sus brazos levantados estaban cubiertos de oro y del brillo más apagado del jaspe, y llores de oro y jaspe se enredaban en su pelo negro barrido por el viento. Había una hermosura salvaje en su espalda sinuosa bajo la túnica que flotaba a su alrededor como el humo, y Kamose casi tuvo miedo en lo más profundo de su fascinación.

Pero a pesar de desear a aquella mujer, Kamose no se dejaba subyugar por un fantasma hasta el punto de estar ciego a las diarias obligaciones de la realidad. No. Su negativa a casarse con Aahmes-Nefertari surgía de un sentimiento interior profundo, un violento disgusto que le impedía apropiarse de la persona a la que su hermano había amado, robándosela, gozando de lo que Si-Amón ya nunca podría volver a disfrutar. La sola idea lo hacía sentir el más abyecto de los ladrones, y su fe en la herencia no era lo bastante fuerte para llevarlo a reclamar lo que perteneció a Si-Amón.

—¡Pero debes hacerlo, Kamose! —exclamó Tetisheri, mirándolo por fin—. Y debes hacerlo antes de que llegue Apepa. Entonces ya no importará lo que te haga. Si tu sentencia es el destierro, Aahmes-Nefertari podrá ir contigo. Si te envía de asistente del gobernador en alguna provincia menor, no podrá separarla de ti. De esta manera, a pesar de todo, la sangre de tus antepasados seguirá siendo pura.

La mirada de Kamose se encontró con la de su abuela y el príncipe lanzó una sonora carcajada.

—Querida abuela, Weset ya es una región sin importancia —señaló—. Los cortesanos de Het-Uart se estremecen al pensar en nuestras provincias, que ellos llaman los braseros del sur de Egipto. No olvides que tu propio hijo se casó con una plebeya.

Tetisheri se irguió.

—Eso sucedió porque no tuvo una hermana. Además, Aahotep no es plebeya, procede de una familia antigua y noble.

—Una familia que ha producido a un hombre tan poco honorable como Teti —replicó Kamose—. Esperemos, querida abuela. Por supuesto que Aahmes-Nefertari tiene derecho a recibir toda la protección que yo pueda darle. ¿Por qué no preguntar a Ahmose si quiere casarse con ella?

Tetisheri se inclinó y entornó los ojos, alrededor de los cuales aparecieron infinitas arrugas.

—Porque tal vez cambiarás de idea. Eres un hombre reflexivo, Kamose. No me sorprendería que lo hicieras.

—He dicho que nunca me casaré.

—¡Y yo nunca te he creído!

Se miraron con los ojos encendidos, hasta que finalmente Tetisheri puso una mano en el hombro de su nieto, se levantó y llamando a Isis, desapareció en la oscuridad. Kamose siguió sentado, pensando. «Hacían falta las frases directas de mi abuela para aclararme la mente —se dijo—. Ya no me interesa la calidad de mi sangre. Lo único que me interesa es la venganza, pero ignoro cómo llevarla a cabo».

Ramose se quedó con ellos una semana, dedicando casi todo el tiempo a Tani, pero también adaptándose de una manera admirable a los hábitos de la familia. Para su sorpresa, Kamose empezó a estar a gusto en su compañía. Se veían poco durante las mañanas, porque Kamose, una vez cumplidos sus deberes en el templo, se retiraba al escritorio en compañía de Ahmose y de Ipi; pero a veces, por la tarde, él y Ramose salían en carros al desierto a hacer carreras o a cazar. El calor del verano poco a poco iba cediendo el paso a la placidez del invierno, a medida que el río iba cubriendo los campos resecos. Los dos hombres se sentaban en la arena, al abrigo de un toldo, y bebían cerveza mientras sus caballos descansaban y se refrescaban.

Ramose apenas mencionó la desavenencia entre él y su padre; sentía verdadero pesar por el suicidio de Si-Amón y la muerte prematura de Seqenenra. Al ver la paz de Tani, Kamose preguntó a Ramose sobre las inciertas perspectivas de que se celebrara un matrimonio. Ramose entornó los ojos, clavó la mirada en el desierto y durante un rato no contestó. Después suspiró.

—Tuve que contrariar a mi padre para venir —dijo—. Me avergüenzo de él, príncipe, pero sigue siendo mi padre y el jefe de nuestra familia. El asunto del matrimonio ha quedado postergado hasta que el rey decida lo que sucederá con vosotros. —Dirigió una mirada de angustia a Kamose—. Estoy enamorado de Tani —dijo con aire sincero—, pero no puedo arriesgarme a perder herencia ni futuro. Si me casara con ella en este momento, mi padre me desheredaría por temor a la ira de Apepa. Tani es una princesa y, lo piense ella o no alguna vez, está acostumbrada a cierto estilo de vida y tiene derecho a él. Debo ofrecerle algo más que mi persona.

Así están las cosas en mi vida.

—Te aseguro que lo comprendo —contestó Kamose, asombrado al comprobar que Ramose no le despertaba ningún resentimiento—. Si estuviera en tu lugar, sentiría lo mismo. Pero es difícil que Tani lo acepte. ¿Has hablado con ella?

—¡Por supuesto! —contestó Ramose enseguida—. Ella ya no es la inocente criatura de Hator a la que cortejé. Esperará hasta que el rey emita su juicio, pero sabe que tal vez no sea suficiente para mi padre. Para decirlo con franqueza, todos vosotros habéis caído en desgracia. Mi padre ya anda buscando hijas de cortesanos de Her-Uart. Le he dicho que no pierda el tiempo. —Volvió a clavar la mirada en el desierto—. Si fuera necesario esperaría otros seis o siete años antes de permitir que me obliguen a tomar una esposa para perpetuar nuestro linaje. En ese tiempo pueden suceder muchas cosas.

Las palabras del muchacho hicieron que Kamose se estremeciera sin querer por la expectación y la angustia que sentía, que rayaban en el pánico. Quería correr a destruir a Apepa, tomar Egipto por asalto, forzar de manera brutal el futuro para poder controlarlo por el bien de Tani, y por Ramose, y por los miembros de su familia que volvían los ojos hacia él en busca de seguridad y de una garantía que no podía darles.

—Eres un buen hombre, Ramose —dijo con voz ronca—. Confío en ti. Dime, si por algún milagro comenzara a soplar a mi espalda el viento de la fortuna, ¿estarías de mi lado?

Ramose permaneció largo rato en silencio antes de contestar:

—Yo también te respeto, príncipe, pero perdóname. Llevar una advertencia a Seqenenra no es lo mismo que luchar a su lado. No puedo responder a tu pregunta.

En los escalones del embarcadero, cuando Ramose por fin se despidió y luego se quedó en la cubierta de su barca, saludando a Tani hasta que la curva del río la ocultó de su vista, Kamose lo sintió. Echaría de menos la tranquila amabilidad del muchacho. Ramose tenía una firmeza que había servido para calmar los temores y los malos humores de los habitantes de la casa. Su presencia apartó a la familia de sus preocupaciones y de su aislamiento y les ayudó a ver los problemas desde una perspectiva diferente.

Tani no lloraba cuando abandonó el embarcadero y se encaminó a sus habitaciones. Kamose notó que en el rostro tenía una expresión resignada y supo que estaba dispuesta a aceptar lo que el destino le impusiera.

Capítulo 12

Dos días después de la partida de Ramose, un heraldo real bajó de un carro frente a la entrada trasera de la casa, entregó las riendas a un sirviente que se le acercó corriendo y se encaminó a la casa. Ahmose lo vio llegar y se acercó a recibirlo, ofreciéndole una estera a la sombra del jardín y una bebida fresca, pero el hombre las rechazó.

—Traigo un mensaje para el príncipe Kamose y su familia —dijo—. Mañana a mediodía el rey honrará esta casa con su divina persona. Tiene la intención de pasearse por Weset con las cortinas de la litera descorridas para que el pueblo pueda rendirle homenaje. Después espera ser recibido por esta familia en el camino del río, que no está inundado. El rey y su personal más cercano dormirán en la casa, pero para el resto de su comitiva hará levantar tiendas más allá de la línea de la inundación, en las afueras de Weset. Eso es todo.

—Eso es todo, ¿qué? —preguntó Ahmose con indignación.

El hombre tuvo el buen sentido de mostrarse azorado. Hizo una leve reverencia.

—Eso es todo, alteza.

—Gracias —dijo Ahmose en tono tajante—. Puedes retirarte.

«Un punto a nuestro favor —pensó mientras iba en busca de Kamose—. Supongo que es una mezquindad de mi parte, pero por mucho que hayamos caído en desgracia, los sirvientes del rey todavía deben mostramos respeto. Me pregunto si Ramose se habrá cruzado con la comitiva real. No, supongo que no. La inundación que lo lleva con rapidez a su hogar ha obligado a nuestro rey a marchar por el desierto o lejos de la línea del agua, por caminos que pocas veces se usan y que son blandos o rocosos, según el lugar. Eso no habrá mejorado su humor y tal vez nos haga sufrir por ello, pero no puedo menos de alegrarme al pensar en su frustración e incomodidad».

Concentrado en sus pensamientos, se había alejado tanto de la entrada del despacho como del salón de recepciones y encontró a Kamose al doblar una esquina de la casa. Se apresuró a transmitirle la noticia.

—No podré ayudarte —añadió—, y las mujeres tampoco me querrán tener cerca. Nuestra madre y la abuela se dejarán llevar por un frenesí de limpieza y de preparativos, y el resentimiento les producirá mucho mal humor. Con tu permiso, me gustaría sacar mi barca y echar una mirada a los hipopótamos. ¿Me acompañas, Kamose?

Kamose miró un poco indignado a su hermano. Ahmose esperaba una respuesta, sonriendo con la cabeza inclinada mientras la brisa le despeinaba los rizos castaños. «A veces me exasperas —pensó Kamose—. Te comportas de un modo ingenuo e irreflexivo, como si todavía tuvieras doce o trece años, y en cambio, en otros momentos has mostrado mucha más madurez de la que corresponde a tus diecinueve años. Tal vez sea sencillamente que envidio tu capacidad de no preocuparte por nada

hasta que llega el verdadero motivo. ¿Por qué me voy a quedar en casa? Tienes razón. No tengo obligaciones que cumplir y lo único que haría sería cavilar».

—Sí, creo que te acompañaré —contestó Kamose en voz alta—. Enviaré un mensaje a los demás y me reuniré contigo junto al río.

Instantes después, Kamose y Ahmose partieron. Ahmose, de pie y con las piernas separadas, impulsaba la barca al mismo tiempo que conversaba. Haciendo un esfuerzo, Kamose se entregó a la brillante promesa de la tarde. Los hipopótamos dormitaban con el lomo al sol, por encima del agua, sin moverse. Durante unos instantes los hermanos los observaron y Kamose les envidió aquella actitud de completo abandono.

—¿Por qué no nos bañamos? —sugirió Ahmose a su hermano—. Los animales no nos ofrecerán ningún espectáculo especial, de manera que lo lógico será que nos entretengamos nosotros mismos.

«Entretenernos —pensó Kamose con ansiedad—. ¿Qué tenemos para entretener al rey, aparte de nuestros músicos?». Pero enseguida sacudió la cabeza y siguió a Ahmose, deslizándose en el agua fresca y rojiza con un suspiro de placer.

Estuvieron chapoteando y nadando tal vez durante una hora, hacia un lado y hacia el otro. Luego Ahmose se zambulló y salió a flote con un puñado de barro en la mano que arrojó a Kamose, sonriendo. Kamose estaba a punto de protestar cuando, de repente, se sintió invadido por un excesivo júbilo. No pensó conscientemente en aquel momento como el último de su libertad, ni tuvo un deseo irrefrenable de volver a los años dorados de su infancia; sólo sabía que el sol era caliente, que el agua parecía de seda al rozarle la cara y que hacía demasiado tiempo que estaba sobrio. Se hundió y se llenó ambas manos con barro del fondo. Salió a flote, apuntó hacia Ahmose y luego saltó hacia él para embarrarle la cara. Muy pronto gritaban y aullaban ambos como criaturas enloquecidas, riendo a carcajadas y cubiertos de barro. Era la manera que tenía Kamose de desafiar al rey, al futuro y a su destino, y disfrutó de ello, sin tomar conciencia de nada, aparte de aquel momento. Al final su locura desapareció con la misma rapidez con que se presentó, y ambos se lavaron lo mejor que pudieron y emprendieron regreso al embarcadero; pero Kamose se sentía feliz y en su interior volvió a sentir valor.

Al día siguiente se levantó antes del amanecer, como era su costumbre, y se encaminó tranquilamente al templo, donde lavó y vistió al dios con manos seguras antes de ponerle comida y vino delante, mientras Amonmose pronunciaba de forma entrecortada las palabras del ritual y los sonidos que producía el sistro de los cantores eran desiguales y ligeramente descompasados. Sólo durante las admoniciones, la voz del sumo sacerdote fue más segura, mientras recordaba a Amón la fidelidad de los príncipes de Weset y le pedía al dios que reconociera tantos años de confianza. Luego, ya en el patio exterior, Kamose invitó a Amonmose a participar de la fiesta

que tendría lugar en la casa todas las noches hasta la partida del rey:

—Estamos orgullosos de nuestro Dios de las Dobles Plumas —dijo— y queremos que el rey sepa que también honramos a sus servidores. Tú has sido nuestro apoyo, Amonmose, y si no temes la ira del rey, por favor representa al protector de Weset.

Amonmose estaba nervioso pero no era cobarde, de manera que aceptó. Satisfecho, Kamose envió un sirviente a la ciudad para que estuviera atento a la llegada de Apepa y luego volvió a reunirse con la familia, que ya estaba sentada en el jardín, con aire sombrío y vestidos con sus mejores galas mientras esperaban la llegada de Apepa. Kamose comprendió que no valía la pena tratar de alegrarlos. Con una palabra de saludo, se echó en la hierba fresca y permaneció en silencio.

Durante largo rato no se oyó más que el constante canto de los pájaros y el murmullo de las hojas de los arbustos movidas por el viento. Las lagartijas corrían de un lugar de sombra al otro. Una rana saltó al borde del estanque, observó el agua y se arrojó sobre un grupo de lotos.

—No me siento muy bien —dijo Tani.

Kamose iba a contestarle cuando el sonido de muchas voces que se aproximaba lentamente comenzó a ahogar el del canto de los pájaros y terminó convirtiéndose en una estruendosa ovación. En aquel mismo instante, el sirviente se acercó a la playa y les hizo una reverencia.

—¡Ya viene, ya viene! —dijo. Y toda la familia se puso de pie a un tiempo.

—¡Mi espejo! —exclamó Tetisheri, e Isis le pasó el disco de cobre. Tani se llevó las manos a las mejillas. Ahmose se puso al lado de Aahmes-Nefertari, con una mano apoyada en su brazo. Aahotep y Kamose intercambiaron una mirada.

—Weset lo ovaciona —dijo ella.

Kamose se encogió de hombros.

—Nuestra gente es realista —replicó—. Saben que unos cuantos gritos no significan nada y que tal vez agraden al hombre contra el que nos ayudaron a luchar. ¿Estamos listos?

Kamose los fue mirando uno a uno. Vestían prendas del lino más fino, lucían pelucas, llevaban la cara pintada e iban cubiertos de alhajas. «No podríamos pasar por cortesanos —pensó Kamose con un nudo en la garganta—. Llevamos demasiado tiempo alejados de las modas del Delta. Pero poseemos y compartimos algo eterno e inconfundible, y que hoy noto en la espalda rígida de mi abuela, en la inconsciente dignidad de Aahmes-Nefertari y en los ademanes majestuosos aunque no estudiados de Tani. Los setiu no pueden imitarlo. Es algo único».

—Estoy orgulloso de todos vosotros —consiguió decir Kamose—. Hoy, suceda lo que suceda, no debemos avergonzar a nuestro padre. Tendremos valor. ¿Vamos?

Entraron en la sombra del emparrado, precedidos por Uni y Akhtoy, que aquel día iban ataviados con las vestimentas largas y plisadas de su rango. Detrás de la familia

iban los sirvientes con la comida formal de bienvenida, fruta seca, pan y vino, en fuentes de oro para ofrecer al rey. Después de largas deliberaciones, Kamose había decidido no hacer regalos a Apepa; daría la impresión de que buscaban congraciarse con él. Y si el rey interpretaba su actitud como orgullo… bueno, tanto peor. Además, ¿qué podían ofrecer los príncipes de Weset al dios que todo lo tenía? «Y se lo diré —se prometió Kamose mientras la agradable frescura del emparrado daba paso al sendero pavimentado y a la zona de los escalones del embarcadero—. Se lo diré si nos pregunta por qué no le regalamos nada. No tenemos nada que perder».

Sin embargo, detrás de su actitud desafiante había una incertidumbre que aumentó cuando se detuvieron frente al camino del río y sobre ellos se desplegó un amplio toldo. Los vítores disminuyeron, se comenzó a ver una pequeña nube de polvo. Kamose se dedicó un instante a mirar la otra orilla del río, hacia la Casa de los Muertos, donde Seqenenra yacía en la oscura frialdad de su tumba, más allá de los peñascos. «¿Tu *ka* flota cerca de nosotros, padre? —se preguntó—. ¿Y se angustia al vernos reunidos como gacelas desconfiadas y desafiantes a las que se habrá de perseguir y abatir?». Ahmose le dio un codazo en las costillas y Kamose, poniéndose tenso, se volvió para encarar la vanguardia del rey.

Aparecieron dos carros cuyos caballos lucían plumas azules y blancas, y cuyos aurigas llevaban cascos también azules y blancos. Entornando los ojos para ver a través de la nube de polvo que levantaban los caballos, Kamo se advirtió que los dos hombres que iban detrás de los aurigas lucían pulseras de plata e insignias de guerra, empuñaban espadas, llevaban arcos colgados a la espalda y hachas y dagas en la cintura. Se preguntó si alguno sería el general Pezedkhu, el vencedor de Seqenenra. Detrás de los carros marchaban dos columnas de soldados de infantería de los Valientes del Rey, unos veinte en total. Los rostros eran solemnes; las espadas, una advertencia. Todavía lejos, Kamose alcanzó a ver la litera cuyas cortinas corridas resplandecían con el brillo del hilo de oro. El corazón le saltó dentro del pecho.

Los carros se detuvieron y los soldados se dividieron en dos columnas para flanquear el camino. Varios servidores administrativos bajaron de dos amplias literas, permanecieron unos instantes hablando y sacudiéndose la tierra de las sandalias y luego uno se apartó del grupo y se adelantó. Era un hombre alto, de expresión tranquila y ojos grises y vivaces. Puso las manos en las rodillas e hizo una profunda reverencia en la que, de alguna manera, incluyó a toda la familia.

—¿Príncipe Kamose? —preguntó, después de recorrerlos con la mirada. Kamose asintió con la cabeza. El hombre volvió a hacer una reverencia, esta vez dirigida directamente a él—. Soy Nehmen, el mayordomo de su majestad. —Lo dijo en una voz baja y deferente que tampoco era obsequiosa, y Kamose admiró el entrenamiento y el control que necesitó para adquirirla—. Soy responsable de que las necesidades del Uno estén cubiertas durante su estancia aquí. Si tuvieras la bondad de indicarme

quién es tu mayordomo, me gustaría conferenciar con él.

—Muy bien. —Kamose hizo señas a Uni y a Akhtoy de que se acercaran—. Akhtoy, mi criado, y Uni, el administrador de asuntos domésticos de mi abuela, están a tu disposición.

Nehmen les sonrió y volvió a mirar a Kamose.

—Gracias, príncipe —dijo. Se volvió, dio una orden, chascó los dedos y el pequeño grupo que todavía rodeaba las literas se separó y sus componentes se apresuraron a pasar frente a la familia, haciendo reverencias a su paso, hasta que desaparecieron en dirección a la casa. Nehmen, Akhtoy y Uni los siguieron.

El camino estaba abierto. La litera del rey se aproximaba transportada a hombros por seis soldados musculosos y precedida de acólitos que aspergían agua bendita procedente del lago sagrado del templo de Sutekh y agitaban incensarios cuyo humo aromático apenas se veía al sol. Delante de ellos iba un sumo sacerdote con la cabeza afeitada rodeada por una cinta roja. Se sujetaba la piel de leopardo con una mano, en la que lucía una pulsera de oro. En la otra llevaba un bastón cuya empuñadura era una cabeza de plata de Sutekh, con su hocico de lobo, que mostraba los dientes en advertencia para quienes lo observaban. Iba flanqueado por sacerdotes we'eb que entonaban alabanzas al dios y al rey. Ninguno dio muestras de haber notado la presencia de la familia.

Los que aspergían agua bendita llegaron donde el camino se ensanchaba y empezaba el pavimento, y mojaron una por una todas las piedras del suelo. El mismo Amonmose, que lucía las insignias de su rango e iba rodeado de acólitos, se acercó a saludar al sumo sacerdote. La litera real ya se encontraba casi encima de ellos. Kamose percibió la expectación y la tensión que había en el ambiente. Los porteadores se detuvieron y bajaron la litera con cuidado, luego se apartaron.

Los sirvientes se apresuraron a descorrer las cortinas de damasco y cuando lo hicieron todos los que rodeaban la litera se echaron al suelo, menos un hombre que se adelantó y se detuvo junto a la familia. Iba íntegramente vestido de blanco, con el *shenti*, el casco y las sandalias blancos, y el largo bastón que alzó en aquel momento también era blanco, con bordes dorados. «El jefe de heraldos —pensó Kamose, mientras llegaba a su olfato una ráfaga del perfume del hombre—. ¿Cómo se llamaba?». Oyó que el hombre respiraba hondo y en ese mismo instante un pie moreno calzado con una sandalia cubierta de alhajas salió de la litera y pisó el suelo.

—¡El poderoso toro de Ma'at, amado de Set, amado de Ptah, el que da vida a los corazones, el Uno glorioso de la Doble Corona, señor de los Dos Reinos, Awoserra Aqenenra Apepa, que vive por siempre! La voz fuerte y vibrante del heraldo retumbó en las paredes de la casa y volvió al río. El rey había bajado de la litera y se les acercaba. Los portadores de abanicos se apresuraron a situarse a ambos lados de él, manteniendo en alto, sobre la cabeza del rey, las blancas plumas de avestruz,

símbolos de la divina protección.

Durante el largo instante que tardó en doblar la rodilla, Kamose observó al rey. Apepa era más alto que la mayoría de los hombres que lo servían. Tenía piernas largas y bien formadas; los hombros parecían anchos bajo la camisa blanca y suelta de manga corta y el pectoral de oro y lapislázuli. El cuello era quizás demasiado largo para una cara tan delgada y le daba un aspecto precario, como si en cualquier momento pudiera perder el equilibrio.

Kamose no tuvo tiempo de estudiar su rostro. Al hincarse de rodillas y prosternarse, un solo pensamiento lo dominaba y una oleada de indignación le recorrió el cuerpo. En cualquiera de los rasgos del rey estaban escritas sus raíces extranjeras; no tema derecho, ningún derecho, a usar lapislázuli. El pelo de los dioses estaba hecho de esa preciosa piedra de un azul oscuro con destellos de oro, y sólo los divinos, los reyes dioses y sus familias, tenían derecho a lucirlo en su cuerpo.

«¡Pastor!», exclamó Kamose, indignado, para sus adentros. Era el mayor de los insultos que un egipcio podía proferir. Notaba las piedras todavía húmedas de agua bendita, calientes junto a la cara y puntiagudas en el estómago. Escuchó la respiración rápida y entrecortada de Tani a su lado y abrigó la esperanza de que Tetisheri, sin duda enfurecida por tener que prosternarse ante alguien, mantuviera la boca cerrada.

Un silencio cayó sobre todos. Luego una sombra cubrió a Kamose, pero no se atrevió a moverse. Veía el pie del rey, con el empeine pintado de alheña que sobresalía de las sandalias de cuero, y una fila de turquesas y de cuentas de oro en los dedos. El pie era delgado. Finalmente Apepa habló.

—Levantaos —ordenó.

La familia se puso de pie, sin osar sacudirse el polvo que les cubría la ropa. Kamose miró la cara del rey. No lograba recordar aquel perfil, que ya conocía de la visita anterior, quizá porque de joven Apepa llevaba barba, pero de todos modos comprendió que tenía algo que le resultaba familiar. «Habría hecho mejor conservando la barba», pensó al inspeccionar los pómulos altos y las mejillas hundidas que prometían en vano una barbilla contundente.

La barbilla de Apepa era algo puntiaguda, los ojos estaban demasiado juntos, las cejas eran espesas y negras. La parte superior del rostro era sin duda digna de un rey, gracias a los ojos grandes y oscuros, que en aquel momento se encontraban con los de Kamose y lo estudiaban tranquilamente. La ancha frente estaba ceñida por una banda de oro y la cabeza cubierta por el casquete de lino a rayas blancas y amarillas. Su boca se curvaba en un arco, los extremos hacia abajo, dándole un aspecto hosco, pero las líneas de expresión no indicaban una naturaleza insatisfecha; eran arrugas formadas por la risa.

—Baja la mirada, Kamose Tao —ordenó Apepa y Kamose obedeció—.

¡Tetisheri! —exclamó el rey, y ella se acercó y le hizo una reverencia—. Tengo buenos recuerdos de mi última visita a esta casa, en el año de mi Aparición, cuando recorrí mis dominios. Me sentí cómodo aquí. Tuve la impresión de que tú y tus hijos vivíais una vida de perfecta alegría y comodidad. Pero entonces éramos todos mucho más jóvenes y tal vez menos insensatos.

Tetisheri le dedicó una gélida sonrisa.

—Su Majestad es bondadoso —respondió—. Pero considerando que sólo eres un hombre de cuarenta y un años, podemos orar para que vivas muchos más, durante los que puedas desarrollar aún más sabiduría.

El rey no reaccionó ante el velado reproche. Se volvió hacia Aahotep y le dijo que lamentaba la muerte de su marido, como si Seqenenra hubiera perdido la vida en un accidente en lugar de hacerlo a manos de sus soldados, después de haber sido atacado por orden suya. Habló brevemente con Ahmose, preguntó a Aahmes-Nefertari cuántos hijos tenía, tomó la barbilla de Tani y le alzó la cara con dedos delicados. El rostro de Tani perdió todo color, pero no se amilanó y miró resueltamente hacia delante.

—Hermosa, muy hermosa —murmuró Apepa—. Te recuerdo como a una niña de cinco años, Tani querida, pero ahora veo en ti la apostura de tu padre y la belleza de tu madre. Estás comprometida con Ramose de Khemennu, ¿verdad?

—Sí, majestad —susurró Tani. Apepa la soltó. Siguió un breve silencio.

Kamose hizo una seña y un sirviente se acercó con una fuente que contema la comida de bienvenida. Kamose la tomó y se arrodilló, sosteniéndola en alto. Apepa la inspeccionó con curiosidad, separó los alimentos con un dedo y luego, por amabilidad, eligió una pasa y se la llevó a la boca.

—¡Pezedkhu! —llamó enseguida, y uno de los soldados de los carros se le acercó y se inclinó ante él.

—¿Majestad?

Kamose lo miró fijamente. Era moreno, de nariz larga y facciones burdas. También era muy joven, tal vez tuviera poco menos de treinta años. «Debe de ser un genio militar», pensó Kamose, desalentado.

—Pezedkhu, haz salir a todos los soldados locales de la casa y de los terrenos y enciérralos en el cuartel mientras yo esté aquí. Pon centinelas en el desierto y en las orillas del río. Asigna guardias a todos los miembros de esta familia. —Se volvió y sonrió con dulzura a un indignado Kamose—. Jamás me lo perdonaría si llegara a sucederle algo a alguno de vosotros durante mi estancia —explicó—. No temas, mis guardias están bien entrenados. Vigilarán vuestras puertas durante la noche y os protegerán durante el día. ¡Yku-Didi! —El jefe de los heraldos se acercó—. Despeja el camino hasta la casa. Deseo comer y luego retirarme a dormir la siesta. ¿Dónde está Itju?

El escriba que le seguía se inclinó.

—Aquí, majestad.

—Anota instrucciones para Nehmen. El trono se colocará en el salón de recepción y será custodiado en todo momento. Haz que mi lecho de viaje se instale de inmediato en las mejores habitaciones de la casa. Quiero que el custodio de las insignias reales duerma junto al trono, con la caja en brazos; que el tesorero envíe asistentes a la ciudad y que distribuyan oro a la multitud. Abre mi altar de viaje; rezaré a Sutekh antes de retirarme. —Miró al sumo sacerdote, que estaba enfrascado en una conversación con Amonmose—. Que Nehmen revise los aposentos de las mujeres para comprobar si hay o no lugar para mis esposas. Si no lo hubiera, instala tiendas para las señoras en el jardín. —Hizo un ademán en dirección a Aahotep y las demás—. Todas menos Tetisheri. Ella no debe ser molestada. Eso es todo por ahora.

El escriba, que había estado tomando nota a toda velocidad, recogió la escribanía y se alejó.

Apepa se volvió hacia Kamose.

—Tienes razón —dijo el rey—. No confío en ti, pero no debes sentirte afrentado por ello. Vosotros los Tao tenéis demasiado orgullo. —Kamose trató de no temblar. Sin duda había estado pensando con rabia en las condiciones restrictivas del rey—. Espero estar bien alimentado y entretenido esta noche —continuó diciendo Apepa—. Hasta mañana no hablaremos del asunto que me ha traído hasta aquí, alejándome de mis agradables jardines. Entonces conocerás tu destino.

No esperó una respuesta. Yku-Didi llamaba a su personal. Los sirvientes ya estaban postrados con la cara en el suelo cuando Apepa comenzó a avanzar hacia la casa. Detrás de él marchaba una larga procesión de literas, porteadores y cortesanos.

—Aquellas deben de ser sus esposas —le dijo Aahmes-Nefertari a Tani en voz baja mientras pasaban las literas—. O por lo menos, algunas.

Kamose apenas miró los lujosos vehículos, porque al final del cortejo, custodiada por otra serie de soldados, llegaba una litera en la que se distinguía una forma que sólo podía ser el Trono de Horus. Kamose tragó saliva y pensó en su padre mientras el trono pasaba frente a él. El Trono de Horus, en el que nadie podía sentarse a menos que fuera dios de Egipto. A su lado caminaba un hombre con un inmenso cofre en las manos: la Doble Corona, el mayal y el cayado, ante los que Kamose se inclinó con reverencia antes de reunirse con el resto de la familia.

—¡Cuánta gente! —exclamó Aahotep, maravillada—. ¡La casa es muy pequeña para tantos!

—Y no podemos alimentar a todos esos parásitos —añadió Tetisheri con rabia—. Tengo muchas ganas de conocer la sentencia para que regresen de nuevo a Het-Uart antes de dejamos sin nada. ¡Son la peste!

—El rey parece tenerte cariño, abuela —dijo Ahmose—. No cabe duda de que te

trata con respeto.

—¡Eso espero! —replicó Tetisheri—. Por algún motivo hace once años, cuando estuvo aquí, encontramos que teníamos cosas en común. Creo que lo fascinan las mujeres fuertes. Eso, o es que tiene el debido respeto por las mujeres de edad.

—Es difícil saber qué cosas respeta —dijo Kamose con aire pensativo—. Creo que su orgullo altanero oculta una inseguridad, tal vez hasta una envidia hacia nosotros, que lo convierte en alguien doblemente peligroso. Si es así, nuestro castigo será duro.

—Sin embargo, se afeitó la barba —señaló Aahotep—. Conoce la aversión de los egipcios al vello corporal. No es inmune a la opinión de la gente, como debería serlo un rey.

—Eso es porque en realidad no es rey —contestó Ahmose—. ¿Por qué no entramos en la casa a ver lo que ocurre? ¿Os habéis fijado en la manera de hablar de esos cortesanos? Pronuncian las palabras de una manera muy cortante, como si tuvieran la lengua cansada. Debemos mezclamos con ellos, Kamose, y mantener los oídos bien abiertos. Tal vez escuchemos algo útil.

—Yo no quiero tener ningún contacto con ellos —dijo Tani—. Y espero que nos toque dormir en tiendas en el jardín.

—Debemos comportamos como si no sucediera nada —dijo Kamose con decisión —. No permitamos que nos desairen ni que nos intimiden. Aquí están representadas las familias más nobles de Egipto, junto con los consejeros setiu del rey. No tenemos animosidad alguna contra ellos.

Sin embargo, nadie se movió ni abandonó la sombra del entoldado. Pasaban todavía los últimos rezagados de la comitiva real, pero casi nadie prestaba atención al pequeño grupo. Algunos se inclinaron ante los príncipes, Kamose no sabía si en son de burla o sinceramente. Permaneció allí, con un brazo sobre los hombros de Tani y de repente deseó oír la voz de su padre.

Nehmen se había apropiado de los aposentos de Kamose para el rey. Aquellos aposentos eran los de Seqenenra y anteriormente habían sido los de su padre. Las habitaciones, amplias y bien ventiladas, estaban sencillamente decoradas con pinturas de colores vivos que representaban hechos cotidianos. Los visires se instalaron en las habitaciones de Si-Amón, y Ahmose se encontró desalojado por Nehmen y por Yku-Didi. Él y Kamose decidieron dormir en el cuartel, con los soldados expulsados de la casa, pero el rey les hizo llegar por medio de Nehmen una orden en que se lo prohibía, de manera que no tuvieron más remedio que instalarse, muy apretados, en la celda de un sirviente. Por suerte no era la de Mersu.

Para alivio de Tani, alzaron grandes tiendas de lino basto para ella y su madre junto al estanque del jardín. Aahmes-Nefertari aceptó la invitación de su abuela de poner un catre en su dormitorio y allí se instaló, con el pequeño Ahmose-Onkh junto

a ella en el cesto.

De repente, la gran casa con sus numerosos corredores se convirtió en incómoda y apretada. Kamose y su hermano, al aventurarse a salir seguidos por sus corpulentos y silenciosos guardias, encontraron todos los rincones ocupados por funcionarios y cortesanos que se entretenían conversando, o con juegos y apuestas, mientras esperaban a que el rey abandonara sus aposentos. Los sirvientes se empujaban y daban codazos en sus idas y venidas de las cocinas o del bosque de tiendas que había aparecido de golpe en la parte trasera de la casa, lugar que se les había asignado. Kamose percibió oleadas de perfumes exóticos, pasteles calientes y costosos aceites de Ret-Hennu. Las joyas centelleaban en las manos cubiertas de alheña, en la bien cuidada piel de brazos y cuellos o en las orejas de hombres y mujeres pintados que lo miraban pasar con curiosidad. Hasta los sirvientes lucían aros de oro en las orejas y parecían mirarlo con un desdén altanero cuando se hacían a un lado para permitir que él y Ahmose pasaran.

—¿Por qué no vamos al despacho? —propuso Ahmose.

Pero tampoco allí encontraron un oasis de tranquilidad. Cuando los dos jóvenes abrieron la puerta fueron recibidos por un repentino silencio y la mirada sorprendida de varios pares de ojos. Yku-Didi y los tres heraldos se encontraban allí, conferenciando con el tesorero, con sus respectivos escribas sentados en el suelo, rodeados de frascos de pintura y papiros. Se apresuraron a ponerse de pie e inclinarse ante el príncipe, y Kamose les dedicó un cortante saludo con la cabeza y retrocedió, cerrando la puerta.

—El jardín —sugirió.

Kamose y Ahmose volvieron a recorrer el corredor en sentido contrario. En el camino escucharon trozos de conversación inquietantes.

—… el impuesto sobre mis árboles de dátiles. Mi criado jura por Baal-Yam que no es cierto.

—… pero ella los encontró en los tamariscos, ya sabes dónde, en ese lugar tan sombrío y agradable que hay detrás de los muros del templo. Él dice que no es lo que parece, pero yo sé…

—… las negociaciones han sido muy largas. ¿Quiénes se creen que son los keftiu? El asunto está produciendo montañas de documentos pero ningún resultado. El rey…

—… es un conjuro para ayudarte a recordar dónde lo pusiste, pero el costo es alto, diez *utens*, y tal vez prefieras encargar una pulsera idéntica con la esperanza de que esté lista antes de que ella pregunte dónde está…

—¡Silencio, son ellos! ¡Qué guapos son, a pesar de tener la piel oscura! Si el rey quiere desterrarlos, los puede enviar directamente a mi dormitorio…

Kamose tardó unos instantes en comprender que la mujer que acababa de hablar,

de hermosos ojos almendrados y hojas de oro en su peluca negra, se estaba refiriendo a su hermano y a él. Con una sonrisa irónica se volvió hacia el salón de recepciones, con Ahmose tras él.

Allí reinaba una paz reverente. Algunos cortesanos estaban reunidos en grupos silenciosos, bebiendo vino y hablando en voz baja. A la derecha de Kamose, bajo un alto dosel de tela de oro, se alzaba el Trono de Horus. Como si se hubieran puesto de acuerdo, ambos se dirigieron hacia él. Era de oro macizo y los extremos de los brazos terminaban en hocicos de león; los costados eran un prodigio de talla de turquesa y lapislázuli donde Isis y Neith, la hermana de Osiris, extendían los brazos para proteger y abrazar al dios, sentado en el trono. El respaldo exhibía una talla compleja, el oro tenía incrustaciones de jaspe y cornalina, y había numerosas cruces ansadas, símbolo de vida, colgadas del bastón de la eternidad y del banco de la fortuna. A los costados, composiciones a base de pequeños trozos de marfil y de ébano representaban a un rey que avanzaba con el cayado y el mayal, seguido por Hapi, el dios del Nilo, y precedido por Ra. En la parte trasera brillaba un gran Ojo de Horus. Kamose se acercó al trono, y un sentimiento de orgullo y de posesión lo cegó.

—No lo toques, príncipe —le advirtió una voz.

Kamose bajó la mirada. El custodio de los símbolos reales estaba sentado al pie de los tres escalones del estrado. Kamose sonrió.

—No tengo la menor intención de hacerlo —respondió.

—Mira, Kamose —susurró Ahmose—. En el asiento. Es Horus en su personificación del Dios Halcón del Horizonte. ¡Qué espléndido es!

—Y mira el escabel —le contestó Kamose, también en susurros—. El rey pone los pies sobre los enemigos de Egipto, los nueve arqueros, pero no figuran los setiu.

Ambos hermanos intercambiaron una sonrisa y aquel momento de malicioso buen humor eclipsó todo lo demás.

—Es improbable que alguien pueda borrar del mapa a sus antepasados —dijo Ahmose, estremeciéndose de risa—. ¡Oh, Kamose! Casi le tengo lástima a nuestro rey advenedizo.

—¡Calla! —Kamose señaló al custodio de los símbolos reales—. No debemos quedamos aquí, Ahmose. Nuestros guardias se están inquietando.

Los dos soldados efectivamente movían los pies con inquietud y miraban a su alrededor. Kamose y Ahmose continuaron a través del salón. Mientras lo hacían, un hombre se separó de su grupo y se les acercó inclinándose varias veces.

—Príncipes —dijo cuando ellos se detuvieron—. Soy el príncipe Sebek-Nakht de Mennofer, *erpa-ha* y señor hereditario. Es un honor conoceros.

Su sonrisa era franca y amistosa. Kamose y Ahmose también se inclinaron ante él.

—El príncipe de Menfis pertenece a un linaje ilustre —observó Kamose—. Por el

momento mi casa no me pertenece, Sebek-Nakht, pero te doy la bienvenida a Weset. Estamos a tu disposición.

—Gracias —dijo el príncipe—. Soy sacerdote de Sekh-met, diosa leona de Mennofer. También soy uno de los arquitectos del rey y mi padre es visir del norte. Si os puedo ser útil en algo, sólo tenéis que pedírmelo, altezas.

—Te lo agradezco —contestó Kamose, emocionado por las amables palabras del príncipe—. En este momento no estoy en condiciones de pedir favores, pero aprecio tu ofreci miento.

—Los príncipes de Mennofer siempre han sido hombres muy poderosos —comentó Ahmose mientras ambos hermanos salían del salón y se internaban en el cálido sol de la tarde—. ¿Crees que tenemos en él a un amigo, Kamose?

Kamose se encogió de hombros.

—Nosotros no tenemos amigos —contestó en tono cortante—. No necesitamos un sacerdote ni un arquitecto, y en este momento el apoyo del hijo de un visir no significa nada. Es demasiado tarde. ¿Dónde estaba el poderoso príncipe erpa-ha cuando Seqenenra lo necesitaba?

Pero bajo sus amargas palabras había un dejo de alivio. Los hijos nativos de Egipto se reconocían unos a otros. Los nobles del país no podían hacer mucho más de lo que hacían, pero Kamose ya no se sentía solo en medio de tantas personas hostiles. Detrás de aquellos rostros del norte en los que se evidenciaba la habilidad de los maquilladores, bien podía existir una simpatía más secreta y menos explícita que la del príncipe de Mennofer. Kamose se preguntó si, después de todo, el rey setiu no estaría sentado sobre una casa hecha de frágiles cañas.

La fiesta que tuvo lugar aquella noche fue la más suntuosa que se había visto jamás en Weset. El rey ocupaba el estrado, sentado sobre cojines tras la mesita dorada y rodeado de flores de primavera rosadas y verdes. El electro brillaba cada vez que el rey se inclinaba a conversar con la reina, sentada a su derecha, se llevaba comida a la boca o hacía una pausa para observar a la concurrencia. Sobre su cabeza cubierta por una peluca, el feroz ureo, la cobra dorada, y el buitre de ojos de cuentas y fija mirada, se alzaban en actitud protectora.

Al pie se encontraba el jefe de heraldos con los hombres a su servicio. Los portadores de abanicos, que llevaban las plumas de avestruz, flanqueaban el estrado junto con los generales y guardias.

La reina era una joven delicada y de piel oscura que vestía una túnica plateada, en sus brazos tintineaban pulseras de plata y tenía los dedos cargados de anillos de oro. Detrás de ella, tres de las otras esposas conversaban y reían, vestidas con el mejor lino y cubiertas de flores.

Era grande la multitud de comensales que se arracimaban detrás de las pequeñas mesas, hasta tal punto que ocupaban el pórtico y los escalones que bajaban al jardín.

Docenas de sirvientes sudorosos se movían de un lado para otro, con bandejas de manjares calientes y con jarras de vino. Otros ofrecían a los cortesanos guirnaldas de flores azules y rosadas de loto, collares de cuentas azules y conos perfumados para que se los sujetaran a la cabeza. El ruido de centenares de voces era ensordecedor; la mezcla de olores de comida, de flores y de los conos que se derretían resultaba embriagadora. De vez en cuando entraba en el salón la brisa del jardín, que sólo servía para remover el aire cargado. Los sones de las melodías que interpretaban los músicos del rey quedaban ahogados por la algarabía reinante.

Kamose y la familia se sentaron atrás, junto a una pared, frente a un mar tumultuoso de gente que reía, cortesanos que bebían y que no les hacían caso. Comieron en silencio. A pesar de que lucían sus mejores ropas, se sentían incómodos, fuera de lugar y anticuados. Pronto terminaron de comer y permanecieron en la mesa, con las copas delante, mientras el aroma dulce de sus guirnaldas de loto se mezclaba con el perfume del aceite que les resbalaba perezosamente por el cuello.

—¿Qué es ese instrumento tan extraño? —preguntó Tani, señalando el lugar donde en vano los músicos tocaban—. Reconozco las arpas y los tambores, y por supuesto también los címbalos.

—Se llama laúd —contestó Tetisheri—. Los setiu los trajeron consigo. Cuando comience el baile podrás oírlo. Tiene un sonido más fuerte que el del arpa, pero no tan melodioso.

—Este vino es Chara —intervino Ahmose, mientras se relamía—. Es el mejor vino del mundo.

—Y el perfume de los conos es de mirra —añadió Aahotep—. ¿Somos niños para dejarnos impresionar por esas cosas? El oro todo lo compra y eso no significa nada.

—Sin embargo, es difícil mirar, más allá del oro, las manos por las que pasa —dijo Aahmes-Nefertari que tenía la mirada clavada en la reina que escuchaba a su marido con la barbilla hundida en la mano teñida con alheña.

—Lo debemos intentar —dijo Kamose—. No somos personas poco importantes, Aahmes-Nefertari. Todo esto —y señaló con un ademán la ruidosa multitud—, todo esto sucede por nuestra causa. El rey está aquí, a cinco mil estadios de Het-Uart, porque nosotros somos más importantes que cualquier otro noble que esté en este salón. Recuérdalo.

—Yo habría preferido la visita de un heraldo con un papiro —se quejó Tetisheri —. Esta gente come más en un solo día de lo que comemos nosotros en un mes. Uni está sufriendo por nuestras existencias de harina y miel, porque todavía falta mucho para la cosecha.

Nadie tuvo el ánimo necesario para recordarle que seguramente para ellos la cosecha ya no tendría ninguna importancia. Permanecieron en silencio. Formaban un pequeño grupo sobrio y preocupado en medio de una congregación cada vez más

ruidosa.

Por fin, el rey hizo una seña y el ruido disminuyó hasta convertirse en un murmullo expectante. Los sirvientes retiraron las mesas y los comensales se colocaron alrededor del salón, junto a la pared. Los músicos se tomaron un momento para beber cerveza y enjugarse los rostros. Luego comenzaron los entretenimientos.

Más tarde, Kamose, al dejarse caer rendido sobre el camastro de la estrecha celda, recordaría aquel momento de la noche como un destello de colores, de cuerpos desnudos y de música exótica. Prisionero de la multitud, con la cabeza latiéndole, sofocó el loco impulso de levantarse y correr hacia el desierto donde soplaba un viento fresco y donde brillaban las estrellas. Tetisheri estaba echada en sus cojines con los ojos cerrados, adormilada. Aahotep rodeaba con un brazo los hombros de Aahmes-Nefertari. Tani, sentada con las rodillas encogidas, observaba en silencio la actividad que la rodeaba. Ahmose había desaparecido, pero algo más tarde, Kamose lo vio conversando con el príncipe de Mennofer y los hombres que lo acompañaban. Todos sonreían. Y con un golpe de tambores y el sonido agudo de los címbalos, comenzó el baile.

Kamose, aunque no desconocía los encantos y dificultades de este arte, le prestó poca atención. A todo el mundo le gustaba bailar; los acompañantes del rey lo hacían muy bien. El aceite brillaba en la piel de los bailarines, y sus cabelleras, cubiertas de cuentas de plata, se mecían agradablemente. Los cuerpos ágiles se inclinaban y mecían. Los últimos bailarines eran negros y lucían plumas de aves exóticas en el pelo y taparrabos de pieles de animales. Mientras bailaban lanzaban gritos roncos. Con sus ojos vivaces vagaban entre los allí reunidos mientras agitaban extraños instrumentos. «Son kushitas —pensó Kamose—. Supongo que un regalo a nuestro rey de Teti-en, príncipe de Kush, el gobernador que se precia de gozar de la aprobación de los setiu y que está tan unido por tratados a Het-Uart que el rey lo llama Ahermano».

Los bailarines fueron reemplazados por magos que convertían palos en serpientes que se retorcían, negras y amenazadoras, en el suelo y hacían gritar a las mujeres, hasta que se las cogía por la cola y volvían a convertirse en palos. Los magos eran capaces de prenderse fuego, de sacarse pájaros cantores de la boca, y otras maravillas. Pero Kamose lo observaba todo con frialdad. Fuera, la luna se ponía y el cielo palidecía; se acercaba el alba. El río dilatado corría con rapidez y la hierba crecida y nueva de sus orillas estaba cubierta de oscuridad.

Sintió que alguien lo miraba y levantó la vista. Por encima de los aplausos y los gritos, desde el estrado, Apepa lo miraba con rostro fijo e inexpresivo, ininteligible. Kamose le devolvió la mirada, preguntándose qué pensamientos pasarían por la mente del rey, tocado con el rígido casco, cuyas bandas caían hasta los hombros reales. Entre ambos todo estaba cantado: Apepa era la ley y Kamose el criminal. Sin

embargo, mientras pensaba en la mirada fija de Apepa, Kamose presintió que tras ella había una mezcla de temor y desafío. «Esto es entre tú y yo —pensó, mientras la reina tocaba la mano de Apepa y éste se volvía a prestarle atención—. Por irracional que parezca, tú lo sabes. Tú y yo».

A la mañana siguiente, Kamose se levantó temprano, se bañó, se vistió y se encaminó al templo seguido por los soldados encargados de custodiarlo. Cumplió con sus deberes hacia Amón, conversó brevemente con Amonmose y luego regresó a la casa en medio del aire fresco. La inundación estaba en su punto máximo. El agua le lamía los pies y se extendía más allá de él hasta el pie de los peñascos, reflejando el cielo pálido. Dos halcones colgaban inmóviles en el cielo por encima de su cabeza, como aturdidos por el sol y por el reflejo del agua que cubría la tierra. La presencia de las aves aligeró el corazón de Kamose, que las saludó en silencio mientras se aproximaba a la casa. Ya se oía el ruido de la comitiva del rey y cuando se acercó al jardín lo asaltó el olor a pan recién horneado.

En el camino se le acercó Yku-Didi.

—El rey ha ordenado que te presentes ante él en el salón de recepciones dentro de una hora, príncipe —dijo con una inclinación—. No se te permitirá usar joyas ni sandalias. Un sencillo *shenti* será suficiente.

Kamose luchó contra sus aprensiones. Los criminales que se presentaban a escuchar sentencia debían ir descalzos y sin adornos, pero de alguna manera él creyó que su rango lo protegería de semejante humillación. Asintió por toda respuesta, despidió al heraldo y regresó a la celda de los sirvientes donde se alojaba. Akhtoy se levantó del banco que ocupaba frente a la puerta.

—Busca al resto de los miembros de la familia y diles que dentro de una hora nos reuniremos en el jardín —dijo a su criado—. ¿El rey ya se ha levantado?

—Sí, príncipe. El y sus acompañantes ya han terminado las oraciones matinales a Sutekh y están desayunando.

—Gracias. Puedes marcharte.

Por primera vez, Kamose deseó que el tiempo se detuviera, que algún enorme cataclismo los hiciera desaparecer a todos antes de que él y sus seres queridos tuvieran que permanecer de pie ante Apepa, bajo las miradas de toda aquella gente del norte. Imaginaba cuáles serían sus pensamientos: confianza en que el juicio no cayera sobre ellos, ávida excitación cuando se pronunciara la sentencia, pasto de murmuraciones durante muchas semanas.

Entró en la habitación y se quedó con los ojos cerrados, respiró hondo y conjuró los rostros de su padre y de Si-Amón en un esfuerzo por aumentar su valor; pero recordarlos sólo le produjo una mayor turbación. «Estoy irritado con ellos —pensó, sorprendido—. Me dejaron solo para que afrontase esto y estoy furioso». Orientó sus pensamientos hacia Amón, cuya imagen dorada sonreía desde el templo, rodeado de

sus hermosas plumas. Amonmose estaría presente aquel día en el salón, con toda su pompa, orando en silencio por aquéllos a quienes el dios debía lealtad. «Los príncipes de Weset te han servido con fidelidad durante generaciones —le dijo en silencio al dios—. Ahora ha llegado el momento de la reciprocidad. Toma nuestra causa, tu causa, y castiga a los setiu».

Sus pensamientos se fueron difuminando y sus palabras perdieron convicción. Todo esto ya se le había pedido millares de veces a Amón y Kamose no quería rezar más. Se sentó en el duro camastro que los atareados sirvientes no habían tenido tiempo de preparar con sábanas limpias, cruzó los brazos y se dedicó a esperar.

Poco antes de que transcurriera la hora, Kamose abandonó la celda y salió al jardín donde ya se había reunido el resto de la familia, un grupo unido y sombrío de personas que miraban con altivez a los cortesanos que paseaban por allí mientras esperaban a que los heraldos anunciaran que podían entrar en el salón. Con rapidez, Kamose besó a las mujeres. Su madre y sus hermanas lucían largas túnicas hasta los tobillos. No se habían puesto peluca ni alhajas. Las trenzas resplandecientes de Aahotep le caían hasta los hombros, las hebras plateadas de sus sienes brillaban al sol. Con excepción de Tetisheri, ninguna iba pintada. La anciana se erguía resplandeciente, con peluca, collar de plata, pendientes y pulseras. Sus sandalias eran de cuero blanco suave. Llevaba los párpados pintados de azul y la galena perfilaba sus ojos. Tani había estado llorando, tenía los ojos enrojecidos e hinchados.

—¿Dónde está Ahmose? —preguntó Kamose con ansiedad, sin hacer caso de las conversaciones que había suscitado su aparición.

—No lo sabemos —contestó Tetisheri.

Kamose la observó y, al mirarla, su estado de ánimo pasó de un miedo profundo a una tranquilidad que hacía mucho que no experimentaba. Su abuela lo miró con su acostumbrada *altivez. Los demás* también lo miraban expectantes; confiaban en que él conjuraría alguna suerte de magia que los salvaría. Pero Tetisheri nunca se apoyaría en nada que no fuera su sangre y su *posición en* la vida, por poco reconocida que esta fuese. Era la esposa de un rey, la madre de un rey, y eso le bastaba.

—No me cabe duda de que aparecerá en el último momento —continuó dicíendo Tetisheri—. Alcánzame un trozo de ese *pastel, Uni. La* espera me ha abierto el apetito.

En aquel momento llegó Ahmose, caminando con rapidez *desde la casa, con las* piernas mojadas y los rizos brillantes *por el agua*.

—Decidí salir a cazar esta mañana con el príncipe Sebek-Nakht y sus amigos —dijo a guisa de explicación—. Los pantanos están llenos de patos. Sebek-Nakht tiene buena puntería con *la lanzacorta* y nos divertimos mucho. Pero he vuelto a casa muy *lleno de* barro.

Aahotep iba a *responderle,* furiosa, pero la interrumpió el sonido del bastón de

Yku-Didi que golpeaba los escalones que *llevaban al salón*.

—¡*Entrad libremente*! —gritó—. La multitud que esperaba entró en avalancha en la sala. Ahmose sonrió como para dar ánimo a la familia; Kamose apretó la mano de Tani. Siguieron a la muchedumbre hacia el salón en penumbra.

Habían hecho colocar a los cortesanos a ambos lados del salón para que Kamose, al caminar entre las columnas, pudiera ver el trono. Estaba vacío. Un guardia le cortó el paso y otro se puso detrás del grupo familiar. Durante unos instantes la atmósfera estuvo cargada de excitación y de expectativas. Luego reapareció Yku-Didi, esta vez junto a las puertas del otro extremo de la sala, que acababan de abrirse, y comenzó a recitar a gritos los títulos del rey.

El cortejo real entró y las esposas se instalaron en los escalones del estrado. Detrás de ellas subió Apepa, que se sentó en el trono. Con la respiración agitada, Kamose observó que el rey lucía la Doble Corona, la blanca y lisa del Alto Egipto encima de la roja, que simbolizaba el Bajo Egipto. Sobre la frente lucía el ureo. Aquel día la cobra y el buitre tenían aspecto de predadores, sus ojos de ébano miraban con avidez. Kamose se estremeció. Atada a la barbilla, Apepa llevaba la barba real de cuero plisado.

Con expresión impasible, el rey contempló al gentío. Yku-Didi terminó de recitar’y ocupó su lugar debajo del portador del abanico de la mano derecha. Itju abrió su caja de pinturas y revisó los pinceles. Los cortesanos se mantenían en absoluto silencio, tanto que se podía oír a un pájaro que entonaba su canción de invierno entre las columnas parcialmente iluminadas por el sol.

Apepa señaló hacia el centro del salón. De inmediato, los guardias hicieron avanzar a Kamose y a los demás, que caminaron con la cabeza erguida. Delante del trono se detuvieron, se hincaron de rodillas y luego se prosternaron con la cara en el suelo.

—Lee los cargos —ordenó Apepa en voz baja.

Yku-Didi se aclaró la garganta. Kamose oyó el ruido del papiro al desenrollarse.

—Kamose Tao, príncipe hereditario de Egipto, erpa-ha, *smer*, gobernador de Weset y sus provincias, tú y tus parientes de sangre sois acusados de conspirar para cometer traición junto con Seqenenra Tao; de levantaros en armas contra el divino y soberano de los Dos Reinos, Awoserra Aqenenra Apepa, y de quebrantar los tratados de confianza y ayuda mutua sellados entre tu abuelo Senakhtenra y el rey. Se te acusa de intentar quebrantar el equilibrio de Ma’at en Egipto y de blasfemar contra Sutekh, el supremo protector de Egipto. Se han entregado copias de estos cargos a Sutekh, Ra y Tot para que los juzguen. Tu culpa ha sido determinada. Vida, salud y prosperidad al Uno que reina, como Ra, eternamente.

Hubo una pausa. Kamose cerró los ojos y apretó la mejilla contra el suelo tibio.

—Podéis levantaros.

La voz de Apepa flotó sobre ellos, todavía inexpresiva. Se pusieron de pie. Ahmose miró fijamente y sin disimulo al rey. A su lado, Kamose observaba, mientras el guardián de los símbolos reales, a un movimiento perentorio de la mano real, subió al estrado pasando entre las esposas, con la caja abierta en brazos. Apepa se inclinó y cogió el cayado y el mayal. El guardián se retiró.

—¿Alguno de vosotros tiene algo que decir antes de que yo pronuncie la sentencia? —preguntó el rey.

Kamose miró sus ojos bordeados de negro y su mirada impenetrable.

—Sí, yo tengo algo que decir —contestó. Su voz resonó en la quietud de la mañana—. No estaría a la altura de un hijo de Amón si tratara de justificar la rebelión que mi padre planeó y en la que mi hermano y yo participamos; por lo tanto, no lo haré. Pero, majestad, suplico clemencia para las mujeres de mi familia. Ellas no instigaron la rebelión ni nos apoyaron activamente. Son inocentes.

—¿De veras? —preguntó Apepa con amabilidad, mientras fijaba sus ojos en Tetisheri, de pie, muy rígida, en todo su esplendor—. Pero ¿quién puede saber qué palabras de aliento se susurraron en secreto, príncipe, qué sediciosos deseos se formaron al calor de una tarde de verano? Aquí, en el sur, no existe la moderación. Ni en el poder de Ra, ni en la aridez del desierto, ni en la sangre caliente y temeraria de sus habitantes, algunos de los cuales, se me ha dicho, tienen más de una gota de sangre Wawat en las venas. —Ahmose sofocó una exclamación indignada—. La sangre Wawat fomenta las guerras, o por lo menos así se me ha dicho —continuó diciendo Apepa—. Tu súplica ha sido escuchada. —Se inclinó hacia delante, sujetando con fuerza el cayado y el mayal contra su pecho—. ¿Dónde están los oficiales de tu padre, Kamose Tao?

—No eran muchos, como sin duda debes saber, majestad —contestó Kamose con tranquilidad—. Murieron todos en la batalla.

Apepa miró a Pezedkhu que estaba de pie junto a la pared, con los otros generales. El general negó casi imperceptiblemente con la cabeza. Apepa volvió a mirar a Kamose.

—Justificarse puede ser indigno de un hijo de Amón —dijo el rey secamente—, pero veo que mentir no lo es. Sin embargo, no pienso gastar las energías de mis soldados buscando a los oficiales desaparecidos. En todo caso, no se lucieron en la batalla. Procederé. —Se puso de pie. Kamose sintió que la mano de Tani apretaba la suya cuando el rey extendió sobre ellos el cayado y el mayal—. Escuchad el juicio de la sabiduría del rey —dijo Apepa alzando la voz, que resonó fuerte y vibrante entre el gentío—. Kamose Tao, por el crimen de traición se te ordena que dentro de cuatro meses comparezcas ante el jefe de nuestra fortaleza del este, Sile, donde servirás indefinidamente como uno de los defensores de Egipto. Tus provincias ya no estarán bajo tu control. Tus propiedades y todos tus bienes se declaran inexistentes y pasan a

pertenecer a la Corona. Ahmose Tao, tú te debes presentar ante el príncipe y gobernador de Kush, Teti-en, que te asignará un puesto activo en la lucha contra las tribus que se niegan a aceptar la jurisdicción de Egipto. Tetisheri, he preparado una habitación para ti en mi harén de Ta-she. Allí podrás retirarte y harás los pequeños trabajos que la guardiana de la puerta te encomiende. Aahmes-Nefertari, tú también quedas desterrada de la vista de tu familia. Tú y tu hijo os encaminaréis al Delta, donde yo mismo concertaré un matrimonio conveniente para ti, al margen de la nobleza de Egipto. Tani, tú viajarás conmigo hacia el norte como mi huésped de honor. Vivirás en Het-Uart con todas las bendiciones. No deseo que seas infeliz.

De repente las uñas de Tani se clavaron en la palma de la mano de Kamose y a pesar de sus esfuerzos por controlarse, éste no pudo menos de hacer una mueca de dolor.

Apepa se sentó. Los presentes se removieron inquietos.

—Tal es la sentencia —añadió Apepa con menos severidad—. He sido indulgente. Merecéis la muerte, pero en honor del antiguo linaje del que procedéis, os concedo la vida. Sin embargo, bajo pena de muerte os prohibo volver a veros o comunicaros. Recibiré informes regulares del comportamiento de cada uno.

—Majestad —dijo Kamose, que sentía temblar con violencia la mano de Tani en la suya—. Tal vez ignores que mi hermana está prometida a Ramose de Khemennu. Ya se han comprometido. Ni siquiera un rey puede romper tal vínculo.

Apepa parecía inconmovible ante la osadía de Kamose. Sonrió débilmente.

—La posibilidad de celebrar este matrimonio se esfumó hace mucho tiempo y tú lo sabes —replicó—. Ramose es un hijo leal de Egipto que no desea aliarse con una familia de traidores como vosotros. Teti le ha encontrado otra esposa. Por su lealtad hacia mí, he concedido a Teti la gobernación de Weset y sus provincias, esta casa y los terrenos que vosotros poseéis. Dentro de cuatro meses, él y los de su casa abandonarán Khemennu y se instalarán en Weset. Aahotep, tú permanecerás aquí para servir a tu pariente en lo que desee.

Kamose soltó la mano de Tani.

—¡No! —gritó el príncipe, adelantándose—. ¡No es justo, no está bien! Mátanos si debes hacerlo, pero no entregues nuestros derechos de herencia a alguien como Teti. Es una ofensa para todos y cada uno de los nobles de Egipto. Esta casa es nuestra, ¡lo ha sido desde que nuestros antepasados abandonaron el viejo castillo y la construyeron!

Tuvo ganas de decir más, de lanzar maldiciones a aquel rostro arrogante que lo miraba con las cejas en alto bajo el peso de la Doble Corona, pero la prudencia pudo más. Jadeando, con los dientes apretados, Kamose se calló.

—Habéis perdido todos vuestros derechos —señaló Apepa—| y también al dios protector de la familia. Sé que el sumo sacerdote de Amón os dio su apoyo y Amón

su bendición. El dios será mudado a un pequeño santuario en el centro de Weset, pues no deseamos privar a la gente de su consuelo. Pero el templo de Amón se dedicará a Sutekh, cuya imagen residirá allí. Esta audiencia ha terminado.

La multitud se puso enseguida de pie y un murmullo de conversaciones excitadas llenó el salón. El rey ya había bajado del trono y se dirigía a la puerta, precedido y seguido por oficiales. Las esposas bostezaban en los escalones del estrado, esperando que llegara la hora de la comida del mediodía y de conversaciones más entretenidas. Kamose miró a su alrededor. Los cortesanos salían al jardín, todos menos Sebek-Nakht, que se les acercó con aire comprensivo.

—Lo lamento, príncipe —le dijo a Kamose—. Ten la seguridad de que trabajaré todos los días para que se suavice la sentencia de toda tu familia. ¡Es un ultraje tratar así a príncipes, a pesar de lo que habéis hecho!

Kamose no tenía mucho que decir. Dio las gracias al joven, que se alejó en busca de sus amigos. Pronto en el salón sólo quedó la familia y sus guardias.

Tani se arrojó en brazos de Kamose.

—¿No permitirás que me lleve, verdad, Kamose? —suplicó con visible agitación —. Podrás hacer algo, ¿verdad? ¿Verdad que sí?

Kamose se liberó de los brazos implorantes de su hermana. Aahotep intercambió con él una mirada y atrajo la cabeza de la muchacha contra su cuello.

—Tani, debes comprender que no puedo hacer absolutamente nada —explicó Kamose—. Él es el rey, su autoridad es absoluta. ¡Madre, por el amor de Amón, llévatela! Aahmes-Nefertari, ve tú también.

La joven también vacilaba, con la cara blanca hasta en los labios. Ahmose se inclinó hacia ella y la besó.

—Haz lo que te pide, Aahmes-Nefertari —la apremió—. Más tarde iré a verte. Tenemos mucho de que hablar, pero no en este momento. ¡No desesperes!

Ella asintió, aturdida, se volvió con torpeza y siguió a su madre y a su hermana.

—Apepa espera que nos suicidemos —dijo Tetisheri con frialdad, mientras miraba al pequeño grupo que se retiraba con las cabezas gachas, seguido de los guardias—. Nos ha concedido cuatro meses para que comprendamos la gravedad de la sentencia y para que sintamos la humillación. Si nos diéramos muerte por nuestra propia mano, le ahorraríamos muchos problemas. —Miró con tranquilidad a Kamose —. ¿Qué vas a hacer? —preguntó—. Me parece increíble que a Teti se le permita vivir en mi casa y dirigir nuestras provincias, Kamose. Es necesario hacer algo.

Kamose se volvió hacia ella, furioso.

—¿Qué pretendes que haga? —estalló—. ¿Pedirle a Ra que nos envíe su fuego para destruir al rey? ¡Despierta, abuela! ¡No soy mago y de mi boca no pueden salir embrujos de salvación! No se puede hacer nada, ¡nada!

Ella observaba con aire imperturbable el pecho agitado de su nieto y sus ojos de

expresión furibunda.

—Sin embargo, lo intentarás —contestó—. Te conozco, Kamose Tao. Conozco tus sentimientos como nadie.

Dirigió una seña a Uni, que esperaba donde no podía oírles y se alejó con aire majestuoso.

—Tani no sólo será una más entre las invitadas de Apepa —musitó Kamose sin darse cuenta de que acababa de expresar sus pensamientos en voz alta—. Será el rehén para que no nos rebelemos. Por supuesto. Por eso se la lleva al norte consigo en lugar de mandarla a buscar después.

—A mí se me había ocurrido lo mismo —dijo Ahmose. Kamose se volvió a mirarlo, sobresaltado. Sólo entonces comprendió que acababa de compartir sus pensamientos—. ¡Qué astuto es! —continuó diciendo Ahmose—. Con esto ha atado nuestras manos con más fuerza que con ninguna otra cosa. Ahora ni siquiera podremos huir.

—¿Huir? —Kamose frunció el entrecejo—. ¿Hacia dónde, Ahmose?

—A cualquier parte —contestó Ahmose enseguida—, con tal de poder seguir juntos. —Kamose comenzó a alejarse, distraído—. ¿Adónde vas? —preguntó Ahmose.

Kamose alzó los hombros, como si con ello pudiera aliviar el peso de la desesperanza que acababa de caer sobre él.

—Necesito pensar —dijo—. Ve a tranquilizar a las mujeres, Ahmose, eres bueno para eso. Te veré más tarde.

Cuando Kamose abandonó el salón y bajó al jardín sintió el impacto del sol del mediodía. El aire formaba remolinos a su alrededor. Notaba bajo sus pies descalzos la hierba blanda. El piar de los pájaros y el murmullo de los insectos animaba los arbustos y los macizos de flores. Del río llegaban los gritos de los timoneles y el chapoteo de las maniobras. De repente la realidad se le presentó con toda su dureza. Con los ojos entornados, fue rápidamente al muro trasero, en dirección a la cancilla que daba acceso al campo de entrenamiento, al cuartel y a la extensión de tierra sin cultivar que había al pie de los peñascos. Tenía la mano en la cancilla cuando el guardia lo detuvo.

—No se te permite visitar el cuartel, príncipe.

Kamose miró a los soldados que estaban sentados en el suelo sin hacer nada. Buscó a Hor-Aha con la mirada hasta que recordó que el general se encontraba en alguna parte de las profundas tierras salvajes de Wawat.

—No quiero visitar el cuartel —contestó—. Quiero pasear un poco junto a los peñascos.

Empujó la cancilla, pero el hombre se interpuso de nuevo en su camino.

—Perdón.

—Muy bien.

Kamose se volvió y se encaminó al agujero del antiguo muro que lo llevaría al viejo palacio. El guardia lo seguía observando con desconfianza.

El palacio estaba desierto, silencioso y fresco. Kamose respiró hondo al ir pasando por las estancias abandonadas hacia la escalera que había junto a las habitaciones de las mujeres. Subió por ella, salió a la azotea y, con toda deliberación, se sentó en el suelo en el mismo lugar donde su padre solía descansar a menudo y donde sufrió el cruel ataque. Aún no había sombra, pero el sol de invierno era tolerable. Por encima del muro podía ver el jardín, animado por las multicolores vestimentas de lino de los incansables cortesanos. Sus conversaciones llegaban hasta él como un sonido poco agradable. El sendero que iba del jardín a los escalones del embarcadero estaba lleno de heraldos y funcionarios que iban y venían del río.

Directamente debajo del lugar donde él se encontraba, donde un muro se juntaba con el otro y proporcionaba una pequeña sombra, un joven con taparrabos y sandalias cubiertas de tierra devoraba su comida del mediodía sin tener conciencia de ser observado. Al verlo, Kamose no pudo menos de sonreír y su estado de ánimo mejoró. «Ahora me hace falta tu sabiduría, padre —pensó, dirigiéndose al fantasma del hombre que se sentaba allí a menudo y cuya presencia parecía seguir en aquel lugar —. Muéstrame las alternativas que tengo. ¿Debemos vivir separados y llenos de angustia? ¿Debemos morir? ¿Qué opciones tenemos?». Kamose apoyó la cara en las manos y cerró los ojos. El guardia real se sentó, resignado, entre los escombros y recostó la espalda en el muro casi en ruinas. No le gustaba nada la tarea que se le había encomendado.

Capítulo 13

A última hora de la tarde, el rey mandó buscar a Kamose. Éste había pasado varias horas meditando, sumido en profundos pensamientos en la azotea del viejo palacio, mientras el jardín se vaciaba y los lechos y catres de la casa y las tiendas se llenaban de personas que dormían. Se encontraba en camino hacia la celda que compartía con Ahmose para lavarse y cambiarse el *shenti*, cuando Yku-Didi lo paró en el corredor y le pidió que lo siguiera. Kamose obedeció. Estaba cansado. Había abrigado la esperanza de que Apepa emprendiera el regreso a Het-Uart sin pedirle una entrevista personal.

Lo condujeron a sus propios aposentos, donde Apepa estaba sentado en una silla junto al lecho con las sábanas arrugadas. Era evidente que acababa de levantarse de la siesta. Un pañuelo de lino blanco ocultaba su cráneo afeitado, tal como decretaba la ley. Sólo llevaba un *shenti* corto, también arrugado. Un sirviente sostenía el pie real sobre el regazo y le pintaba cuidadosamente la planta con alheña anaranjada. Apepa bebía agua. En la mesa, a su lado, estaban sus anillos y el sello real.

—El príncipe Kamose, majestad —anunció el heraldo, hizo una reverencia y se retiró.

Apepa hizo una señal. Kamose se adelantó con la espalda inclinada y las manos en las rodillas, y luego se prosternó. Apepa le dio permiso para levantarse.

—Deseo regresar al Delta mañana —dijo el rey—. Por desgracia, el río todavía está muy crecido para poder navegar sin peligro y no me quedará más remedio que soportar la litera y el desierto, pero no puedo esperar. Te mandé llamar para asegurarme de que hubieras comprendido cabalmente tu situación, antes de marcharme. —El maquillador dejó el pincel manchado con alheña y comenzó a abanicar el pie real para secar el líquido. Apepa miró intrigado a Kamose y su cara se arrugó al sonreír—. ¿Me quieres hacer alguna pregunta, príncipe?

—Majestad, te pido que reconsideres tu decisión de llevar a Tani contigo —contestó Kamose—. Todavía es muy joven y nunca ha estado separada de la familia. Ella…

Apepa lo hizo callar con un movimiento de la mano, cuya palma estaba recién teñida de alheña.

—Ya tiene dieciséis años, es una mujer capaz de comprender sus deberes hacia el rey —contestó. Su sonrisa se hizo más amplia. «Sabe muy bien que tengo claro cuál será la verdadera condición de mi hermana», pensó Kamose—. Mis consejeros me recomiendan que os haga ejecutar a todos —continuó diciendo el rey—. Pero tú no pareces agradecido por mi clemencia.

—Supongo que únicamente tus consejeros setiu te recomiendan que nos ejecutes, Divino Uno —contestó Kamose en voz baja—. También supongo que tus consejeros

egipcios encontraron que la idea era espantosa y te advirtieron que por tu propia seguridad no lo hicieras. Fueron sabios y prudentes.

La sonrisa desapareció del rostro de Apepa.

—Invito a mis consejeros a ofrecerme sus opiniones porque valoro su sabiduría —replicó—, pero en Egipto sólo yo soy omnisciente. La decisión final fue mía. —Retiró el pie de las manos del maquillador y se inclinó hacia delante—. Tienes la arrogancia de creer que te temo, Kamose Tao, que una amenaza tuya me hará correr hasta Sutekh para rogarle que me conserve la vida. No es así. Tú y tu familia vivís en un mundo de viejos sueños y glorias muertas en el que los setiu todavía somos enemigos y vosotros todavía sois reyes.

Extendió una mano y se le aproximó un sirviente con una jarra de ungüento, dejó caer una gota en la palma de la mano del rey y se retiró. Apepa se frotó las manos, una contra la otra, se las pasó por la cara y el cuello y el perfume de loto inundó la habitación.

—Yo nací aquí —continuó diciendo Apepa con lentitud—. Mi padre, mi abuelo y el suyo antes que él, fueron todos dioses de Egipto. Pude haber dado muerte al hijo de Aahmes-Nefertari, el hijo de tu llamado hermano real, pero no es necesario que mate. Todo Egipto me adora, Kamose, porque soy el dios. Casi me conmueve la piedad que me inspiran tus ilusiones y tu pobreza. —Cerró los ojos y respiró hondo, lo mismo que Kamose quería hacer. El perfume floral era increíblemente fragante—. Mis antepasados reconocieron tu lugar de privilegio en el antiguo Egipto y sellaron tratados con tu familia en lugar de borrarla del mapa. Ahora yo también reverencio el pasado al darte un golpe en los nudillos en lugar de una puñalada en el corazón. —Los ojos reales de repente se abrieron y miraron con frialdad a Kamose—. Te prometo que jamás volverás a ver Weset. Pero también te prometo que Tani vivirá rodeada de todo el respeto y el lujo que merece por su condición de princesa, y aunque a tu otra hermana no se le pueda permitir casarse con un noble, elegiré con sabiduría el marido para que en su matrimonio no conozca necesidad alguna. ¡Heraldo! —La puerta se abrió e Yku-Didi hizo una reverencia—. Haz pasar al general. —Un hombre de físico poderoso que llevaba la cabeza descubierta entró e hizo una reverencia—. Éste es el general Dudu —dijo Apepa a Kamose—. Mañana, cuando yo y mi séquito nos retiremos, él permanecerá aquí con cincuenta de sus soldados. Elaborará un inventario de todas tus pertenencias para preparar la expropiación y me enviará informes semanales sobre ti hasta que hayan transcurrido los cuatro meses, momento en que su Segundo escoltará a Ahmose hasta Kush, mientras él te llevará a ti y a los otros al norte. Puedes retirarte. No volveremos a encontramos.

Kamose apretó los dientes, se echó al suelo, se levantó y salió retrocediendo de la habitación. «Tendría que haber sabido que dejaría un perro guardián —pensó con ira

cuando le cerraron la puerta en las narices—. Apepa tiene razón. No soy más que un pobre iluso que vive de sueños, pero que todavía no son pesadillas. Todavía no».

Mientras caminaba furioso por el corredor estuvo a punto de chocar con Uni. El criado llevaba en los brazos ropas de lino almidonado y tras él iba un sirviente. Se inclinó ante Kamose y éste le cogió por el brazo mientras miraba a su alrededor. El guardia estaba a unos discretos pasos de distancia.

—Envía un mensajero a Wawat —susurró Kamose al oído de Uni—. Que Hor-Aha y el resto de los oficiales vuelvan. El rey parte mañana.

Uni asintió con la cabeza y se hizo a un lado. Kamose siguió caminando por el corredor.

En el jardín se estaban reuniendo los cortesanos, recién bañados, esperando a que comenzara la fiesta de la noche. Kamose miró el cielo. Ra bordeaba el horizonte, la roja esfera se veía descolorida y dilatada mientras Nut lo devoraba con lentitud. Su sangre cubría la hierba y caía sobre las paredes de la casa. Los cortesanos, conversando y riendo, se movían bajo una agradable luz del color del bronce. Kamose se abrió camino hacia las dos tiendas que temblaban movidas por la brisa de la tarde, casi sin darse cuenta de la manera en que la gente se apartaba a su paso. Llamó en voz baja al llegar a la tienda de Tani y ésta le contestó. El guardia apostado junto a la entrada asintió brevemente con la cabeza. Kamose entró.

Tani estaba sentada sobre cojines y tenía las piezas de un juego de tablero desparramadas en una estera. En el jergón en que dormía había varias túnicas desplegadas. Encima del baúl había una jarra y una copa, junto con dos lámparas que no se habían encendido. Ella levantó la mirada al oír entrar a su hermano. Mientras lo hacía, se escuchó una fuerte carcajada proveniente de los cortesanos que paseaban por el jardín.

—¡Escúchalos! —dijo Tani con desdén—. La única preocupación que tienen es saber si esta noche el ganso estará bien asado y si los melones estarán rellenos con bastantes dulces. ¡No puedo entender cómo es posible que Egipto esté gobernado por esta chusma!

—¿Por qué estás sola, Tani? —preguntó Kamose con suavidad—. No deberían haberte dejado sola.

—Estaban todos aquí —contestó ella con voz inexpresiva—. Nuestra abuela hablaba de venganza, nuestra madre me rodeaba con sus brazos, Ahmose se reía de Aahmes-Nefertari, que juraba que ocultaría su pánico y aseguraba que prefería morir a casarse con cualquier apestoso plebeyo. Yo les pedí que se fueran.

Kamose la miró, sorprendido. Seguía teniendo la palidez de un cadáver, pero ya no quedaban en ella señales del ataque de nervios que había estado a punto de estallar en el salón de recepciones.

—¿Les pediste que se fueran?

—Sí. No tiene sentido gritar, llorar y maldecir, ¿no es cierto, Kamose? Es mejor aceptar el destino, mi destino. —Sonrió y en la curva de sus labios había un escepticismo desconocido para Kamose, que lo impresionó—. Siempre he amado ese antiguo juramento que utilizamos con tanta libertad —continuó diciendo—: «Así como amo la vida y odio la muerte». Todo el mundo lo dice y ya casi ha perdido todo sentido. No cabe duda de que somos un pueblo que ama la vida y odia la muerte, con mucha más pasión de lo que los setiu puedan comprender jamás. He estado meditando sobre estas palabras, Kamose. Yo amo la vida. Amo la vida. Mientras esté viva puedo abrigar la esperanza de que los dioses me concedan un destino mejor. ¿No te parece?

Kamose asintió con seriedad, sobrecogido por la tranquilidad de su hermana menor.

—Así es.

—Pero lo que dijo sobre Ramose… —Se inclinó hacia delante con las manos unidas en el regazo—. Ramose me dijo que se negaría a tener en cuenta a ninguna mujer que su padre le propusiera; que esperaría hasta ver lo que el futuro nos deparaba. Ya no hace falta que siga esperando, ¿no crees?

Kamose percibió su dolor, pero admiró la claridad de pensamiento de su hermana.

—No, Tani, no tiene por qué esperar. A Khemennu muy pronto llegarán noticias del juicio del rey. Pero creo que de todas maneras esperará.

Ella le contestó con una sonrisa.

—Yo también lo creo.

Se produjo un breve silencio antes de que Kamose cogiera las manos de su hermana y comenzara a acariciarlas con suavidad. Cuando habló, lo hizo en voz baja. La sombra del paciente guardia se reflejaba en un costado de la tienda. El alegre bullicio del jardín crecía, pero Kamose no quería correr un riesgo innecesario.

—Quiero que comprendas algo, Tani —dijo—. Tú no viajas al norte sencillamente porque le has caído bien al rey. Te lleva como rehén para asegurarse de que nosotros no le crearemos problemas.

Ella no pareció sorprenderse. Sólo levantó las cejas con desgana.

—Lo sospechaba —contestó—. Si yo fuera Apepa haría lo mismo. —Su expresión se alteró y retiró las manos que su hermano cogía—. ¿Crees que es demasiado cauteloso, Kamose?

Kamose se echó hacia atrás. La miró directamente.

—No, no lo es —contestó con franqueza—. No puedo permitir que nos destroce y nos conduzca al olvido sin hacer un último intento.

—¿Qué piensas hacer?

—Todavía no lo sé. Espero el regreso de Hor-Aha. Tenemos cuatro meses de gracia, Tani, un regalo de Amón, y no los puedo desperdiciar mientras aprendo a

aceptar mi destino. —Le rodeó el rostro con las manos, y palpó su piel olivácea, fresca y suave. Las pestañas de Tani le rozaban los pulgares—. Pero en este caso la que sufrirá serás tú —continuó diciendo—. Como rehén, la furia del rey caerá sobre ti si Ahmose y yo organizamos otra pequeña rebelión. Y sin duda será pequeña. —Puso las manos en los hombros delicados de su hermana—. No me hago ilusiones a este respecto. Si me lo pides, Tani, esperaré aquí con paciencia a que llegue la escolta para llevarme a Sile y no haré nada. Sería tu vida la que pondría en peligro y no estoy dispuesto a hacer nada sin tu permiso.

Le cogió las muñecas pero ella no lo miraba. Permanecía con el entrecejo fruncido en la oscuridad de la tienda.

—¿Crees que Apepa sería capaz de ejecutarme como venganza? —preguntó por fin.

Kamose suspiró.

—No lo sé. Su arrogancia oculta inseguridad y los hombres inseguros son imprevisibles. Pero Apepa también es extremadamente sensible a la opinión de sus subditos.

—¿De manera que existe la posibilidad de que vacile, de que tema la desaprobación de los nobles?

—Creo que sí.

Tani le pasó las manos por los brazos, en un gesto casi voluptuoso y le dio un beso trémulo antes de separarse.

—Entonces, corre el riesgo, querido hermano. Cuando esté sentada en el palacio de Het-Uart, preferiría pensar que estás muerto a que vives como un soldado raso, pasando hambre y sed, durmiendo en cualquier parte, rodeado de desconocidos, tratando de recordar nuestros rostros conforme transcurran ios años… —Tani tema la voz temblorosa.

—Yo pienso en vosotros, en todos vosotros, de la misma manera —replicó Kamose con voz dura—. Ahmose, castigado y quemado por el sol de Kush; nuestra abuela, cada vez más débil y obligada a amasar pan o tejer; Aahmes-Nefertari y su hijo rebajados a familia de un comerciante, y nuestra madre humillada y convertida en una simple sirvienta o, en el mejor de los casos, en una compañía no deseada por sus parientes, que apenas la tolerarán dentro de su propia casa. Podríamos hacerlo, Tani, todos nosotros; pero pensar en los recuerdos que se borran, en los pequeños cambios de cada día que se van haciendo más fáciles cada vez, hasta que empezamos a tomar el color de lo que nos rodea, perdidos en el olvido, en la resignación… No. Ese fin no es para nosotros. Es preferible la muerte.

Tani se había recuperado un poco.

—¿Cuándo parte el rey?

—Mañana por la mañana. Debes ser valiente, Tani. ¿Estás segura?

—Sí —contestó ella con una expresión sombría que conmovió a su hermano—. Estoy segura. Organiza otra guerra, Kamose. Tal vez el rey me llegue a tener un cariño sincero y no se atreva a hacerme matar. Tal vez tú ganes.

Kamose pensó que a pesar de que Tani afirmaba tener deseos de seguir viviendo, sin Ramose el futuro le resultaría muy duro y apenas soportable. Por lo tanto, lo que él hiciera no tenía mucha importancia para ella. «Ya ha sufrido tanto como cualquiera de nosotros, tal vez más —pensó, resignado—. El destino que le espera no es justo».

—Esta es mi última noche en compañía de todos vosotros —siguió diciendo Tani —. Quiero que cenemos juntos aquí, en mi tienda; que los del norte tengan para ellos el salón de recepciones. De todos modos, una tienda es más adecuada a los hijos del desierto.

Se puso de pie con torpeza.

—Lo arreglaré —prometió él—. Y, Tani, te pido que no hables con los demás acerca de mis planes. Hasta ahora eres la única que los conoce.

Tani asintió con la cabeza y comenzó a jugar con las piezas del juego de perros y chacales. Kamose salió de la tienda a la luz del anochecer.

No pidió permiso para cenar aparte de los demás. Sencillamente comunicó a Nehmen lo que pensaba hacer la familia; después de un momento de vacilación, el criado se dispuso a obedecer. Pidieron a Uni que les proporcionara comida y sirvientes y, una hora después de la puesta de sol, un pequeño cortejo salió de las cocinas con comida y vino y se dirigió a la tienda de Tani.

El jardín ya estaba desierto. De vez en cuando llegaban a la tienda ruidos de la fiesta del salón de recepciones. Pero Uni, Isis, Hetepet, Heket y otros sirvientes de la familia llenaron la tienda con aromas agradables y lámparas encendidas y se inclinaron a servir a sus amos. Fuera, el arpista se sentó en la hierba y tocó con suavidad.

Tani había pedido que permitieran que *Behek* se les reuniera. El perro, jadeando ruidosamente, se tendió junto a ella y aceptó los restos de comida que le fueron dando. De vez en cuando ella abrazaba su cuerpo gris y enorme. Tani no participó en las esporádicas conversaciones que tenían lugar a su alrededor, sólo escuchaba y sonreía, pero Kamose sabía que estaba fijando cada detalle en su memoria, para examinarlos después durante el largo viaje que haría hacia el norte. Una explosión de música estridente llegó desde el salón, silenciando durante algunos instantes la música, más suave, del arpa.

Tetisheri ordenó que se llevaran los restos de la comida. Kamose pidió después a los sirvientes que se retiraran a sus habitaciones y la familia se instaló en los cojines.

Durante largo rato nadie habló. Tani miraba fijamente, como hipnotizada, la luz de una lámpara, con la mano en el lomo del perro dormido. Ahmose, con las piernas extendidas, bebía sin cesar. Aahmes-Nefertari, sentada cerca de su madre, jugueteaba

con los adornos de su cinturón. De repente lanzó una mirada a todos.

—Esta es la despedida de Tani —dijo en voz alta—. El resto permaneceremos aquí durante un tiempo más. Es insoportable. ¡Insoportable! Nuestro padre lo empezó todo, es suya la culpa. Él murió y está en paz, mientras nosotros tenemos que sufrir las consecuencias de su imprudencia. ¡Estoy muy furiosa!

Nadie la reprendió. Cuando terminó de hablar, la amargura de su voz seguía resonando dentro de la tienda.

—Olvidas lo que tuvo que soportar nuestro padre —dijo Tani con suavidad—. Olvidas la manera en que Apepa lo atrapó y lo acorraló hasta que no tuvo salida. Enfádate, Aahmes-Nefertari, pero no con él.

Al oír la voz de su ama, *Behek* se movió, pero continuó dormido. Movió las orejas.

—¿Qué será de mi hijo? —preguntó Aahmes-Nefertari con desesperación—. ¿Qué hombre que se case conmigo por orden del rey querrá adoptar como suyo al hijo de un noble muerto y caído en desgracia? Ahmose-Onkh es una criatura inocente. No lo merece.

—Depende de cómo lo mires —dijo Ahmose intentando razonar—. Desde cierto punto de vista somos todos traidores y hemos sido condenados sin demasiada severidad. Eso lo comprendo.

—Yo también —dijo Kamose—. Las recriminaciones son inútiles. Tal vez, después de todo, no estemos dentro del verdadero espíritu de Ma’at y nos hayamos estado engañando. —Todos lo miraron con desconfianza. Kamose siguió hablando con una sonrisa—. No debemos desperdiciar esta noche hurgando en una herida vieja y amarga —continuó diciendo—. Debemos estar alegres. Beberemos, reiremos, compartiremos nuestros recuerdos y nos abrazaremos unos a otros. Aahmes-Nefertari, los dioses esperan que los príncipes, lo mismo que los labriegos, se comporten con verdadero coraje. No los defraudemos.

Tetisheri lanzó un gruñido.

—Hablas igual que tu padre —dijo en tono cáustico—. Te pasas de orgulloso.

Estas palabras, viniendo de la Tao más orgullosa de todos, disiparon la tensión, y el grupo estalló en carcajadas. Después de mirarlos con cierto aire de desaprobación, Tetisheri también lanzó una risita.

La tarde se convirtió en noche. El vino pasaba de mano en mano y los recuerdos y las antiguas bromas de familia iban de boca en boca. «Nuestra unión no puede romperse con una separación —pensó Kamose al ver que Tani reía de algo que acababa de decir Ahmose—, es una cuestión de espíritu. Tras estas carcajadas todos estamos sufriendo, todos nos sentimos asustados y solos, todos deseamos volver a ser los de antes; pero sabemos que no somos más que piezas de un cuerpo más grande que sobrevivirá y que no puede disolverse con el destierro o la muerte».

Mucho más tarde, mientras se abrazaban, algo bebidos y ya sin nada más que decir, Kamose supo que tenía razón. Seqenenra y Si-Amón tal vez estaban allí con ellos, invisibles, flotando en el aire, pero sin duda vertían afecto en sus venas para renovar su recuerdo en la roja oscuridad del corazón de la familia, donde Osiris Mentuhotep-Neb-Hapet-Ra y los otros antepasados tenían también su morada. Era un pobre consuelo, pero también era todo lo que tenían.

Después de muchos abrazos, besos y lágrimas, se separaron. Ahmose se encaminó al río para dar su acostumbrado paseo por la orilla. Aahmes-Nefertari quería tener a su hijo en brazos. Aahotep pasaría la noche con Tani. Tetisheri y Kamose cruzaron la oscuridad del jardín perfumado para dirigirse a sus habitaciones; los guardias, aburridos y soñolientos, los seguían.

—No puedo creer que permitas que se la lleven sin luchar, sin oponerte públicamente —dijo Tetisheri a Kamose—. ¡Es casi como si quisieras que se la llevaran! ¿Y qué será de Aahmes-Nefertari? Cásate enseguida con ella, Kamose para que por lo menos su destino no sea tan cruel. ¿Qué te pasa?

Kamose luchó contra su ira.

—Me opuse abiertamente, abuela, ¿no lo recuerdas?

—Sí, pero no con suficiente energía —susurró Tetisheri—. Pídele tiempo, háblale de una dote, ¡lo que sea!

Kamose se volvió a mirarla y acercando la cara a la de su abuela le contestó, también en un susurro:

—¿Te has vuelto completamente loca? Te lo diré una vez, Tetisheri, y nunca más. Necesito tiempo. Tani debe ir al norte, hay que expiar nuestras culpas, por lo que debemos mostrarnos dóciles y aceptar. Apepa ha de creer que por fin nos estaremos quietos. ¡Necesito tiempo!

—¿Y la sacrificarás a ella?

—Si lo quieres decir así… Ella está al corriente.

Su abuela hizo una pausa. A pesar de que apenas podía verle la cara, Kamose notó que pensaba intensamente.

—Cuando tomemos Het-Uart la recuperaremos —dijo Tetisheri—. ¿Y qué haremos con el general Dudu?

Kamose sofocó una explosión de risa. ¿Tomar Het-Uart? ¿Recuperar a Tani? No tenía sentido que se irritara con Tetisheri, que le hiciera reproches, que se burlara de sus grandes ilusiones. Ella era quien era.

—Dudu será el primer problema que deberé afrontar una vez que el rey se haya marchado —contestó el príncipe mientras seguía caminando—. Supongo que de todas maneras comprendes que es inútil.

—Lo que yo piense no tiene importancia —contestó Tetisheri alzando la voz—. Lo que piense cualquiera de nosotros no tiene importancia. Lo que importa es lo que

hacemos y lo que decimos. Siempre debemos comportamos como si ciertas cosas fueran a suceder realmente. Buenas noches, Kamose.

—Buenas noches, abuela.

«Está un poco loca, incluso la envidio», pensó mientras entraba en el silencio iluminado por las antorchas de la casa.

Ahmose fue a acostarse una hora más tarde.

—Hay mucha actividad más allá de los muros —comunicó a un Kamose adormilado—. Ya están empezando a levantar las tiendas y a cargar los burros. El rey quiere partir temprano.

—Me alegro —contestó Kamose antes de volverse—. Podré recuperar mis habitaciones siempre que no estén demasiado impregnadas por el olor del incienso setiu.

Dos horas después del amanecer, la familia se reunió en la parte posterior de la casa para ver partir a Tani. Heket se había ofrecido a acompañarla y en aquel momento estaba ocupada poniendo un manto sobre los hombros de su ama y asegurándose de que hubiera suficientes cojines en su litera, que ya esperaba en la arena con los porteadores en silencio junto a ella. El mismo general Pezedkhu, que estaba encargado de custodiar a Tani, observó a la familia mientras la abrazaban una vez más y a los soldados que formaban a su alrededor. La planicie que dejaban atrás, donde se había instalado la mayoría de las tiendas de los cortesanos, estaba sucia y llena de desperdicios, flores mustias, jarras rotas, el poste de una tienda destrozado. Algunos trozos de lino de colores eran llevados por la leve brisa de la mañana hasta el borde mismo del campo de entrenamiento. El cuartel estaba abandonado, sin vida.

La caravana se desplegaba rumbo al norte. Los asnos esperaban pacientemente, con las cabezas gachas. Entre sus patas corrían algunos perros que olisqueaban las literas ya ocupadas. Soldados y sirvientes comprobaban sus equipos e intercambiaban cortos comentarios. No había rastro del rey ni de su círculo más cercano. Nadie se había despedido de la familia ni había agradecido su hospitalidad. Se había dictado sentencia; pertenecían al pasado, serían olvidados.

A una seña de Pezedkhu, los porteadores de la litera de Tani se irguieron y se prepararon para alzarla. Uno por uno, sus familiares la abrazaron, le besaron los fríos labios y le sonrieron con fingido optimismo, pronunciando aquella frase de despedida tan antigua como los tiempos: «Que las plantas de tus pies sean firmes». Una vez hubieron cargado sus pertenencias sobre los asnos, todos le entregaron sus regalos, y por fin Tani se dio la vuelta y se instaló entre los cojines de la litera. Heket trató de seguirla, pero Pezedkhu se lo impidió.

—Tú no —dijo con aspereza—. Tú irás a pie.

—Ella viajará aquí conmigo —dijo Tani con vehemencia—, porque en caso contrario gritaré y montaré tal escándalo que tendrás que encadenarme a la litera.

Apretando los labios, el general retrocedió y Heket subió junto a su ama. Los porteadores levantaron la litera y los soldados se apresuraron a conseguirle un lugar en la caravana, que ya estaba en marcha. Tani sacó la mano para cerrar las cortinas; lo último que vieron de ella fue su cara sombría y el sol de la mañana que brillaba en sus anillos.

—¡Reza, Tani! —le gritó Ahmose cuando se alejaba—. ¡Rézale a Amón todos los días, pidiéndole nuestra liberación!

Los demás permanecieron en silencio. Los cascos de los animales y los pies de los caminantes ya levantaban polvo, por lo que Aahotep se tapó la nariz con el manto. Tani desapareció en el aire turbio.

Tetisheri emitió un sonido suave, mitad gemido, mitad exclamación, y se volvió hacia la cancilla trasera. Los demás la siguieron. Kamose vio que Dudu se les acercaba por el campo de entrenamiento y se volvió con rapidez. Hoy no —suplicó mientras observaba que Ahmose pasaba un brazo alrededor de los hombros de su hermana—. Hoy estamos apenados.

—Uni —dijo cuando el criado se les acercó—. Mantén al general lejos de mí hasta mañana.

Y se encaminó a la casa desierta, invadida por el eco.

Durante todo el día, los miembros de la familia permanecieron en sus habitaciones, mientras los sirvientes barrían la casa y la limpiaban después de la visita del rey. Kamose estuvo acostado en su lecho, con las manos detrás de la cabeza, escuchando la actividad que se desarrollaba a su alrededor y pensando con temor en los cuatro meses siguientes. Capitular estaba fuera de sus planes, pero ¿dónde encontrar más hombres, caballos, carros, armas, provisiones?

A mediodía, Akhtoy le sirvió una comida ligera, pero Kamose no pudo con ella. Se preguntaba cómo estaría Tani, dónde se habría detenido la caravana para comer, qué estaría pensando Apepa. «Tendré que matar al general Dudu —se dijo—, y falsificar los despachos que se envíen al norte, pero no quisiera matarlo, él sólo cumple con su deber. Y sin embargo, no puedo permitir que viva porque podría encontrar la manera de informar al rey de lo que planeo. Dejaré que envíe un primer informe y observaré cómo lo sella, cómo se dirige a Apepa».

Pero el pensamiento de Kamose no permaneció mucho tiempo fijo en el general Dudu. Volvió a considerar el problema de obtener tropas frescas y el oro necesario para equiparlas. Sin embargo, sentía el alivio que llega después de una gran tensión. Apepa se había marchado. Los ruidos y las voces de la casa le eran de nuevo familiares. En cuatro meses se podían hacer muchas cosas. Se quedó dormido.

Hacía mucho que no soñaba con la mujer, que con frecuencia había empezado también a introducirse en su conciencia cuando estaba despierto. En esas horas calurosas y lentas de la tarde, cuando aún tenía la mente ocupada por problemas

militares, por sus sentimientos de pesar por la partida de Tani y las acusaciones de su abuela, se encontró caminando tras ella por el sendero que salía de Weset, pasaba por el templo de Amón y llevaba a los escalones del embarcadero.

Era verano. El río corría con lentitud y el sol brillaba sobre su cabeza descubierta, pero él apenas se fijó en lo que lo rodeaba, porque ella estaba allí, tal vez a diez pasos de distancia y casi a la altura de los pilones del templo, sus largas piernas se movían con seguridad en el suelo polvoriento. La cubrían luces y sombras producidas por las ramas que se agitaban sobre su cabeza. Sólo vestía un *shenti* corto de tela gruesa que se le arremolinaba alrededor de los muslos. Estaba descalza y tenía las plantas de los pies grises de polvo. En su espalda resplandecían gotas de sudor y sus hombros estaban cubiertos por una cascada de pelo negro. Lo sacudió un espasmo de deseo tan fuerte que lanzó un grito en sueños, pero sabía que no debía alcanzarla. Si corría tras ella, la mujer se iría con más rapidez y el sueño terminaría antes. Y él deseaba prolongar aquel maravilloso dolor. La siguió, descalzo. Empezaba a penetrar en las sombras del pilón.

De repente, la mujer comenzó a caminar más despacio y miró hacia el templo. Por no estar preparado, Kamose perdió la posibilidad de verle el perfil. Se maldijo y trató de seguir caminando, pero descubrió que no podía. Ella también se detuvo y esperó, con una de sus piernas morenas levemente flexionada.

Entonces Kamose se quedó sin respiración porque entre las altas y sólidas piedras del pilón surgía una alta figura. Dos cosas atrajeron la atención de Kamose. La figura que acababa de aparecer lucía una guirnalda de flores frescas de invierno alrededor del cuello, lotos, capullos de tamarisco, todas estremecidas de rocío a pesar de que estaban en pleno verano. También usaba una diadema de oro púrpura, aquella preciosa y rara amalgama, que terminaba en dos plumas suaves y temblorosas.

De repente Kamose tuvo miedo. Jadeando, atemorizado y sin embargo deseoso de que la figura se volviera y lo traspasara con sus ojos serenos y penetrantes, se quedó quieto, cautivado por la perfección de cada músculo de aquel cuerpo majestuoso que se acercaba a la mujer. «¿Se volverá para hacer una reverencia? —se preguntó Kamose—. ¿Le veré la cara?». El dios se detuvo. La mujer inclinó la cabeza, en un ademán reverente pero orgulloso, y extendió las manos a los costados. Sólo entonces notó Kamose que el dios sujetaba un arco y una daga en sus dedos teñidos de alheña, el arco del propio Kamose, el que empleó para defender a Seqenenra, y su daga con el mango de oro, que ya había derramado sangre setiu.

La mujer los cogió, se colgó el arco a la espalda y siguió caminando. Aliviado, Kamose la siguió dando traspiés, pero cuando llegó al pilón del templo, el dios había desaparecido. Al dirigir una rápida mirada al patio exterior, a Kamose le pareció ver el revoloteo de un *shenti* y un tacón dorados que desaparecían entre las columnas del patio interior, pero no tuvo tiempo de seguirlos. La mujer empuñaba su daga en la

mano derecha, y el sol se reflejaba en el arma al caminar. Ya casi habían llegado a los escalones del embarcadero. Kamose vio a su derecha el final del emparrado, todavía con algunas hojas que colgaban de las vides.

La mujer se detuvo, levantó el brazo izquierdo en dirección al río y Kamose notó, fascinado, que en sus brazos brillaban las pulseras de plata de un jefe. Siguió con la mirada la dirección del brazo. El río estaba lleno de embarcaciones de todo tipo: barcas de heraldos, barcas de caza, pequeños botes de pescadores, barcazas, todas vacías navegando con suavidad contra la corriente. La mujer comenzó a volverse y a Kamose le temblaron las rodillas. Sintió que caía hacia ella, incapaz de respirar. Al instante siguiente se encontró sentado en su lecho, empapado en sudor, las piernas enredadas en la sábana húmeda. Jadeaba. Alguien llamaba a su puerta y la voz de Akhtoy decía con amabilidad:

—Príncipe, el general Dudu desea verte lo antes posible. Ha estado esperando toda la tarde.

Kamose tuvo ganas de destrozar la puerta. Si Akhtoy no hubiera llamado despertándolo, tal vez la habría visto. ¡La habría visto!

—Di al general que dentro de una hora estaré en mi despacho —consiguió decir con voz poco clara—. Tráeme agua para beber, Akhtoy, y un sirviente para que me bañe.

—Sí, alteza.

Kamose apartó la sábana de sus piernas y abandonó el lecho. Le costaba mantenerse en pie, se sentía mareado, tenía el cuerpo pegajoso y maloliente y la mente como si hubiera tomado drogas. Oyó otra llamada en la puerta y dijo: «Adelante». La lengua apenas le obedecía. Su sirviente personal se inclinó ante él con una jarra y una copa en las manos. El agua de la jarra estaba fresca, la acababan de sacar de la tinaja que siempre estaba preparada en el corredor, donde recibía las corrientes de aire que circulaban por la casa. Kamose se dio cuenta de ello porque la jarra rezumaba humedad. La miró como si no comprendiera.

—El agua, alteza —dijo el sirviente—. ¿Quieres que te la sirva?

Se acercó a la mesa baja y la puso encima. Kamose observó el vaivén del líquido transparente y en el acto se convirtió para él en lo más importante del mundo. Se puso tenso y deseó que por un instante el sirviente no se moviera, que ningún ave cantara, que ningún sonido turbara la revelación que sabía que estaba a punto de estallar en su conciencia. Agua. Agua. El arco y la daga. El río. Barcas, muchas barcas, y un gesto tan gracioso y provocativo como el de una bailarina. El río y barcas. Barcas. Se puso a temblar. ¡Por supuesto! ¡Barcas!

—¡Amón! —dijo en voz alta con una voz que más parecía un graznido—. Acabas de abrir la puerta. ¿Quién es ella, entonces, que apenas se inclina ante ti? ¿Hator? ¿Tu esposa Isis? ¿Una faceta de Sekhmet? Ella, la que lleva mi arco, mi daga… ¡Barcas!

—¿Alteza? —preguntó el sirviente.

Kamose se volvió a mirarlo, sonriente.

—Yo mismo me serviré —dijo—. Puedes retirarte.

El sirviente le dirigió una mirada preocupada y se marchó. Kamose se acercó a la mesa y levantó la jarra, tratando de servirse agua, pero le temblaban tanto las manos que la derramó en el suelo.

Una hora después, bañado y vestido con un *shenti* muy almidonado y con un aro de oro en la cabeza, se sentó en el despacho y recibió la breve inclinación del general. Todavía se sentía rodeado de un aura de irrealidad. Tenía los ojos enrojecidos y las manos hinchadas por efecto del sueño que había sido más que un sueño, pero se sentía feliz y recibió a Dudu con una corta sonrisa.

—¿Por qué deseabas verme? —preguntó.

Dudu pareció perplejo y después incómodo.

—Alteza, tengo el ingrato deber de insistir en que, durante los próximos meses, hables conmigo con respecto a cada decisión que tomes y que se refiera a tu familia y a las provincias. Todo debe ser comunicado al Uno.

—Un deber ingrato, sin duda —contestó secamente Kamose—. Hoy no tomo ninguna decisión, Dudu.

El hombre se inclinó ante él.

—Tal vez sea así, príncipe, pero también tengo la obligación de acompañarte a todas partes. Me temo que tendré que convertirme en tu sombra.

Kamose sintió compasión por aquel hombre.

—¿Quieres que haga poner un catre junto a mi lecho? —preguntó poniendo cara de inocencia.

Dudu suspiró, ofendido.

—No, alteza, eso no será necesario —contestó en tono severo—. Uno de mis soldados custodiará el sueño de tus noches | de tus tardes. Con respecto a tus soldados, los he liberado de los cuarteles y he formado pares con ellos y mis cincuenta hombres. Uno de los tuyos, uno de los míos. Mantenerlos encerrados durante cuatro meses habría sido poco práctico.

Durante un instante, Kamose admiró la estrategia del general.

—Sí, por supuesto —convino—. No habría sido nada práctico. Dudu, ahora voy a caminar hasta el templo. Si quieres, puedes acompañarme.

—¿Ahora? —exclamó Dudu.

Kamose pudo ver los pensamientos del general escritos en su rostro, antes de que Dudu hiciera un esfuerzo por controlar su expresión. Al general no se le permitía entrar en el santuario. Si desde allí Kamose quisiera enviar mensajes por mediación del sumo sacerdote, Dudu no podría hacer absolutamente nada por evitarlo, excepto poner guardias en todas las salidas e interrogar a los que pasaran. ¡Qué absurdo! De

todos modos, ¿a quién se le ocurría ir a rezar a aquella hora del día?

—Ahora —afirmó Kamose, poniéndose de pie—. Los del sur somos un pueblo devoto. Amón recibe nuestro homenaje habitual, lo mismo que Osiris, Hapi y Ptah. Espero que tengas fuertes piernas, general, porque permanecerás mucho tiempo de pie en el patio exterior de los templos.

Dudu le hizo una reverencia sin contestar y Kamose pasó por su lado llamando a sus guardias. Pudo tomar una litera, pero tenía ganas de caminar; no por rencor hacia Dudu, sino porque poco tiempo antes había cubierto aquel mismo camino. El sueño seguía vivido en su mente mientras pasaba bajo la sombra espesa de las hojas nuevas, llenas de nidos de pájaros. El río corría a gran velocidad, pardo y fangoso. El sol era caluroso, pero no desagradable. Kamose tenía ganas de cantar. Su escolta, uno de sus propios guardias acompañado por un setiu, lo precedía estoicamente. Dudu lo seguía tres pasos detrás, con su propio guardia cerrando la retaguardia. Una mujer de Weset que llevaba a un niño de la mano y con la otra sujetaba la cuerda atada a un asno, se hizo a un lado al ver pasar a Kamose. Se inclinó sonriendo y Kamose la saludó.

Al llegar al pilón tuvo un instante de temor religioso y de vacilación al recordar la aparición majestuosa de Amón. Ordenó a los soldados que descansaran a la sombra de la enorme estructura de piedra. El príncipe y Dudu entraron en el patio exterior. Kamose detuvo a un joven sacerdote que iba hacia el almacén del dios, que se encontraba a un lado del templo.

—¿Dónde está el sumo sacerdote? Encuéntralo y envíalo al santuario. Quiero rezar.

El muchacho le hizo una reverencia, asintió y salió corriendo. Con un gesto decidido, Kamose ordenó a Dudu que esperara, y el general se detuvo mientras él cruzaba la portilla que conducía al patio interior.

Kamose permaneció de pie mientras un sirviente del templo se le acercaba con un paño y un recipiente lleno de agua del lago sagrado. Cuando terminó de quitarse las sandalias y de lavarse los pies, las manos y la cara, murmurando las oraciones de limpieza, Amonmose ya lo estaba esperando junto a las puertas cerradas del santuario. Kamose contestó a la reverencia del sumo sacerdote poniéndole una mano en el hombro y entraron juntos en el lugar sagrado.

El interior estaba oscuro y fresco. Amón estaba sentado con una sonrisa en su rostro benévolo, sonrisa que Kamose consideró de triunfante complicidad. «Eres un gran dios —le dijo mentalmente—. Mereces tener a todo Egipto en tus manos abiertas, y así será. Te lo prometo». Se aproximó al dios y se arrodilló, besó los suaves pies de oro y rodeó los firmes tobillos con las manos. Puso la mejilla en el pie de Amón, cerró los ojos y comenzó a rezar, agradeciéndole el mensaje oculto del sueño, algo sencillo y que, sin embargo, todos había pasado por alto; hasta Seqenenra, que marchó con sus hombres por el desierto y fue derrotado. Las

posibilidades eran pocas, pero era mejor que no contar con ninguna opción, y el dios mismo se la había proporcionado; por lo tanto, la tarea no era imposible. El amor por su dios, protector de Weset, cuyos ojos iluminaban el desierto y que había vuelto su mirada hacia su hijo, sobrecogió a Kamose y junto con aquel amor sintió el correspondiente desprecio por el salvaje e indisciplinado Sutekh y su rey impostor. «Triunfaremos —le dijo al dios—. Tú y yo triunfaremos».

Por fin se puso de pie. Amonmose lo observaba en silencio. Kamose se le acercó.

—Sé cómo puedo vencer a Apepa —le dijo sin preámbulo alguno—, pero habrá que planearlo con mucho cuidado y necesitaremos mucho oro. Amón me enseñó en un sueño cómo hacerlo, pero necesitaré tu ayuda, Amonmose. Envía sacerdotes a todos los santuarios de Amón de las provincias y a los que conozcas más al norte. Trae a Weset todas las ofrendas, oro, plata, alhajas, cualquier cosa que se pueda utilizar para pagar a los comerciantes de granos y a los vendedores de verduras. Hazlo en secreto y almacénalo aquí, en el templo. —Amonmose asintió—. A mí me sigue a todas partes el representante del rey —continuó diciendo Kamose—. Este es el único lugar en el que no puede entrar; por lo tanto, con tu permiso me gustaría utilizar el santuario para pasar y recibir mensajes, contigo como intermediario. No será por mucho tiempo —explicó al ver la expresión vacilante de Amonmose—, y no comportará cometer ningún sacrilegio, te lo prometo. Dentro de alrededor de una semana podré encargarme del general Dudu. Mientras tanto, las noticias te llegarán a ti y no a mí, y yo vendré a buscarlas dos veces al día. —Hizo una pausa para pensar —. Ya he mandado buscar a Hor-Aha. Haz que un sacerdote levante una tienda en el desierto para que se detenga en el caso poco probable de que llegue antes de que yo haya conseguido librarme de Dudu. Puedes alojarlo aquí. Mañana te enviaré a Uni. Dile que quiero una lista de todas las embarcaciones que haya por los alrededores: botes de pesca, barcas, barcazas, todo, y también una lista de los constructores de barcas que hay en Weset.

Amonmose sonrió.

—¿Esto es todo, príncipe?

Kamose le devolvió la sonrisa al notar el dejo de sarcasmo en la voz de su amigo.

—Esto es todo por ahora. Asegúrate de que Uni te comunique aquí sus informaciones y no intente dármelas directamente. Te estoy muy agradecido, Amonmose.

El sumo sacerdote inclinó la cabeza.

—Me alegro de que Amón te haya proporcionado esa visión. Creo que tiene grandes planes para su ciudad. ¡Quién sabe! ¡Tal vez algún día Weset llegue a ser la principal y más sagrada ciudad de Egipto!

Kamose rio y su alegría despertó ecos en el techo de piedra.

—Sí, ¿quién puede saberlo? —dijo mientras pensaba en el laberinto de casas de

adobe de la ciudad, en el ruidoso mercado y en el puerto adormecido—. Debo reunirme con mi carcelero.

Se prosternó ante el dios, abrazó a Amonmose y salió a la luz del sol, obligándose a contener una canción que subía a sus labios.

El informe del general Dudu a Apepa fue dictado la semana siguiente al escriba que había llegado con él. Kamose estaba con su madre, inspeccionando los nuevos bancales de flores recién plantados, cuando Ipi llegó con la noticia.

—Lo dictó en privado, en las habitaciones que tiene asignadas —explicó el escriba contestando la pregunta de Kamose—. Pero yo sabía que sucedería porque el escriba y yo estábamos conversando en el despacho cuando el general lo mandó buscar. Yo lo seguí, pero no pude oír el mensaje porque el general mantiene su puerta custodiada y me vi obligado a pasar de largo.

—¿Y dónde está el papiro en este momento?

—El escriba está en su celda, preparando una copia en limpio para enviar al norte.

Kamose pensó con rapidez. Era esencial que viera aquel informe, no por lo que decía, sino por el estilo de Dudu, el comienzo de la carta y la despedida.

—¿Puedes alejar al hombre de su trabajo durante algunos instantes? —preguntó a Ipi—. ¿Hay algún heraldo esperando para llevar el papiro al norte de inmediato?

—No, alteza —contestó Ipi—. El rey dejó una caja llena de despachos para que fueran enviados a Kush y algunos para los administradores del norte. El heraldo regresará de Kush esta noche y no saldrá hacia el norte hasta mañana.

—Bien. Habiendo cumplido con su deber, Dudu estará aquí en cualquier momento. Corre a ver a Uni. Dile que quiero que inspeccione el papiro con mucho cuidado y que no tendrá mucho tiempo para hacerlo. Lleva al escriba al río, ofrécele vino de mi propia bodega, o lo que sea.

Ipi hizo una reverencia y se alejó. Kamose lo vio inclinarse al pasar junto al general, que en aquel momento salía de la casa.

—¿Qué estás haciendo, Kamose? —preguntó Aahotep en voz baja.

Kamose le apretó el brazo.

—Todavía no te lo puedo decir. Es demasiado peligroso —susurró—. Dentro de algunos días, madre.

Aahotep asintió con la cabeza, apretó los labios y siguió observando los bancales de flores. A poca distancia, un jardinero en cuclillas y con la espalda desnuda metía las plantas nuevas en la tierra húmeda y oscura.

—Por supuesto que debemos continuar plantando y también debemos encargarnos de la cosecha —dijo Aahotep en voz alta mientras Dudu se les acercaba —. Tendremos tiempo de hacerlo antes de vernos obligados a abandonar esta casa para siempre. —Se volvió hacia el general con una sonrisa altanera—. Aunque el rey haya expropiado nuestra próxima cosecha, no podemos permitir que los labriegos

queden desamparados. Vamos, Kamose.

Lo tomó del brazo y empezó a hablar de otros temas, mientras se encaminaba al emparrado y dejaba que Dudu los siguiera.

Cuando a la mañana siguiente Kamose se dirigió al templo para llevar a cabo los ritos, Uni ya había visitado al sumo sacerdote. Mientras Dudu permanecía sentado a la sombra de una columna del patio exterior, observando con actitud abatida el ir y venir de bailarinas y peticionarios, Amonmose entregó a Kamose el mensaje de Uni.

—El encabezado y las frases de despedida del informe son los habituales —dijo Amonmose—. Los títulos del rey, después del saludo y antes de la firma del general.

—¿Una firma?

—Sí —dijo Amonmose—. Al general le gusta garabatear él mismo su nombre y no pone «por mano de mi escriba fulano de tal».

—Es una mala noticia —dijo Kamose, frunciendo el entrecejo—. ¿Algún sello?

—El general prefiere cera incolora y usa un sello cilíndrico, que debe de llevar siempre encima. Uni asegura que la firma no es difícil de falsificar, príncipe, y ha tenido dos oportunidades de intentarlo. El nombre setiu del general no es largo, son dos sílabas que se repiten.

Durante un instante Kamose pensó en la cantidad de habilidades que debía tener un buen criado. «Esta es la única oportunidad que tendremos de lograr la firma —reflexionó—. Si espero hasta el próximo despacho, casi no tendremos tiempo. Debo confiar en la habilidad manual de Uni».

—¿Alguna otra cosa?

—Sí —contestó Amonmose—. Los despachos del general siempre van atados con tres vueltas de lino común, anudado una sola vez. La cera se pone en el nudo.

«Si salimos de esta, nombraré visir a Uni», pensó Kamose.

—Gracias, Amonmose —dijo en voz alta—. Ya me he quedado aquí bastante tiempo. Por favor, haz llegar un mensaje a Uni; dile que mañana por la noche, muy tarde, me las arreglaré para que Ahmose vaya a mis aposentos. Las habitaciones de los sirvientes que hay en el corredor sólo tienen dos guardias. Tal vez pueda fingir que me he puesto enfermo. Dile que intente persuadir a uno de los guardias, preferiblemente al setiu, de que permanezca frente a la puerta de Ahmose, mientras el otro escolta a mi hermano hasta mis habitaciones. Lo estaré esperando. Y si mañana por la noche no fuera prudente, que sea a la noche siguiente. ¿Podrás hacerlo?

—Por supuesto, alteza.

Kamose volvió a la casa con Dudu caminando detrás de la litera. Se encontraba en un estado de tensa concentración y aprensión creciente. Había matado antes, pero en el fragor de la batalla. Ignoraba si podría reunir la fortaleza necesaria para matar a un hombre a sangre fría. «Pero debo hacerlo —se dijo, recordando el rostro altivo del rey para reforzar su decisión—. Debo hacerlo. Es el primer paso, el más importante.

Dudu debe morir». Pero en su interior lo que se susurraba era: «Apepa debe morir», y aquel pensamiento endureció sus músculos y aumentó su arrojo.

Dos horas antes del amanecer, cuando el sueño es más profundo y es más difícil mantenerse en guardia, Kamose abandonó el lecho, abrió la puerta y habló a los guardias. Se echaba hacia delante, con la cara retorcida de dolor.

—Necesito a mi criado —dijo—. No me encuentro bien. Por favor, dile que traiga consigo a mi hermano.

Los guardias se miraron. Su guardia personal lo tocó con discreción.

—¿También quieres que llame al médico, príncipe? —preguntó en tono solícito. El otro guardia observaba con cuidado a Kamose. Kamose se maldijo. No se le había ocurrido que le podían preguntar si debían llamar al médico.

—Muy bien —contestó—. Pero no quiero alertar a toda la casa, quizá sólo se trata de algo que me ha sentado mal.

—Yo iré —dijo el guardia local. El otro volvió a cuadrarse. Kamose retrocedió, cerró la puerta y escuchó los pasos que se iban perdiendo por el corredor. Estaba convencido de que el guardia setiu a punto estuvo de proponer que también avisaran a Dudu, pero ahora el hombre ya no abandonaría su puesto.

Instantes después oyó voces. La puerta se abrió y entró Uni con expresión soñolienta y sujetándose la ropa de dormir. Ahmose entró en el cuarto tras él. Detrás de Ahmose, Kamose alcanzó a ver tres rostros en las sombras y, por suerte, dos eran guardias locales. Kamose, jadeando, hizo señas al suyo de que entrara y cerrara tras él la puerta.

—¿Eres leal a mí? —le preguntó, enderezándose y dirigiéndose a su baúl—. ¿Me obedecerás sean cuales sean las consecuencias?

El soldado asintió con la cabeza.

—Sabes que lo haré, príncipe. ¿No he estado a tu puerta y a tu lado durante muchos años? —dijo en tono que parecía ofendido.

—Bueno —dijo Kamose—. Dentro de un momento, quiero que mates al setiu que monta guardia afuera, luego sigue a mi criado. Uni, debes reunir a los dos guardias locales e ir de inmediato a las habitaciones donde duerme el personal de Dudu. Si tienes la mala suerte de encontrarte con más setiu, mátalos sin perder tiempo. Pon soldados en la puerta de todos los dormitorios de sirvientes setiu para que ninguno pueda salir sin ser visto. No deben salir por ningún motivo, ni siquiera para caminar por el corredor. —Mientras hablaba revisaba el baúl con impaciencia, luego se irguió, con una daga en la mano. Durante un instante pensó que la última vez que la había visto la empuñaba la mujer de sus sueños. El soldado asentía—. Ahmose —continuó diciendo Kamose—, ahora nosotros iremos a matar a Dudu; espero que esté dormido. No te pido que lo apuñales, sólo que lo sujetes si se resiste. Todo debe hacerse en silencio. No puedo permitir que se conozcan mis intenciones hasta tener a los

soldados bajo mis órdenes. Uni, ¿el heraldo partió ayer por la mañana?

—Tú sabes que partió, alteza.

Kamose tema una prisa febril y un miedo que no exteriorizaba.

—¡Entonces debemos ponemos en marcha!

Hizo una seña con la cabeza al soldado, que sacó el cuchillo y salió. Kamose, Uni y Ahmose esperaron con ansiedad. Oyeron algunas palabras, una exclamación de sorpresa y luego una breve lucha. Kamose se puso tenso. La puerta se abrió de par en par y vieron al guardia local y al setiu, que terna una expresión de espanto en el rostro, y luego su cuerpo flácido cayó contra el vano de la puerta.

—Éntralo y después vete. ¡Rápido! —dijo Kamose—. ¡Vamos, Ahmose!

Sabía que podía confiar en que Uni seguiría sus instrucciones. El corazón le latía con rapidez cuando él y su hermano corrieron por el pasillo y se introdujeron en el corredor que conducía a las habitaciones de huéspedes. Una vez allí comenzaron a caminar con naturalidad, porque Dudu había apostado varios guardias frente a su puerta y ninguno era local.

—¡Es una locura, Kamose! —le susurró Ahmose—. No es posible que podamos vencer a tres.

—Por el momento, no —contestó Kamose, haciendo un esfuerzo por calmar los latidos de su corazón y su respiración agitada—. No se negarán a permitimos entrar, y luego tendremos que hacer una jugada peligrosa.

De repente recordó que llevaba la daga en la mano. La ocultó dentro del *shenti* e instantes después doblaron una esquina del corredor y los tres guardias, sorprendidos, se pusieron en posición de firmes y los saludaron, extendiendo hacia delante las espadas.

—Salud —dijo Kamose—. Tenemos que hablar con el general. Debéis permitir que pasemos.

Los guardias lo miraron fijamente y luego uno se adelantó.

—¿Dónde están tus guardias, príncipe? —preguntó en tono amable pero con un dejo de desconfianza en la voz.

—En el extremo del corredor —contestó Kamose—. Ve a mirar, si quieres, pero apresúrate. Pronto amanecerá y el asunto que nos trae no admite demoras.

Notó la desconfianza en los rostros de los hombres. No eran tontos. Sin embargo vacilaron, temerosos de ofender a un príncipe de Egipto, a pesar de las circunstancias en que éste se encontraba. Kamose hablaba en un tono imperioso que nadie que no fuese noble se atrevía a desafiar; pero ¿no había dado el general órdenes estrictas de que ninguno de aquellos jóvenes señores debía caminar nunca sin escolta? ¿Qué asunto importante podía tener un príncipe caído en desgracia y arrestado en su domicilio, una hora antes del amanecer?

«Los he subestimado —pensó Kamose, furioso—. ¡Soy un imbécil!». Miró a

Ahmose y notó que su hermano contraía los músculos. Durante un breve instante, los ojos de ambos se encontraron. Ahmose asintió con la cabeza. Ambos se abalanzaron sobre los hombres. Kamose cogió una de las espadas que empuñaban y la atrajo con violencia hacia sí. El guardia, sorprendido, cayó con ella hacia delante. Kamose le hundió una rodilla en la entrepierna. Haciendo un movimiento reflejo, el hombre se dobló y el puño de Kamose le golpeó la mandíbula. El soldado se desplomó sin ruido. Kamose se volvió y vio a su hermano pegar con el pie en el estómago a otro guardia y luego rodearle el cuello con un brazo. El tercer guardia en aquel momento sacaba su daga, preparándose para atacar a Ahmose. Kamose saltó y se le adelantó, se aferró a la espalda del hombre y le metió los dedos en los ojos. El guardia gimió y soltó la daga, pero a continuación quiso apretarle las muñecas a Kamose, aunque las soltó enseguida. Se deslizó hasta el suelo y Ahmose saltó a un costado, soltando el mango del cuchillo que acababa de hundirle en el pecho. Ahmose sudaba copiosamente.

—No está mal para un par de hombres que últimamente han descuidado sus prácticas de lucha —dijo con voz ronca-Uno muerto, tal vez dos. Creo que a éste le he roto el cuello, Kamose.

—Lo lamento —dijo Kamose—. Si no hubiesen sido tan desconfiados…

En aquel momento se abrió la puerta y apareció la cara de Dudu.

—¿Qué pasa ahí?

Kamose observó que se le iluminaban los ojos y los abría, sorprendido. Pero antes de que lograra reaccionar, Kamose se arrojó contra la puerta y le hizo perder el equilibrio. Dudu cayó al suelo, pero rodó sobre sí mismo y se puso de pie con agilidad. Sin embargo, no pudo hacerlo con la velocidad suficiente para esquivar a Ahmose, que se puso detrás de él y lo sujetó con los brazos. Kamose cerró la puerta y sacó la daga, sintiendo de repente frío y agotamiento.

Dudu comprendió inmediatamente la situación. Kamose lo notó en sus ojos. Pero el general no demostró temor, y Kamose le tuvo aún más respeto. Le habría gustado ofrecerle la vida a cambio de su cooperación, pero sabía que a la primera oportunidad que se le presentara, lo traicionaría. Dudu era setiu.

—Esto sólo te dará un breve respiro —dijo el general con voz ronca—. Sólo es una pequeña batalla. No podrás ganar la guerra, alteza.

«Estoy harto de las palabras “no podrás” —pensó Kamose—. Un breve respiro, una pequeña batalla, como si yo fuese una criatura que luchase junto al río con cañas y juncos en lugar de cuchillos y hachas».

—Nada de alteza, Dudu —dijo, empuñando la daga y acercándosele mientras estudiaba el pecho de Dudu para decidir cuál era el mejor lugar para clavársela—. Alteza no. Majestad.

Vio que Dudu respiraba hondo inmediatamente antes de que él le hundiera la daga entre la tercera y la cuarta costilla. De inmediato las manos de Kamose se cubrieron

de sangre caliente. Arrancó la daga de la herida mientras Ahmose depositaba a Dudu en el suelo y se alejaba de él con rapidez.

—Estas cosas son necesarias pero terribles —dijo Ahmose, apresurándose a acercarse al lecho y arrancando de él la sábana—. Límpiate, Kamose. —Éste cogió la sábana y comenzó a limpiarse las manos y la hoja de la daga. Ahmose se inclinó y cerró con cuidado los ojos vidriosos de Dudu—. Ahora nos hemos comprometido —continuó diciendo— y aunque quisiéramos no podríamos volver atrás. Esta vez, si perdemos, significará la muerte para todos.

—Lo sé —contestó Kamose—. ¡Pero no puedo creer, me niego a creer que desapareceremos del curso de la historia sin dejar ni rastro! Será mejor que nos marchemos, Ahmose. Ra está a punto de salir y debemos tener a los soldados bajo nuestro control antes de que despierte el resto de la casa. ¡Ojalá Hor-Aha estuviera aquí!

En la luz gris del amanecer, una orden despertó a los soldados que dormían juntos en el cuartel. Se pusieron de pie, amodorrados, y se encontraron a los dos príncipes y dos guardias, de pie, con las piernas separadas y los arcos listos para disparar.

—Los soldados de la casa a la derecha —ordenó Kamose— y los del general Dudu a la izquierda. ¡Rápido!

Todavía medio dormidos, los hombres obedecieron dando traspiés y se agruparon frente a las paredes de adobe tal como él acababa de ordenar.

Kamose los observaba con una expresión pétrea, aunque estaba preocupado. El control que ejercía pendía de un hilo. Si alguno de los oficiales setiu daba la orden de atacar, los cuatro se encontrarían indefensos en un instante. Ahmose y su guardia se movieron lentamente, apuntando sus armas hacia la izquierda. Kamose estudió detenidamente a sus cincuenta soldados y no volvió a hablar hasta haberlos reconocido a todos.

—Sentaos —les gritó, y ellos de inmediato se dejaron caer al suelo—. No os mováis —continuó diciendo. Luego se dirigió al resto—: Quiero que me deis vuestro nombre, lugar de nacimiento, rango e historia familiar —ordenó—. Tú primero.

Los hombres de Dudu lo miraron como si se hubiera vuelto loco. En cambio, sus guardias presintieron lo que iba a suceder. Un murmullo recorrió sus filas como una ráfaga de brisa invernal.

El soldado al que Kamose acababa de señalar se adelantó y saludó.

—Ptahmose de Mennofer, alteza, soldado de infantería de la división de Set. Mi padre y antes que él los padres de mi padre fueron escribas en el colegio del pueblo, fuera de la ciudad.

Kamose hizo una cortante inclinación de cabeza.

—Siéntate. El siguiente.

Uno por uno, los cincuenta le proporcionaron sus datos. A algunos con nombres

setiu, cuyas familias habitaban al este del Delta, les ordenó que permanecieran de pie. Al final quedaron veinte de pie. Ahmose se acercó a su hermano y le susurró al oído:

—Si vas a hacer lo que pienso que harás, ¿no puedes por lo menos ofrecerles la posibilidad de elegir? ¡Este es un acto de barbarie!

—No podemos arriesgamos, y menos con soldados —susurró Kamose—. Esto me desagrada más que a ti, Ahmose. Si fuesen labriegos o simples ciudadanos, no importaría tanto, pero no puedo permitir que haya sueltos por aquí militares entrenados, aunque me hayan jurado lealtad. Ya antes de empezar, todos creen que estamos vencidos.

Con rapidez eligió a veinte de sus hombres y les ordenó que tomaran sus armas.

—Llevad a esos veinte al desierto y matadlos —dijo—. Luego enterradlos en la arena. No los arrojéis al río. No quiero que sus cadáveres floten marea abajo y descubran lo que ha pasado.

Los soldados obedecieron, tropezando en su presteza. Los condenados miraban fijamente a Kamose, sorprendidos e incapaces de creer en el repentino giro que había dado su destino. Algunos se inclinaron a recoger el *shenti* y otras pertenencias, como si fueran a trasladarse a otro edificio. Ahmose les ordenó que soltaran todo lo que tenían en las manos. Kamose hizo una seña a su guardia personal y el hombre se encargó de hacer salir a los setiu y a sus verdugos.

Se produjo un breve silencio dentro del edificio. La orden de formar y marchar resonó claramente cuando ya la luz del día era más intensa, luego el rumor de pies descalzos que hollaban la tierra fue desvaneciéndose. «Ahmose todavía no lo comprende —pensó Kamose mientras examinaba los rostros muy pálidos de los soldados restantes—, pero esto es sólo el principio y algunas veces no podremos diferenciar amigos de enemigos. Que Amón me perdone». Tema un frío mortal.

—Vosotros, los que quedáis —dijo a los treinta soldados que en aquel momento lo miraban muy rígidos y cuya incertidumbre sólo se notaba en la expresión de los ojos—. No os he condenado a muerte sólo porque sois egipcios nativos, aunque militéis en el ejército de Apepa. Ahora debéis jurarme lealtad. Si lo hacéis, seréis bienvenidos en Weset. Si quebrantáis la promesa que vais a hacer, quedaréis sometidos a las cinco heridas y a la inmediata ejecución como traidores. Adelantaos.

Sus cincuenta soldados permanecieron observando con evidente alivio mientras los treinta, uno por uno, se fueron acercando a besar los pies y las manos de Kamose como prenda de su nueva lealtad.

Cuando el último hubo terminado, Kamose se dirigió directamente al capitán de los cincuenta.

—Estos treinta deben ser emparejados con aquéllos cuya lealtad no se puede poner en duda —ordenó—. No deben salir de los confines de la propiedad ni se les dará orden de hacer guardia dentro de la casa. Hazlos trabajar mucho en la práctica de

armas y en las cuadras, y vigílalos. Espero que me hagas llegar informes periódicos sobre lo que dicen y hacen.

El hombre se inclinó en una reverencia, y aun antes de que levantara la cabeza, Kamose ya había salido del cuartel y volvía a la casa, llenándose los pulmones del aire fresco del amanecer. Ahmose corrió a reunirse con él.

—Pareces enfermo —dijo—. Y ahora, ¿qué?

Kamose se pasó cansadamente la mano por la cara. Sintió la piel flácida y áspera.

—Ahora sometemos a la misma prueba a los sirvientes de Dudu y les imponemos las mismas restricciones —contestó—. Me gustaría darles muerte a todos. Los sirvientes personales y los domésticos, por lo general, son los más leales. Pero no debe correr la voz de que soy tan cruel que mato a egipcios inocentes. Deben verme como un libertador, Ahmose, un egipcio que lucha al lado de otros egipcios para liberar a este país de los opresores extranjeros. La mitad de mi tarea se habrá cumplido si rumores favorables me preceden en las ciudades y los pueblos. Pero no todavía.

—¿Es así como te ves? —preguntó Ahmose con curiosidad. Acababan de llegar al jardín.

Kamose se detuvo y miró a su hermano con sus ojos perfilados con maquillaje negro.

—No —respondió con una sonrisa—. Soy el vengador de Seqenenra y dios de Egipto.

Antes de la comida del mediodía habían matado en el desierto a nueve de los sirvientes de Dudu; los demás se quedaron trabajando en la cocina bajo la mirada atenta y vigilante de Uni. El guardia personal de Kamose regresó con la noticia de la ejecución de los veinte soldados. Ahmose se había reunido con el resto de la familia para comunicarles que la casa era nuevamente suya, pero Kamose se negó a recibir a Tetisheri que, en cuanto se separó de Ahmose, se había apresurado a acudir a su despacho.

—Mantenlos alejados de mí —le ordenó a Akhtoy—. No estoy preparado para hablar con ellos. Necesito dormir.

Con amabilidad pero con firmeza, Akhtoy logró que Tetisheri regresara a sus aposentos.

Kamose mandó buscar a Uni y le pidió un informe sobre su petición de hacer una lista de embarcaciones y constructores de embarcaciones. Cuando Uni le recordó que hasta entonces no había tenido ni tiempo ni oportunidad de hacer más que dar órdenes a su asistente y enviar sirvientes a Weset, Kamose se puso furioso. Uni no se dejó impresionar por su ira.

—Necesitas dormir, príncipe, y también debes lavarte. Todavía tienes el *shenti* manchado de sangre.

Kamose miró el *shenti* arrugado y los rastros de sangre que todavía conservaba en los brazos.

—Tienes razón-admitió.

«Pero ¿ya estará todo? —pensó con ansiedad—. ¿La casa estará segura? ¿No despertaré con un cuchillo en el cuello?».

Permitió que su sirviente personal lo lavara y luego se dirigió a sus aposentos y se acostó en el lecho. Le pasaron por la mente vividas imágenes de la daga en el momento de clavarse en el pecho del general y de los rostros cenicientos de los sorprendidos soldados. «Tengo las manos manchadas de sangre —pensó—. Ha sido demasiado para poderlo olvidar; demasiado para retroceder». Se puso la palma de la mano en la mejilla y se quedó dormido.

A la semana siguiente recibió el informe de Uni sobre los constructores de embarcaciones. La mayoría de las embarcaciones que había en Weset y sus alrededores eran demasiado pequeñas para transportar más que a algunos pescadores. Pero Kamose expropió algunas barcas de comerciantes que recorrían el río comprando y vendiendo. Ordenó a Uni que encargara cien embarcaciones de junco con capacidad para cincuenta hombres cada una, cuya construcción debía comenzar de inmediato. Uni quedó horrorizado.

—¡Qué gasto tan enorme, alteza! ¿Cómo las vas a pagar?

—Cuando hayan terminado la obra, daré a los constructores media hectárea de mis tierras a cada uno.

—¡Pero alteza! —volvió a exclamar Uni—. Tus propiedades de Weset son necesarias para mantener abastecida la casa y para alimentar a tus sirvientes.

Kamose miró entre las columnas del pórtico a Aahotep y a Tetisheri que estaban sentadas en esterillas, en el jardín. No hablaban. Las manos de Aahotep estaban inmóviles sobre las cuentas que enhebraba. Tenía la mirada fija en su regazo. Tetisheri estaba apoyada en un codo, mirando fijamente las libélulas que volaban sobre la plácida superficie del estanque, con una expresión pensativa y triste. Kamose percibió el miedo de su abuela.

—Uni —dijo sin entusiasmo, con el rostro todavía vuelto hacia su madre y su abuela—, de todos modos, el rey ha expropiado todas mis pertenencias. Si yo no regalo la tierra, Teti pondrá en ella sus asquerosos pies, o los inspectores del rey la harán cultivar para beneficio de la corte. En cualquiera de los dos casos, sólo me pertenecerá durante cuatro meses más. —Esbozó una sonrisa sombría—. Ahora, poco menos de cuatro meses. Dudu tenía la misión de impedir que yo hiciera alguna barbaridad, pero como está muerto, haré redactar títulos de propiedad válidos y los firmaré, de manera que ni Teti ni Apepa podrán ignorar las reclamaciones de los constructores de embarcaciones sobre las tierras. Si gano, todo Egipto me rendirá tributos. Si pierdo, moriremos todos. Ya nada importa.

Uni se aclaró la garganta.

—Muy bien. Eres mi amo y haré lo que me pidas. Pero ¿de dónde sacarás hombres para llenar cien barcas? ¡Habrá lugar para una división completa!

Kamose respiró hondo y cerró los ojos. Cuando los abrió, regresó al interior y se sentó en la silla, frente al escritorio.

—Comenzaré con hombres de Weset y de las provincias. No reclutaré a los que no sean necesarios, intentaré reunir a todos los hombres de más de catorce años. No marcharé como hizo mi padre, sino que navegaré con rapidez de pueblo en pueblo y tomaré a los hombres bajo juramento o por la fuerza, no me importa el método. Si los soldados hacen el trayecto en barcas, no se cansarán como cuando deben marchar. Estarán frescos cada vez que nos detengamos en el camino. Si fuera necesario, degollaré al jefe de cada pueblo y al alcalde de cada ciudad, pero no creo que tenga que hacerlo, porque me jurarán obediencia y me prestarán ayuda. —Miró a Uni, que ponía cara de indignación—. Es lo que debió haber hecho mi padre.

—Alteza —dijo Uni, queriendo demostrar paciencia, aunque sin darse cuenta se daba golpecitos en la palma de la mano con un papiro—. Las embarcaciones pueden estar listas dentro de dos meses, pero los hombres y los muchachos que pretendes reclutar serán necesarios en la tierra. Faltan menos de dos meses para la cosecha. ¿Y además, con qué les pagarás?

Kamose dobló las piernas y cruzó los brazos.

—No se les pagará hasta que haya finalizado la campaña. Les prometeré un botín en el Delta y requisaremos grano a medida que avancemos. Tomaré las joyas y los adornos de las mujeres de mi familia, todo lo que haya de valor en la casa, y los cambiaré por víveres. No dejaré nada a Teti ni al rey. En cuanto a la siembra, que la hagan las mujeres.

—¡Alteza! —Uni se quedó sin palabras.

—¿Eso es todo? —preguntó Kamose, sin querer divertido por la afrenta del criado. Uni le hizo una reverencia—. Está bien. ¿Ipi? —El escriba se sentó a los pies de Kamose, con el pincel a punto—. Envía este parte al sur, a Nekheb. Me hacen falta navegantes y Nekheb tiene buenos marineros. Redacta el mensaje como quieras, pero que sea una orden. ¿Tienes el sello de Dudu, Uni? —El criado asintió con la cabeza —. Entonces ha llegado el momento de dictar un papiro para Apepa de parte del general, informándole de la excelente conducta que observan los salvajes de Weset y de lo resignadas que están sus mujeres.

Ipi mojó el pincel en la tinta negra y lo mantuvo sobre el papiro, pero de repente Kamose se hundió en sus pensamientos.

—Uni —dijo instantes después—. ¿Es difícil conseguir lapislázuli?

Uni parpadeó.

—Sí —contestó—. Hay que extraerlo de las minas del desierto y es muy raro.

Hasta el rey paga un alto precio en oro por él, pero se comenta que él y la reina han hecho adornar con lapislázuli sus sillas, cajas y demás.

Kamose levantó la mirada.

—Envía a alguien al templo para que pregunte a Amonmose si lo hay en el almacén de Amón. Dile que se lo entregue a mi joyero. Tengo ganas de poseer un pectoral de lapislázuli.

—Pero, alte…

Kamose lo interrumpió golpeando el escritorio con la palma de la mano.

—Soy un rey —dijo en tono perentorio—. Soy el hijo de Amón, su encarnación, ¿verdad? La gente me verá con un pectoral de lapislázuli en mi viaje hacia el norte y lo recordará. ¿Debo explicarte todas las órdenes que te doy, Uni?

Uni le hizo una rígida reverencia.

—No, príncipe. Lo siento.

—Entonces haz lo que te he encargado. Y no te olvides de buscar un mensajero que pueda usar la insignia de heraldo, alguien de nuestra completa confianza para que lleve el papiro al norte. Puede decir que acompañaba al heraldo habitual, que cayó enfermo en Aabtu, por si en Het-Uart conocen bien al heraldo de Dudu. Elige a alguien que sea bastante culto, Uni. No me cabe duda de que Apepa lo interrogará. Envíalo a verme antes de que parta. Y ahora, Ipi, te dictaré.

El mensaje al rey era breve, pero Kamose no pudo resistir la tentación de incluir un comentario sobre Tani, aunque como si lo hubiera hecho el mismo Dudu, expresando la esperanza de que fuese bien tratada. No se atrevió a pedir que le enviaran noticias de ella.

Aquella noche en su lecho, donde yacía sin dormir, con la nuca contra el frío cabecero de marfil y la luz de la lámpara que parpadeaba reflejándose en las paredes de la habitación, pensó en su hermana con pesar. «No le dediqué tiempo suficiente —se dijo—. Ninguno de nosotros lo hizo. Siempre fue la pequeña Tani; a veces un encanto, a veces consentida, pero por lo general la dejábamos de lado. Sus esfuerzos pasaban desapercibidos bajo nuestras otras preocupaciones. Que Amón la cuide y le dé coraje». Estaba empezando a quedarse dormido cuando se oyó un pequeño golpe en la puerta y Uni se asomó a la habitación.

—Estoy despierto —dijo Kamose, sentándose en el lecho.

—Alteza, ha llegado el general Hor-Aha y desea hablar contigo.

Kamose se sacudió el sueño.

—Que entre —dijo, poniéndose de pie. Y cuando la figura alta y familiar entró, envuelta en su manto, Kamose sintió el corazón aliviado. Uni cerró la puerta. Hor-Aha se detuvo y empezó una reverencia, pero Kamose lo abrazó siguiendo un impulso poco común en él. El guerrero medjay olía a arena y a piedras. Tenía la larga trenza y el manto blanco cubiertos de polvo. Hor-Aha devolvió el abrazo de Kamose

pero a continuación terminó la reverencia—. Bienvenido a casa —dijo Kamose—. No sabes el alivio que siento al verte. ¿Estás enterado de las noticias?

—Sí, príncipe. —Hor-Aha se quitó el manto y lo dejó caer al suelo. Llevaba puesto un taparrabos sucio y en el talle lucía sobre la piel desnuda un cinturón de cuero, del que colgaban una daga y un hacha. Kamose tuvo la sensación de que el general nunca se había marchado—. El sacerdote que me esperaba en el desierto me lo contó todo. La ejecución de los soldados setiu fue lamentable.

—¿Crees que había alternativa?

Los dientes blancos de Hor-Aha resplandecieron durante un instante.

—No, pero lamento el desperdicio de buenos soldados.

—¿Tienes hambre? ¿Y sed?

Hor-Aha negó con la cabeza.

—Estoy muy cansado, alteza, eso es todo. Compartí comida con el sacerdote antes de que el sirviente guardara sus pertenencias y regresaran al templo. ¿De manera que volvemos a hacer la guerra?

Kamose le señaló un banco y se sentó en el borde del lecho. Observó la delgada figura de su general al sentarse. Hor-Aha lanzó un suspiro de alivio. Kamose empezó:

—Así es. Déjame contarte.

Trazó su estrategia con rapidez, mientras estudiaba con cuidado el rostro de Hor-Aha en busca de señales de aprobación o de duda. Cuando terminó de hablar, el general se quedó en silencio, pensando. Después asintió con la cabeza.

—No tienes alternativa —dijo—. Se acerca el momento decisivo. En la batalla de Seqenenra murieron muchos medjay, pero si envío a uno de los de mi tribu en compañía de un oficial egipcio, es posible que se puedan reclutar más. Wawat desea que Egipto lo proteja de la siempre presente amenaza de una invasión kushita y Apepa hasta ahora ha hecho caso omiso de los medjay; prefirió firmar un tratado con Teti-en de Kush. Un triunfo tuyo en la guerra significaría la seguridad para Wawat. ¿Ya has comenzado el reclutamiento?

—Todavía no. Te estaba esperando.

Permanecieron un momento en silencio y Kamose se dio cuenta de que por primera vez en muchos días se sentía completamente relajado.

—Lamento el destierro de la princesa Tani —dijo entonces Hor-Aha—. Si yo estuviera en el lugar de Apepa habría hecho lo mismo, pero de todos modos me parece una crueldad.

Kamose se levantó y en el acto Hor-Aha hizo lo mismo.

—Ve a descansar —le aconsejó Kamose—. Mañana tenemos mucho que hacer.

Hor-Aha recogió el manto y lo sacudió con vigor antes de volver a echárselo sobre los hombros.

—Primero miraré los cuarteles —dijo—. ¿Sigue en pie la aldea de soldados que

tu padre hizo construir en la orilla occidental, alteza?

—Sí.

—Me alegro. Hasta mañana, entonces.

En cuanto la puerta se hubo cerrado, Kamose volvió a acostarse. «Mañana —pensó con un estremecimiento de excitación o de aprensión, no sabía qué—. Mañana».

En el término de dos meses, sus cien barcas de junco se mecían ancladas a lo largo de la orilla este del río, grandes embarcaciones doradas, tan ligeras y con tan poco calado que podrían navegar por el menguante Nilo hasta bien entrado el verano. Kamose transfirió sus tierras a los constructores sin reparo alguno, pero su madre lloró cuando le dijo lo que pensaba hacer. Ella, Tetisheri y Aahmes-Nefertari reunieron sus joyas y se las entregaron con callada resignación como tributo a un destino que todas aceptaban, mientras la tierra empapada comenzaba a aparecer a medida que el nivel de agua descendía lentamente. Kamose comerció con las alhajas, las cambió por granos de la cosecha anterior, cebollas, cerveza y lino.

Armados con el edicto de leva, sus oficiales recorrieron docenas de pueblos, separando a los labriegos de sus tierras y ordenando que las mujeres se encargaran de la siembra. Hubo pocas protestas. Una vez más, los hombres comenzaron a cruzar el Nilo y a ocupar los cuarteles de la aldea de soldados, que por fin se vio desbordada e inundó el desierto de tiendas que crecían como hongos. Kamose no se preocupó de buscar carros de guerra ni caballos. Su plan de campaña se apoyaba casi con exclusividad en las embarcaciones, en las que todavía se afanaban los constructores que, subidos a las altas proas, aseguraban los últimos juncos y vigilaban la colocación de timones, remos y cabinas.

Los medjay regresaron en un número mayor del que tuvo Seqenenra, y Kamose llegó a la conclusión de que Hor-Aha debía haber hecho tratados con otras tribus de Wawat sin decírselo. Kamose se sentía agradecido. A los salvajes hijos del desierto no les gustaba el agua y sin duda se embarcarían con desconfianza, pero cuando comenzara la lucha recuperarían su confianza y su pericia.

Kamose continuaba enviando papiros con regularidad al norte, temiendo que alguna respuesta le llegara de manos de un heraldo u oficial setiu al que habría que detener o matar, pero Het-Uart permanecía en silencio. Tampoco tuvo noticias de Ramose; no las esperaba. Se preguntó si Teti y su hijo recibirían noticias de la capital, entre las que habría referencias indirectas acerca de si Tani se encontraba bien. Durante las horas anteriores al amanecer, cuando la noche se iba poniendo gris y él se paseaba sin dormir, pensando en los millares de eventualidades de que dependía el éxito de su empresa, se preguntaba qué haría una vez se hubiera abierto paso hasta Khemennu y cuál sería la actitud de Ramose. Teti debía morir, de eso no cabía duda, pero no quería tener que luchar con Ramose. Preocuparse ahora no tenía sentido. Ya

habría tiempo en un futuro.

Pero Kamose descubrió que le resultaba imposible ordenar sus problemas de una manera coherente. Pensaba en que al día siguiente habría que realizar prácticas de tiro con los arcos que los artesanos construían febrilmente para suplir los confiscados por los setiu; pero también le preocupaban las órdenes vagas que tendría que dar referentes al sitio de Het-Uart, dentro de muchas semanas, y en su estado de ánimo Kamose no lograba separar ambas cosas. No era de natural propenso a rehuir los obstáculos que se oponían a su razonamiento, pero varias noches se acostó borracho de vino de palma y más de una vez invitó a una sirvienta joven a compartir su lecho, antes de rechazarla con una sensación próxima al disgusto porque no tenía una piel tan brillante como la mujer de sus sueños, y porque sus caderas no se curvaban y terminaban en aquellas largas piernas cuyos movimientos conocía bien.

«Esta mujer me ha hecho daño —pensaba cuando, sin emoción, veía desaparecer por la puerta la espalda desnuda de la sirvienta—. Esa amada desconocida que no se inclina ante los dioses y que me alcanza mi propia daga y mi arco como si fueran suyos me tiene obsesionado. Mi carne clama por ella, sólo por ella».

Amonmose le envió lapislázuli del almacén del templo de Amón, sin hacer comentarios. Kamose permaneció largo rato sosteniendo las piedras azules con destellos dorados bajo la luz blanca del sol que caía entre las columnas de su despacho, antes de enviárselas a su joyero. Sabía que entre los dedos tenía el valor de una barca con todos sus hombres, pero no lamentaba su vanidad. El lapislázuli era un símbolo de su derecho a vengarse y de una justificación divina.

Durante el tercer mes, Kamose invitó a los nobles egipcios de sus provincias a reunirse con él en Weset para ordenarles que capitanearan a los hombres que había reclutado. No quena hacerlo. Era costumbre que un rey reuniera un consejo de guerra compuesto por sus generales y los dos visires, pero Seqenenra no había tenido oficiales de alto rango y Kamose habría preferido delegar sólo en Hor-Aha y Ahmose. Le resultaba odioso ceder autoridad o poder, pero sabía que su familia había caído en una peligrosa sensación de autosuficiencia, que se volvía contra ella ante cada ataque que se le, hacía. Si la campaña crecía, sería peligroso no contar con hombres que pudieran tomar decisiones propias y obrar con independencia cuando friera necesario.

Kamose tenía intención de reservar a los oficiales que conocía para que dirigieran su guardia personal, los Servidores de Su Majestad, y destinar a tropas de asalto a los Valientes del Rey. Ofrecería buenos jefes a los príncipes, que estarían bajo las órdenes de Hor-Aha como general en jefe. El entrenamiento militar formaba parte de la educación de todos los jóvenes nobles. Sin duda ellos llevarían bien a cabo su tarea y a cambio él les ofrecería posiciones dentro de la corte. Ojos y Oídos del rey, portadores de abanicos de la mano derecha y de la mano izquierda, visir del sur, del

norte…

Llegaron, respetuosos y desconfiados, Mesehti de Djawati, de ojos claros y piel tostada por el sol; Intef de Qebt, gran centro comercial del sur en los tiempos de los antiguos reyes; lasen de Badari, Makhu de Akhmin y el altivo Ankhmahor de Aabtu, cuya sangre era casi tan azul como la de Kamose. Al mismo tiempo llegó Paheri, alcalde de Nekheb, y con él los marineros que Kamose había pedido a Uni que mandara buscar, entre ellos Abana, que había servido bajo el mandato de Seqenenra como guardián de las embarcaciones, junto con su hijo Kay. Kamose los envió de inmediato a la orilla opuesta del río.

Tetisheri recibió a los príncipes con la pompa que sólo ella era capaz de organizar y Aahotep se encargó de que les prepararan habitaciones. Kamose les ofreció los mejores alimentos, consciente de que el orgullo de aquellos hombres era tan grande como el suyo. Los nobles le dedicaron palabras amables, miraron con recelo a Hor-Aha e inspeccionaron las embarcaciones y el ejército sin hacer comentarios.

Al cuarto día, Kamose los citó en su despacho y, con Hor-Aha a su derecha, les ofreció asiento alrededor del enorme escritorio de Seqenenra y les explicó sus planes. Durante la reunión su mirada iba de uno a otro. Cuando terminó de hablar se produjo un largo silencio, todos se hacían conjeturas. Los ojos pálidos de Mesehti miraban fijamente y sin expresión el follaje movido por el viento, más allá de las columnas; Intef daba golpecitos en la mesa con un dedo cubierto de anillos; el príncipe Ankhmahor estudiaba abiertamente a Kamose mientras bebía de su copa de vino, alzando las cejas. Ahmose, también presente, estaba recostado en el respaldo de su silla, aparentando indiferencia, pero Kamose notó lo tenso que se encontraba.

Por fin Ankhmahor depositó su copa de vino en el escritorio y se pasó con lentitud la lengua por los labios.

—Aquí somos todos nobles —dijo—. Yo, como todos sabéis, soy príncipe hereditario y *erpa-ha* de Egipto. Ninguno de nosotros niega tu superioridad, Kamose, como gobernador de las provincias de Weset, ni tu pretensión de ser dios por mediación de Osiris Mentuhotep-neb-hapet-Ra glorificado. Sin embargo, el mes que viene dejarás de tener control sobre las provincias y deberás ir al destierro. —Rodeó la copa con sus manos bien cuidadas y se inclinó hacia delante—. Durante algunas semanas más te asistirá el derecho a reclutar a nuestros labriegos y expropiar las provisiones que desees, y por ello no seremos culpables ante Apepa. Eres el gobernador. Pero nos pides mucho más. Mucho más. —Recorrió la mesa con la mirada y los demás asintieron con la cabeza—. Nos pides una activa cooperación en tu revuelta. Quieres que formemos nuevas divisiones a medida que reúnes hombres en tu camino hacia el norte. En otras palabras, quieres que elijamos entre tú y el rey, y no de una manera pasiva. ¿No crees que es pedirnos demasíado, príncipe?

Kamose dirigió una sonrisa a aquel hombre de rostro terso y exquisitamente

maquillado. «Mantienes el control a la perfección —pensó—. Es muy probable que sepas exactamente dónde estás: sin duda, del lado de la sangre y déla historia. Sin embargo, con la gracia de un cortesano desafías no mi revuelta, sirio el que yo sea digno de empuñar el cayado y el mayal después dé tantos años de permanecer mi familia a la sombra. Ankhmahor no ha olvidado la debilidad de mis antepasados al entregar los emblemas del dios a un poder extranjero, a pesar de todos los motivos que tuvieron. ¡Qué bueno es comprender a uno de los de mi propia clase!».

—Creo que mi padre os insultó a todos vosotros al no reconoceros el derecho a ser incluidos en sus designios —contestó con voz segura—. Me disculpo por ello. No cabe duda de que os estoy pidiendo mucho. Os lo pido como vuestro dios, os lo pido como vuestro amigo; pero sobre todo, creo que os lo pido como un egipcio a otro.

—Tienes razón —dijo Mesehti en tono vehemente—. Seqenenra nos trató como si él fuese el único príncipe egipcio del sur. La afrenta fue su falta de confianza, Kamose. No confió en nosotros ni nos hizo el cumplido de poner su seguridad en nuestras manos. —Abrió las suyas ante Kamose en un ademán dramático—. Manos que siempre han trabajado para nuestro país y nuestros dioses.

—Sólo puedo repetir que lo lamento —repitió Kamose con tranquilidad—. La revuelta de mi padre fue la primera insinuación de intranquilidad que hubo en mucho tiempo. No acuso su silencio. Era imposible que confiara en nadie, como demostró el ataque salvaje que sufrió aquí.

—Podría haberse preguntado por qué elegimos quedarnos aquí, en el sur, lejos de las oportunidades que ofrece la corte, aunque como nobles podríamos estar ejerciendo nuestra influencia y aumentando nuestras riquezas en Het-Uart —replicó Intef—. Mi abuelo era el portador de sandalias del rey y lo atendía en todo momento. Ahora yo me pudro en las provincias, por más que ame el sur.

—Afirmo que se está desperdiciando vuestro talento y, si mi padre no lo reconoció, yo os demuestro que sí lo hago —dijo Kamose con idéntica firmeza—. ¡Necesito ese talento, príncipes! Os ruego que unáis vuestros destino mío.

—Repito que nos pides demasiado —dijo Ankhmahor con tacto—. Además de nuestras propiedades aquí en el sur, tenemos tierras de pastoreo en el Delta, como las tenías tú. Si somos vencidos, Apepa nos las confiscará. No corresponde que los príncipes de Egipto pierdan sus derechos de cuna, porque sus hijos los maldecirán, y se perderán en la oscuridad.

Kamose no pasó por alto el sutil «si somos». Lo reafirmó.

—Pero es que todos estamos cayendo en el olvido —señaló—. De una manera lenta pero segura, los ministros y los miembros de la aristocracia egipcia que respiran el aire de los setiu reúnen el poder que en un tiempo fue nuestro. Vosotros no tenéis nada que perder al luchar conmigo, y si triunfo, no seréis olvidados.

—Nuestros nobles hermanos han contenido la lengua antes de jurarle lealtad a

Apepa —convino lasen—. Nosotros firmamos tributos de conformidad pero no le hemos jurado lealtad al rey. Supongo que si te prestamos apoyo, nuestro honor no se pondrá en duda.

«Tú honor reside en devolver Egipto a Ma’at», pensó Kamose. Decidió presionarlos.

—Si bien conozco a mis compatriotas, sé que sus juramentos a un extranjero no son más profundos que la piel. Mientras los setiu los enriquezcan, ellos se dirán que están conformes, pero creo que bajo esa aparente conformidad existe una profunda inquietud. Os hablo con sencillez, príncipes. Si logro enfrentarlos, con vosotros a mi lado, mi pretensión no sólo tendrá credibilidad, de la que por supuesto nadie duda, sino que también contará con la obediencia y lealtad de las líneas de sangre más antiguas de Egipto, y podré reavivar su devoción hacia un verdadero Ma’at y ganar su apoyo.

No tenía intención de elogiarlos gratuitamente, y ellos lo sabían. Los rostros desconfiados de los nobles se relajaron al percibir el respeto sincero que Kamose les tenía. El príncipe Makhu respiró con alivio. Intef miró de reojo a Mesehti y luego señaló a Hor-Aha.

—Este hombre puede ser medjay, pero no es egipcio. No es costumbre que príncipes de sangre deban obedecer a alguien de rango inferior, y menos aún de una nacionalidad inferior, ya sea en la batalla o en cualquier otra parte.

Ahmose lanzó una carcajada.

—En nuestra posición no podemos preocuparnos demasiado por el protocolo y las prioridades —dijo—. La capacidad es la reina suprema, Intef. Sin embargo, si alguien merece que se lo eleve al rango de noble por sus servicios, lealtad y capacidad, es Hor-Aha. ¿Qué dices, Kamose?

Kamose emitió un gruñido. «Tendría que haberlo hecho hace mucho tiempo —pensó—. Ahmose tiene razón. Hor-Aha no ha sido bastante ambicioso y yo no he sido generoso». Se volvió hacia el general y su mirada se encontró con sus ojos negros que tenían una expresión divertida y sonriente.

—¿Estás dispuesto a llevar un título, Hor-Aha? —preguntó con amabilidad—. Significa un compromiso definitivo conmigo y con este país, algo más fuerte que tus juramentos tribales.

Hor-Aha asintió con la cabeza.

—No necesito títulos para servirte, príncipe —contestó en el mismo tono, como si él y Kamose estuvieran manteniendo una conversación en privado—. Pero tu hermano tiene razón. Lo merezco. Más tarde tomaré las propiedades, los sirvientes y las prerrogativas que lo acompañan.

—Muy bien. Por favor, ponte de pie. —Hor-Aha lo hizo y Kamose se le acercó para tocarle con lenta solemnidad la frente, los hombros y el corazón—. Hor-Aha,

general —dijo mientras lo hacía—, te convierto en *erpa-ha*, príncipe hereditario de Weset y de todo Egipto y lo serán después de ti tus hijos, para siempre. Yo, Kamose, rey de Egipto, amado de Amón, hijo del sol, te consagro.

Hor-Aha se arrodilló y besó los pies de Kamose.

—Trataré de ser digno de este honor, majestad —dijo.

—Levántate —ordenó Kamose—. Ya eres digno. Siéntate. —Ambos volvieron a sus asientos. Los otros príncipes habían observado la escena, impasibles—. ¿Y bien? —los apremió Kamose—. ¿De qué me sirve la fuerza si hay un usurpador en Het-Uart y otro en Kush, de manera que me encuentro entre un setiu y un kushita, ambos aprovechándose de la parte de Egipto que les ha tocado, y ni siquiera puedo pasar a Mennofer sin su permiso? Mi nuevo *erpa-ha* es un digno oponente para Pezedkhu. ¿Estáis conmigo?

Ankhmahor suspiró ostensiblemente.

—¡Ay, de mi ganado! —se exclamó—. Sí, estamos contigo. Pero cuando triunfemos, majestad, exigiremos de ti un buen regalo.

Kamose no les dio las gracias. Hacerlo habría sido impropio. De inmediato pasó a analizar el asunto de las responsabilidades de sus aliados.

—Antes de marchar hacia el norte, debemos encargarnos del asunto de Pi-Hator —dijo—. Como todos sabéis, aunque la ciudad está a ciento ochenta estadios al sur de Weset, se considera propiedad de Apepa. Los setiu siempre se han aprovechado de su piedra caliza y, lo que es más importante, de sus embarcaciones. Es el punto medio de la ruta comercial hacia Kush y representa el límite sur de los dominios del rey. Para nosotros es una espina clavada. —Se inclinó hacia delante—. La población de Pi-Hator está predominantemente compuesta por nativos de Egipto y no deseo gastar tropas, energías ni tiempo conquistándola, motivo por el cual intentaré negociar con el alcalde de Pi-Hator. No le pediré una ayuda activa, sería peligroso. Lo único que necesito es su juramento de que no atacará Weset, que no impedirá mi circulación por el río y que mantendrá conmigo una relación de neutralidad. Creo que se le podrá convencer. Por lo tanto, os pido a todos que me acompañéis al sur, para que Pi-Hator compruebe que me respalda el peso de un propósito serio. Saldremos mañana al amanecer. ¿Estáis de acuerdo?

Los nobles asintieron con la cabeza sin hacer comentarios y Kamose se recostó en el respaldo de la silla, dejando la conversación en manos de Hor-Aha, que no les tenía el menor temor. Kamose y Ahmose permanecieron en silencio, bebiendo vino, y escuchando hasta que en la habitación penetró la luz rojiza del ocaso y Uni pidió que entraran sirvientes con lámparas.

—¿No te resulta raro que te llamen majestad? —le preguntó Ahmose más tarde, mientras caminaban juntos por la orilla del río, cansados pero satisfechos. Hacía rato que el sol se había puesto, pero acababa de salir la luna llena, que producía reflejos

plateados en la superficie quieta del río. Delante y detrás de ellos, los guardias caminaban en las sombras.

Las embarcaciones oscuras y vacías se balanceaban más allá de la orilla, tensando las amarras, y los hombres que las custodiaban no se veían en cubierta. Kamose inhaló el olor seco y dulzón de los juncos con que se elaboraron. Conmovido, respondió a la pregunta de Ahmose.

—No, extraño, no —dijo—. En realidad me pareció muy natural y hasta bastante después ni siquiera me di cuenta de que usaban el título.

—En cambio a mí me produjo una extraña sensación —contestó Ahmose en voz baja—. Durante un momento te apartó de mí, Kamose, pero sólo durante un momento. Nosotros nos queremos, ¿verdad? Y me recordó que si algo te llegara a suceder, sería a mí a quien llamarían majestad.

Algo en el tono de su voz hizo que Kamose se detuviera y se volviera a mirarlo, buscando el rostro de su hermano en la penumbra de la luz de la luna.

—Nada me sucederá —dijo con tranquilidad, tomando el brazo de Ahmose—. Amón mismo ha decretado que debo abrirme paso hasta Het-Uart. ¿Temes por mí, Ahmose?

Los ojos de Ahmose se veían hundidos bajo aquella luz débil y su expresión era sombría.

—No, no temo por ti —contestó con rapidez—. Eres la persona más autosuficiente que conozco, Kamose. No necesitas a nadie. La divinidad te hizo distinto de nuestro padre. Para los que no te conocen bien, eres frío e inabordable. Si es tu destino, no te importará morir solo, y a mí no me importará por ti. Es por mí por quien temo. No quiero ser rey, jamás. Prefiero con mucho ser príncipe. —Trató de sonreír a Kamose. «¿Será una premonición?», se preguntó éste—. ¡Deberías tener un hijo! —continuó diciendo Ahmose con insistencia—. Un Horus-en-el-Nido, de manera que si fuera necesario yo sería regente, pero nunca rey.

—Ahmose, hace mucho que tengo intención de hablarte de este asunto —dijo Kamose, que apretó el brazo de su hermano para luego soltarlo—. Quiero que te cases con Aah-mes-nefertari. Tú conoces los motivos. Pasas mucho tiempo con ella y parece confiar en ti. ¿Te resultaría molesto?

Ahmose comenzó a caminar de nuevo y Kamose lo alcanzó.

—En absoluto —contestó Ahmose—. La deseo, pero te pertenece a ti por derecho. No quise decir nada hasta saber si estabas o no dispuesto a cumplir con tus deberes dinásticos. Pero ya que no quieres cumplirlos, lo haré yo en tu lugar.

«Mi hermano lo comprende todo —pensó Kamose con alivio—. No es necesario que le diga más». Siguieron caminando en silencio, envueltos en la belleza de la noche, y avanzaron codo con codo hasta que comenzaron a vislumbrarse las luces anaranjadas de Weset.

Capítulo 14

En el fresco silencio del amanecer emprendieron viaje en la barca de Kamose, acompañados por Ipi y un contingente de guardias. El río corría con fuerza y al principio los remeros tuvieron que esforzarse para contrarrestar la rapidez de la corriente que golpeaba los costados de la barca, pero cuando la luz fue más clara empezó a soplar un viento del norte y el avance fue más fácil. Mesehti, Intef y los demás se instalaron juntos en unos cojines bajo el toldo, junto a la cabina; Ahmose estaba sentado a su lado con las piernas cruzadas, pero nadie hablaba. Kamose, en la borda, miraba la orilla del río que iba pasando, pero terna la atención fija en los hombres que estaban a sus espaldas. No creía que su silencio e inmovilidad fuesen el resultado del vino bebido en la modesta fiesta que les había ofrecido Aahotep la noche anterior. Tenían miedo y todos estaban concentrados en el análisis de su desesperada situación, tal vez pensando más en lo que podían perder que en las todavía imprecisas recompensas que la nueva alianza pudiera reportarles. Kamose también tenía miedo, pero el temor era su viejo compañero y se sentía capaz de darle la bienvenida y luego volverse para no ver su rostro gris.

Hor-Aha se encontraba de pie a su lado y su silencioso apoyo era un consuelo.

—¿Has avisado al alcalde de Pi-Hator de tu llegada, majestad? —preguntó por fin el general.

Kamose negó con la cabeza, sintiendo el cálido peso del pectoral de lapislázuli que le había entregado su joyero y que se movía sobre su pecho desnudo. Lo tocó y acarició sus curvas suaves. En la base, el dios de la eternidad, Heh, arrodillado sobre el signo *heb*. En sus manos extendidas sostenía la larga hoja de palma estriada que formaba los costados del ornamento y que representaba muchos años. Alrededor del cuello lucía la cruz ansada, símbolo de la vida. Sobre la cabeza de Heh, el cartucho real que incluía el nombre de Kamose estaba custodiado por las alas de la diosa Nekhbet, la señora de los muertos, buitre protector del rey del sur, y ella estaba enlazada en un abrazo con Uajat, la señora de las llamas, diosa serpiente del norte, la que escupía veneno a cualquiera que osara amenazar la santidad de la persona del rey. Todo el pectoral estaba hecho de lapislázuli engarzado en oro. A la espalda, colgado entre los omoplatos, lugar por el que los demonios podían atacar su cuerpo, el contrapeso del pectoral no contenía lapislázuli sino que era todo de oro, una forma oblonga en la que Amón y Montu estaban lado a lado, guardianes invencibles contra cualquier ataque de los dioses salvajes de los setiu. Sobre ellos se enroscaba la pluma delicada de Ma’at.

—No —contestó, poniendo la mano sobre los símbolos de su esperanza—. No quiero que esté informado de mis propósitos. Será mejor que lo cojamos desprevenido y lo deslumhremos con nuestra poderosa unión. No debemos fracasar

en Pi-Hator. Si lo hiciéramos, los príncipes vacilarían aún más de lo que vacilan ahora, y lo que es peor, marcharíamos al norte con un posible enemigo a nuestras espaldas, lo cual sería preocupante. Pequeño quizá, pero hasta una espina puede causar una desagradable herida.

—Sin embargo, Pi-Hator me preocupa —confesó Hor-Aha—. Se encuentra demasiado cerca de Weset ¿Y si el alcalde decidiera atacar la ciudad mientras tú te encaminas al norte? Dejarás solas a las princesas para que se encarguen de la seguridad de tus dominios.

—Lo sé. —Kamose se volvió a mirarlo directamente, entornando los ojos para protegerlos del sol—. Es un riesgo calculado, amigo mío. Pero Pi-Hator no tiene guarnición de soldados. Allí los hombres son obreros de canteras y marineros. Si el alcalde quisiera marchar contra Weset, tendría que entrenar para la lucha a sus labriegos y esto, como bien sabemos, requiere su tiempo. Pondré un espía en la ciudad para que mantenga informada a mi madre durante nuestra ausencia. Eso tendrá que bastar.

Hor-Aha frunció los labios y asintió con la cabeza.

—Está todo en manos de los dioses, majestad. Si desean que triunfes, nada se interpondrá en tu camino.

Le hizo una reverencia, se alejó y se sentó en cubierta bajo la débil sombra que arrojaba la proa. Kamose permaneció donde estaba, observando el paso de Egipto.

Las dos colinas que se alzaban al fondo de Pi-Hator quedaron a la vista de los viajeros inmediatamente antes de la puesta del sol, cuando las últimas luces de Ra caían tras el horizonte y el cielo pasaba de un azul oscuro a un rosado sobre el que las colinas se destacaban, negras y rugosas. Entre ellas y el río se alzaba la ciudad, una confusión de edificios de adobe separados por calles angostas. En el centro se erguía el templo de Hator; sus pilones de piedra y su fachada de columnas arrojaban largas sombras hacia la orilla del Nilo, donde los escalones del embarcadero se extendían a lo largo de todo el pueblo. Kamose, sentado con los demás después de comer, se inclinó hacia delante y pudo ver con claridad la isla en la profunda bahía costera. En la ciudad reinaba una confusión distinta. Los muelles se internaban en el agua como los radios de una rueda de carro, y junto a ellos se alineaban embarcaciones de todo tipo, algunas de cedro, otras de junco, algunas a la espera de que las calafatearan, otras puestas en la arena de la bahía como monstruos marinos que mostraban sus flancos dañados. El humo de las hogueras lanzaba una leve neblina sobre la pacífica escena y se mezclaba con la alegre actividad reinante. Kamose se puso de pie.

—Encuentra un amarradero hacia el norte, lejos de las barcas que descargan a los obreros de la isla —ordenó al capitán—. Hor-Aha, selecciona cuatro soldados para que nos acompañen y ordena a los otros que custodien la embarcación. Ni ellos ni los marineros deben conversar con ningún ciudadano curioso que pase por aquí. Una

cosa es venir a visitar al administrador de Pi-Hator —le explicó a Ahmose, que se había acercado C y otra muy distinta dar pie a un rumor prematuro que podría perjudicarnos. Si los príncipes han terminado de cenar, podemos prepararnos para desembarcar.

La embarcación rozó los escalones del embarcadero y, a una orden concisa del capitán, un marinero saltó a tierra, cuerda en mano, para amarrarla a uno de los postes hundidos en el río. Otros pusieron la rampa. Con una respiración honda y lenta, Kamose miró a sus acompañantes, pero no había nada que decir. La rampa quedó asegurada a los escalones del embarcadero y, uno a uno, todos fueron bajando.

Precedidos por dos guardias y seguidos por otros dos, recorrieron la calle que llevaba directamente del Nilo al templo. La multitud con la que se cruzaron se alejaba del centro, todos deseosos de llegar a sus casas después de un día de trabajo, y las conversaciones que llegaban hasta el grupo eran alegres. No dispensaron a Kamose y a sus acompañantes nada más que miradas amistosas. En Pi-Hator estaban acostumbrados a recibir visitantes de Kush o del Delta que iban por asuntos de los inspectores del rey.

Kamose sabía que los despachos del alcalde y de sus asistentes se encontraban detrás de los dominios de Hator, al borde del parque dedicado a reuniones públicas y celebraciones de la ciudad. Abrigaba la esperanza de que el hombre no se hubiera retirado ya a su casa, porque cuando él y los príncipes se acercaron al templo, ya se encendían las antorchas y las lámparas titilaban en los abiertos portales. La noche se acercaba. Bajo la negra sombra del alto pilón, doblaron a la izquierda, siguieron su camino junto a la pared exterior de Hator y por fin llegaron al parque. Lo cruzaron y Kamose notó con alivio que aún había luz en el despacho del alcalde y que un sirviente estaba sentado junto a la puerta de entrada. Al verlos llegar, el hombre se puso de pie y les hizo una torpe reverencia, y el grupo de recién llegados se detuvo.

—¿Tu amo está dentro? —preguntó Kamose.

El sirviente se aclaró la garganta.

—Sí, mi señor —contestó con incertidumbre—, pero ya ha terminado su jornada de trabajo.

Kamose hizo una seña con la cabeza a uno de los guardias.

—Lleva a este hombre a la taberna más cercana —ordenó—. Cómprale una cerveza y comida. No lo pierdas de vista hasta que te mandemos llamar.

—Pero, señor, yo no puedo dejar mi banco —protestó el sirviente—. ¿Quién eres tú? Permite que te anuncie.

—No es necesario —Kamose sonrió y a otra señal suya el soldado se adelantó y lo cogió del brazo con amabilidad pero con firmeza y se lo llevó mientras el sirviente no paraba de poner objeciones—. Ya nos hemos librado de un par de oídos —dijo Kamose—. Entremos.

El alcalde de Pi-Hator se levantaba entonces de su silla, detrás de un escritorio imponente que prácticamente ocupaba toda la habitación. Era un hombre encorvado y de corta estatura y tenía las manos manchadas, el rostro arrugado y el cráneo pálido. Su escriba también se levantaba del lugar donde había estado sentado, a los pies de su amo, con la escribanía en una mano y un rollo de papiro en la otra. Era evidente que acababan de completar un dictado. Ambos estaban cansados y con la ropa amigada, y un instante antes de que se dieran cuenta de su presencia, Kamose pensó en lo pesada que debía de ser la tarea de aquel hombre a causa de la doble naturaleza de la industria de la ciudad. No sería ignorante ni fácil de aplacar.

—¿Eres Het-Uy, alcalde de Pi-Hator? —preguntó con amabilidad. Het-Uy asintió, y en sus ojos oscuros había una expresión de perplejidad al ver a los hombres adustos que se alineaban ante él y después a los tres guardias que los escoltaban, uno de los cuales permanecía en la puerta.

—Sí, soy yo —dijo con lentitud—. Pero ¿quiénes sois vosotros y qué negocios tenéis conmigo? ¿Dónde está el sirviente que debía haberos anunciado? —Entornó los ojos—. Creo que me dirijo al príncipe de Weset, ¿verdad?

Su sorpresa inicial acababa de dar paso a la desconfianza.

—Así es —contestó Kamose sin vacilar—. Soy Kamose Tao. Me acompañan mi hermano Ahmose y los príncipes Me-sehti, Intef, lasen, Makhu y Ankhmahor. Éste es mi escriba, Ipi. Despide al tuyo, Het-Uy. Debemos conversar contigo de un asunto urgente y en privado. Puedes tomar asiento.

El alcalde hizo lo que le pedían, volviendo a instalarse en la silla detrás del escritorio. Puso las palmas de las manos en el escritorio y las dejó quietas. Kamose notó que no le temblaban los dedos, y tampoco la voz cuando le contestó.

—Mi escriba es discreto, como todos los buenos escribas —objetó—. Me perdonarás, príncipe, si te pido que se quede. Tú estás privado de tus derechos civiles y desterrado, y sería sabio que yo tuviera un testigo para cualquier negocio que desees tratar conmigo. Tu repentina aparición, que no ha sido precedida por el mensaje formal de un heraldo, en realidad sin advertencia alguna, no indica que este sea un asunto frívolo ni una visita social.

—Serás más sabio si haces lo que te ordeno —replicó Kamose con una irritación que estaba lejos de sentir. Het-Uy sería difícil—. El juicio del rey con respecto a mi destino no será efectivo hasta dentro de otras dos semanas. Por ahora sigo siendo príncipe de Egipto y tú, Het-Uy, no eres más que un alcalde. Ordena a tu escriba que salga. ¡Guardia! —El soldado apostado en la puerta se volvió—. Ve al otro despacho y trae sillas. Nos sentaremos todos.

Kamose volvió a mirar al alcalde. Alzando las cejas y a regañadientes, Het-Uy asintió en dirección a su escriba. Con una inclinación dirigida a su amo y otra a los recién llegados, el hombre salió, retrocediendo con la escribanía apretada contra el

pecho. De inmediato, Ipi se sentó en el suelo, se puso la escribanía en las rodillas y se preparó para escribir. Aparte de los pequeños ruidos que hizo al abrir la caja de pinceles, destapar la tinta y desenrollar el papiro, en la habitación reinó un silencio total. Las manos del alcalde seguían inmóviles en el escritorio. Observaba con expresión inescrutable cada uno de los rostros solemnes que tenía ante sí. «¡Ojalá pudiera conquistar la lealtad de este hombre! —pensó Kamose—. Posee una gran fuerza interior, pero está toda dedicada a Apepa. La pena y la tristeza de estos días es que hombres como éste, inteligentes, honrados e incorruptibles, se hayan convertido en los enemigos del mismo país que creen defender. Se encuentran fuera de los límites de Ma'at y ni siquiera lo saben».

El guardia regresó con las sillas pedidas por Kamose y se produjo una distensión general cuando los príncipes se instalaron en ellas. El guardia regresó a su puesto, bloqueando la puerta. Kamose tocó el hombro de Ipi y cogiendo una de las lámparas que había en la mesa, se la alcanzó.

—Recita la oración de Tot —le indicó—. Toma nota. —Cruzó las piernas y miré directamente al alcalde—. He venido a pedirte que firmes conmigo un convenio de no intervención —dijo sin preámbulo alguno—. Mi familia se encuentra bajo un decreto de destierro de Apepa, pero he decidido no permitir que sus miembros sean diseminados y que se confisquen mis tierras. La sangre de los Tao es antigua y honorable y no puede sufrir tal ultraje final. Tengo intención de regresar esta misma noche a Weset y de comenzar dentro de dos días una campaña contra los invasores. Antes de la próxima inundación pienso sitiar Het-Uart.

Por fin había logrado que el alcalde perdiera la compostura. El hombre abrió mucho los ojos y sus manos se deslizaron hacia el borde del escritorio, al que se aferró como si la sorpresa le hubiera causado un espasmo.

—Estás loco, príncipe —dijo con voz ronca—. ¿Repetirás el grave error que cometió tu padre? Seqenenra fomentó la revuelta y murió. Por el bien de la Doble Corona y de Egipto, el Uno ha sido más indulgente contigo de lo que nadie creía en el país. Lo único que puedes conseguir es tu derrota y la ejecución de todos los de tu casa. ¿Qué quieres decir con eso de no intervención?

A pesar de lo que decía, miraba inquisitivamente a todos los acompañantes de Kamose y finalmente apoyó las manos en las rodillas.

—No te pido más que esto —siguió diciendo Kamose con seguridad—: Que jures que permanecerás aquí, en Pi-Hator, y que te ocuparás de los asuntos de la ciudad, y no harás la guerra a Weset mientras yo estoy ausente ni impedirás el paso de ninguno de mis mensajeros que se dirija más al sur.

—¡Es ridículo! —casi gritó Het-Uy—. ¡Mi deber es informar enseguida de esto a mi rey y luego sentarme a verte morir! Alteza, todos lamentamos la caída en desgracia de tu casa —continuó diciendo ya con más tranquilidad—. Durante años y

años tu linaje ha estado enraizado en la tierra de Egipto. Sin embargo, tu padre cometió traición y ahora tú piensas hacer lo mismo. ¡Por tus antepasados, por tus descendientes todavía no nacidos, no permitas que una sangre tan ilustre se hunda para siempre en el fango de la ignominia!

—Mis antepasados fueron dioses de Egipto —dijo Kamose sin alterarse—. Fueron reyes. ¿Por qué no soy yo rey, Het-Uy? Respóndeme. —Apoyó los codos en el escritorio y se inclinó hacia delante para que su rostro y el del alcalde quedaran a la misma altura—. No puedes responder porque las únicas palabras que podrías pronunciar hablarían de la misma traición de que acusas a mi padre. Tendrías que decir que no soy rey porque los extranjeros han conquistado esta tierra y sus jefes se han proclamado reyes. ¡Niégalo, si puedes! —Pero Het-Uy sólo lo miró en silencio y Kamose lanzó un suspiro y se irguió—. Ya tengo cien embarcaciones en las aguas del Nilo en Weset —continuó diciendo con sinceridad—. También tengo una división de soldados esperando embarcarse en ellas. Si me niegas este acuerdo, me veré obligado a traer aquí a mi ejército y a destruir Pi-Hator antes de marchar hacia el norte. No he desperdiciado el tiempo que Apepa me concedió tan bondadosa y cándidamente, Het-Uy, y tampoco tengo intención de perder más tiempo aquí. ¿Sí o no? —El alcalde palideció y miró a Mesehti, que estaba sentado a la derecha de Kamose. Éste decidió presionarlo más—. Estos príncipes ya me han jurado su lealtad y han puesto sus propias huestes a mi disposición —explicó en tono agrio—. Pregúntales, si dudas de mi palabra. ¡Pregúntales!

Pero el alcalde negó con la cabeza.

—Eres valiente pero estás loco, príncipe —logró decir—. Y estos grandes hombres que te acompañan pagarán un alto precio por su llamada lealtad. Apepa os aniquilará a todos. Vosotros no parecéis comprender que si yo cumpliera con cualquier acuerdo que me obligarais a firmar, estaría buscando que se me atribuyera mi propia porción de la ira justificada del Uno.

«¡Ya lo tengo!», pensó Kamose con júbilo. Pero se cuidó de permitir que el alivio se le notara en el rostro.

—No es así —dijo—. No estoy pidiendo un apoyo activo a ti ni a tu ciudad. Lo único que quiero es la seguridad de que no atacarás Weset. De todos modos te resultaría difícil hacerlo puesto que no cuentas con soldados, sólo con hombres que trabajan en canteras y en embarcaciones. Si Apepa me venciera, eso te liberaría de toda culpa. Pero si yo lograra llegar hasta Het-Uart y le arrancara la Doble Corona, mostraré mi gratitud al hombre y a la cuidad que no impidieron mi victoria. De una o de otra manera, Pi-Hator no podrá ser acusada denada.

Se produjo otro silencio. Het-Uy parpadeó, suspiró, miró al techo y luego bajó la vista hasta su regazo. Ipi tenía el pincel preparado para escribir. Las sombras dejaron de danzar por la habitación; Luego el alcalde respiró hondo y soltó el aire con fuerza.

—Muy bien, príncipe —dijo airado—. Tendrás tu acuerdo: dos copias, una para ti y otra para que yo la esconda. ¡Pero no lo hago de buen grado!

—Por supuesto que no —dijo Kamose sonriendo—. Te lo agradezco, Het-Uy. Como contaba con tu cooperación, ya he dictado el documento del que Ipi ha hecho una copia. —Hizo una seña al escriba, que buscó dentro de su bolsa de cuero y le pasó dos delgados papiros al príncipe, quien puso uno en la mano que extendía el alcalde—. Como puedes ver —reiteró Kamose con tranquilidad—, no contiene nada de lo que no hayamos hablado. Ha sido redactado de una manera muy sencilla.

Het-Uy desenrolló el papiro, lo leyó y levantó la vista.

—No tienes ninguna garantía de que no romperé este acuerdo en el acto y se lo mandaré al rey con una advertencia —comentó—. Después de todo, me has amenazado y presionado para que cometa esta traición y mi conciencia no se ofendería si decidiera traicionarte.

Kamose lo miró a los ojos.

—Pero no romperás este acuerdo —dijo en voz baja—. Aunque sea sin desearlo, me has dado tu palabra y eres un hombre honorable. Lo respetarás tanto tiempo como puedas sin que tenga repercusiones, y eso es todo lo que te he pedido, Het-Uy. Sin embargo, todos los mensajeros y heraldos procedentes del sur que pasen por Weset serán detenidos e interrogados. En estos días oscuros, creo que se me perdonará por no confiar sólo en cosas escritas o dichas. Ipi, pásale un pincel al alcalde. —Het-Uy apretó los labios, convirtiéndolos en una línea delgada. Sin más comentarios, cogió el pincel que Ipi le alcanzaba. En aquel momento le temblaba tanto la mano que una gota de tinta negra manchó el escritorio. Kamose cogió el papiro que el alcalde acababa de firmar, se lo pasó a Ipi y le entregó el otro, observándolo mientras volvía a escribir su nombre—. Este debes guardarlo —ordenó, poniéndose de pie—. Y ahora no te insultaremos aceptando tu hospitalidad. Larga vida, Het-Uy.

Los demás también se habían puesto de pie. Het-Uy les hizo una reverencia forzada, pero sin devolver el saludo, y Kamose se apresuró a salir del despacho.

Envió a uno de los guardias a buscar a su compañero en las tabernas y se puso a caminar por la calle. Ya era de noche. De las puertas abiertas de las casas se proyectaba luz amarilla sobre el polvo, que parecía llevarse consigo las carcajadas y conversaciones que se oían y eran devoradas por la oscuridad. Leves cantos le llegaban desde el recinto sagrado del templo de Hator, pero la dulce y aguda voz femenina que oyó sólo le recordó que debía advertir a su madre que era necesario mantener una estricta vigilancia sobre el tráfico del río y que prestara mucha atención a los informes del espía que pondría en la ciudad de Pi-Hator.

—¿Crees que nos ocasionará problemas? —lasen tradujo a palabras los pensamientos de Kamose, pero fue Ahmose quien contestó:

—No. Het-Uy verá su problema como un asunto moral, no como una cuestión de

conveniencia, y se sentirá atrapado entre sus obligaciones hacia Apepa y el compromiso que acaba de firmar. Este asunto le quitará el sueño, pero no hará nada. Es lo que les sucede a los hombres cuando deben escoger entre lo que está bien y lo que les está prohibido y se sienten impotentes cuando los brazos de la balanza están equilibrados.

—Es un buen hombre —comentó Intef al llegar a los escalones del embarcadero iluminados por antorchas, donde doblaron hacia la izquierda.

Kamose observó el perfil indistinto de la isla, y más allá, la línea de la orilla oriental. «Un buen hombre —pensó—. Muchos son buenos hombres. ¿A cuántos buenos hombres tendré que matar para lograr un bien mayor?». Se sintió invadido por una oleada de depresión, una sensación de inutilidad contra la que estaba cansado de luchar.

Contestó a la llamada del capitán y subió la rampa.

—Llévanos otra vez a casa —ordenó—. No tiene sentido pasar aquí la noche, a menos que esté demasiado oscuro para el timonel.

El capitán miró el cielo.

—La luna está en cuarto creciente —contestó—, y nos moveremos a favor y no en contra de la corriente. Creo que podemos emprender viaje, príncipe.

Kamose asintió con la cabeza. Los demás ya se habían instalado en los cojines, bajo la lámpara que colgaba a popa, y bebían con alivio evidente el vino que se les ofrecía, mientras el cocinero se inclinaba sobre el brasero. El aroma tentador del pescado asado llegó al olfato de Kamose. Uno de los marineros comenzó a cantar y su voz se escuchaba mezclada con las órdenes de navegar y hacerse cargo del timón y el golpe de la rampa al ser retirada. La barca tembló bajo los pies de Kamose.

Kamose se dirigió a la cabina y, una vez dentro, echó la cortina y permaneció un instante en la más completa oscuridad. No le gustaba lo que se había visto obligado a hacer con el alcalde de Pi-Hator, «pero esto —pensó sombríamente— es lo menos que me tocará hacer en nombre de la libertad durante los meses venideros. Amón, concédeme la resolución necesaria para ser despiadado sin destruir mi *ka*, la sabiduría necesaria para discernir al amigo del enemigo cuando ambos me hablan en el acento de mi amado país». Se sentó en el suelo con las piernas encogidas, puso la cabeza contra la pared y cerró los ojos. Las voces alegres de sus amigos, sus aliados, le llegaron mezcladas con el entrechocar de las jarras de vino con las copas, el lento y rítmico golpear de los remos en el agua, los intermitentes cantos del marinero, todo lo cual formaba parte de la dulce realidad de una noche de Egipto que llenaba su *ka* con un fuerte deseo de recuperar lo perdido. Jamás se había sentido tan solo.

Poco después de medianoche el capitán hizo entrar la embarcación en una pequeña bahía para que los remeros pudieran descansar. No volvieron a avanzar hasta el amanecer, y la barca atracó en el embarcadero de Weset en la tarde de aquel mismo

día. Las líneas bajas y elegantes de la barca quedaban empequeñecidas al lado de las enormes barcas de juncos que se mecían a su lado. De inmediato Kamose ordenó a Hor-Aha, Ahmose y los príncipes que cruzaran el río.

—Quiero que aprobéis el entrenamiento de las tropas —explicó—. Hor-Aha es mi jefe supremo y él y Ahmose han estado entrenando a los hombres, pero me gustaría que me dierais vuestra opinión con respecto a su preparación. Hor-Aha, busca a Baba Abana. Es un avezado navegante y nos dará su opinión con respecto a la forma en que nos conviene distribuir las tropas en las barcas. Debemos ocuparnos de todo lo que se refiera a nuestra eficacia en el río. El tiempo es ahora nuestro enemigo. Pase lo que pase, debemos iniciar nuestra ofensiva pasado mañana.

Se separó de ellos y fue andando hacia la casa en compañía de sus guardias, pero antes de que llegara lo recibió su criado con una mirada interrogante.

—Busca a mi madre y a Tetisheri —le indicó—. Me dirigiré a sus aposentos antes de comer. Quiero ver de inmediato al escriba de asambleas en mi despacho. Y trae cerveza, Akhtoy. Tengo mucha sed.

El despacho estaba fresco y silencioso. Kamose se hundió en la silla que tantas veces había ocupado su padre y durante un momento sintió la atmósfera de tranquilidad y orden que eran parte importante del carácter de Seqenenra, pero se negó a sucumbir a la tentación de cerrar los ojos y dejarse llevar por su paz. «¿Envío a los príncipes a sus provincias para que se me adelanten o los mantengo a mi lado? —se preguntó—. ¿Puedo confiar por completo en ellos o sólo hasta que mi campaña tropiece con dificultades? ¿Recibirán órdenes de Hor-Aha con humildad o su orgullo se alzará en discusiones y hostilidad ante un sencillo medjay? Los cinco mil medjays que trajo Hor-Aha son buenos guerreros, pero no tienen disciplina ni están acostumbrados a la vida militar. Hor-Aha sabe cómo hablarles, pero ¿podrá dirigir a soldados egipcios? Debo recordarle que no nombre oficial a ningún *medjay* por encima de los soldados nativos, por más capaces que aquellos demuestren ser. ¿Estaré equivocado? ¿Es más importante ascender a los buenos instructores que preocuparse por los sentimientos que puedan reinar en las tropas?».

Empezaba a dolerle la cabeza, y cuando Akhtoy se presentó con una jarra de cerveza, bebió agradecido. El escriba de asambleas llegó pisándole los talones al criado. Kamose recibió su reverencia, le pidió que tomara asiento y le acercó la jarra y una copa.

—Supongo que ya debes de tener un cálculo exacto de las provisiones que podremos cargar en las embarcaciones y del tiempo que nos durarán —dijo—. Dime cuáles son tus cálculos.

El hombre terminó de servirse la cerveza y bebió un trago comedido.

—Obedeciendo tu orden, alteza, he hecho vaciar los graneros y guardar en bolsas la fruta seca y las verduras conservadas. He calculado que serán distribuidos entre

cinco mil medjays y veinticinco oficiales superiores, y éstos, por supuesto, tendrán derecho a un alimento mejor que el de los soldados rasos. Los hombres del desierto pueden subsistir con menos comida que los egipcios, pero no me pareció inteligente presuponer que tú esperarías que lo hicieran.

El escriba sonrió y Kamose le devolvió la sonrisa.

—Tienes razón —convino—. Tampoco quiero que mis oficiales y yo disfrutemos de festines mientras los hombres tienen que conformarse con pan y cebollas.

—Pero sin duda, alteza, un poco de vino, una sencilla fuente de pasteles…

Kamose alzó una mano.

—Un poco de vino, tal vez. Pero recuerda que no hacemos una marcha punitiva a Kush. Las antiguas reglas no se aplican.

El escriba suspiró.

—Es un detalle, alteza. Según mis cálculos, podremos alimentar al ejército con pan, queso de cabra y algunos higos secos todas las mañanas, y por la noche les ofreceremos pan, rábanos, ajo y cebolla, un puñado de garbanzos y un poco de miel. Al anochecer los remeros podrán pescar y los peces que obtengan se añadirán a esta dieta. Creo que hay aceite en abundancia y suficiente cerveza. Aparte del pescado, no será necesario cocinar nada, de manera que las comidas no demorarán la marcha.

—¿Cuánto tiempo durarán las raciones?

El escriba se encogió elocuentemente de hombros.

—Lo he mirado desde el ángulo más pesimista —contestó—, suponiendo lo peor. Sin añadir provisiones de las provincias de tus príncipes, lo que tenemos nos durará dos semanas. Ordené a mis hombres que sólo tomaran las reservas de granos y frutas de tus campesinos, para que las mujeres y los niños puedan sobrevivir durante los próximos dos meses hasta la cosecha.

—Dos semanas —repitió Kamose—. Y dos días después de salir de Weset estaremos en el amarradero de Qebt y luego en Kift, ambos pertenecientes a la provincia de Herui y ambos gobernados por Intef. Asegúrate de llevar contigo suficientes subalternos para poder organizar con rapidez la carga de provisiones en esas ciudades. Está bien, muy bien. Encuentra a Paheri, el alcalde de Nekheb, que está en la orilla occidental con el ejército. Dile, como escriba de asambleas, que mande a buscar a Nekheb todo el natrón de que la ciudad pueda prescindir. Se produce allí, de manera que seguramente nos proporcionará bastante. Tendremos que llevar; nos hará falta para lavarnos. —Las miradas de ambos se encontraron y Kamose supo que el escriba se hacía eco de su mismo silencioso pensamiento: «También nos hará falta para los entierros»—. Eso es todo —dijo finalmente—. Puedes comenzar a cargar las embarcaciones. Te queda un solo día más para completar la tarea. Gracias.

El hombre se puso de pie de inmediato, hizo una reverencia y salió del despacho.

Kamose también se puso de pie y se estiró hasta que su espina dorsal crujió.

La luz de la habitación había adquirido un fulgor rosado. Ra caía con lentitud en la boca de Nut y había llegado la hora de hablar con las mujeres y mandar a buscar a los príncipes a la orilla opuesta. A Kamose le habría gustado bañarse y cambiarse el *shenti*, pero estos placeres tendrían que esperar. Bebió la cerveza que quedaba en la copa del escriba antes de cerrar la puerta del despacho y salir.

Tres cabezas se volvieron a mirarlo expectantes cuando fue admitido en las habitaciones de su abuela. Tetisheri estaba sentada, muy rígida, en una silla que había al lado del lecho y terna las piernas juntas y las manos cargadas de anillos sobre el regazo. Aahotep ocupaba el banco colocado frente al tocador de su suegra, vestida con una amplia túnica blanca. A sus espaldas, Isis, que sujetaba varias horquillas con los labios, ordenaba la abundante cabellera de su ama en un moño. Aahmes-Nefertari había dispuesto unos cojines en el suelo y estaba recostada en ellos. Al ver entrar a su hermano, se levantó y se le acercó con expresión preocupada. Kamose las miró a todas con expresión muy seria.

—Os quiero mucho —dijo—. Y sé que vosotras me amáis a mí. No, Isis. —Se volvió hacia la sirvienta, que se disponía a salir—. Puedes quedarte. —Volvió a mirar a las mujeres de su familia—. Ya sabéis lo que he planeado —continuó diciendo—. Pasado mañana parto de Weset con mi ejército. Ninguno de nosotros debe mirar atrás. Este es el mes del nacimiento de Apepa y también el aniversario de su Aparición. Habrá celebraciones en todo Egipto, pero sobre todo en el Delta. No puede haber un momento mejor para iniciar una guerra de reconquista. No sé cuánto tiempo estaré ausente. —Extendió las manos—. Todo está en la sabiduría de Amón y debemos confiar en él. Weset y sus provincias quedan en vuestras manos. Os estoy pidiendo que aceptéis una tremenda responsabilidad. En primer lugar, tendréis que organizar a las labriegas para que cosechen los campos y los viñedos. En segundo lugar, será necesario ejercer una observación constante del tráfico que llega del sur. Habrá que interceptar cada embarcación, cada papiro debe ser abierto y leído, sin excepción. Recordad que Pi-Hator apoya a los setiu y, a pesar de nuestro tratado, es posible que el alcalde intente hacer llegar mensajes a Het-Uart. Incluso existe la posibilidad de que intente atacaros. He prescindido de cien soldados para que permanezcan con vosotras. Lamento que sean tan pocos, pero si hacéis uso de ellos con sensatez, creo que podréis contener a un ejército de carpinteros y canteros.

Vio que el pánico se dibujaba en los ojos de su hermana, pero que su madre fruncía el entrecejo con expresión soñadora y Tetisheri continuaba mirándolo con fría inmovilidad.

—El sumo sacerdote y sus sacerdotes inferiores lucharán si es necesario —dijo la anciana—, y los jardineros tienen fuertes músculos. No hay tanta diferencia entre una espada y una azada. No te preocupes por nosotras, Kamose. Somos perfectamente

capaces de dirigir esta provincia en tu ausencia y, si fuera necesario, de repeler a algunos descontentos.

—Debéis enviarme informes periódicos —pidió Kamose—. Incluid todo en ellos, desde los progresos de la cosecha hasta el olor que tiene el viento. Ofreced sacrificios a Amón en mi nombre todos los días.

Aahmes-Nefertari se movió, inquieta.

—¿Y Tani? —susurró—. ¿Tan pronto la has olvidado, Kamose?

Él se le acercó y la tomó por los hombros.

—¡No! —exclamó con vehemencia—. Pero Tani sabía lo que yo pensaba hacer y aceptó cualquier consecuencia que mis acciones pudieran tener sobre ella. Tani es una Tao, lo mismo que tú, Aahmes-Nefertari. —La soltó y le pasó los dedos con suavidad por la cabeza—. Tal vez te consuele saber que no creo que Apepa se vengue en ella. Eso pondría en su contra a muchos egipcios, que de otra manera tal vez lucharían a su lado. Una cosa es castigar a un príncipe; otra muy distinta, ejecutar a una princesa.

Tetisheri gruñó en señal de acuerdo.

—Apepa es bastardo y tiene la moral de un bastardo —declaró—, pero en lo que se refiere a su propia conservación es un lince. No hará daño a nuestra Tani.

Aahotep no había hablado todavía, pero en aquel momento, mientras Isis le ponía la peluca y tomaba la corona dorada, dijo:

—Ahora usas lapislázuli, Kamose. Te diriges al norte como un rey. La sucesión debe asegurarse en caso de que mueras. —Le había costado mucho decirlo y la boca generosa le temblaba cuando levantó la vista para mirar a su hijo—. ¿Firmarás un contrato matrimonial con tu hermana y lo consumarás antes de partir?

Kamose negó con la cabeza.

—Ya he arreglado este asunto con Ahmose —contestó—. Tú lo amas, Aahmes-Nefertari, y si vuelve será un buen padre para Ahmose-Onkh. No hay tiempo suficiente para las festividades que deberían acompañar un matrimonio real, cosa que lamento, pero mañana Ahmose y tú iréis al templo y recibiréis la bendición del dios, y mañana por la noche debéis acostaros juntos. ¿Lo aceptas?

La muchacha inclinó la cabeza.

—Pero ¿y tú, Kamose? —preguntó—. ¿Qué harás tú? ¿Quiere decir que nunca te casarás?

—No lo creo —contestó Kamose mientras se preguntaba qué pensarían ellas si les confesara que estaba enamorado de un fantasma que lo obsesionaba en sueños—. Siempre he sido una persona solitaria y agradezco que Ahmose esté tan dispuesto a cumplir mi obligación.

Al oírlo, Aahmes-Nefertari sonrió y él se encaminó hacia la puerta.

—Esta noche agasajaremos a los príncipes por última vez —dijo al llegar a la puerta—. Debemos llenarnos de buen vino, deleitar con música nuestros oídos y

ponernos conos de aceites preciosos sobre la cabeza. Disfrutaremos de la vida.

Mientras caminaba por los corredores silenciosos hacia sus aposentos, mil preocupaciones luchaban por obtener su atención, pero Kamose se negó a pensar en ellas. «Ahora no —contestó a su clamor interior—. Es el momento del agua caliente y del lino real, de la pintura de ojos y de la alheña en las palmas de las manos, de un abrazo final que unirá el pasado con el presente antes de que el futuro extienda sobre nosotros sus alas sombrías».

De pie en la sala de baños, mientras lo lavaba su sirviente personal, obligó a su mente a someterse a los mensajes de sus sentidos: el gorgoteo del agua perfumada que corría por sus miembros y desaparecía por el desagüe del suelo, la fricción vigorosa de una toalla sobre el pecho, el repentino e intenso aroma de loto cuando el sirviente destapó un frasco de aceite.

A una petición susurrada del sirviente, Kamose tomó asiento en un banco y deliberadamente disfrutó de sus sentidos antes de relajarse bajo la frescura de las manos que le untaban el aceite. Entonces lo asaltó un pensamiento, agudo y doloroso como la herida de un cuchillo. «Es ahí por donde atacan los demonios, ahí, entre los omoplatos. También los sicarios, a menos que uno ignore completamente el peligro que corre, tal vez dormido o sumido en profundas meditaciones. ¡Oh, padre, que sin duda estás ahora sentado en paz bajo el sagrado sicomoro donde gobierna Osiris, ora por mí! Y tú, Si-Amón, hermano mío, muerto por tu propia mano, ¿dónde estás? Una oración de tu *ka* a los dioses, ¿me traería una bendición o una maldición?». Lanzó un quejido y las manos de su sirviente se detuvieron.

—¿Te he hecho daño, príncipe? —preguntó, solícito.

Kamose negó, con la cabeza sobre la angosta almohada. «Es mi corazón el que me hiere —contestó en silencio—, y por más que lo intente no puedo borrar esa angustia. ¡Ojalá que esta noche el vino sea bueno y fuerte!».

Aquella noche el salón de recepciones estaba casi lleno porque Kamose no sólo había invitado a los cinco príncipes sino a sus oficiales, al alcalde de Weset con sus administradores y sus esposas y a los sacerdotes de Amón. Las mesas pequeñas, esparcidas por el espacio de suelo de mosaico, estaban cubiertas de flores que temblaban a causa de las corrientes de aire y llenaban con su aroma la habitación. Todas las lámparas que Aahotep había reunido convertían la noche del salón en un día dorado. No había sombras. Los sirvientes se inclinaban con jarras de vino sobre los invitados, que alzaban sus copas con ansiedad. Otros servidores se abrían paso entre el bullicio con bandejas cargadas con los últimos manjares que le quedaban a la familia. Pato, pescado y gacela ahumados servidos con hojas de cilantro fresco; tallos de apio, hojas de perejil y montones de garbanzos dispuestos sobre escarolas. Se ofrecieron higos con miel, pequeños pasteles y cerveza sazonada con granadas y menta. Los músicos de Kamose tocaban con entusiasmo, aunque las melodías que

ejecutaban casi se perdían en el clamor circundante.

La familia ocupaba el estrado. Las mujeres y los dos hermanos lucían los linos más coloridos y se adornaban con las escasas alhajas que les quedaban. Con los ojos teñidos de galena negra y los labios y las palmas de las manos de alheña anaranjada, con las pelucas trenzadas bajo los conos de aceite que se derretían, parecían estar separados de los invitados. A pesar de sus sonrisas, de sus miradas cálidas, de sus ademanes mientras comían o alzaban las flores hasta la cara, había un abismo entre ellos y la multitud que estaba a sus pies. Estaban marcados por la muerte o por la gloria, no Ja muerte anónima de un soldado común, ni la gloria de un triunfo simplemente temporal, sino una ejecución formal o la confirmación de la divinidad. Todos lo sabían y aquel conocimiento tejía un hilo de gravedad sobre el estruendo cada vez mayor.

Mientras comían, Ahmose mantuvo un brazo alrededor de los hombros de su hermana y, cuando terminaron de cenar, conversaron en voz baja. Tetisheri tenía ambas manos alrededor de la copa de plata, pero no bebía; su mirada tranquila permanecía fija en las cabezas de los invitados. Aahotep estaba inclinada sobre la mesa, con la cabeza apoyada en una mano, aún el entrecejo fruncido. Pero Kamose bebía sin cesar, aunque ya no le encontraba la gracia al buen vino que continuamente le servían. El aroma seductor del cono de cera que terna en la cabeza le llenaba las fosas nasales. En el salón, el aire era cálido y lleno de vida. El vino se deslizaba por su garganta, fresco y reconfortante, pero no lo consolaba. Entre las caras enrojecidas le pareció reconocer la mirada de su padre y el movimiento de cabeza de su hermano muerto, pero cuando volvía a mirar no había fantasmas, sólo Intef, que le dedicaba una breve sonrisa, y Ankhmahor que se volvía a responder a una pregunta de su vecino de mesa.

Antes de que se iniciara la fiesta había pedido a los príncipes que regresaran a sus provincias al amanecer, para poder preparar los almacenes y a los reclutas para su llegada. Un solo día no será suficiente —pensó, inmerso en una especie de bruma—. «No debí llevarlos a Pi-Hator. Ahora el ejército tendrá que esperar en Kift y tal vez también en Aabtu mientras se preparan las tropas y se embarcan los víveres. Sólo tengo cuatro meses antes de la próxima inundación. Cuatro meses para reconquistar Egipto y acorralar a Apepa en el Delta. ¡Oh, por amor de Set, Kamose! —se regañó en su interior—. Te volverás loco antes de poner un pie en tu embarcación si no controlas esta inútil preocupación por lo que ya no puede modificarse. Emborráchate y duerme». Bebió el vino de su copa y la tendió para que se la volvieran a llenar.

Al día siguiente despertó a mediodía con un terrible dolor de cabeza y la noticia de que, siguiendo sus instrucciones, los príncipes habían partido hacia el norte. Hizo a un lado la comida que Uni acababa de ponerle en el lecho y bebió varias copas de agua antes de dirigirse a la casa de baños para que con masajes le quitaran el veneno

de los excesos cometidos. El aire estaba rancio por la atmósfera de silenciosa extenuación que muchas veces traía consigo una noche de algazara. Los sirvientes se movían en silencio, limpiando las sobras de la fiesta que cubrían el salón, los corredores de la zona pública y hasta el jardín. El aroma de pan recién hecho le produjo náuseas antes de entrar en la casa de baños y recibir el saludo de su sirviente personal; pero cuando salió, limpio y listo para que lo vistieran, recuperó el apetito y comió algunos bocados de pan con queso de cabra mientras le ceñían la cintura con el *shenti* y le pintaban la cara. Su mente, tan agotada como el cuerpo, permanecía por una vez en silencio.

Ipi lo esperaba en el despacho.

—La familia aguarda tu llamada, alteza —dijo éste en respuesta a la pregunta de Kamose—. El príncipe y la princesa están listos. El contrato está sobre el escritorio.

—Entonces tráelos —ordenó Kamose—, y que las literas estén preparadas fuera.

Se sentó detrás del escritorio con el papiro en las manos, pero no lo desenrolló. Era un sencillo acuerdo matrimonial en el que se habían anotado los nombres de Ahmose y Aahmes-Nefertari. Al mirarlo, Kamose se sintió asaltado por las dudas. «¿Es esto lo que debo hacer? —se preguntó—. ¿Entregarla a Ahmose en lugar de tomarla yo mismo? ¿Y si Ahmose muere en la batalla y yo sobrevivo para reinar? ¿Sería yo un buen regente para la criatura que nacerá de esta unión? ¿O en ese caso me casaría yo con Aahmes-Nefertari? ¿Dónde está ella, la bien amada de mis sueños? Ya hace tiempo que no la veo. ¿Me ha abandonado porque camino por el sendero acertado o porque, sin saberlo, me he perdido en el error? No. Ella está cerca, pero ya no hacen falta más señales. Estoy en los deseos de Ma’at».

La familia entró en silencio en el despacho y se puso frente a Kamose, la pareja en el centro, con la madre a la izquierda y Tetisheri a la derecha. Todos parecían pálidos y cansados, hasta Ahmose, que por lo general estaba alerta y alegre, a pesar de la noche que hubiera pasado. Ipi puso ante ellos la escribanía y destapó la tinta.

—¿Seguís dispuestos a ello? —preguntó Kamose. La pregunta era una formalidad y asintieron con la cabeza—. Entonces firmad con vuestros nombres y títulos. Madre, abuela, vosotras y yo seremos los testigos de la ceremonia. —Con solemnidad, en un silencio sólo roto por el murmullo del pincel sobre el papiro, Ahmose y Aahmes-Nefertari se inclinaron y firmaron. Kamose fue el último en firmar y ya todo estaba terminado. Le entregó el papiro a Ipi—. Guárdalo en los archivos —ordenó mientras se poma de pie—. Y ahora, vamos, las literas están listas para llevarnos al templo.

Durante aquellas primeras horas de la tarde el sol brilló anunciando el calor que Shemu les enviaría pocas semanas después. Kamose se dio cuenta de que su humor mejoraba a medida que los porteadores de la litera recorrían el camino que lo separaba de la casa de Amón. El Nilo resplandecía entre el verde frondoso de sus orillas. Una brisa intermitente levantaba el borde de las cortinas de la litera y

revoloteaba alrededor de su pantorrilla desnuda. A izquierda y derecha, los guardias de la familia, los Servidores de Su Majestad, caminaban con paso ágil y sus sandalias levantaban una pequeña nube de polvo.

De repente, Kamose oyó la exclamación de su hermana. Se asomó por la ventanilla de la litera y la vio mirando al cielo.

—¡Mira, Ahmose! —exclamó—. ¡Mira hacia arriba! ¡Horus nos da su bendición! —Al mirar el vasto azul del firmamento, Kamose contuvo el aliento. Un gran halcón sobrevolaba el lugar con las alas de puntas rojas extendidas. Estaba tan cerca que Kamose pudo ver que el sol se reflejaba en sus ojos negros y brillantes y distinguió los pequeños orificios de sus fosas nasales. Tenía el pico abierto y mientras los miraba soltó un chillido y se lanzó hacia ellos. Kamose hizo una mueca involuntaria. Con un sonoro batir de alas y otro chillido agudo, el ave bajó en picado, planeó encima de la cabeza de Kamose, se detuvo sobre la litera de Ahmose y luego se elevó hasta perderse en el cielo brillante. Kamose se descubrió temblando, mientras los porteadores de las literas conversaban con excitación—. «Un gran presagio, sin duda —pensó mientras continuaban la marcha—. El dios del Horizonte ha hablado. Pero su sagrada aprobación no fue para mí. No para mí».

Dejando a los porteadores de las literas sentados a la sombra de los árboles que se alineaban a lo largo del canal de Amón, los miembros de la familia cruzaron el patio exterior, se quitaron las sandalias y entraron en el patio interior. Amonmose los esperaba junto a las puertas abiertas del santuario, los acólitos a su lado con incensarios encendidos cuyo humo formaba volutas casi invisibles en el aire límpido. Después de hacerles una reverencia, el sumo sacerdote los precedió al lugar donde el dios permanecía en la frescura del santuario, con los pies rodeados de flores y comida que aquella mañana le habían presentado sus servidores. Ahmose le llevaba el regalo de un amuleto y Aahmes-Nefertari un collar de electro, así como las habituales ofrendas de vino, aceite y alimentos que la costumbre prescribía. «Pobres regalos, sin duda —pensó Kamose mientras miraba a su hermano y a su hermana entregar los regalos a Amonmose y prosternarse ante el dios—. Pero Amón sabe que nos queda poco para ofrecerle hasta el momento en que yo pueda llenar este santuario con las riquezas de todo Egipto». Escuchó con atención las oraciones y respuestas de agradecimiento, la petición de felicidad y de la bendición añadida de hijos, y su espíritu se tranquilizó bajo la mirada dorada de su dios.

Cuando los ritos llegaron a su fin, regresaron a la casa, donde les esperaba una comida en el jardín. El alivio reemplazaba la sobriedad con que habían firmado el contrato de matrimonio, y brindaron por Ahmose y su esposa con muchas risas y no pocas bromas. El flamante matrimonio permanecía sentado, muy juntos bajo un dosel, de la mano y mirándose por encima de los bordes de sus copas, mientras Ahmose-Onkh, liberado del cuidado de la niñera, gateaba sobre ellos, parloteando en

su lenguaje ininteligible. La felicidad de sus hermanos tranquilizó a Kamose. «He hecho lo que debía —se dijo—, los conduzca o no el futuro hacia la divinidad. Nacieron el uno para el otro».

A medida que transcurría la tarde, Tetisheri y Aahotep se refugiaron en sus lechos y Ahmose-Onkh, protestando a gritos, fue conducido otra vez a la casa. Kamose también se levantó.

—Esta noche si llego a comer, lo haré en el despacho —dijo mirando las caras coloradas de los novios—. No te preocupes por mañana, Ahmose. Yo me encargaré de los últimos detalles antes de partir. Te veré al amanecer en los escalones del embarcadero.

Vaciló porque quería decir más, aconsejarles que disfrutaran de los momentos que les quedaban, asegurarle a su hermana que haría todo lo que estuviera en su poder para devolverle a su marido sano y salvo, porque presentía que la sombra del triste destino de Si-Amón la cubría, pero no pudo hacerlo. Sus palabras sólo habrían contenido una promesa vacía. Sonrió ligeramente y se alejó.

Una vez en sus aposentos, llamó a Akhtoy.

—Quiero ver en mi despacho al escriba de reclutamientos, al escriba de asambleas y al general Hor-Aha, lo antes posible —ordenó al criado—. Que mi sirviente personal traiga agua caliente y ropa limpia. Me lavaré y me cambiaré.

Cuando terminó sus abluciones y cruzó la casa, los hombres a los que había citado ya lo estaban esperando. Parecían cansados. Kamose reparó sin hacer comentarios en sus *shentis* cubiertos de polvo y en sus rostros tensos, y les indicó que tomaran asiento.

—No tardaremos mucho, general —aseguró—. Quiero que los medjay hayan embarcado y estén a bordo de las embarcaciones antes del amanecer. ¿Es posible?

Hor-Aha asintió con la cabeza.

—Están listos —contestó—. Lo único que me queda por hacer es asignar una embarcación para cada quinientos hombres bajo el mando de los oficiales apropiados.

—¿El alcalde de Nekheb y sus ciudadanos te han sido de utilidad?

—Sí, por supuesto —contestó Hor-Aha inclinándose—. Paheri y Baba Abana han organizado a los hombres en turnos de remeros y han encargado a los oficiales de menor rango que sean los que marquen el ritmo de los remos. Este punto no lo había considerado lo suficiente; de hecho, a los guerreros del desierto les disgusta viajar por el agua. Ambos hombres de Nekheb han sido de una ayuda inestimable para familiarizarles con las embarcaciones y enseñarles a afrontar mejor la experiencia.

—Muy bien. —Kamose volvió su atención hacia los demás—. Escriba de reclutamientos, ¿están listos mis soldados?

El hombre asintió.

—Sí, majestad. Ha habido cierta indisciplina entre los muchachos más jóvenes, y

muchos de los reclutas se quejan porque tienen que caminar mientras los medjay van sentados en las embarcaciones, pero el general ha hecho todo lo posible por explicarles por qué es necesario que sea así.

«Una tarea bien difícil —pensó Kamose—. Un general medjay tratando de explicar a labriegos y artesanos egipcios el motivo por el que los extranjeros viajarán cómodamente mientras ellos sudan bajo el sol. Yo mismo debí encargarme de eso». Las dudas que tenía con respecto a la suprema autoridad de Hor-Aha, que últimamente había tratado de descartar, volvieron a acosarlo y al volverse vio que los negros ojos del general estaban fijos en él. ¿Era un desafío lo que veía en ellos? Hor-Aha sonrió sin alegría.

—No fui yo quien les dio las explicaciones —dijo, y Kamose estuvo seguro de que el hombre había leído sus pensamientos—. Encargué esta tarea a un oficial que es egipcio nativo. Él aclaró a las tropas de las provincias que sólo se trataba de un asunto de táctica y no de una ofensa a la sangre egipcia. Los medjay son ante todo arqueros y tienen una vista excelente. Es imprescindible que disparen a una distancia mínima, cosa que podrán hacer desde las embarcaciones. Y me encargué de que el oficial egipcio destacara la superioridad de los soldados de las provincias en los combates cuerpo a cuerpo. —Sonrió—. Por supuesto que para la mayoría de las tropas de las provincias, aunque están bien entrenadas, esto no es así. Sólo los que lucharon con tu ilustre padre, majestad, han participado en alguna clase de acción. Pero el tacto del oficial parece haberlos tranquilizado.

—Lo que has hecho fue muy sabio —dijo Kamose—. Una vez que comience la batalla y el ejército luche como un solo hombre, todos olvidarán estas pequeñas diferencias. —Hor-Aha no tuvo respuesta. Inquieto, Kamose volvió a mirar al escriba de reclutamientos—. Entonces condúcelos a la otra orilla del río —ordenó—. Pueden dormir en sus esteras al borde del camino. De todos modos, las embarcaciones avanzarán a mucha más velocidad de la que ellos pueden conseguir marchando, de manera que tendrán ocasión de demostrar su condición de verdaderos soldados durante los primeros asaltos, antes de que haya una batalla campal. Escriba de asambleas, ¿se han dividido y almacenado las provisiones?

—Sí, majestad. Los guardianes y los cocineros están listos. Esta noche se cargarán los burros que acompañarán a los soldados de infantería.

—Muy bien —dijo Kamose—. Entonces, eso es todo. Yo no estaré disponible durante el resto de la noche, pero al amanecer me encontraréis en el río. Si hubiera algún problema, debéis acudir al general. Podéis retiraros.

Se pusieron de pie a un tiempo, hicieron una reverencia y se retiraron.

Kamose permaneció allí un rato más, tamborileando los dedos sobre el escritorio. «Debería ir a hablar con mi madre y con mi abuela —pensó—. Debería dedicar parte de la noche a tranquilizarlas, repitiéndoles las instrucciones, explicándoles lo que

intento hacer. Y debería dedicar el resto de las horas a orar en el templo». Pero cuando salió del despacho y saludó a Akhtoy, que se acababa de poner apresuradamente de pie y esperaba instrucciones, Kamose pronunció palabras que no eran las que pensaba decir.

—Di a las mujeres que no podré estar con ellas esta noche. Envía un mensajero al templo para que pida al sumo sacerdote que al amanecer se acerque al río para bendecir las tropas. Pero ante todo, tráeme un manto abrigado y una lámpara de aceite, Akhtoy. Quiero ir al viejo palacio. No digas a nadie dónde estoy, a menos que se trate de un asunto de la mayor urgencia.

No sabía de dónde había surgido aquel impulso tan intempestivo, pero mientras cruzaba el jardín rumbo a la abertura de la muralla que separaba su casa de la de sus antepasados, con el manto en un brazo y la lámpara bamboleándose en la mano opuesta, supo que era lo indicado.

Aunque todavía quedaban vestigios de la luz del día mientras cruzaba el amplio patio, dentro del palacio ya estaba a oscuras. Un aire frío y húmedo lo salió a recibir, como un antiguo aliento de los pulmones de los muertos, cuando permaneció unos instantes en la entrada de lo que en un tiempo fue el majestuoso salón de recepciones. Se sacudió la extraña idea y poco a poco fue tomando conciencia de las hileras de columnas que se alejaban en la oscuridad, del espacio más claro que había a su izquierda, donde una parte del muro y del techo se había desmoronado *hentis* antes, cubriendo el suelo de ladrillos y polvo. Tenía intención de dirigirse directamente a la escalera que conducía a la azotea de las habitaciones de las mujeres, pero sus pies se movían como por voluntad propia, y Kamose comenzó a vagar por las grandes habitaciones desvencijadas, donde su lámpara sólo alcanzaba a proyectar un suave reflejo sobre el peso del silencio en la alta estancia. Aquí y allá lo recibía un resto de vida; el triste reflejo de un ojo mágico que lo miraba con hostilidad antes de sumergirse en la oscuridad mientras él seguía adelante; una mancha de amarillo desvaído, todo lo que quedaba de una escena pintada en épocas más felices; la figura sentada de un dios o un rey que parecía emerger de su rincón como si fuera a ponerse de pie, las facciones serenas observando la decadencia que lo rodeaba. Kamose tuvo la extraña idea de que si le hablaba, la figura le respondería, que hablarle desataría alguna fuerza que permanecía dormida en aquel sagrado hogar de sus antepasados. Ante tanto absurdo, sacudió la cabeza y con cuidado de no hacer ruido salió de allí.

Durante la infancia no le permitieron jugar en aquel viejo palacio. Seqenenra lo prohibió por considerar que era demasiado peligroso y, una vez que creció, Kamose no se sintió tentado de explorar sus secretos. Era severo y frío, de manipostería devastada, un hogar para murciélagos y ratas. Sin embargo, en aquel momento, mientras él avanzaba como un fantasma por habitaciones que se abrían a otras habitaciones, a lo largo de corredores cuyos suelos desiguales conducían a lugares

oscuros y sin puertas, a terrazas agrietadas o a otra serie de recintos desiertos y ruinosos, se le ocurrió que el mayor peligro no residía en las piedras sueltas o en las paredes flojas. Agudizando los sentidos, le pareció escuchar susurros errantes, risas suaves, el destello de una prenda de lino cubierta de alhajas en los bordes de su campo visual. El verdadero peligro era más sutil, más seductor, un canto de sirena de glorias pasadas que conspiraron, junto con los insultos continuos de Apepa, para empujar a Seqenenra a una rebelión que finalmente lo llevó, inválido y destrozado, a su tumba. Kamose sintió que idéntico veneno le corría por las venas como un suave elixir, la promesa de purificación, restauración, restitución. No era una trampa. La causa era justa, era correcta. El palacio no encerraba una magia maligna. Su hechizo terna el aroma de Ma'at, el Ma'at de un Egipto desaparecido, de un Egipto que los antepasados que habitaban invisibles en aquel palacio esperaban que él devolviera a la vida.

Por fin Kamose se encontró en la sala del trono, de pie ante el estrado donde en un tiempo descansaba el Trono de Horus, aquel sagrado asiento en cuyo oro y electro se apoyaba ahora la espalda de un usurpador. Se volvió y quedó de frente al enorme salón de columnas.

—Escuchad todos vosotros —dijo en voz baja—. Juro que si Amón lo desea, regresaré victorioso y pondré otra vez el trono sagrado en este estrado y volveré a edificar este lugar para que en él vuelva a residir la gloria de Egipto. ¡Lo juro!

Los ecos le devolvieron sus palabras, pero con ellos llegó un largo suspiro y la llama de su lámpara se apagó como si la hubiera encontrado una corriente de aire. Kamose contuvo el impulso de huir y caminó con lentitud hacia las antiguas habitaciones de las mujeres.

Salió a la azotea y se sentó en el suelo, apagó la lámpara y se cubrió con el manto. «Este era el lugar adonde solía venir mi padre cuando quería estar solo —pensó—, y fue aquí donde Mersu lo atacó. Conviene que pase aquí mi última noche de certidumbre y de paz». Debajo de él, los salones del palacio seguían soñando en silencio, pero allí arriba, las estrellas y la luna casi llena le mostraron el vago perfil del jardín y de la casa dormida.

Su mirada pasó de allí al emparrado y a los arbustos situados delante de los escalones del embarcadero. Las antorchas, algunas en cada orilla, iluminaban la noche con sus llamas anaranjadas y sus reflejos temblaban en el agua. Le llegaron gritos y el rumor de muchas voces. El ejército se reunía obedeciendo sus órdenes, con la confianza de que dirigiría bien a los soldados. Al observarlo todo desde allí arriba le invadió la desesperanza y una sensación de impotencia. «Yo he hecho todo esto —pensó—. Yo, Kamose, príncipe de Weset. ¿Y quién soy yo para llevar a cabo lo que mi padre no pudo? Confían en mí mi madre y mi abuela, mi hermano y mi hermana, los oficiales de ahí abajo, los príncipes que en este momento se aprestan para dar el

gran paso. Creen que soy capaz de llevar a cabo lo que he prometido. ¡Oh, Amón, ahora te necesito! Y tú, Osiris Seqenenra, querido padre mío, ¡acompáñame esta noche!».

Dobló las rodillas y cerró los ojos para resistir la confusión. Durante las largas horas que Ra recorrió el cuerpo de Nut, dormitó y rezó alternativamente, hasta que el cielo del este comenzó a palidecer y pasó la hora de la oración. Entonces se puso de pie, se frotó los miembros entumecidos, cogió la lámpara, bajó la escalera, y a través de los recintos silenciosos del palacio, salió hacia donde esperaba su destino.

PAULINE GEDGE, nació en Auckland, Nueva Zelanda, y pasó parte de su infancia en Inglaterra hasta que a la edad de once años su familia emigró a Canadá. Su carrera de novelista se inicia el año 1977 con la publicación de La dama del Nilo, libro que se convirtió inmediatamente en un enorme éxito de ventas. Basada en la vida de Hatshepsut, la única mujer faraón que gobernó en el antiguo Egipto, esta extraordinaria novela supuso para su autora el ganarse la fidelidad de millones de lectores de todo el mundo, especialmente en Francia, Alemania, España, Suecia y Noruega. Además de *La dama del Nilo,* Pauline Gedge ha escrito *El papiro de Saqqara*, *El faraón*, *La casa de los sueños*, *El templo de las ilusiones* y *Águilas y cuervos*.

Con la trilogía «Señores de las Dos Tierras», Pauline Gedge da un nuevo vuelco a su carrera novelística al acercar a sus lectores el período comprendido entre la XII y la XVIII dinastías, la época menos conocida de la historia de Egipto.